LIBRARY OF PRINCETON
JUL 18 2005
THEOLOGICAL SEMINARY

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/obrasantiguasdel04wiff

Near Woburn
6th mo 10th 1853

Dear Friend

I have sent to-day by Railway Seven volumes of "works of the early Spanish — Reformers" for the library of the Flounder's Institute. I address the parcel to thee by request of Dr Willis. I send the books to the library, in the hope that at a future time, when we have passed away, some generous youthful mind may be attracted to them, and by their perusal, be stimulated to some service for the benefit of unhappy Spain.

The English preface to the "Epistola Consolatoria" will

give some notion of this class of books. I may remark that the Antigua Comedia at the end of one of the volumes is not a Play - and has nothing objectionable in it. The "Dos Dialogos" by Juan de Valdes, who was essentially a "Friend" - a hundred years before Geo. Fox is very well written, and very interesting as well historically as religiously.

Present my kind regards to Dr Willis and believe me

Thy sincere friend

Benjamin B Wiffen

Isaac Brown.

4

Reformistas antiguos españ

OBRAS ANTIGUAS

DE LOS

ESPAÑOLES REFORMADOS.

TOMO

4

1 [FERDINANDO DE TEXEDA] Carrascon. 1633.

2 JUAN PEREZ: Epistola Consolatoria. 1560.

3 JUAN PEREZ? Imajen del Antecristo i Carta a Felipe II. 1558.

4 JUAN DE VALDÉS. Dos Diálogos: Mercurio i Caron. Lactantio i el Arcediano. 1528?

5 RAIMUNDO GONZALEZ DE MONTES: Artes de la Inquisizion Española. 1567.

6 CIPRIANO D VALERA: Los dos Tratados del Papa, i de la Misa. 1599.

DIÁLOGOS.

LIBRARY
JUN 1 6 1951
THEOLOGICAL SEMINARY

DOS DIÁLOGOS

ESCRITOS

POR JUAN DE VALDÉS,

AHORA CUIDADOSAMENTE REIMPRESOS.

« VALDESSIO HISPANUS SCRIPTORE SUPERBIAT ORBIS. »
[—Dan. Roger. Epigr. in tum. Juelii.
Humphr. Vita Juel. 4to. 1573.]

AÑO DE 1850.

« ¿..... doue andremo noi, poi che'l Signor Valdés é morto? é stata questa certo gran perdita, et a noi, et al mondo: perche' l Signor Valdés era un de' rari huomini d' Europa, et quei scritti, ch' egli ha lasciato sopra le Epistole di san Paolo, et i Salmi di David, ne faranno pienissima fede. Era senza dubbio nei fatti, nelle parole, et in tutti i suoi consigli un compiuto huomo, reggeua con una particella dell' animo il corpo suo debole, et magro: con la maggior parte poi, et co' l puro intelletto, quasi come fuor del corpo, staua sempre solleuato alla contemplatione della ueritá, et delle cose divine. Mi condoglio con messer Marc' Antonio [*Flaminio*], perch' egli piu che ogni altro l' amaua, et ammiraua. A' me par Signor, quando tanti beni, et tante lettere, et virtu, sono unite in un' animo, che facciano guerra al corpo, et cerchino quanto piu tosto possano, di salire insieme con l' animo alla stanza, ond' egli é sceso.....»

[Fol. 27. Lettere Volgari di Diversi..... Vinegia, 1548. — En la carta de J. Bonfadio á Monseñor Carnesecchi.]

Los Diálogos de que se compone el presente volúmen, van reimpresos con toda fidelidad, segun las ediziones antiguas. El Diálogo de Mercurio y Caron, se publicó, á mi parezer, la primera vez, ázia el a. de 1530, en 1 vol. en 4to. español, de 73 hojas, no numeradas, é impreso en aquella clase de letra, que unos llaman de Tortis, y otros Gótica. Esta es la edizion que se reimprime: i los números romanos, que se verán, al márjen, por todo el Diálogo, señalan dónde comienza cada hoja en la impresion antigua.

El Diálogo entre Lactancio y un Arcediano, es copia de la edizion publicada en París el a. de 1586, en 1 vol. en 8vo. español de 83 pájinas: i de un ejemplar de ella, que se conserva en la librería del Colejio de la Trinidad de Cambrigia, en Inglaterra. No creo, ahora, del caso, detenerme á referir las razones, que me han hecho seguir, en jeneral, esa edizion, con preferenzia á la otra mas antigua. Sin embargo: como en la edizion de Paris, hai variaziones i

supresiones, hechas por su Editor, mui acertadamente, pero que yo no debia seguir, no teniendo por objeto hacer preponderar, como mas ortodoxa, mi opinion particular, ya que, mero editor de un libro de pasados tiempos, debia restablezer su texto, conforme á la edizion nas antigua; eso hize. I lo hize, procurándome una copia de un ejemplar de la edizion de letra de Tortis, que de este Diálogo, existe en la librería del Museo Británico de Lóndres; en 1 vol. de 43 folios, que, como en el Diálogo antezedente, van tambien señalados con números romanos, al márjen. Cuidó de sacar ambas copias B. B. Wiffen, de Woburn, yendo él mismo, para ello, á Cambrigia i á Lóndres. Las variantes mas notables entre la edizion de letra Tortis, i la de Paris del a. 1586, se menzionan en las notas, que siendo todas del Editor (pues las antiguas ediziones no tienen notas de ninguna clase), no causan confusion. A vezes, para mas claridad, se indican las reposiziones en el texto, poniendo varias señales, como [], ú otras: i siempre se designa la edizion que se adopta, ó que difiere, nombrándola en las notas: ya sea la edizion de Paris: ya la *Gótica*, ó de letra Tortis. Tambien se nombra, á vezes, la traduczion italiana, que de ambos Diálogos se imprimió en Venezia, ázia el a. 1546, i de la cual se conozen hasta cinco ediziones; porque á pesar de la libertad con que el traductor *recargó i aumentó* algunos pasos; me he valido de ella, una que otra vez. Conservo invariable la ortografía antigua, siempre

que lo he creido nezesario: es dezir, cuando es inherente á la pronunziazion de las vozes, ó á los conozimientos gramaticales del tiempo en que los Diálogos se escribieron, ó imprimieron. Fuera de esos casos, uso una *manera de escribir* senzilla, i arrimada á la manera de pronunziar, que aun cuando no puede llamarse *orto*-grafía, bien puede pasar, en el estado anárquico de nuestra lengua escrita, en la cual todos son gramáticos, solo con el tanto de gramática que les acomoda. Para mayor fidelidad, conservo, á vezes, las erratas de las antiguas impresiones, alli donde creí importaba dejarlas. Por ejemplo: en la pájina 67 dize: «*el* Venezian*os*:» i, aunque es casi indudable, que el Autor escribiria, como lo hizo en la páj. 38, «el Papa et Venezianos,» pudo por acaso poner «el Papa i el Veneziano,» por *el Gobierno*, ó Estado de Venezia. Dejo ahí, pues, la errata, i si el lector no quiere borrar *el*, borrará la *s*. En la pájina 274 usa la voz *lobo* por Inquisizion. En las pájinas 277 i 290, se verán las erratas *che*, por *que*, i *sangue*, por *sangre*. A mi ver estas erratas indican que el libro que las tiene se imprimió en Italia; i por eso las dejo. De semejantes delicadezas editoriales se aperzibirá el lector, al ver usada letra bastardilla, en varios lugares, por todo el volúmen. En la páj. 63 hago llamada sobre la *Oracion del Conde*, pues quizá viene prohibida en los Expurgatorios, por haberla nombrado ahí Valdés. Yo no sé mas de ella. Véase el Índize Expurgatorio de 1790, Madrid, páji-

na 199, i otros anteriores. En la páj. 337, i otras, *munchos:* solo se usa en la edizion de Paris; en la Gótica, siempre, *muchos*.

Acerca del contenido de la obra; i de quién fué Juan de Valdés, su autor; i de si pudo escribir estos Diálogos, prévio el beneplázito del Emperador Carlos V, i por indicazion de Alfonso de Valdés, Secretario de cartas latinas del Emperador, hermano del mismo Juan de Valdés; nada diré yo aquí, pues la narrazion de su vida, i cuenta de sus obras, no cabe en los límites de este prólogo. I, por otra parte, sería una repetizion inútil, el solo reproduzir las notizias biográficas, que hai de nuestro Valdés, en el Diczionario de Bayle; en las dos obras de M' Crie, sobre la Reforma en España é Italia; en el «British Friend,» correspondiente al a. 1846, i artículo por B. B. Wiffen; en el Diczionario biográfico de Barcelona; en la Revista Hispano-americana, i artículo por Don Pedro J. Pidál. Que todos esos, han publicado ya notizias biográficas de Valdés, de diversa índole, i con diferentes intenziones. Cualquiera puede ver dichas obras, á las que, por ahora, me remito. Tambien Llorente, Sand, Ranke, Botta, i otros, hablan de Valdés, mas, solo por inzidenzia. Asimismo, Martir Rizo, en su Historia de Cuenca, aunque no menziona á nuestro Autor, pareze aludir á él, i á su hermano, cuando, al hablar de un Don Hernando de Valdés, dize que: «tuvo muchos hijos, i de ellos, mui » noble deszendenzia, que por su notoria nobleza,

» ascendió *uno*, á ser camarero del Pontífize, i *otro* » fué Secretario de la Majestad del Emperador. » etc. Yo creo, que Martir Rizo, por temor de que la Inquisizion prohibiese, ó expurgase, su libro, no puso claros los nombres; i que la voz «uno», q. d. *Juan*; i la voz «otro», *Alfonso* de Valdés; pues ambos hermanos, nazieron en Cuenca. Esta opinion cobrará fuerzas, si con atenzion se leen las pájinas 293 i 94 del presente volúmen: pues su contexto, puede referirse, por inferenzia, á los prozederes de Valdés, que (desengañado como el Cardenal que describe), renunzió su empleo en Roma, i se retiró á Nápoles, donde murió. Véase, repito, la vida de Valdés en los escritores citados: i en ellos, i en Don Nicolás Antonio, se hallarán tambien nombradas la *mayor parte* de sus obras.

Pero, no debo omitir una reflexion, que es la siguiente. En todos los escritos de Juan de Valdés, al tratar de hechos históricos, i deduzir de ellos consecuenzias morales; no hai solo aquella verazidad i buen sentido, comunes á toda produczion de un sólido escritor; sino que se descubren claro, rasgos i luzes, que nos muestran la *dilijenzia*, *i la fé* con que investigaba i apuraba la verdad, para consignarla en sus obras.

En prueba de esto, baste recordar la manera con que se juzga al Cardenal Wolsey en el Diálogo de Mercurio i Caron. Véanse las pájinas 29, 124, 152, 179, 180, 181, 189, en las que apareze, haber en-

gañado el Cardenal, primero al Emperador, en materia de dinero; i luego, á su Rei, Enrrique VIII, siendo el único culpado i fabricador de un supuesto desafío. En Inglaterra * bien conozian á Wolsey, el cual, á pesar de su desmedido poder, temblaba enfurezido, confundido, i amargado, por los punzantes dichos de Skelton, i aun mas, por la injeniosa i celebrada Sátira de Guillermo Roye **. Pero, fuera de Inglaterra, en el resto de Europa, la opinion, ó juizio de Valdés contra Wolsey, debió aparezer, á los mas, de todo punto falsa: pues no era mui creible, que se atreviese dicho Ministro, sin mandato de su Soberano, á enviar un cartel de desafío, al Emperador Carlos V por el medio público i caballeresco de un rei-de-armas. El hecho, sin embargo, era cierto: i consignando Valdés, en el Diálogo, la certeza de su persuasion, á riesgo de no ser creido; acreditó, como queda dicho, que en sus investigaziones para apurar la verdad, i en su determinazion al escribirla, le movia *su fé* en seguirla, sin fiarse de lo que á primera vista era mas creible, i creido por el mayor número. I no se engañó: i, en prueba de ello, léanse

* No hai quien ose hablar, dize Valdés, páj. 103.

** Para quien conozca la obra de Roye, i haya notado en ella la descripzion de las Armas de Wolsey, hijo de un carnicero, no carezerá de interés el saber, que el a. 1848, vivia en Ipswich un tal *Tomás Wolsey*, de ofizio *carnicero*, en la misma calle, i junto á la casa donde pareze nació el Cardenal Wolsey.

las pájinas 170 i 171, tom. 1.º de los *Anales de la Biblia inglesa*, escritos por Cristóbal Anderson. Allí se refiere que el Cardenal-Ministro Wolsey, en nombre, i por órden del Rei su amo, sin que tal órden tuviese, envió á Tomás Benolt Clarencieux, á desafiar al Emperador: diziendo, al mismo tiempo, al Rei, que su rei-de-armas habia prozedido á hazer el desafio, sin órden ninguna: i para que, por medio de este, no se descubriese la verdad; tenia dispuesto el Cardenal, que al volver Benolt de su comision, le asesinasen en un punto del camino. Libróse el rei-de-armas de la muerte, que Wolsey le preparaba, de la manera referida por Anderson; i burlando los designios del Cardenal (que nos recuerda el epígrama de Alfieri), llegó secreto, hasta el real sitio de Hampton-Court, donde obtuvo audienzia del Rei; i le presentó las *tres* cartas órdenes que el Cardenal-Ministro le habia escrito para que hiziese el desafío: mostrando, de paso, en prueba de la cortesanía con que fué tratado por el Monarca español, la cadena de oro que este Prinzipe le mandó dar, al despedirse. Por brevedad no trascribo cuanto refiere C. Anderson, relativo al caso, i á las personas; pero el que lea las pájinas citadas, i otras de la obra; conozerá cuánta es la *sobriedad* de nuestro Valdés, que nada de eso ignoraria, al inculpar á Wolsey; i cuán oportuna, i como nezesaria, venia á hazerse la condenazion de semejantes prozederes, en un escrito de la naturaleza del Diálogo de Mercurio i Caron. — Cuando en un

pais, no se halla constituida i representada legalmente, una fuerza civil, que acredite i nutra la opinion de lo honesto, i con ella haga prosperar, i apoye, la utilidad jeneral; que son dos elementos indispensables, para la libertad i grandeza de los pueblos; i cuando, por otra parte, desapoderados gobernantes, como el infeliz purpurado Wolsey llevados de las erradas artes políticas del Diablo; conculcan esa opinion i esa utilidad, que ellos deben encaminar rectamente; pareze, que entonzes se aumenta, en los particulares, la obligazion de estudiar las causas de los males públicos, i con darlas bien á conozer, fazilitar su remedio. Eso pienso yo, que se propuso prinzipalmente Juan de Valdés en todos sus escritos. Se ocupa en ellos de promover, por medio de la persuasion, una reforma nezesaria, en puntos de creenzia: porque, sin esa reforma, era ilusorio todo remedio. El que no examina lo que cree, no puede hazer propia suya, una creenzia: ó, por mejor dezir, no tendrá creenzia ninguna. La Relijion, no puede aprenderse, ni poseerse, á manera de los demas conozimientos, i adquisiziones humánas: ni una relijion aprendida, i no inspirada, produzirá jamás una *relijiosidad* nacional, que, á su vez, produzca el único cimiento sólido de la libertad política de los pueblos, que es la libertad relijiosa. I sin ambas cosas, no se obtendrá la mejora intelectual, ni sin esta la prosperidad material á que puede aspirar el hombre. No pretendo interpretar las miras que Val-

dés se propuso en todos sus escritos: pero sí, me pareze, que sin violenzia del pensamiento, se le ocurrirán al lector de sus obras, deducziones semejantes á las que antezeden: viniendo, así, á valuar la importanzia de dichas obras, i á convenir en la oportunidad de su reimpresion. I si despues de largos treszientos años, que, por primer vez, se dieron á luz, se vé hoi salir á estos Dos Diálogos del olvido, que no merezen; es de esperar, suzeda pronto lo mismo, con las demas obras del Autor: ya que todas ellas, se pueden, i deben contar entre las mejores de la española literatura, no por sus miras i objeto solamente, sino por la castidad i eleganzia del estilo, cuyas peculiaridades, pareze que estudió atento Cervantes, i trasladó en sus obras: i que en tal estudio, le hubo de prezeder Garcilaso, con la ventaja de haber tratado personalmente á Juan de Valdés.

DIÁLOGO DE MERCURIO I CARON: EN QUE ALLENDE DE MUCHAS COSAS GRAZIOSAS I DE BUENA DOCTRINA; SE CUENTA LO QUE HA ACAESCIDO EN LA GUERRA DESDE EL AÑO DE MILL I QUINIENTOS I VEINTE I UNO, HASTA LOS DESAFÍOS DE LOS REYES DE FRANCIA ET INGLATERRA, HECHOS AL EMPERADOR EN EL AÑO DE MDXXVIII.

I.

PROHEMIO AL LECTOR.

La causa prinzipal que me movió á escribir II.
este Diálogo; fué deseo de manifestar la justizia del Emperador, i la iniquidad de aquellos que lo desafiaron, i en estilo, que de todo jénero de hombres fuese con sabór leido. Para lo cual me ocurrió esta invenzion, de introduzir á Caron, barquero del infierno: que estando mui triste, porque habia oido dezir ser ya hecha la paz entr'el Emperador i el Rei de Francia, de que á él venia mucha pérdida; viene Mercurio á pedirle albricias por los desafíos qu'el Rei de Francia, i el Rei de Inglaterra hizieron al Emperador. Por ser la materia en sí desabrida; mientra le cuenta Mercurio las diferencias d' estos Príncipes, vienen á pasar ciertas ánimas, que con algu-

nas grazias i buena doctrina interrumpen la historia. Esta invenzion me paresció al prinzipio tanto buena, cuanto á la fin me comenzó á desagradar, de manera, que lo quise todo romper. Mas, siéndome despues loado por algunas personas cuya prudenzia está lejos de engañarse en semejantes cosas, i de cuya gravedad i bondad no se puede presumir ni tener sospecha de adulazion; quise dar mas crédito á su parescer que al mio. I mostrélo á uno de los mas señalados teólogos, así en letras como en bondad de vida, que en España yo conozco: por cuyo consejo emendé algunas cosas, de donde los calumniadores pudieran tener achaque para calumniarme. Consejábame, allende d'esto, que así como pongo ánimas de muchos estados, que se van al infierno, i sola la ánima de un casado, que va al paraiso; pusiese de cada estado de aquellos una ánima que se salvase: diziendo, que de otra manera, los otros estados se podrian quejar, siéndoles aquí los casados preferidos: i que, con esto, no solamente quedaba escluida la calumnia, mas la obra mui perfecta.

I aunque en esto no me paresció tener menos razon, que en las otras cosas de que me habia avisado; escuséme diziendo, que mi intenzion habia sido, honrrar aquellos estados, que tenian mas nescesidad de ser favorescidos: como es el estado del matrimonio, que al parezer de algunos, está fuera de la perfeczion cristiana: i el de los frailes, que en este nuestro siglo está tan calumniado. I, á esta causa, poniendo un casado, que subia al cielo, hize menzion de un fraile de san Francisco, que habia llevado aquel camino. De manera, que (á mi parezer) ninguna razon ternán los otros estados, de quejarse de mí, ni dezir, que quise favorezer mi partido; pues ni yo soi fraile ni casado. Todavía, por no desechar el consejo de un tal varon, si viere agradar lo que agora publico; no se me hará de mal, de añadir en otra edizion, lo que en esta pareze faltar. Algunos eran de parezer, que debia poner aquí mi nombre: i no lo quise hazer, porque no pareziese pretender yo d' esto alguna honrra, no merezíendola. Porque si la causa del Emperador

está bien justificada, muchas grazias á él, que la justificó con sus obras. Si la invenzion i doctrina es buena; dénse las grazias á Luciano, Pontano, i Erasmo, cuyas obras en esto habemos imitado. I, pues á mí, no me queda cosa, de que gloria alguna deba esperar; locura fuera mui grande, si poniendo aquí mi nombre, diera á entender, que pretendia debérseme. I si hobiere alguno tan curioso, que quiera saber quién es el auctor; tenga por mui averiguado, ser un hombre, que derechamente desea la honrra de Dios, i el bien universal de la república cristiana.

INTERLOCUTORES PRINCIPALES.

MERCURIO. CARON.

MERCURIO. — Despierta, despierta, Caron.

CARON. — Mejor harias tú de callar.

MERCURIO. — ¿No me conosces?

CARON. — No me conosco á mí velando; ¿conoscerte he á tí dormiendo?

MERCURIO. — Luego, duermes tú agora?

CARON. — Ya tú lo ves.

MERCURIO. — Véote los ojos cerrados, mas la boca abierta, hablando.

CARON. — ¿Nunca viste hablar á nadie dormiendo? Déjame ya.

MERCURIO. — Cata, que soi Mercurio, i vengo á pedir albricias.

CARON. — Albricias ¿Mercurio? ¿Así te burlas de los mal vestidos?

MERCURIO. — Si me burlo ó no, agora lo verás. Mas, díme primero, ¿por qué estás tan triste?

CARON. — Necedad seria encubrirte mi dolor.

III. Has de saber, que los dias pasados, vino por aquí Alastor: i dándome á entender, que todo el mundo estaba revuelto en guerra, que en ninguna manera bastaria mi barca para pasar tanta multitud de ánimas; me hizo comprar una galera, en que no solamente eché todo mi caudal; mas aun mucho dinero que me fué prestado. I agora, que la cosa está hecha, me dizen que la paz es ya concluida en España. I si esto, Mercurio, es verdad; serme ha forzado hazer banco roto.

MERCURIO. —¿Qué me darás de albricias, si te quito d' ese cuidado?

CARON. — Ya sabes, Mercurio, que cuanto yo tengo es tuyo: pide lo que quisieres.

MERCURIO. — Pues eres tan liberal; no quiero, sino que á todos los sacerdotes que hobieren vivido castos, hagas exemptos de pasaje.

CARON. — Poca cosa me pides.

MERCURIO. — ¿Eres contento?

CARON. — I aun recontento.

MERCURIO. — Pues, hágote saber, que hoi en este dia, los reyes de Francia é Inglaterra

han desafiado públicamente, con mucha solemnidad, al emperador.

CARON. — ¿Qué me dizes, Mercurio?

MERCURIO. — Esto que oyes, Caron.

CARON. — ¿Mándasme, que te crea?

MERCURIO. — Sí: i aun mas te quiero dezir, porque no pienses haber comprado tu galera en vano: que aun no sé, si te bastará para pasar tanta i pesada jente como verná.

CARON. — Díme por tu vida la causa; porque te acabe de creer.

MERCURIO. — Has de saber, que yo dejo toda la cristiandad en armas: i en sola Italia, cinco ejércitos, que por pura hambre habrán de combatir: tu amigo Alastor, solicitando al Papa, que no cumpla lo que ha prometido á los capitanes del emperador, que lo pusieron en su libertad; mas que en todo caso procure de vengarse. Allende d'esto, el vaiboda de Transilvania, no ha dejado la demanda del reino de Ungría. El rei de Polonia, haze jente para defenderse de los tártaros. El rei de Dinamarca, busca ayuda para cobrar su reino. Toda Alemaña está preñada de otro mayor tumulto que el pasado, á causa de la sec-

ta luterana, i de nuevas divisiones, que aun en ella se levantan. Los ingleses murmuran contra su rei porque se gobierna por un cardenal, i quiere dejar la reina su mujer, con quien ha vivido mas de veinte años; i mover guerra contra el emperador. El rei de França, tiene sus dos hijos mayores, presos en España. Los franceses pelados i trasquilados hasta la sangre, desean ver principio de alguna revuelta, para desechar de sí tan gran tiranía. ¿No te paresce, Caron, que habrás bien menester tu galea?

Caron. — La vida me has dado, Mercurio; nunca tú me sueles traer, sino buenas nuevas. Cómo, ¿no me dizes nada de España?

Mercurio. — No: porque sola esa provincia está en paz, i mantiene fuera de casa la guerra.

Caron. — ¿De dónde les vino á esos tanta felizidad.

Mercurio. — Tienen tal príncipe, qu'él es causa de toda su felizidad.

Caron. — ¿No habria modo para revolverlos?

Mercurio. — Con mucho trabajo i poco fruc-

to ha entendido en eso tu amigo Alastor.

Caron. — ¿Cómo?

Mercurio. — Bien has oido hablar de un teólogo que llaman Erasmo?

Caron. — I aun no pocas vezes he deseado que me veniese á las manos ese hombre, porque me dizen ser él, mui enemigo de la guerra; i que no cesa de exhortar á todos los hombres, que vivan en paz.

Mercurio. — Tal le aprovecha. Procuró, pues, tu amigo Alastor, que todos los frailes se levantasen contra él, diziendo que era hereje: porque sabia haber muchos, que se ponian en defenderlo, i pensaba sacar de aquí algun alboroto, con que desasosegase á toda España. Porque, así como so specie de relijion, se contienen los ánimos de los hombres en obedienzia i sosiego; así cuando en esta hai alguna division ó discordia, todo lo sacro i profano anda alborotado.

Caron. — ¡Oh, qué sabio consejo! Veamos, ¿i eso no hubo efecto?

Mercurio. — No: porque tienen los españoles por inquisidor jeneral, un don Alonso Manrrique, arzobispo de Sevilla, que bas-

taria su prudencia i bondad, para apaziguar cuantos scándalos en el mundo levantarse puedan.

Caron. —Luego, ¿ese arzobispo estorbó el buen consejo de mi amigo Alastor?

Mercurio. —No solamente lo estorbó, mas apaziguó la cosa de manera, que ya no queda memoria de contienda ni debate.

Caron. —Ojalá me veniese á las manos ese arzobispo, que yo le traeria al remo diez años en pena de su maleficio. Veamos, Mercurio: ¿no habria medio, para enviar alguna otra discordia?

Mercurio. —Eso, allá lo has de platicar con Alastor: que yo soi mas amigo de concordia.

Caron. —Díme, Mercurio; ese rei de França, que dizes haber desafiado al emperador; ¿es por ventura, un Francisco, primero d'este nombre, que fué preso en la batalla
IV. de Pavía, i llevado en España; i de allí, por el emperador, puesto en su libertad?

Mercurio. —Ese mismo.

Caron. —¿Es posible, que reine entre los hombres tanta maldad, que quiera agora ese rei, en lugar de dar gracias por el be-

neficio rescibido, mover guerra á aquel de quien lo rescibió?

MERCURIO. — ¿Quién te ha hecho, Caron, tan relijioso?

CARON. — No pienses que lo digo, porque de lo hecho me pese, que bien sé no me lo creerias: mas porque todos tenemos este don de natura, que así como un rei se huelga con la traicion hecha en su provecho, mas no con el traidor; así nosotros holgamos con una cosa mal hecha, si d' ella pensamos haber provecho, mas no con el que la haze.

MERCURIO. — Querria que dieses una vuelta por el mundo, i vieses de qué manera está, i el trato que anda entre los hombres, i verias cuán al revés está, de como tú te lo finjes.

CARON. — No me pesaria de verlo, si tuviese seguridad mui cierta, que no me harian quedar allá: mas, pues tú, Mercurio, lo has visto, bien me lo podrás contar.

MERCURIO. — ¿Ternás tanto espacio para escucharme?

CARON. — Guiará, entretanto, mi lugar teniente, la barca: i nosotros, sentados en este prado, podremos hablar, i á las vezes

reirnos, con algunas ánimas que vendrán á pasar.

Mercurio. — Soi contento: mas mira, Caron; si la barca se anega, no quiero que sea á mi costa.

Caron. — No seas, Mercurio, tan temeroso: i acaba ya de contarme eso que dizes, pues estamos de nuestro espacio.

Mercurio. — Tomóme el otro dia, un ferventísimo deseo de ver mui particularmente todas las tierras del mundo: i las leyes, usos i costumbres; ceremonias, relijiones i trajes de cada una d' ellas. I despues de todo ello, con los ojos, bien mirado; con el entendimiento considerado i comprehendido; no hallé en todo él, sino vanidad, maldad, afliccion i locura. Enojado conmigo mesmo, de ver en toda parte tanta corrupcion: con deseo de ver algun pueblo, que por razon natural viviese: acordándome de lo que Jesucristo instituyó, i habiendo visto aquellas sanctísimas leyes, que con tanto amor tan encomendadas les dejó; determiné de buscar aquellos que se llaman cristianos, pensando hallar en ellos, lo que en los otros no habia hallado. Informándome,

pues, de las señales con que Jesucristo quiso que los suyos fuesen entre todos los otros conoscidos; rodeé todo el mundo, sin poder hallar pueblos que aquellas señales tuviesen. A la fin, topando con tu amigo Alastor, i sabida la causa de mi peregrinacion; me dijo: « De pura compa-
» sion, te quiero desengañar, Mercurio. Si
» tu buscas ese pueblo, por las señales
» que Cristo les dejó, jamás lo hallarás.
» Por eso, si tanto deseo tienes de conos-
» cerlo; toma la doctrina cristiana en la
» mano, i despues de bien leida i consi-
» derada, acuérdate de todos los pueblos i
» provincias que has en la tierra andado;
» i aquellos, que viviendo con mas policía
» esterior que otros, viste vivir mas con-
» trarios á esta doctrina cristiana; sábete,
» que aquellos son, los que se llaman cris-
» tianos; i los que con tanto deseo tú
» andas buscando.» Como yo esto oí (aunque no diese entero crédito á las palabras de Alastor); todavía, por saber si era verdad, atiné hácia Europa, donde me acordé haber visto ciertas provincias, que, por la mayor parte, vivian derechamente

contra la doctrina cristiana. I llegado allá, por poderlo mejor comprehender, subíme á la primera spera: i desde allí comenzé á cotejar lo que veia en aquellos pueblos, con la doctrina cristiana. I hallé, que donde Cristo mandó no tener respeto, sino á las cosas celestiales, estaban comunmente capuzados en las terrenas. Donde Cristo mandó que en Él solo pusiesen toda su confianza; hallé, que unos la ponen en vestidos, otros en diferencias de manjares, otros en cuentas, otros en peregrinaciones, otros en candelas de cera, otros en edificar iglesias i monasterios, otros en hablar, otros en callar, otros en rezar, otros en disciplinarse, otros en ayunar, otros en andar descalzos. I, en todos ellos, ví apenas una centella de caridad. De manera, que mui poquitos eran, los que en solo Jesucristo tenian puesta su confianza. I donde Cristo mandó, que menospreciadas las riquezas d'este mundo, tengan solamente por fin enriquiescer con virtudes sus ánimas, vílos andar por el mundo robando, salteando, engañando, trafagando, trampeando, hambreando. I de

aquellas riquezas que Cristo les mandó menospreciar; i de aquellas que les mandó buscar; ví en ellos mui poco cuidado. V.
Hallaba en la doctrina cristiana ser verdadero sabio el que sabia abrazar la doctrina de Jesucristo; i ví que tenian por nescio al que á ella se allegaba; i por sabio al que d' ella se apartaba. Mas adelante, hallaba, ser aquel verdaderamente poderoso, que podia domar i sojuzgar sus apetitos i pasiones; i ví que no tenian por poderoso, sino al que podia hazer mucho mal; aunque por otra parte, de todos los vicios se dejase venzer. Hallaba ser bienaventurado, el que menospreciadas las cosas del mundo, todo su spíritu tiene puesto con Dios; i ví tener entre ellos por bienaventurado, al que allegando muchas cosas mundanas, ningun respeto tiene á Dios. Hallaba mandar Jesucristo, que no toviesen unos de otros envidia; i ví, que en ninguna parte, tanto como entre ellos, reina. Hallaba serles mandado, que á imitacion de los ánjeles, guardasen sus cuerpos mui limpios de la suziedad de la lujuria; i ví, que entre ellos, ningun jénero d' ella se deja

de ejercitar. Quiso Jesucristo, que no jurasen, mas que toviesen tanta sinceridad que con su simple palabra fuesen creidos: i veíalos á cada paso jurar, blasfemar, i renegar: i que tan poca verdad reina entre ellos, que ninguna cosa, aun con juramento, unos á otros se creen. Hallaba serles mandado, que menospreciasen toda ambicion i vanagloria; i veia los unos, tan hinchados con dignidades, que ni aun á sí mesmos conoscian; i los otros, tan ambiciosos de vanagloria, que ninguna maldad dejaban de poner por obra, por alcanzar una dignidad. En muchas partes hallaba reprehendidos, los que hazian diferencias de linajes, teniéndose en mas los unos que los otros; dando á entender ser verdadera nobleza solamente la que con virtud se alcanza; i, por el contrario, vileza, la que de vicios es poseida: i ví, entr'ellos, tantas diferencias, por venir unos de un linaje i otros de otro; que allende de las muertes, que á esta causa, á cada paso se cometen; es cosa estraña ver, cuán hinchado está entr'ellos el noble con su nobleza; i cuán sometidos i abatidos

los que no lo son. Quiso Jesucristo, que no se enojasen unos con otros, ni se dijesen malas palabras; mas que procurasen hazer bien á los que les hiziesen mal: i vílos, no solamente dezirse unos á otros injurias; mas matarse i lisiarse como brutos animales, i tener por mui grande afrenta no vengarse de la injuria recebida. Dízeles Jesucristo, que den sus limosnas secretamente, en manera, que no sepa la izquierda lo que da la derecha; i ellos, solamente hazen secreto, las malas obras dignas de castigo: i si dan alguna limosna, ó hazen alguna obra pia; luego, las armas pintadas, ó entalladas; i los letreros mui luengos, para que se sepa quién la hizo: mostrando hazerlo, no por amor de Dios, mas por respeto del mundo. Dízeles Cristo, que no daña al ánima lo que entra por la boca, mas los vicios que salen del corazon; i ellos, en el comer, mui supersticiosos, i en el pecar, tan largos i abundantes; que al que yerra en aquello, no tienen por cristiano; i al que se guarda d'esto otro, reputan por bestia, i es de todos menospreciado i escarnido. Cristo

loa la pobreza, i amenaza los ricos; i ellos huyen la pobreza como enemiga, i siguen i adoran las riquezas, prefiriéndolas á cualquiera otra cosa, i haziendo su Dios d'ellas. Reprehende Cristo á los que procuran los primeros asientos i lugares en las congregaciones; i ellos con tanta ambicion los buscan, que aun aquellos que se alaban de seguir la perfeccion cristiana, estan en continua discordia sobre sus precedencias, i aun muchas vezes se quiebran á esta causa las cabezas: cosa, por cierto, digna, que de unos sea reida, i de otros mui llorada. Quiso Jesucristo, que estuviesen tan apartados de tener pleitos, que si alguno, por justicia, les pidiese la capa, le diesen tambien el sayo, antes que pleitear con él; i en todo el mundo junto, ví tantos pleitos como entr' ellos: i ví, que por defender cada uno lo suyo, i aun por ocupar lo ajeno, tienen de contino no solamente pleitos, mas mui crueles guerras. I finalmente: los ví á todos tan ajenos de aquella paz i caridad que Jesucristo les encomendó, dejándosela por señal con que los suyos fuesen co-

noscidos; que en todo el mundo junto no hai tantas discordias, ni tan cruel guerra como en aquel rinconcillo que ellos ocupan. De manera, que cotejando en estas i en otras muchas cosas la doctrina cristiana con la vida de aquella jente; hallé, que aquellos debian ser, los que Alastor me habia dicho. I por mejor informarme, bajado á la tierra, pregunté ¿qué jente era aquella? i todos me dezian que eran cristia- VI.
nos. Cuando yo aquello oí, comenzé á dezir. ¡Oh, cristianos, cristianos! ¿Esta es la honrra que hazeis á Jesucristo? ¿Este es el galardon que le dais, por haber derramado su sangre por vosotros? ¿No teneis vergüenza de llamaros cristianos, viviendo peor que alárabes, i que brutos animales? ¿Así os quereis privar de la bienaventuranza, de que en este mundo i en el otro, siguiendo la doctrina cristiana, podríades gozar? ¿Este ejemplo dais de vosotros á todas las otras naciones? ¿Para qué quereis conquistar nuevos cristianos, si los habeis de hazer tales como vosotros? — Estas, i otras palabras, me verias dezir con tanto enojo, que parescia

arrancárseme las entrañas. Quise ver mas particularmente lo que hazian, i ví venir unos, tan hinchados con poco saber, otros con riquezas, otros con favores, i otros con falsa especie de sanctidad; que no estaban en dos dedos de hazerse adorar por dioses. I ví á otros, andar en hábitos de relijiosos: i que por tales, les hazian toda reverencia hasta el suelo: i aun les besaban la ropa por sanctos. I, como yo veia, lo que debajo de aquel hábito andaba encubierto; parescíame que representaba alguna farsa. Entré en los templos: i vílos, llenos de banderas, i de scudos, lanzas et yelmos: i pregunté, si eran templos dedicados á Marte, dios de las batallas: i respondiéronme, que no: sino á Jesucristo. Pues. ¿qué tiene que hazer (dezia yo) Jesucristo, con estas insignias militares? Ví asimesmo, tantos i tan sumptuosos sepulcros: i pregunté, si eran de sanctos: respondiéronme, que no: sino de hombres ricos. Salido fuera, ví enterrar un hombre fuera de la iglesia: i pregunté si era moro ó turco, pues no le enterraban en la iglesia como á los otros? dijé-

ronme que no: sino tan pobre; que no tuvo con qué comprar sepultura dentro de la iglesia. Pues, cómo (dezia yo); ¿al que mas dinero tiene, se haze mas honrra en la iglesia de Jesucristo? En otras iglesias veia tantos pies, manos, brazos, i niños, pintados en tablas, i hechos de cera: i en muchos d' ellos, cosas tan vergonzosas, [que] aun por las plazas, cuanto mas en los templos, no deberian ser admitidas. I pregunté, ¿qué era aquello? Dijéronme, que una imájen que allí estaba, hazia milagros. I, á la verdad, ninguno ví, que hobiese presentado cosa alguna, por haber [se (?)] librado de la sujecion de los vicios, i puesto en la libertad de las virtudes. Ví, que estaban muchos hombres i mujeres hincados de rodillas para recibir el cuerpo de Jesucristo, que tan gran bien en la tierra les quiso dejar; i quíseme juntar á recibirlo con ellos, i llegó un sacristan á pedirme dineros. I como no los tenia, le dije: i ¿así tambien vosotros, dais por dineros el cuerpo de Jesucristo? Salíme de allí jimiendo: i queriendo entrar en otro templo, hallélo cerrado: rogué

que me abriesen, i dijeron que estaba entredicho; i que no podia entrar, si no tenia bula. I sabido á dónde tomaban las bulas, fuí á tomar una, i pidiéronme dos reales por ella. ¿Cómo (digo yo), no deja Jesucristo entrar en sus templos, sino por dineros? Quisiéronme echar mano, diziendo, que blasfemaba. Yo escapéme fuyendo. Pregunté, cómo vivian los sacerdotes de Jesucristo; i mostráronme, unos, sentados al fuego con sus mancebas i hijos; i otros, revolviendo guerras i discordias, entre sus prójimos i hermanos. Entonces dije yo. I, cómo, ¿los ministros de Jesucristo, auctor de paz, andan revolviendo discordias? Pregunté dónde estaba la cabeza de la relijion cristiana; i sabido que en Roma: me fuí para allá: i como llegué; estuve tres dias atapadas las narizes, del incomportable hedor, que de aquella Roma salia: en tanta manera, que no pudiendo allí mas pararme; pasé en España: donde hallé hombres, que, de noche, andaban á matar ánimas por las calles, con deshonestísimas palabras. Fuíme á un reino, nuevamente por los cristianos con-

quistado; i diéronme d' ellos mil quejas, los nuevamente convertidos; diziendo, que d' ellos, habian aprendido á hurtar, á robar, á pleitear, i á trampear. Hobe compasion de los unos i de los otros: i harto de ver tanta ceguedad, tanta maldad, i tantas abominaciones: no quise mas morar entre tal jente: i maravillándome de los incomprehensibles juicios de Dios, que tales cosas sufre, me torné á ejercitar mi oficio. Todo esto te he querido dezir, porque de hoi mas no te maravilles, de cosa que oyeres dezir.

CARON. — Con tan elocuente compañero, no sentiria yo el trabajo de guiar la barca. Díme, Mercurio; ¿crees tú, que Jesucristo se huelga, que tal jente como esa, se llamen cristianos? VII.

MERCURIO. — Si se huelga ó no, allá se lo haya. Cuanto por mí: yo te prometo, que me ternia por mui afrentado, si se llamasen mercurianos.

CARON. — Lo mesmo me haria yo: i aun los castigaria mui bien, si no queriendo seguir mi doctrina, se quisiesen honrrar con mi nombre.

Mercurio. — Así me paresce que haze agora Jesucristo,

Caron. — ¿De manera, que no esperas ver el fin de los males que padecen, hasta que se hayan enmendado?

Mercurio. — En ninguna manera lo espero.

Caron. — Con razon. Ven acá, Mercurio: entre tanta multitud de cristianos, ¿no hallaste alguno que de veras siguiese la doctrina cristiana?

Mercurio. — Hallé tan pocos, que me olvidaba de hazer mencion d' ellos. Pero esos que hai, dígote de verdad, que es la mas excelente cosa del mundo, ver, con cuánta alegría, i con cuánto contentamiento viven entre los otros: tanto, que me detuve algunos dias conversando con ellos; i me parecia conversar entre los ánjeles. Mas, como los cuitados, por la mayor parte, son en diversas maneras perseguidos; no osan parescer entre los otros, ni declarar las verdades que Dios les ha manifestado. Mas por eso, no dejan de rogar continuamente á Jesucristo, que aparte del mundo tanta ceguedad: viviendo siempre con mas alegría, cuando mas cerca de sí ven la

persecucion? ¿Has oido, lo que los filósofos disputan, de las virtudes de la ánima?

CARON. —Muchas vezes.

MERCURIO. —¿No te parece cosa imposible, que algun hombre pudiese alcanzar aquella perficion?

CARON. —I aun mas que imposible.

MERCURIO. —Pues si vieses, de la manera que estos, que te digo, viven; conoscerias haber muchas imperficiones en la doctrina de esos filósofos, que á tí te parece tan dificultosa de seguir, comparada á la vida d' estos.

CARON. — Espantado me has con eso. Yo te prometo de informarme nui bien de la primera ánima que viere subir por la montaña, de cómo habrá vivido: i agora, pues tan complidamente me has eso contado, i tenemos bien proveida la barca, no se te haga de mal, contarme lo que entre ese emperador, i reyes de Francia et Inglaterra ha pasado.

MERCURIO. —De buena voluntad lo haré; porque en este camino, yo me he mui bien de todo informado: mas no querria que los juezes me estuviesen esperando.

Caron. — D' eso, seguro puedes estar, que hoi vacaciones tienen.

Mercurio. — Pues que así es, está atento. I, porque mejor me entiendas, de mui lejos quiero comenzar. — Has de saber, que muerto un rei de España llamado Fernando, que para sí i sus sucesores ganó nombre de *Católico*, porque este fué el que acabó de echar los moros de España, que la ocuparon i señorearon por muchos tiempos; sucedió en todos aquellos reinos de España, un Cárlos, su nieto, que agora es emperador. I como al tiempo de su sucesion hallase guerra entre su predecesor, i este rei de Francia; no queriendo comenzar á reinar con guerra, hizo con él paz. I teniendo mas respecto al bien público, que á su particular provecho, se obligó á ciertas cosas, á que en ninguna manera era obligado: queriendo mas, desigual paz, que justa guerra. Murió, en este medio, el emperador Maximiliano su agüelo: i levantóse competencia entre él, i el rei de Francia, sobre cuál d' ellos seria elejido por emperador. Venzieron á la fin, la bondad i virtudes d' este don Cárlos rei de España, á

la solicitud i dádivas del rei de Francia: de manera, que, de comun consentimiento, todos los electores del imperio (estando él en España) lo elijieron por emperador: de que el rei de Francia quedó mui corrido, i con inicuo ánimo, buscaba oportunidad para hazerle mal. I despues que muchas revueltas hobo tramado; á la fin, estando este emperador en Alemaña, entendiendo en la gobernacion del imperio, viendo el rei de Francia revuelta á España, por la absencia de su príncipe; parecióle tener buena ocasion para ejecutar su mal propósito; i determinado de mover guerra contra el emperador, que en vano trabajaba de evitarla; no pudiendo bastar justificaciones ni ofrecimientos para apartarle de tan pernicioso proposito; á la fin, envió un ejército en España, i hallándola desproveida de defensas, i mui ocupada de guerras civiles; fácilmente conquistó el reino de Navarra, i aun entrando en Castilla, combatió la ciudad de Logroño. Mas los españoles, que al tiempo de necesidad, á sus príncipes i señores naturales jamás faltaron; dejadas las armas civiles, se juntaron á resistir el ím- VIII.

petu de los franceses; i sin esperar á ser por su rei requeridos; les dieron la batalla, i los desbarataron, et hizieron volver huyendo á sus tierras. I aquí comenzó Dios á declarar al mundo, la justicia qu' este príncipe tenia, dándole una tan impensada victoria. Mas tampoco bastó esto, para qu' el rei de Francia, se quisiese desistir de la guerra. Cuando esto vió el papa Leon décimo, conosciendo, por una parte, la justicia del emperador; i por otra la malicia del rei de Francia; declaróse por su enemigo en favor del emperador, i juntó sus ejércitos en Italia. Ese mismo año, echaron los franceses del estado de Milan que tiránicamente le tenian ocupado; restituyendo en él, al duque Francisco María Esforcia: i á un mismo tiempo, se rendió al emperador la ciudad de Tornai, que de mucho tiempo antes, franceses tenian ocupada.....

Caron. — No te pese, Mercurio, si alguna vez, por ser mejor informado, te quisiere algo preguntar. Veamos; ¿qué tenia que hazer el emperador, en echar los franceses de Italia?

Mercurio.— El estado de Milan es feudo del imperio, i toca al emperador proveer, no solamente que lo posea el que por derecho lo debe poseer; mas que los súbditos d' él, sean bien tratados. Habia, pues, tiránicamente el rei de Francia, ocupado aquel Estado, i los súbditos d' él eran por los franceses mal tratados: i era obligado el emperador, á quitarlo, de las manos del violento ocupador, librando el pueblo de la tiranía que padecia.

Caron.—I, veamos: ¿ pertenecia á ese duque Francisco Esforcia, que has nombrado, ese estado de Milan?

Mercurio. — Á la verdad, mas derecho tenia á él, el mesmo emperador; así por ser feudo que llaman *commiso*, como por tener d' él investidura concedida por el emperador Maximiliano, con consentimiento del rei de Franza.

Caron.— Agora te quiero hazer dos preguntas: la una, que pues ese Estado pertenecia al emperador; ¿ por qué él no lo tomaba para sí? I la otra será: que pues era el emperador obligado á echar del Estado, á los franceses que tiránicamente lo po-

seian; ¿por qué no lo habia hecho antes?

MERCURIO. — Mira, Caron: las leyes, i los príncipes i señores, fueron ordenados para provecho del pueblo: i el buen príncipe, no ha de mirar solamente á lo que la lei manda, ni á lo que el derecho ordena; sino á la intencion de los que las leyes ordenaron: que es el bien del pueblo. I si ve, que de seguir el derecho, ó ejecutar la lei, verná mas danno al pueblo, que de disimularlo; débelo disimular, hasta que vea tiempo, cómo sin danno del pueblo, lo pueda mejor hacer. Viendo pues el emperador, ser menor mal, que los milaneses padeciesen lo que padecian; que no, el que de escitar nueva guerra se podria seguir; dilató aquello, hasta que le vino esta oportunidad, para librarlos de aquella tiranía: i librados, aunque pudiera él quedarse con aquel estado; conosciendo, cumplir mas al sosiego de Italia, i bien de los milaneses, darles un duque de quien fuesen gobernados, que tomarlo para sí, posponiendo su interesse particular, al bien universal: lo dió al duque Francisco Esforcia.

CARON. — Digote, que nunca ví tanta virtud en un príncipe. Cuanto que, si muchos d'esos hobiese, bien me podria asentar cabe mi ganancia.

MERCURIO. — No hayas miedo; que yo te prometo, que d' ellos hai tanta falta como de moscas blancas. El anno siguiente, tornaron los franceses en Italia, pensando cobrar lo perdido: i no solamente perdieron parte de su ejército en la Bicoca, i se volvieron vergonzosamente; mas tambien perdieron á Jénova, con todo lo que de mas les quedaba en Italia.

CARON. — I d' esa Jénova, ¿qué hizo el emperador, tomóla para sí?

MERCURIO. — Antes la puso en su libertad segund sus fueros i costumbres; i quedaron al gobierno d' ella los Adornos: porque conosciesen todos, que no se movia á echar los franceses de Italia, por ambicion, ni hambre de señorear; mas solamente, por lo que debia á la justicia.

CARON. — Digote, que esa fué una virtud mui grande.

MERCURIO. — Dizes la verdad, segund lo que agora se usa en el mundo, pues, ese mes-

mo anno, estando el emperador en sus señoríos de la baja Alemaña; determinó de pasarse en España, por acabar de asosegar los ánimos de los españoles, que por su absencia habian andado alborotados: i por estar allí, como en fortaleza, para defenderse de sus enemigos.

Caron. — ¿A qué llamas baja Alemaña?

Mercurio. — Flandes, Brabante, Holanda, Gelanda, Arthoes, Namur, Henao: i otras tierras, que tambien llaman Galia Béljica.

Caron. — Ya lo entiendo.

IX. Mercurio. — Determinado pues el emperador de volverse á España; venido en Inglaterra, como tenia concertado; el rei le hizo mucha honrra, i mui gran recebimiento en aquel su reino, i concertó de darle su hija por mujer, i se declaró por enemigo del rei de Francia: con que el emperador le prometió pagarle ciento i treinta mil escudos, que le daba el rei de Francia cada año; hasta que hobiese ganado equivalente recompensa en Francia, con que se tornase á concertar con el mesmo rei de Francia.

Caron. — Rézia obligacion fué esa.

Mercurio. — Dizes verdad: pero convenia al

emperador hazerla, porque si él no ganara de su parte aquel rei de Inglaterra; pudiérasele concertar con el rei de Francia, i el daño fuera mayor. Estaba tambien el emperador en Inglaterra, i por fuerza habia de hazer lo que los ingleses querian: i aun con todo esto, creo que no se obligára como se obligó, si el cardenal de Inglaterra no le dijera, que aquello no se hazia con intencion, que él hobiese de pagar aquellos dineros; mas, porque los del consejo del rei, i todo el reino, viesen, cómo ningun daño recibia el rei, en declararse por enemigo del rei de Francia.

Caron. — Aosadas, que d'esas palabras, nunca yo me fiára.

Mercurio.—Piensa el ladron, que todos han su corazon. Mas, mira no se te olvide ese paso, porque lo habrás menester para despues.

Caron. — Soi contento. Pero, mira tambien tú, aquella ánima, con cuánta soberbia viene. Algun sátrapa debe ser: vamos á hablarla, que luego tornarémos á nuestra plática. Díme, ánima pecadora, ¿quién eres?

Ánima. — De los mas nombrados predicadores, que hobo en mis dias. Nunca me pu-

se á predicar, que la iglesia no estuviese llena de jente.

Caron. —¿Qué arte tenias para eso?

Ánima. —Finjía en público sanctidad, por ganar crédito con el pueblo; i cuando subia en el púlpito, procuraba de enderezar mis reprehensiones, de manera que no tocasen á los que estaban presentes: porque, como sabes, ninguno huelga, que le digan las verdades.

Caron. —D'esa manera, no aprovechaba tu sermon, sino para que el malo perseverase con mayor obstinacion en sus vicios.

Ánima. —Ni aun yo queria otra cosa.

Caron. —¿Por qué?

Ánima. —Mira, hermano. Si yo les dijera las verdades; quizá se quisieran convertir, i vivir como cristianos: i fuera menester que de pura vergüenza hiziera yo otro tanto: i d'esto me queria yo bien guardar.

Caron. —De manera, que so color de predicar Jesucristo, predicabas Satanás.

Ánima. —Yo no sé, qué cosa es, predicar Jesucristo: ni jamás aprendí otra arte sino esta: i con ella he vivido mas á mi sabor que un Papa.

Caron. — Pues, paga el pasaje: que allá te mostrarán, á qué sabor has de vivir de aquí adelante.

Ánima. — ¡Yo, pasaje! Como si no supieses tú, que los frailes somos exemptos.

Caron. — Exemios vosotros, cuanto quisiéredes, en el mundo: que aquí, ó me pagarás; ó me dejarás el hábito.

Ánima. — ¿El hábito? De mui buena voluntad. ¡Ojalá, me lo hobieras quitado en el mundo!

Caron. — ¿Pesábate de traerlo?

Ánima. — Así, burlando.

Caron. — ¿Por qué?

Ánima. — ¿Piensas que es poco trabajo, haber todavía de finjir sanctidad, contra su voluntad?

Caron. — Agora serás quito de ese trabajo. ¿Qué te pareze, Mercurio? Agora no me maravillo, que vivan tan mal los cristianos, pues tienen tales predicadores. Díme: ¿hai muchos semejantes á este?

Mercurio. — Mas, que seria menester.

Caron. — Acá les mostrarémos, cómo han de predicar. I tú, prosigue adelante.

Mercurio. — Venido el emperador en España, usó de una gran liberalidad i clemencia,

perdonando á todos los que en su absencia, por falsas relaciones, contra su autoridad real, se habian levantado: exceto algunos, cuyos delictos fuera crueldad dejar sin castigo. El año siguiente, el rei de Francia tornó á enviar nuevo ejército en Italia, pensando cobrar aquel estado de Milan. I despues de haber *tardado* el dicho ejército, en Italia, ocho meses; fué otra vez, por el mes de mayo del año siguiente, echado de Italia. I el ejército del emperador, siguiendo la victoria, entró en Francia; i tomó muchos lugares de la provincia de los romanos, que agora llaman Proenza: i estando sobre Marsella; el rei de Francia, so color de la necesidad que tenia de defender el reino; sacó mucho dinero de sus súbditos; i ayuntado un poderoso ejército, dejando el del emperador en su tierra; él mesmo en persona, tomó la via de Italia, pensando cobrar el ducado de Milan, que á la sazon, de jente estaba desproveido.

Caron. — ¿Es posible, Mercurio, que haya tanta locura entre los hombres, que con
X. peligro de muerte, i tantos trabajos, vayan buscando una cosa, que aun rogán-

doles con ella, si fuesen discretos, no la habrian de querer aceptar? ¿Qué cosa es mas miserable, ni mas trabajosa hai en el mundo, que reinar? Déjame un poco, Mercurio, filosofar contigo. ¿Puede ser mayor miseria, que estar un hombre en lugar donde ha de temer á todos, tener sospecha de todos; i donde, si es bueno, es de los malos, que son la mayor parte, aborrecido; i si es malo, buenos i malos lo querrian ver muerto? Pues aquella congoja, aquel desasosiego, aquel ser de todos importunado, por una parte i por otra; *dáme*, *dáme*, *dáme*! Si dá, llámanle pródigo: i si no dá, dízenle que no es digno de ser Rei. Pues, si al libre llamamos bienaventurado, ¿qué mayor sujecion que la del Príncipe, que á tanta jente, i de tantas i tan diversas condiciones, él solo ha de contentar? ¿Qué mayor sujecion, que andar siempre cercado de jente: i en ninguna cosa poder vivir á su voluntad? ¿I que sobre todo esto, anden los hombres tan hambrientos por reinar? ¿I que este Rei, de quien me hablas, pudiendo vivir pazíficamente en su reino, se

vaya agora á conquistar los estraños, con tantos trabajos de su persona i vida? Que, del ánima, segun lo que me has contado, poca cuenta debe de hazer. ¿Cuánto mas bienaventurado es el labrador, que dando su tributo al Rei, porque lo mantenga en justicia, vive á su plazer, sin ser notado de alguno? ¿Cuánto mas á su sabor come i duerme el que de sola su casa tiene cuidado; que aquellos que en administrar reinos i señorios, ponen su felizidad? Verdaderamente, ó Mercurio; ó en el mundo no hai medicina contra la locura, ó no debe aun, por los hombres, ser conoscida: teniendo d' ella tanta abundancia como tienen.

Mercurio. — Cata, que me has espantado, Caron: ¿i quién te vezó tanta filosofía?

Caron. — Parte me ha vezado la razon natural, i parte aprendí de Sócrates.

Mercurio. — Tú, ¿de Sócrates? ¿i cuándo?

Caron. — Pasando en mi barca, iba mareado: i revesó tanta filosofía, que nos cupo d' ella parte, á todos los que íbamos en la barca: et yo, como el mas principal, tomé la mejor: i téngola bien guardada. Pe

ro, dejemos ya la filosofía: i tú, prosigue tu historia.

Mercurio. — Pasado el Rei de Francia en Italia, fué forzado el ejército del Emperador, que estaba en Francia, á volverse, como se volvió, con gran dilijencia, en Italia. No embargante esto, el Rei de Francia ocupó brevemente mucha parte del estado de Milan, con la principal ciudad d' él.

Caron. — En estas idas i venidas que hazian los unos i los otros, quién cree, que el pobre pueblo no padecia

Mercurio. — Ya tú lo puedes bien pensar.

Caron. — Quiérote, pues, poner una cuestion, Mercurio. Los Príncipes, ¿para qué fueron instituidos?

Mercurio. — Para bien i provecho de la república.

Caron. — ¿Pues, qué razon hai, para que con tanto daño de la república, anden los hombres riñendo sobre quién gobernará este reino ó el otro? Claro está, que los que tienen respecto á hazer en su reino solamente aquello para que fueron instituidos; que no querrian serles causa de tanto mal, como de la guerra se sigue.

MERCURIO. —Nunca ví tan sabio barquero. Díme, tú, si sabrás sanar la locura de los hombres: i luego te daré yo eso remediado.

CARON. —¿Remediado, Mercurio? Ese remedio, daño, i no pequeño, seria para mí: porque si los hombres toviesen sola una gota de entendimiento; por maravilla vernia alguno á pasar por mi barca.

MERCURIO. — Estuvo, pues, muchos dias con tan gran triunfo el Rei de Francia en Italia; que cuasi todos los amigos i confederados del Emperador, le dejaron, i se pasaron á la parte del Rei.

CARON. — Deben esos andar á viva quien venze.

MERCURIO. — A ratos: como ya en toda parte se usa.

CARON. — I, ¿cuentas, tambien, entre esos, al Papa, que llaman *Vicario de Jesucristo*?

MERCURIO. — En los primeros.

CARON. — Yo no te entiendo. ¿Tú, no me dijiste agora, poco há, que el Papa se declaró contra el Rei de Francia, en favor del Emperador?

MERCURIO. — Sí, que te lo dije.

Caron. — Pues, ¿cómo es posible, que se mostrase agora contra el Emperador, en favor del Rei de Francia?

Mercurio. — Si te acuerdas bien de lo que al principio te dije, del mal vivir de los cristianos; no te maravillarias d' eso. Cuanto mas, que el que se declaró por el Emperador, era el Papa Leon décimo: i este es otro que llaman, Papa Clemente VII, que sucedió á Adriano VI, maestro del Emperador.

Caron. — Agora te entiendo mejor: aunque, por dezirte la verdad, poco menos feo me parece lo uno que lo otro.

Mercurio. — Pues, ¿qué dirias, si supieses lo que el Emperador por este Pontífice habia hecho.

Caron. — No es cosa nueva, que los romanos Pontífices se muestren ingratos á los que son causa de ponerlos en aquella dignidad. XI.

Mercurio. — Dizes mui gran verdad: i aun es mui bien empleado, que acaezca eso, á los que tienen mas respecto á sus propósitos, é interese particular; que al servicio de Dios, i bien universal, en la creacion del supremo Pastor de la Iglesia.

Caron. — Pues, tornando á nuestro propósito: qué! ¿tambien el Papa se juntó con el Rei de Francia, contra el Emperador?

Mercurio. — Así es: mas poco les aprovechó: porque los capitanes del Emperador, se dieron tan buena maña; que ayuntando su ejército, vinieron á buscar el Rei de Francia, que estaba con el suyo sobre la ciudad de Pavía; i le dieron jentilmente la batalla, el dia de sancto Mathia, año de MDXXV; i prendieron al Rei, i á los principales capitanes i señores, que con-él iban.

Caron. — Así, así; d' esa manera los castigan en mi tierra. ¿Quiéresme dejar aquí un poco filosofar, Mercurio?

Mercurio. — No me perturbes agora. Vieras venir luego, de todas partes, al Emperador: unos, escusando sus faltas; i otros, habiéndolo deservido, dándole á entender que le habian servido. Franceses, se temian, que el emperador mandaria pasar su ejército en Francia: Venecianos, que lo enviaria sobre sus tierras; el Papa, que á lo menos le querria quitar las ciudades de Parma i Plazencia, que, por su consen-

timiento tenia en el estado de Milan; i que despues, si se le antojase, haria otro tanto de todo el patrimonio de san Pedro.

CARON. — ¿A qué llamas patrimonio de san Pedro?

MERCURIO. — A todas las ciudades, villas, i lugares, que poseen los romanos Pontífices, llaman patrimonio de san Pedro.

CARON. — Esa, te digo yo, Mercurio, que es una jentil invencion. Yo me acuerdo, de ver subir por aquella montaña un Pedro, que dezia*, haber sido Vicario de Jesucristo; i me dijo: que no solamente no tuvo patrimonio en el mundo; mas, que para ser Vicario de Cristo, fué menester, que dejase esa miseria que tenia. Agora, ¿dizesme tú, que tiene tan gran patrimonio?

MERCURIO. — ¡Buena memoria tienes! Pero mira, Caron; ¿qué sabes tú, si estonces convenia, que san Pedro dejase lo que tenia; i agora conviene que sus sucesores tomen á los otros lo que tienen?

* Esta es una equivocacion de Caron, porque seguramente, san Pedro no se llamaria *Vicario de Jesucristo.*

CARON. — ¿Quieres que te diga la verdad, Mercurio? Así como yo me huelgo, que ellos lo hagan como tú me dizes; así me parece, que convernia á ellos, i á todos, que hiziesen lo contrario.

MERCURIO. — ¿De barquero, te nos quieres tornar consejero? Calla, pues, si quieres que prosiga mi historia.

CARON. — Soi contento: pero, veamos primero, lo que quiere dezir esta ánima, que no va á pasar con las otras.

ÁNIMA. — ¿Cómo, Caron: tanta soberbia has cobrado, que has menester un lugar-teniente para tu barca? ¿De cuando acá te vino?

CARON. — ¿Eres tú, por dicha, Procurador de los embargos?

ÁNIMA. — ¿A qué llamas Procurador de los embargos? Yo he sido, mas de treinta años, uno de los principales del consejo de un Rei mui poderoso: i tenia muchas Tierras que gobernaba.

CARON. — Mal podias gobernar á los otros, si no supiste gobernar á tí.

ÁNIMA. — ¿Cómo, no?

CARON. — Porque si bien te gobernáras, no vinieras al infierno.

Ánima. — ¿Cómo: que no viniera al infierno? ¿parécete que venir aquí, es venir al infierno?

Caron. — A la fé, hermano: si te piensas otra cosa, estás mui engañado.

Ánima. — ¡Oh, desventurado de mí! qué! ¿al infierno tengo de ir?

Caron. — D'esto, ninguna dubda tengas.

Ánima. — Apena te puedo creer.

Caron. — ¿Por qué?

Ánima. — Cata, que yo era cristiano: i recebí, siendo niño, el baptismo; i despues la confirmacion. Confesábame i comulgábame tres ó cuatro vezes en el año: guardaba todas las fiestas: ayunaba todos los dias que manda la Iglesia, i aun otros muchos por mi devocion: i las vijilias de nuestra Señora, á pan i agua: oia cada dia mi misa, i hazia dezir muchas á mi costa. Rezaba ordinariamente las horas canónicas, i otras muchas devociones: fuí muchas vezes en romería, i tuve muchas novenas en Casas de gran devocion: rezaba en las cuentas que bendijo el Papa Hadriano: daba limosnas á pobres; casé muchas huérfanas: edifiqué tres monesterios, i hize infinitas otras buenas

obras. Allende d'esto, tomé una bula del Papa, en que me absolvia *á culpa i á pena, in articulo mortis:* traia siempre un hábito de la Merced. Al tiempo de mi muerte, tomé una candela en là mano, de las del Papa Hadriano. Enterréme en hábito de sant
XII. Francisco: allende de infinitas mandas pias, que en mi testamento dejé. I, que con todo esto, ¿ haya yo agora de venir al infierno? Aina, me harias perder la paciencia.

Mercurio. — Mira, hermano: tú has contado muchas cosas buenas: mas, á mi ver, sabías d'ellas mal usar: teniendo mas respecto á cumplir con tu voluntad; que ni con la de Dios, ni con tu oficio. Bueno es guardar las fiestas, pero no las guarda el que se quiere estar ocioso, dejando de despachar los negocios que tiene á cargo: no teniendo respecto á lo que gastan i pierden aquellos á quien haze esperar, por no despacharlos el dia de fiesta. ¿No sabes, que haziendo bien al prójimo, no se rompe la fiesta? Bien era, ayunar como se acostumbra; i mejor, ayunar á pan i agua: pero. si á causa del ayuno, te venia alguna mala disposicion, que causaba dilacion en los

nogocios que tenias á cargo; dígote de verdad, que pecabas, donde pensabas merezer. Bueno esoir misa, bueno rezar las horas canónicas: pero, si mientra oias tu misa, i rezabas tus horas, dejabas de ir i despachar, los que habian de negociar contigo; i eras causa, que se comiesen sus capas en el meson; dígote de verdad, que te valiera mas no oir misa, ni rezar. Sino, díme, por tu fé; ¿tenias siempre tiempo de oir los negociantes?

Ánima. — Muchas vezes me faltaba.

Mercurio. — Pues, ves ahí: ¿no valiera mas, que mientra ensartabas aquellos salmos, que tú no entendias, oyeras i despacharas los negocios que tenias á cargo?

Ánima. — ¿No querias que rezase?

Mercurio. — Cuando hobieras cumplido lo que eras por razon de tu oficio obligado; bien era, que te pusieses en oracion á Dios, demandándole gracia; paraque á servicio suyo, i bien de la república; pudieses ejercitar tu oficio. Mira, hermano: no hai oracion mas grata á Dios, que cumplir su voluntad: i sabiendo tú, ser ella, que se haga bien al prójimo; ¿pensabas servirlo, re—

zando con daño del prójimo? Por cierto, ¡mui jentil oracion era la tuya!

ÁNIMA. — Cuanto, que si á eso va: los mas de los que tienen oficios públicos, caen en ese pecado.

MERCURIO. — Pues, créeme tú á mí: que los que en él cayeren, con él se vernán al infierno. Si tanto les agrada la oracion (aunque no sé, si se puede llamar oracion, el ensartar salmos como lo hazeis), no se ocupen en la administracion de la república. Dizes, despues; que auduviste muchas romerías, i toviste muchas novenas, i entretanto, dejarias los pobres negociantes desesperados, esperando tu vuelta. Dígote de verdad, que con esas tales romerías i novenas, ofendias mui reziamente á Dios. Cuentas, que edificaste monesterios, i diste muchas limosnas á pobres, i que casaste muchas huérfanas. Veamos, ¿de dónde tenias dinero para ello?

ÁNIMA. — De mis rentas.

MERCURIO. — I estas rentas ¿cómo las hobiste?

ÁNIMA. — Parte, me dió el Príncipe á quien servia; i parte, me allegué yo.

MERCURIO. — ¿Pedías selo tú al Príncipe, ó dábatelo de su voluntad?

Ánima. — ¡Bueno estaba yo, si hobiera de esperar á que él me lo diera! á la fé, pediaselo yo. I, aun si no bastaba pedírselo; importunábalo por ello; allende otras granjerías, que tenia para sacárselo.

Mercurio. — ¿Qué granjerías?

Ánima. — Procuraba de andar siempre á su voluntad, i nunca dezirle cosa que le pesase. Si él dezia algo en consejo, aunque fuese mui malo: dezia yo, que era lo mejor del mundo: i como yo tenia opinion de sanctidad, los otros no osaban contradezirme; especialmente, siendo el Príncipe de mi parte. Con esto, hazia dos cosas: ganaba la gracia i amor del Príncipe, i mucha reputacion con el vulgo.

Mercurio. — ¿Tú no veias, que eso era contra Dios: dezir bien de lo malo, i mal de lo bueno? ¿Nunca leiste—*veh! qui dicitis, bonum malum, et malum bonum?*

Ánima. — Bien lo veia. Pero dezian, que era mui jentil arte para medrar i ganar honrra en el mundo: i que la ofensa que en ello se hazia á Dios, con los ayunos, limosnas, misas, oraciones, novenas, i peregrinaciones, se recompensaba.

MERCURIO. — ¿Quién te dezia eso?

ÁNIMA. — Mis confesores.

CARON. — ¿Dábasles algo?

ÁNIMA. — No, de mi hacienda: pero haziales haber buenas dignidades, i aun obispados.

MERCURIO. — I aun por eso, procuraban ellos de contentarte. Veamos: i para allegar lo que tú mismo dizes, ¿qué arte tenias?

ÁNIMA. — De muchas maneras se allega, que serian largas de contar. Cuando la consciencia abre la boca, no falta por donde las riquezas entran: especialmente en los que estan cabe los Príncipes.

MERCURIO. — Pues, veamos: ¿querias tú hazer servicio á Dios con lo que ganabas con su ofensa? ¿No sabes, que el que sirve á
XIII. Dios con bienes mal ganados, es como el que sacrifica al hijo en presencia de su padre?

ÁNIMA. — ¿Qué sé yo? A la fé, ni en las confesiones, ni en los sermones, no dezian nada de eso.

MERCURIO. — De manera, que procurando de agradaros, os envian al infierno. Díme: ¿cuando estabas enfermo, pesábate mucho de morirte?

ÁNIMA. — ¿Pues no me habia de pesar?

Mercurio. Si tú te acordaras, que aquel cuerpo no era sino una cárcel en que estabas preso; i que no eras morador, sino caminante en aquel mundo; no solamente no te pesara; mas holgaras de salir d' él. ¿No has leido de David, que se quejaba porque vivia tanto, diziendo: *heu mihi, quia incolatus meus prolongatus est:* i sant Pablo: *infœlix ego homo! quis me liberabit de carcere mortis hujus?* i otra vez: *cupio dissolvi et esse cum Christo?* Mas como tú, no tenias respecto, á mas de aquella vida; i quizá dubdabas si habia otra; i para aquella enderezabas todas tus cosas; i por satisfacer al mundo hazias tus buenas obras; no me maravillo, que se te hiziese de mal dejarlo.

Ánima. — El diablo te lo dijo. Mas, veamos: ¿i la bula del Papa Hadriano, no me ha de aprovechar?

Mercurio. — Sé que la bula del Papa, no era sino contra las penas del purgatorio, i tú agora vienes al infierno.

Ánima. — ¿I el habitico de la Merced, que traia?

Mercurio. — Si como lo traias al cuello, por de fuera, lo trajeras dentro en tu ánima,

aprovechárate: pero, ¿de qué sirve traerlo sobre el cuerpo, no teniendo alguna señal d' él, en el ánima?

ÁNIMA.—¿I los paternostres, i avemarías, que rezé en las cuentas del Papa Hadriano?

MERCURIO.—¿Cómo quieres tú que te dé Dios premio, porque le pidas una cosa, si procuras con tus obras lo contrario á ella? Pides á Dios, que se cumpla su voluntad en la tierra, como se cumple en el cielo; i tú, en todas tus obras, vas contra la voluntad de Dios. Pídesle, que te perdone tus pecados, como tú perdonas á los que te ofenden; i, nunca perdonándolos tú á ellos, quieres que te perdone Dios á tí. ¿I despues quieres, que la vírjen María ruegue por tí, ofendiendo tu continuamente á su Hijo?

ÁNIMA.—Luego, ninguna gracia da allí el Papa.

MERCURIO.—Sí dá, á los que procuran con obras, cuanto en ellos es, que se haga aquello que demandan á Dios.

ÁNIMA.—¿No seria razon, que nos dijesen eso?

MERCURIO.—Sí por cierto: pero harto ciego está el que no lo conosce.

Anima. — ¿I la candela del Papa Hadriano, que me pusieron en la mano cuando me quise morir?

Mercurio. — ¿Cómo querias tú, que te aprovechase, muriendo sin arrepentimiento de tus pecados, i con intencion de tornar á ellos?

Anima. — ¿I el hábito de sant Francisco, en que me mandé enterrar?

Mercurio. — Ven acá: ¿conoscerias tú una raposa, en hábito de hermitaño? ¿I piensas que Dios no conosce un ruin, aunque venga en hábito de bueno? Si tú vivieras como san Francisco, aunque no murieras en su hábito, te diera Dios el premio que dió á san Francisco: mas viviendo tú, contrario á la vida de san Francisco; porque al tiempo de tu muerte, te vestieses su hábito; ¿pensabas salvarte con san Francisco? Jentil necedad era la tuya.

Anima. — Pues,* dizen, que ninguno puede ir al infierno con el hábito de san Francisco?

Mercurio. — Dizen la verdad: que el hábito,

* Ó falta aquí *no;* ó sobra la interrogacion final.

allá en la sepoltura se queda: mas, por eso, el ánima no deja de venirse al infierno.

ÁNIMA. —¿I los trentanarios, oficios, misas, i limosnas, que se han de dezir i hazer por mí; tampoco me han de aprovechar?

MERCURIO. —A los clérigos, aprovecharán los dineros que para ello dejaste: que á tí, poco fructo pueden hazer acá, viniendo como vienes al infierno.

ÁNIMA. —Pues, haz tú agora una cosa, por amor de mí. Déjame tornar al mundo: para que, siquiera, me vengue de aquellos que así me tuvieron engañado.

ÁNIMA. —Tarde acordaste. Antes, habrás de estar aquí penando, hasta que tu cuerpo sea enterrado.

ÁNIMA. — ¿Por qué?

MERCURIO. —Porque ninguna ánima puede pasar en mi barca, cuyo cuerpo no fuere enterrado: i tú, toviste del tuyo tanto cuidado, que muriendo en Chipre, lo mandaste enterrar en Carmona: como si la tierra de Chipre no fuera tan buena, para consumir un cuerpo, como la de Carmona.

ÁNIMA. —¿No querias que me enterrase en mi Capilla, habiendo gastado una infinidad

de dineros en la sepoltura que allí tenia fecha?

MERCURIO. — Por cierto, mejor fuera, que tovieras cuidado de ganar el cielo; que de la tierra que habia de consumir tu cuerpo. Anda pues, agora, malaventurada de tí! XIV.
que acá, serás para siempre atormentada. I tú, Caron, mira, si quieres que prosiga mi historia.

CARON. — Prosigue.

MERCURIO. — Luego que el Papa supo la rota i prision del rei de Francia; hizo liga con el Emperador.....

CARON. — Cata, que no me dizes, lo que el Emperador hizo, cuando le llegó una tan gran nueva, como fué la victoria de Pavía.

MERCURIO. — Estaba estonces el Emperador en una villa que llaman Madrid: i como le llegó la nueva; retrújose en su cámara, i dió gracias á Dios, porque así habia querido manifestar su justicia: mas, porque fué con derramamiento de sangre cristiana; no quiso que en su Córte se fiziesen alegrías, como en semejantes casos hazerse suelen.

CARON. — Veamos: ¿I no mandó luego, que su ejército pasase en Francia?

Mercurio. — Antes, envió á ofrezer la paz á los franceses, si le querian restituir lo que le tenian usurpado.

Caron. — Cata: que no te puedo creer.

Mercurio. — Así pasa: i mientra que el Emperador ofrezia á sus enemigos vencidos la paz, mandando deshazer el ejército que tenia en Milan; el Papa, i los otros Señorios de Italia; no osándose fiar de la bondad i clemencia del Emperador; se confederaron secretamente contra él. I como esto se descubriese; fué menester, no solamente entretener el ejército; mas que los capitanes del Emperador, tomasen en su poder el estado de Milan, para asegurarlo: de que cresció, en gran manera, la sospecha que tenian los señores de Italia, pensando que el Emperador queria tomar aquel Estado para sí; i que despues haria lo mesmo con ellos: conosciendo, cada uno, tener parte de su tierra, contra razon i justicia, ocupada.

Caron. — ¿No me dijiste agora, que el Papa habia hecho nueva liga con el Emperador?

Mercurio. — Así es verdad, que se hizo; mas no curó él, sino que dure lo que durare, como cuchar de pan.

Caron. — Esa es una jentil cosa: cuanto si unos á otros no se guardan fé, ¿cómo se podrá vivir entre ellos?

Mercurio. — En este medio, el rei de Francia procuró, que lo llevasen, como lo llevaron, preso en España: i el Emperador le mandó hazer en sus reinos, mucha honrra: no como á preso, mas como á su proprio hermano.

Caron. — Maravillas me cuentas d' ese Príncipe.

Mercurio. — Pues mas te diré. Que estando el rei de Francia en la fortaleza de Madrid, la cual le habia sido dada por prision, cayó tan malo, que estuvo en peligro de muerte. I en diziendo al Emperador, que si él lo iba á visitar, dándole esperanza de su libertad, el consuelo que d'esto recebiria, seria mucha parte para su salud; luego lo fué á consolar i ver, con tanta humanidad i verdadera caridad; como si fuera su proprio hermano. I no obstante, los malos tratos en que, aun estando preso, andaba; de que el Emperador era bien avisado; á la fin, no solamente fué contento de soltarlo, paresciéndole convenir así al bien de la cristian-

dad; mas aun quiso darle por mujer, la reina doña Leonor, su hermana mayor, que era entonces la segunda persona en la sucesion de todos sus Reinos i Señoríos. I por arrancar de raiz todas las ocasiones de donde solia nascer la guerra; quiso, que el uno al otro se renunciasen, cualquier derecho que pudiesen tener, ó pretender, el uno, en las tierras que poseia el otro: porque no quedase mas causa de contienda ni debate entr' ellos.

Caron. — Dígote, Mercurio, que eso era tan malo para mí, como bueno para ellos. Veamos: ¿i, no le pidió algo el Emperador, por su rescate?

Mercurio. — Ninguna cosa. Solamente, quiso que le restituyese el ducado de Borgoña, que contra toda razon i justicia le tenia usurpado; por ser cosa mui antigua de su patrimonio: i, aun una parte d' él, era contento de dar, en casamiento, á la reina su hermana. Allende d' esto; que tambien le restituyese la villa de Hedin, que el año de MDXXII, le habia tomado, en el condado de Arthoes. I el rei de Francia, fué contento de restituirle todo lo que dicho es: i aun

él mesmo, de su propria voluntad, ofrezió al Emperador, mucho mas de lo que él le demandaba. Allende d'esto, ofresció, juró i prometió, de contentar al rei de Inglaterra, de todas las deudas que el Emperador le podia deber: pues él habia sido causa d'ellas. I este concierto se concluyó á XII de enero, del año MDXXVI.

Caron. — Pues, ¿en qué estuvo el rompimiento?

Mercurio. — Dezia el rei de Francia, que no podia restituir, i cumplir lo que habia prometido, hasta que estoviese en su reino. El Emperador fué contento de soltarlo, con XV.
condicion: que, para seguridad que cumpliria lo que habia prometido; dejase en España sus dos hijos mayores en rehenes: jurando él, i prometiendo, de volver á la prision, en caso, que dentro de cuatro meses, despues de la conclusion de la capitulacion, no cumpliese lo que habia prometido: i que, entrando en su Reino, tornaria á dar la fé de volver, en el dicho caso, á la dicha prision: i, en la primera villa de su Reino, donde entrase; ratificaria la capitulacion del concierto que se

habia fecho: i, dende á seis semanas, lo haria tambien ratificar por todos los Estados de Francia.

Caron. — D'esa manera, ya debian pensar todos, que no habria mas guerra en la cristiandad.

Mercurio. — Antes, por dezirte la verdad, mui pocos eran los que tenian esperanza, que el rei de Francia cumpliria, ni guardaria, lo que al Emperador habia prometido: porque conoscian su condicion.

Caron. —Pues, ¿por qué se queria fiar d'él el Emperador.

Mercurio. — Mira, Caron; el Emperador veia los males que padescia la cristiandad, á causa de la guerra que él tenia con Francia: i quiso mas poner en peligro todo su Estado; que dar lugar á que se pudiese dezir, que pudiéndolo él remediar; no lo queria hazer. Pensaba tambien, que el rei de Francia, con aquellas dos adversidades, de su prision i de su enfermedad, se habria reconoscido, i no querria mas tentar á Dios. I, aun no contento con estas consideraciones, por asegurar mas esta amistad; luego que el concierto fué hecho, partió de To-

ledo para Madrid, á verse con el rei de Francia: i allí lo trató con tanto amor, i tanta humanidad, como si fuera su proprio hermano: i de allí se vinieron juntos á Illescas, á ver la reina doña Leonor: i se ratificó el casamiento, por palabras de presente. ¿No te pareze, que bastaban estas obras, para convertir una piedra, cuanto mas un corazon humano?

Caron. — Maravillado me tienes con la bondad d'ese Príncipe, i con la ingratitud d'esotro.

Mercurio. — Pues, mas te contaré: que yendo una vez juntos camino; ya que se habian de apartar el uno del otro; el Emperador dijo al rei de Francia estas palabras: « Hermano, ya vedes los males que la cristiandad ha padescido, á causa de nuestras discordias: i las que padesceria si las hobiésemos de continuar: por donde es cierto, que para remedio de tantos males, permitió Dios lo que ha sucedido. Lo que yo, por mis embajadores, os he demandado; i vos, de vuestra propria voluntad, habeis ofrezido; i yo, tambien por mi parte, os he otorgado; todo ha sido por parezerme, que cumple así á la paz, sosiego, y acrecen—

tamiento de la cristiandad : i si otra cosa pensase , nunca en ello habria consentido. I, así como me pareze ser este un buen medio , para el bien de la cristiandad ; así conozco qne seria la entera destruicion d'ella , si de aquí se tornase á levantar otra guerra. I pues estamos aquí juntos , donde lo podemos todo remediar ; i sabeis , cuánto somos á ello obligados ; yo os ruego , que mui claramente , como de hermano á hermano , digais lo que sentis , acerca d'esto: i , si teneis intencion de serme buen amigo, i guardarme lo que me habeis prometido, ó no; porque, antes que nos partamos el uno del otro , lo dejemos todo concertado : de manera, que no quede mas causa de rompimiento. É yo, os prometo, é doi mi fé i palabra real, que no por eso, deje yo de poneros en vuestra libertad, hablando vos liberemente lo que en esto pensais de hazer. »

Caron. — ¡ Oh, qué palabras, de Príncipe verdaderamente cristiano ! I, veamos: ese otro, que llaman *Cristianismo* , ¿ qué respondió á eso ?

Mercurio. — Hizo mil juramentos , que tenia entera voluntad de conservar aquella amis-

tad: i de cumplir mui enteramente, lo que en la capitulacion de Madrid habia prometido, sin falta alguna. I así lo juró ante una cruz que topó en el camino. Estonces, le dijo el Emperador: «Lo mesmo os prometo i juro yo: de seros buen hermano i amigo: i guardaros todo lo que por mi parte se os ha prometido. I tambien os prometo, de teneros por vil i ruin, si vos no me guardais, lo que me prometeis.» I con esto, se despidieron el uno del otro. I el Emperador, tomó el camino para Sevilla: i el rei de Francia, mui contento, fué llevado á Fuenterrabía, donde habia de ser puesto en su libertad.

Caron.—¿I es posible, que ese rei, viniese despues á romper lo que con tantos juramentos habia prometido?

Mercurio.—Yo te dire, qué tanto: que en poniendo los pies en su Reino; luego comenzó á romper el concierto que habia fecho: no queriendo tornar á dar la fé de volver á la prision, en caso que no cumpliese lo que habia prometido. XVI.

Caron.—¿Qué me dizes? ¡Qué: no tuvo vergüenza de romper tan presto su fé!

Mercurio. —Maldita aquella. Habia tambien prometido de ratificar la capitulacion de Madrid, en la primera villa de su Reino: i nunca lo quiso hazer.

Caron. — Veamos: ¿dezia claramente, que no queria cumplir con el Emperador ni ser su amigo?

Mercurio. —Antes escribió muchas vezes, de su propria mano, al Emperador; que no toviese á mal, la dilacion que habia en el cumplimiento de lo que prometió: porque se hazia por buen respecto: i que toviese por mui cierto, que cumpliria enteramente todo lo que le habia prometido.

Caron. — ¿Tenia, quizá, entonces, intencion de hazerlo?

Mercurio. — ¿Sabes, qué tal intencion tenia? Que, desde antes que entrase en su Reino, no solamente tenia determinado, de no cumplir lo que habia prometido i jurado; mas trataba de concertarse con el Papa, i otros potentados de Italia, por hazer guerra al Emperador.

Caron. —Pues, ¿por qué escrebia al Emperador, que lo queria todo cumplir, si no tenia intencion de hazerlo?

Mercurio. — Por tomar al Emperador desproveido.

Caron. — ¿Es posible, Mercurio, que sufra la tierra una cosa como esa? ¿No bastaba dejar de cumplir lo que tenia prometido i jurado: sino que tambien quiso hazer guerra, al que, de siervo i esclavo, lo puso en su libertad; i, de enemigo, lo quiso tomar por amigo i cuñado? I sobre todo, ¡quererlo traer siempre engañado: i escrebir de su propria mano: desde su Reino: que cumpliria lo que no tenia intencion de hazer!

Mercurio. — Ahí veras tú, cuánto se estiende la maldad que reina hoi entre los cristianos: pues llamándose ése *Cristianismo*, hazia lo que has oido. I á la fin, cuando le parezió tiempo de publicar en Francia la liga que tenian fecha, el Papa, el mesmo rei de Francia, Venecianos i Florentines, contra el Emperador; envió á escusarse diziendo: « que en ninguna manera, podia cumplir lo que por la capitulacion de Madrid habia prometido; especialmente, en lo de la restitucion de Borgoña: porque los Estados de su reino no querian venir en

ello.» El Emperador le respondió: «que si no podia cumplir aquello, que hiziese, á lo menos, lo que no podia negar que no estuviese en su mano: que era, volver á la prision: como habia prometido i jurado.» Mas nunca él lo quiso hazer.

Caron.—¡Oh, hi de puta! i qué Marco Régulo: ó qué Rei Joan de Francia: para hazer una cosa como esa! A eso andaba!

Mercurio.—Mira, mira, Caron, con cuánta arrogancia viene aquella ánima.

Ánima.—Pásame luego, barquero.

Caron.—Espérate, que vengan otros: ¿piensas que por tí solo, ha de hazer un viaje mi barca?

Ánima.—Nunca ví barquero tan grosero. ¿Tú no miras con quién hablas?

Caron.—Dí, pues, ¿quién eres?

Ánima.—El Duque.

Caron.—Pues mira, hermano: Duques, Reyes, Papas, Cardenales, i Ganapanes: todos son iguales en mi barca. Si tú tanto te estimabas; ¿por qué no procurabas de subirte al cielo?

Ánima.—Yo harto lo deseaba: mas diéronme á entender, que rezando la oracion del

Conde*, no moriria en pecado mortal, ni podria venir al infierno. Pues, para el purgatorio, tenia yo diez ó doze bulas del Papa, que me libraban d'él. De manera, que nunca pensé que el paraiso se me habia de escapar de las manos.

CARON.—Veamos, ¿i, entretanto, cómo vivias?

ÁNIMA. — Como los otros. Comer i beber mui largamente: i aun á ratos, no me contentaba con mi mujer: i todo mi cuidado era de acrecentar mi señorío, i sacar dineros de mis vasallos. I porque me toviesen por buen cristiano; i por dejar memoria de mí, edifiqué i fundé muchos monesterios; i hazia muchas limosnas á frailes, porque me publicasen por hombre de buena vida.

CARON. — Pues si esas buenas obras hazias por el mundo: ya tienes el galardon del mundo. ¿No fuera mejor hazerlas, por Dios?

ÁNIMA. — Mejor. Mas no pensé yo haberlas menester; teniendo yo por cierto, que no se me habia de escapar el cielo, pues tenia mis bulas, i dezia mi oracion cada dia.

CARON. — ¿Pues, como se te escapó?

* ¿Cuál es la oracion del Conde?

Ánima. — Estando para morir, aunque me habia confesado i comulgado; i me parescia tener algun arrepentimiento de mis pecados; nunca acabé de dejar, del todo, la voluntad de tornar á ellos. Allende d'esto, habia allí tanta jente llorando, que me
XVII. tovieron mui ocupado en hazer mi testamento, i en ordenar la pompa con que mi cuerpo se habia de enterrar; juntamente, con la angustia i congoja de dejar tantos bienes de que veia no poder mas gozar; que nunca me pude acordar de Dios, ni demandarle perdón de mis pecados. Tenia tambien dos frailes, uno de una parte, i otro de otra; que me estaban leyendo no sé qué orationes, que ni ellos ni yo las entendiamos; i perturbábanme el entendimiento: de manera, que muriendo con aquella congoja; cuando pensé subir al cielo; me hizieron bajar acá al infierno.

Caron. — Con razon. ¿Cómo; i tan necio eras tú, que sin querer hazer, nada de lo que te mandó Jesucristo: te quisieses aprovechar de los méritos de su sangre i pasion?

Ánima. — ¡ Como si fuese yo solo! A buena fé, si vas al mundo; en todas partes lo halles

lleno de semejantes necios. La barca está ya llena: no me detengas mas.

Caron. — ¿Qué me dizes, Mercurio; has oido lo que ha pasado?

Mercurio. — Si te pones á escuchar lo que te dirán ánimas semejantes; nunca acabarémos.

Caron. — No te pese, pues sabes que no tengo otra recreacion: i prosigue tu historia.

Mercurio. — Publicada la liga contra el Emperador; el Rei de Francia envió un embajador en España, el cual, juntamente con el Nuncio del Papa, i embajador de Venecianos; requirieron al Emperador, que á la sazon estaba en Granada, que restituyese al Rei de Francia sus hijos, que tenia en rehenes; tomando por ellos algun honesto rescato, pues él no podia cumplir lo que habia prometido. El Emperador, no sin alguna alteracion, i mui razonable, siendo una tan grande desvergüenza; le respondió: que si el Rei de Francia queria libertar sus hijos; que se viniese él, á poner en la prision donde ellos estaban, como lo tenia prometido i jurado: que de otra manera, no entendia dárselos. I, demas

d' esto, dijo al embajador de Francia estas palabras. «Embajador: dezid al Rei vuestro amo, que lo ha hecho mui ruinmente, i vilmente, en no guardarme la fé, que él mesmo me dió, estando él é yo solos. I que esto le manterné yo, de mi persona á la suya.

Caron. — Jentiles palabras, i de jentil Príncipe fueron esas. Cierto: á mí, mejor me paresceria, que si los Príncipes tienen, entre ellos, algunas discordias; que entre sí, las averiguasen con armas, ó como ellos quisiesen: i que dejasen vivir en paz los pobres pueblos, que, de sus diferencias, ninguna culpa tienen. Jentil cosa es, que por vengarse un Príncipe, de otro que le haze una injuria; quiera destruirle sus vasallos, de quien ningun daño ha recebido. I, segun me pareze, por la mayor parte acaesce padezer aquellos mas daño, que menos culpa tienen de la guerra. I, por eso te digo, que me ha mucho contentado esa respuesta del Emperador. Pero, sepamos: ¿qué respondió á eso el rei de Francia?

Mercurio. — Lo que suelen responder los que

quieren tener la pelleja sana: disimulólo mui jentilmente.

CARON. —No se esperaba menos de un hombre, que tan poco caso haze de su fé.

MERCURIO. —Vieras luego pasar franceses en Italia; i el Papa, i *el* Venecianos, enviar sus ejércitos, contra el que el Emperador tenia en Lombardía, diziendo: que querian restituir en su Estado al duque Francisco Sforcia: por dar color á lo que hazia.

CARON. —Maravíllome del Emperador, que viendo lo que el rei de Francia hazia, no procuraba él de concertarse con el Papa, i con esos otros que ahí nombras.

MERCURIO. —¿Cómo querias tú, que el Emperador se temiese del Papa; habiendo él sido, despues de Dios, causa principal de ponerlo, en el estado en que estaba? I, aun con todo eso, cuando sintió las tramas en que andaban, le envió á ofrezer todo lo que él queria, porque no se tornase á revolver la guerra en Italia: mas no le aprovechó nada.

CARON. —¿Qué intencion piensas tú, que tenia en eso el Papa?

MERCURIO. —Mira, Caron: aquí no dijimos,

sino que hablariamos, de las diferencias entr' el Emperador i el Rei de Francia. Si tú no lo has por enojo, dejemos lo del Papa para otro dia.

Caron. — Yo, mas quisiera, que lo lleváramos todo á hecho: mas, pues tú así lo quieres; dime, agora, ¿qué causas daba el rei de Francia, para escusar el rompimiento de su fé?

Mercurio. — Dezia, que lo que prometió i juró habia sido por temor, i no estando en su libertad: i que no era obligado á guardar lo que habia prometido.

Caron. — No era mala razon esa.

Mercurio. — ¿Cómo no? Antes mui mala, i mui prejudicial á toda jente de guerra: la
XVIII. cual tiene por costumbre mui loada, recebida i usada; que el prisionero, que deja su fé empeñada; i no cumple, ó no vuelve á la prision; queda, i es tenido, por infame. De manera, que ninguna dificultad ponen, en fiarse unos de otros, i soltarse sobre su fé. Pues, si entre simples caballeros, i aun soldados, se haze esto; ¿cuánto mas se debria hazer entre tan grandes Príncipes? I, si esos lo dejan de hazer, dan-

do ejemplo, para que los inferiores d' ellos, hagan otro tanto i peor; ¿quién se querrá ni osará ya fiar de la fé de otro? I no fiándose; ¿cuántos pobres caballeros i soldados morirán en prisiones, que agora, sobre su fé, salen á buscar, i enviar sus rescates? ¿No te pareze, que queda, de hoy mas, jentil achaque, á todos los ruines, que no quisieren cumplir su fé; con dezir, que tampoco la cumplió un rei de Francia? De manera, que no solamente es falsa i mala esta razon; mas, tan prejudicial á toda jente de guerra; que ni aun los mismos vasallos del rei de Francia, debrian sufrir una cosa tan mal hecha como esta, i de que tanto daño viene, no solamente á ellos, mas á toda la natura humana, quitándole una de las mas principales virtudes, que es la fé, sin la cual, todo el mundo quedaria en confusion. Cuanto mas, que esa razon frívola, vana, é inicua; aunque pudiese valer á alguno; en ninguna manera se puede ayudar d' ella el rei de Francia; pues aunque fuese verdad, que haya tratado i capitulado, estando fuera de su libertad, i que la tal capitulacion fuese de

ningun vigor, lo que tampoco se debe conceder; veamos, pues el mismo rei de Francia, despues que fué libre de la prision, i estando ya en su libertad, i en su reino, escribió al Emperador, por cartas de su propria mano, i firmadas de su nombre; que guardaria i compliria enteramente todo lo que habia prometido; ¿con qué cara, ó con qué razon, se podrá él agora escusar, diziendo, que no estaba en su libertad cuando capituló; pues, estando ya libre, por las tales cartas prometió de nuevo complir lo capitulado? Las cuales, ciertamente, deben bastar por entera ratificacion.

Caron.—Digan lo que quisieren. Mas yo, nunca creeré, que en un tal Príncipe, quepa tan poco respecto de su honrra; si por malos consejos, no fuese á ello instigado.

Mercurio.—Así lo creo yo; mas esta escusa no es bastante: pues, harta culpa tiene el Príncipe, que conosciendo claramente ser un hombre malo; quiere tenerlo cabe sí: porque da causa, que se piense d'él, lo que se vée en su Privado. Pues es cosa mui averiguada, que así como un malo no

admite en su compañía algun bueno; así un bueno, no debria admitir algun malo: i el que le admite, i, conoscido, lo sostiene; es causa que él tambien sea tenido por malo. Tornando, pues, á nuestro propósito: el ejército del Emperador se defendió mui bien en Milan. I acaeció aquel mismo año; que un don Hugo de Moncada, capitan del Emperador, impensadamente en Roma, juntamente con los Coloneses, i los soldados, á pesar de los capitanes, saquearon el palacio del Papa, el cual huyó al castillo de Sant' Anjel.

Caron. —¿Cómo permitió Jesucristo, que un desacato tan grande como este, se hiciese á la cabeza de su Iglesia?

Mercurio. —Mira, Caron: estaba aquella ciudad tan cargada de vicios, i tan sin cuidado de convertirse; que despues de haberlos Dios convidado i llamado, por otros medios mas dulces i amorosos, i estándose siempre obstinados en su mal vivir; quiso espantarlos con aquel insulto i caso tan grave: i, como aun con esto, no se quisieron emendar, vínoles despues otro mas rezio castigo.

Caron. —Eso quiero que me cuentes primero.

Mercurio. — Que me plaze: mas despacha tú esa Ánima, que nos está aquí escuchando.

Ánima. — ¡Ah, barquero! pásanos.

Caron. — Estás solo, i dizes: *pásanos*, como si fuésedes muchos.

Ánima. — ¿Tú no ves, que soi Obispo?

Caron. — ¿I, pues?

Ámima. — — — Los Obispos, por guardar nuestra gravedad, hablamos en número plural.

Caron. — Sea mucho de en hora buena. ¿I tú, sabes qué cosa es ser Obispo?

Ánima. — Mira si lo sé: habiéndolo sido veinte años.

Caron. — Pues, por tu fé: que me lo digas.

Ánima. — Obispo es, traer vestido un roquete blanco: dezir misa con una mitra en la cabeza, i guantes i anillos en las manos: mandar á los clérigos del obispado: defender las rentas d'él: i gastarlas á su voluntad: tener muchos criados: servirse con salva: i dar Beneficios.

Caron. — D'esa manera, ni san Pedro, ni
XIX. alguno de los Apóstoles fueron Obispos: pues ni se vestian roquetes: ni traian mitras, ni guantes, ni anillos: ni tenian rentas

que gastar, ni que defender: pues, aun eso que tenian, dejaron para seguir á Jesucristo: ni tenian con qué mantener criados: ni se servian con salva. ¿Quieres que te diga yo, qué cosa es ser Obispo? Yo te lo diré. Tener grandísimo cuidado de aquellas ánimas, que le son encomendadas: i si menester fuere, poner la vida por cada una d'ellas: predicarles ordinariamente, así con buenas palabras i doctrina; como con ejemplo de vida mui santa: i para esto, *saber i entender toda la Sacra Escriptura:* tener las manos mui limpias de cosas mundanas: orar continuamente por la salud de su pueblo: proveerlo de personas santas, de buena doctrina i vida; que les administren los sacramentos: socorrer á los pobres en sus necesidades, dándoles de balde, lo que de balde recibieron.....

ÁNIMA. — Nunca yo oí dezir nada d'eso: ni pensé, que tenia menester, para ser Obispo, mas de lo que te dije. Yo me precié siempre de tener mi tabla mui abundante, para los que venian á comer comigo.

MERCURIO. — ¿Quién: pobres?

ÁNIMA. — ¿Pobres? ¡Jentil cosa seria que un

pobre se sentase á la mesa de un Obispo!

MERCURIO. — ¿De manera, que si viniera Jesucristo á comer contigo; no lo sentaras á tu mesa, porque era pobre?

ÁNIMA. — No: si viniera mal vestido.

MERCURIO. — Teniendo tú lo que tenias, por amor d'él; ¿no le quisieras dar de comer á tu mesa? ¿Parézete esa jentil cosa?

ÁNIMA. — Déjate d'eso. ¿Cómo habia de venir Jesucristo á comer comigo? Eso es hablar en lo escusado.

MERCURIO. — ¿No dize él, que lo que se haze á un pobrecillo, se haze con él; i lo que se deja de hazer con un pobrezillo, se deja de hazer con él? ¿Parézete, que era jentil cosa, tener llena tu mesa de truhanes i lisonjeros, que representaban á Satanás; i no admitir los pobrezillos, que representaban á Jesucristo, habiéndote sido dados aquellos bienes que gastabas, para mantener los pobres de que tú no hazias cuenta, i para reprehender los viciosos que sentabas á tu mesa?

ÁNIMA. — Tambien á los pobres hazia dar de comer, en la calle, lo que sobraba á mí, i á mis criados.

MERCURIO. —Pues, por cierto, que tenian ellos á tu renta mas derecho, que tus criados.

ÁNIMA. —¿Por qué? sé que los pobres no me servian á mí.

MERCURIO. —I las rentas de los Obispos, si que no fueron instituidas para sus criados: sino que con ellas mantuviesen los pobres.

ÁNIMA. —Nunca me dijeron nada d'eso.

MERCURIO. —¿Pues, por qué no lo leias tú?

ÁNIMA. —A eso me andaba. ¿No tenia harto que hazer en mis pleitos, con que cobré muchas rentas i preheminencias, que tenia perdidas mi Iglesia; i en andar á caza, i buscar buenos perros, azores i halcones, para ella?

MERCURIO. —Por cierto, tú empleabas mui bien tu tiempo, en cosas mui convenientes á tu dignidad! Veamos, ¿i los Beneficios, á quién los dabas?

ÁNIMA. —¿A quién los habia de dar, sino á mis criados, en recompensa de sus servicios?

MERCURIO. —¿I esa, no era simonía?

ÁNIMA. —Ya no se usa otra cosa. Entre ciento, no verás dar un Beneficio, sino por servicios, ó por favor.

MERCURIO. —I, aun con eso, tal está como es-

tá, la cristiandad: no dándose los Beneficios por méritos, sino por favor, ó servicios. Pues veamos, ¿no os mandó Jesucristo, que diésedes de balde, lo que de balde recebistes?

ÁNIMA. — Así lo dizen: pero á mí nunca me dieron nada de balde.

MERCURIO. — ¿I el Obispado?

ÁNIMA. — Bien caro me costó, de servicios, i aun de dineros. I habiéndome costado tan caro; ¿querias tú, que diese sus emolumentos de balde? Sí, por cierto: á eso me andaba yo.

MERCURIO. — ¿Predicabas?

ÁNIMA. — Sé que los Obispos no predican. Hartos frailes hai, que predican por ellos.

MERCURIO. — ¿Ayunabas?

ÁNIMA. — El ayuno, no se hizo, sino para los necios i pobres. ¿Querias tú que comiese pescado para enfermarme; i no poder despues gozar de mis pasatiempos?

MERCURIO. — Cómo moriste?

ÁNIMA. — Yendo á Roma, sobre mis pleitos, me ahogué en la mar, con cuantos conmigo iban: i esto me haze agora tener miedo de entrar en esta barca.

CARON. — Pues, entra: no hayas miedo: que allá te mostrarán, qué cosa es ser Obispo.

ÁNIMA. — Una cosa te quiero rogar: que si viniere por aquí una dama mui hermosa, que se llama *Lucrecia*, le des mis encomiendas, i la hayas por encomendada.

CARON. — ¿Quién es esa Lucrecia?

ÁNIMA. — Teníala yo para mi recreacion: i soi cierto, que como sepa mi muerte, luego se matará.

CARON. — Calla ya: que no le faltará otro Obispo.

ÁNIMA. — Hazlo, por mi amor, si por dicha viniere

CARON. — Soi contento. ¿Qué te pareze, Mercurio; qué tal debe andar el ganado, con tales pastores? XX.

MERCURIO. — Pues, es verdad, que hai pocos d'estos tales.

CARON. — Torna á tu historia. Mas, mira que primero me cuentes, lo que el año pasado se hizo en Roma.

MERCURIO. — Que me plaze: mas será brevemente. Has de saber, que como don Hugo i los Coloneses, entraron en Roma; el Papa, que se retrajo en el castillo de Santanjel;

hizo con ellos treguas, por cuatro meses: i con esto, ellos se salieron de Roma, dejando al Papa i á la ciudad libres. En este medio, el Infante don Hernando, archiduque de Austria, que agora es rei de Ungría, i de Bohemia; hermano del Emperador; envió obra de diez mil alemanes en Italia, en favor del duque de Borbon, lugar-teniente, i capitan del Emperador, que á la sazon estaba en Milan. I con la venida d' estos, el dicho duque salió en campo; i despues de haberse juntado con ellos, determinó de tomar la via de Roma: porque era certificado, que el Papa habia rompido la dicha tregua; i que su ejército, por mar i por tierra, destruia i ocupaba el reino de Nápoles.

Caron. — ¿Qué me-dizes? Qué! ¿rompió el Papa la tregua, que hahia hecho con don Hugo i con los Coloneses?

Mercurio. — Así pasa.

Caron. — Segund eso, tambien se olvidan guardar su fé, los Vicarios de Cristo.

Mercurio. — Siempre lo verás: do nasce el mejor vino, beberse lo mas ruin: i el zapatero, traer los zapatos rotos: i el barbero, jamás andar peinado.

Caron. — Bien me agrada la comparacion, aunque no es todo igual.

Mercurio. — Siguiendo, pues, el ejército del Emperador el camino de Roma, el Papa, que d' ello fué avisado, por estorbar la venida suya, hizo una tregua por ocho meses con el visorrei de Nápoles, en nombre del Emperador: i fecha; enviáronla á notificar al ejército, para que se volviese.

Caron. — Aosadas, que si yo fuera que ellos, nunca me volviera.

Mercurio. — ¿Por qué?

Caron. — ¿Qué seguridad tenian ellos, que el Papa les guardaria esa tregua, mejor que guardó la que hizo con don Hugo?

Mercurio. — Ninguna. I, aun por eso, el ejército nunca se quiso volver, por mucho que el duque de Borbon lo procurase.

Caron. — ¿Ese duque, no era capitan jeneral?

Mercurio. — Sí.

Caron. — Pues, si él queria, ¿por qué no los hazia volver?

Mercurio. — No era en su mano, por dos respectos: el uno, como el dicho ejército no era pagado, no obedezia: i el otro, porque los alemanes estaban ya determinados de

vengarse de Roma, por el grande odio que le tenian.

CARON. — Debian ser luteranos.

MERCURIO. — Antes, no. Mas, como los alemanes se pusieron en pedir remedio de algunos agravios que recebian de la Sede apostólica; los romanos Pontífices, nunca habian querido entender en ello, por no perder su provecho: i á esta causa, habian suzedido en Alemaña, tantas discordias, muertes, i daños irreparables, en manera; que queda *cu*asi *di*struida. Por estos dos respectos, le tienen los dichos alemanes ese odio.

CARON. — Así que, ¿ no fué posible hazerlos volver?

MERCURIO. — En ninguna manera: antes, con una estrema dilijencia, llegaron á Roma, i la entraron, i saquearon: et hizieron en ella cosas, que jamás fueron vistas ni oidas: porque, como les faltó el duque de Borbon, su capitan, á la entrada de Roma, donde fué muerto; no fué posible ponerlos en razon.

CARON. — ¿ Cómo qué: el duque de Borbon es muerto?

MERCURIO. — ¿I agora lo sabes?

CARON. — Cierto: él no ha venido á pasar por mi barca.

MERCURIO. — Sin dubda, murió aquel dia.

CARON. — Segund eso, tomaria él el camino de la Montaña.

MERCURIO. — No me maravillo, porque era virtuoso.

CARON. — Díme, Mercurio: ¿hallástete aquel dia en Roma?

MERCURIO. — Mira si me hallé.

CARON. — ¿Querrásme contar algo de lo que allí pasó?

MERCURIO. — Sí: mas brevemente: porque no me falte el tiempo para acabar lo comenzado. Has de saber, que como yo ví la furia con que aquel ejército iba, pensando lo que habia de ser, me fuí adelante, por verlo todo: i subido en alto, como desde atalaya; estaba muerto de risa, viendo, cómo Jesucristo se vengaba de aquellos, que tantas injurias continuamente le hazian: i veia, los que vendian, ser vendidos: i los que rescataban, ser rescatados: i los que componian, ser compuestos, i aun descompuestos: los que robaban, ser

robados: los que maltrataban, ser maltratados. I finalmente, me estaba concomiendo de plazer, viendo que aquellos, pagaban la pena, que tan justamente habian merecido. Mas cuando ví, algunas irrisio-
XXI. nes i desacatamientos, que se hazian á las iglesias, monesterios, imájines, i reliquias, maravilléme: i topando con san Pedro, que tambien era bajado del cielo, á ver lo que pasaba en aquella su santa Sede apostólica; pedíle me dijese la causa d'ello. Respondióme diziendo: « Si ella perseverára en el estado en que yo la dejé; mui lejos estuviera de padescer lo que agora padesce.» Pues, ¿ cómo, san Pedro (digo yo), así quiere Jesucristo destruir su relijion cristiana, que Él mesmo, con derramamiento de su sangre instituyó? « No pienses (dijo él), que la quiera destruir, antes, porque sus ministros la tenian ahogada, i *cu*asi destruida; permite Él agora, que se haga lo que vees, para que sea restaurada.» Segund eso (dije yo), esto que agora se haze, por bien de la cristiandad lo ha Dios permitido. « D' eso (dijo él), ninguna dubda tengas: i si lo quieres á la

clara ver; mira cómo esto se haze por un ejército, en que hai, de todas naciones de cristianos; i sin mandado, ni consentimiento del Emperador, cuyo es el ejército; i aun contra la volontad de muchos de los que lo hazen.» Víamos, luego, venir soldados, vestidos en hábitos de Cardenales, dezíame san Pedro: « Mira Mercurio, los juizios de Dios: los Cardenales solian andar en hábitos de soldados; i agora los soldados andan en hábitos de Cardenales.» Víamos, despues, despojar los templos; i dezia san Pedro: « Pensaban los hombres, que hazian mui gran servicio á Dios, en edificarle templos materiales, despojando de virtudes los verdaderos templos de Dios, que son sus ánimas: i agora conoscerán, que Dios no tiene aquello en nada, si no viene de verdaderas virtudes acompañado; pues así se lo ha dejado todo robar. » Víamos, luego, aquellos soldados, sacar las reliquias, i despojarlas del oro i de la plata en que estaban encerradas; i dezíame san Pedro. «Conoscerán agora los hombres en cuánta mayor estima deban tener una palabra de

las epístolas de san Pablo, ó de las mias; que no, nuestros cuerpos, pues los ven así mal tratar. I la honrra que hazian á nuestros huesos, hazerla han, de hoi mas, á nuestro espíritu: que, para su provecho, en nuestras epístolas dejamos encerrado.» I, como viese yo un soldado, hurtar una custodia de oro, donde estaba el Sanctísimo Sacramento del Cuerpo de Jesucristo, echando la hostia sobr' el altar; comenzé á dar gritos. I dijo el buen san Pedro. «Calla, Mercurio: que ni aun aquello se haze sin causa: para que los vellacos de los sacerdotes, que abarraganados i obstinados en sus lujurias, en sus avaricias, en sus ambiciones, i en sus abominables maldades, no hazian caso, de ir á recebir aquel Santísimo Sacramento, i echarlo en aquella ánima, hecha un muladar de vicios i pecados; viendo agora lo que aquellos soldados hazen; cuanto mas ellos lo acriminaren, tanto mas á sí mesmos se acusen, i tanto mas confondidos se hallen, en pensar, cuánto es mayor abominacion, echar el dicho Sacramento en un muladar de hediondos vicios; que en el altar, don-

de, con ninguna cosa se ofende, sino con la intencion del que lo echó. ¿Piensas tú, Mercurio, que no se ofende mas Dios, cuando echan su cuerpo en una ánima cargada de vicios, que cuando lo echan en el suelo?» En estas, i otras cosas, estábamos hablando, cuando vimos subir un grandísimo humo: i preguntando yo al buen san Pedro, qué podria ser aquello; en ninguna manera me lo podia dezir, de risa: á la fin me dijo. «Aquel humo, sale de los procesos de los pleitos, que los sacerdotes, unos con otros traian, por poseer cada uno, lo que apenas, i con mucha dificultad, rogándoles con ello, habian de querer aceptar.» I preguntándole yo la causa, por qué tan de gana se reia; díjome: «Yo me rio, de la locura. de los hombres, que andarán agora mui despachados [despechados?], tornando á formar sus pleitos; i ríome de plazer, en ver destruida una cosa, tan perjudicial á la relijion cristiana, cuanto es traer pleitos. Como si Jesucristo, espresamente no les dijera: «que si alguno les pidiese por justicia la capa, que le dejen tambien el

sayo: » antes que traer pleito con él. » ¿Piensas (dije yo), que cesarán ya tantos males, i tanta ceguedad, como hai entre los hombres, i señaladamente en la cristiandad? «No, por cierto (dijo él): antes creo no ser aun llegada la fin de los males, que esta ciudad, i aun toda la cristiandad, con ella han de padezer. Porque, así como las maldades de los hombres son grandes;
XXII. así el castigo ha de ser mui severo. » Allí estuvimos platicando sobre cada cosa de las que veiamos: i de las causas, i causadores de la guerra: i de los agravios de que se quejaban los alemanes: i de las necesidades que habia para que la Iglesia se reformase: i de la manera, que se debia tener en la reformacion. Preguntéle, cuándo habia de ser; dijo, que no me lo podia declarar. I despues que hobimos visto todo lo que pasaba; él se tornó á subir al cielo.

Caron. — Por amor de mí, Mercurio, que me cuentes todo eso, que dizes, haber con ese Pedro platicado: que me será cosa mui sabrosa de oir.

Mercurio. — Soi contento, mas no agora: quédese para otro dia.

Caron. — Sea como tú quisieres: i prosigue agora tu historia.

Mercurio. — Como esta nueva se comenzó á derramar entre los cristianos; ¡qué cosa era ver los juizios que unos i otros hazian! unos echando la culpa d'ello al Emperador, por haberlo hecho su ejército: i otros al Papa, porque siendo vicario del Auctor de paz; excitaba i mantenia guerra: otros, al rei de Francia, que habia sido causa de todas las revueltas, de donde aquella destruicion de Roma habia emanado: i jeneralmente estaban todos atónitos de oir una cosa tan rezia, cual nunca jamás fué vista ni oida.

Caron. — ¿Qué hizo entonces el Emperador?

Mercurio. — El Emperador, aunque en todas sus cosas se conformó tan de verdad con la voluntad de Dios, que ni las prosperidades le dan demasiada alegría; ni las adversidades tampoco tristeza: todavía, como temeroso de Dios, no sabiendo la causa, por qué hobiese permitido una cosa tan árdua, i tan grave; quiso declarar á todos los Príncipes cristianos; cómo aque-

llo no se habia fecho por su mandado; ni por su culpa ni consentimiento; mas enteramente contra su voluntad: i para esto les escribió sendas cartas.

CARON. — ¿Viste tú, acaso, alguna d'ellas?

MERCURIO. — I aun de la una traigo aquí traslado.

CARON. — Hazme este plazer, que me la leas.

MERCURIO. — De mui buena voluntad. Cata, cata, Caron: ¿tú no miras cuál viene aquella ánima?

CARON. — Pareze, que está desollada: sepamos quién es.

ÁNIMA. — Vosotros no vedes que soi Cardenal.

CARON. — Ese tengas en el ojo.

ÁNIMA. — Mas aina le ternás tú, si me hazes tomar este remo.

CARON. — ¿De Cardenal, te quieres tornar galeote?

MERCURIO. — No lo consientas, Caron.

CARON. — ¿Por qué, Mercurio?

MERCURIO. — Porque si guia tu barca, como guió la Iglesia de Jesucristo; yo te la doi por perdida.

ÁNIMA. — Dejémonos d'esas gracias, Mercu-

rio; que ya se pasó vuestro tiempo, pues que no sois ya alcahuete de Júpiter. ¿Cómo qué; por tan ruin me teníades, que hobiese de tomar tan ruin oficio?

Caron. — ¿Por tan necio me tenias tú á mí; que habia de fiar mi barca, á un hombre como tú?

Mercurio. — Ea, dínos: ¿Cómo gobernaste la barca de la Iglesia de Jesucristo?

Ánima. — No sé qué te dizes.

Mercurio. — ¿Quieres que te hable mas claro? Pues eras columna de la Iglesia, i tenias cargo de la gobernacion d'ella; díme, ¿cómo la gobernaste?

Ánima. — ¿Quieres me hazer un plazer? no me metas en esas honduras. ¡Como si yo no toviera que hazer, sino gobernar la Iglesia!

Mercurio. — Dínos, pues, qué hazias.

Ánima. — Buscaba dineros para mantener la guerra: poniendo nuevas imposiciones: haziendo i vendiendo oficios.....

Mercurio. — I aun quizá Beneficios.

Ánima. — No digas eso: cata, que te haré descomulgar. Allende d'esto, vendíamos Rentas de iglesias i monasterios, i aun de hospitales..

MERCURIO. — ¿De hospitales? ¿No tenias vergüenza de vender las rentas; que fueron dadas para mantener pobres; porque sirviesen, para matar hombres?

ÁNIMA. — Déjate d'esas necedades. Aosadas, que me lo osaras dezir hoi ha diez dias.

CARON. — Pues, si te parezen necedades, pasa* la barca: i conoscerás, que son grandes verdades.

MERCURIO. — Déjalo: váyase.

CARON. — Pues, comienza tú ya á leer, aquella carta de que hablábamos.

MERCURIO. — Soi contento: está, pues, atento.

CARON. — Comienza.

Carta del Emperador, al Rei de Inglaterra: trasladada de latin en lengua castellana.

«DON CÁRLOS, POR LA DIVINA CLEMENCIA, EMPERADOR DE LOS ROMANOS, ETC.: Rei de Alemaña: de las Españas: etc. Al Serenísimo Príncipe don Enrrique, rei de Inglaterra, i de Francia: nuestro mui caro i amado tio i hermano; Salud: con continuo augumento de fraterno amor. Serenísimo Príncipe:
XXIII. mui caro i mui amado tio i hermano. Aunque seamos cierto, que por muchas

* Pasa *á* la b.(?)

partes, habreis sido avisado, del desastre que nuevamente ha acaecido en Roma: i que, con vuestra mucha prudencia, lo habreis todo tomado, como de razon se debe tomar; i como aquel, que, de nuestra intencion, está mui bien informado; no habemos querido dejar, de hazéroslo saber: porque siendo mas enteramente certificado del caso, cómo ha pasado; i de nuestra intencion cerca d'ello; podais mejor consejarnos i ayudarnos, en lo que converná sobre esto hazer, para honrra de Dios, i bien universal de la república cristiana. Verdaderamente, pensamos haber fecho tantas, i tan buenas obras, por la paz i sosiego de la cristiandad, i por la honrra i conservacion de la santa Sede apóstolica; que creemos, ninguno de sano juizio, pueda, de nuestra buena intencion dubdar. Pues, cuanto á lo primero: pudiendo mui fácilmente vengarnos de los agravios i demasías que el rei de Francia nos habia hecho; i cobrar, todo lo que contra razon i justicia nos tiene ocupado i usurpado: quesimos, mas por el bien universal de todos, soltarlo: dejando de co-

brar antes, lo que justamente nos perteneze; que mantener la guerra, por nuestro interese particular. Pues, de la Iglesia romana, notorias son las quejas, que, estando Nos en Alemaña, los Estados del Imperio nos dieron: suplicándonos que entendiésemos en el remedio d'ellas. I Nos, viendo no poderse aquello poner por obra, sin mucho detrimento i diminucion de la autoridad de los romanos Pontífices, aunque con gran pesar nuestro, quesimos mas descontentar á toda Alemaña, que á solo el romano Pontífice. De lo cual, aunque se hayan seguido muchos males, no pensamos tener d'ello culpa, pues nuestra intencion era siempre buena: la cual, conoscida por el Papa Leon X, i Adriano VI, con armas espirituales i temporales, favorecieron siempre nuestra justicia. Mas, como despues sucediese en el pontificado, nuestro mui santo Padre Clemente VII; no acordándose de los beneficios que, en jeneral, á la Sede apostólica, i, en particular á él mesmo, habiamos hecho, se dejó engañar de algunos malignos, que cabe sí tenia. De manera, que en lugar de mante-

ner, como buen pastor, la paz, que con el rei de Francia habiamos hecho; acordó de revolver nueva guerra en la cristiandad: i luego que el dicho rei, fué suelto de la prision; hizo su Santidad con él, i con otros Potentados de Italia, una liga contra Nos, pensando echar nuestro ejército de Italia, i tomarnos, i ocuparnos, nuestro reino de Nápoles, el cual, tenian ya entre sí repartido. I, aunque libremente le enviamos á ofrezer, todo lo que él mesmo nos habia demandado; no embargante, que á todos pareziese claramente injusto: nunca él lo quiso aceptar, pensando todavía podernos ocupar el dicho nuestro reino de Nápoles. Viendo Nos, pues, así desamparado de todos; habiendo hecho una tan buena obra, como fué soltar al rei de Francia, por el bien de todos; i que, por fuerza, habiamos de tomar las armas, para défender los súbditos, que de Dios tenemos encomendados; temiendo lo que agora ha acaecido, por mas justificar nuestra causa, delante de Dios i todo el mundo; antes que tomásemos las armas, requerimos, así al Papa, como tambien

al Colejio de los Cardenales, porque ninguno, con razon, se pudiese quejar; que dejasen las armas, i no nos quisiesen así provocar á la guerra, con tan evidente daño i perjuizio de toda la república cristiana: donde les protestamos, que si d' esta guerra, la Sede apostólica, algun daño ó detrimento padesciese; á sí mesmos echasen la culpa, pues, tan á la clara, daban causa para ello. Mas nuestro requirimiento i protestacion, valieron tan poco para con ellos; que no solamente continuaron la guerra comenzada; mas, aun contra toda razon i justicia, rompieron la tregua, que, en nuestro nombre, don Hugo de Moncada habia con ellos fecho. Viendo, pues, cómo en ninguna parte hallábamos fé: por no faltar á lo que á nuestros súbditos debemos; enviando una armada desde estos nuestros reinos de España, para defensa del dicho nuestro reino de Nápoles; hezimos tambien bajar nueva jente de Alemaña, en socorro del ejército que teniamos en
XXIV. Milan. I como las cosas viniesen á tal estado, que el Papa nos tenia ya ocupada, mucha parte del dicho nuestro Reino; que-

riendo nuestro ejército socorrer aquella parte do veia el peligro mas cercano; sin esperar nuestro parezer ni mandado; tomó la via de Roma: lo cual, sabido por el Papa, temiendo la venida de aquel nuestro ejército; hizo una tregua con nuestro Visorrei de Nápoles, por tiempo de ocho meses; i aunque las condiciones d'ella eran tales, que se conoscia bien la voluntad, que algunos de los que cabe su Sanctidad estaban, á nuestras cosas tenian; con todo eso, quesimos mas ratificarla, con perjuicio nuestro (como luego la ratificamos), que esperar la justa venganza, que cuasi teniamos en las manos. Mas, como toviese ya Dios determinado, lo que habia de ser, antes que nuestra ratificacion llegase; temiendo nuestro ejército que habria en esta tregua el mesmo engaño que hobo en la que hizo con don Hugo; quisieron, á despecho i contra voluntad de los Capitanes, continuar su camino hasta llegar á Roma, donde faltándoles el Capitan Jeneral, hizieron el insulto que habreis oido. Aunque, á la verdad, no creemos ser tan grande, como nuestros enemigos han por

todas partes sembrado. I, aunque vemos, esto haber sido fecho, mas por justo juizio de Dios, que por fuerzas ni voluntad de hombres, i que ese mismo Dios, en quien, de verdad, habemos puesto toda nuestra esperanza, quiso tomar venganza de los agravios, que contra razon se nos hazian; sin que para ello interv*eni*se de nuestra parte, consentimiento ni voluntad alguna: habemos sentido tanta pena i dolor del desacato hecho á la Sede apostólica; que verdaderamente, quisiéramos mucho mas no venzer, que quedar con tal victoria venzedor. Mas, pues que así ha plazido á Dios (el cual, por su infinita bondad, suele de semejantes males, sacar mui grandes bienes, como esperamos que tambien agora hará); conviene, que dándole gracias, por todo lo que haze i permite; procuremos, cada uno por su parte, de pensar i enderezar nuestras obras, al remedio de los males, que en todas partes la cristiandad padeze: en lo cual, hasta la propria sangre i vida pensamos emplear. I, porque conoscemos en Vos, otra tal intencion i voluntad; mui afectuosamente os rogamos,

mui caro i mui amado tio i hermano, que Nos envieis vuestro parezer, de lo que, en este caso, debemos, por nuestra parte hazer: ayudándonos, por la vuestra, á remediar los males que padeze la cristiandad, i en ella la honrra de Jesucristo: porque mas brevemente podamos volver las armas contra los enemigos de nuestra fé cristiana. Serenísimo Príncipe: mui caro i mui amado tio i hermano: Dios nuestro Señor os dé perpetua felizidad. Fecha en Valladolid, á dos dias del mes de Agosto: año de MDXXVII.

VUESTRO BUEN HERMANO:

CÁRLOS.

Alfonso de Valdes.

MERCURIO. — ¿Qué te pareze, Caron?

CARON. — Parézeme, que no debe ser ese Emperador, el que haze tantas cosas como aquí me has contado.

MERCURIO. — ¿Cómo no?

CARON. — Porque averiguadamente se conosce ser Dios el que las haze por él. Mirad, por vuestra vida, aquel requirimiento, i

aquella protestacion que hizo, antes que tomase las armas! ¿No pareze, que el mesmo Dios le profetizaba lo que habia de ser? Notadme, aquel ratificar de la tregua: porque todos conosciesen su justificazion, i haberse hecho lo de Roma contra su voluntad! Considera despues, aquel demandar á los Príncipes cristianos, consejo de lo que, sobr' ello, se habia de hazer. Veamos: ¿no era cerrarles el camino para que ninguno con razon se pudiese quejar? Pues dezir, que fué hecho por justo juizio de Dios, que de semejantes males, suele sacar mui grandes bienes: ¿qué era, sino tener su ánima puesta continuamente con Dios? Mas, díme, Mercurio, ¿esa carta, que me has leido, fué solamente al rei de Inglaterra?

MERCURIO. — Lo mesmo se escribió á todos los otros Príncipes cristianos: mas, quísete yo leer esta, porque me tengo, despues, de aprovechar d'ella.

CARON. — I ese Rei, qué respondió á ella?

MERCURIO. — Ninguna cosa.

CARON. — ¿Por qué?

MERCURIO. Yo te lo diré: mas es menester.

que tomemos la historia de mas arriba.

CARON. — Sea así: pero, veamos primero, qué quiere dezir esta ánima, sepamos quién es, i qué nuevas trae. XXV.

ÁNIMA. — Ya sé lo que quereis. Yo fuí del Consejo del rei de Inglaterra: i lo que traigo de nuevo es; que allá nuestro Rei, está conzertado con el rei de Francia, de hazer juntamente guerra al Emperador: i lo han ya enviado á desafiar. Albrizias me debríades agora de dar vosotros.

CARON. — Tienes razon, si primero que tú, no lo supiéramos.

ÁNIMA. — ¿Cómo es posible, que lo hayais sabido primero que yo, que me hallé presente cuando se conzertaba?

CARON. — Pues te hallaste presente, no te pese de contarnos las causas, que movieron á tu Rei, á hazer guerra al Emperador, con quien tanto deudo i amistad, i ninguna enemistad tenia.

ÁNIMA. — Sola una causa hobo.

CARON. — ¿Una sola?

ÁNIMA. — Digo que una sola.

CARON. — ¿Cuál?

ÁNIMA. — La avarizia i ambizion de un Car-

denal que tiene cabe sí: por cuya mano se deja gobernar.

CARON. — ¡Oh, hi de puta: qué jentil Cardenal! Veamos: ¿muévele á hazer eso, el amor que tiene al rei de Francia; ó alguna enemistad que tenga al Emperador?

ÁNIMA. — Al rei de Francia, maldito el amor que tiene, ni aun á hombre del mundo; mas de cuanto piensa aprovecharse á sí mismo.

CARON. — ¿Qué me dizes?

ÁNIMA. — Así pasa.

CARON. — Segun eso, debe tener alguna enemistad al Emperador, que le haze mover esta guerra.

ÁNIMA. — Dígote, que diste en el blanco.

CARON. — ¿Tiene alguna causa para ello?

ÁNIMA. — Una sola.

CARON. — ¿Qué?

ÁNIMA. — Que el Emperador es bueno i virtuoso, i él, al contrario. I, como tú sabes, siempre los malos suelen tener odio á los buenos. I, aun otra cosa hai: que nunca pudo acabar con el Emperador, que lo hiziese Papa, por fuerza.

MERCURIO. — ¡Cómo! ¿I osaba ese Cardenal,

procurar una cosa tan infame i abominable como esa?

ÁNIMA. — Mira, si osaba! I aun de lo que no osa i haze, me maravillo.

CARON. — Ea, dínos: ¿con qué colora él esta enemistad i guerra, que quiere mover?

MERCURIO. — Déjate d'eso, Caron; que yo te lo contaré todo por órden. Díme, Ánima pecadora, ¿i tú dabas tu voto, para que se hiziese i moviese una guerra tan injusta como esta?

ÁNIMA. — Sabe Dios, cuánto me pesaba de darlo: mas no podia hazer otra cosa, si yo no quisiera que me echáran del Consejo.

MERCURIO. — ¿Por qué?

ÁNIMA. — Porque si contradijera á la voluntad del Cardenal, no quedára solo un dia en el Consejo.

MERCURIO. — ¿No te valiera mas, estar fuera d'él, por bueno; que venir al Infierno por malo?

ÁNIMA. — Sí: ¿mas la honrra?

MERCURIO. — Pues quesiste mas la honrra del mundo, que la vida eterna; acá pagarás tu mala elecion.

CARON. — Déjala ir, Mercurio; i comienza tú agora lo del rei de Inglaterra.

MERCURIO. — Ya te dije, cómo el año de veinte i dos, cuando el Emperador pasó en
1522. España; se concertó con el rei de Inglaterra.

CARON. — Así es.

MERCURIO. — Pues este conzierto duró, hasta que muerto el Papa Adriano, aquel Cardenal de Inglaterra hizo mucha instanzia al Emperador, que mandase llegar su ejército házia Roma, para costreñir i forzar los Cardenales, que lo elijesen á él por Papa.

CARON. — ¿Es posible?

MERCURIO. — Así pasa.

CARON. — Agora te digo, que andan buenos los Vicarios de Cristo, si se han de elejir por fuerza de armas.

MERCURIO. — Nunca el Emperador lo quiso hazer.

CARON. — Buena vida le dé Dios.

MERCURIO. — Mira lo que acaezió. Que como el Emperador no lo quiso hazer; el bueno del Cardenal quedó tan injuriado; que luego conzibió en sí un pernizioso odio

contra el Emperador: diziendo, que él haria que se arrepintiese de no haberlo hecho, aunque se debiese perder todo el reino de Inglaterra.

CARON. — ¡Qué me dizes! ¿Hai tal cosa en el mundo? ¿I ese rei de Inglaterra, no tiene mala vergüenza, de dejarse gobernar de un hombre como ese?

MERCURIO. — No le debe conoscer.

CARON. — ¿I todo aquel Reino no exclama?

MERCURIO. — No hai quien ose hablar.

CARON. — Harta mala ventura tienen el Rei i el Reino.

MERCURIO. — Luego comenzó este Cardenal á entender en tramas con Franceses, para romper el amistad del Emperador. I despues de haberla, en diversas cosas, rompido; á la fin conzertó su Rei con Franceses, el año de quinientos i veinte i cinco: 1525.
estando el rei de Francia preso en España. I, despues d'esto, cuando el rei de Francia fué suelto, i comenzó de hazer guerra al Emperador; el rei de Inglaterra, pública i secretamente le ayudaba con dineros á entretenerla.

CARON. — Cata, que me dizes una cosa XXVI.

monstruosa. Veamos: ¿ese rei de Inglaterra, no se llama Defensor de la Fé? ¿I cómo ayudaba, al que tan descaradamente la habia rompido?

Mercurio. — Pues, aun mas hai: que luego, cómo se supo lo que habia pasado en Roma: pareziéndole á aquel Cardenal, que tenia ocasion para hazer, que se declarase su Rei, por enemigo del Emperador; pasó luego en Francia, á procurar de conzertar la guerra contra él. I por dar algun color á lo que pensaba hazer: ordenó, que los Embajadores de su Rei, instasen con el Emperador, que atendiese á la paz con el rei de Francia: i el Emperador, á veinte dias de julio de MDXXVII les respondió; que por amor del rei de Inglaterra, él era contento de sobreseer* la restituzion del ducado de Borgoña, en que estaba toda la dificultad: i tomar por el rescate de los hijos del rei de Francia, que tenia en su poder; i en recompensa de los gastos, que por haber el rei de Francia rompido su fé, le habia conveni-

* Falta *en* (?).

do hazer; la summa de dos millones de ducados, que él mismo habia ofrezido al Visorei de Napoles: con condizion, que en lo demas se cumpliese la capitulazion de Madrid. I, aun demas d'esto, dijo: que, por amor del rei de Inglaterra, seria tambien contento, si él así lo quisiese, de dejar parte de lo que el mismo rei de Francia habia ofrezido. Mas, como aquel Cardenal, habia ya determinado de revolver la cristiandad; ninguna impresion hizieron las justificaziones, i graziosas respuestas, del Emperador. Antes, no embargante esto, ni la carta del Emperador, que te he leido, tan amorosa, tan humana, tan sancta i tan católica; á la cual, nunca quisieron responder, siguiendo su mala intention i propósito; se conzertaron de comenzar la guerra, esta primavera, contra el Emperador: por tener mejor tiempo para ejecutar lo que habian pensado.

Caron. — Cata, cata, Mercurio: ¿tú no miras cuál viene aquel monstruo?

Mercurio. — Debe ser algun tirano: aunque ya todos se llaman Reyes.

CARON. — Veamos, qué nos dirá. ¿Dónde vas, Ánima?

ÁNIMA. — A la barca.

CARON. — Dínos, primero, ¿quién eras?

ÁNIMA. — Rei de los Gálatos.

CARON. — Veamos, ¿esos no son cristianos?

ÁNIMA. — Sí que son cristianos.

CARON. — ¿Pues, cómo se dejaban gobernar de un infiel como tú?

ÁNIMA. — ¿A qué llaman infiel? ¡Sabes, si me enojo!

CARON. — Cierto: tú no parezes otra cosa, sino puro infiel.

ÁNIMA. — ¡Bien estás en la cuenta! Dígote, que fuí mas que cristiano.

CARON. — Antes creo, que no tenias señal de cristiano. Si no, espera: tomarte he cuenta, de cómo gobernaste tu reino.

MERCURIO. — Déjalo ir ya: yo conozco ese monstruo: dezirte ha mil desvaríos.

CARON. — Espera un poco, Mercurio: ten pazienzia: i verás si sé yo, qué cosa es ser Príncipe.

MERCURIO. — Sea como tú quisieres.

CARON. — Veamos: ¿tú pensabas que eras Rei,

para provecho de la república, ó para el tuyo?

ÁNIMA. — ¿Quién es Rei, sino para su provecho?

CARON. — A la fé, hermano: el que piensa ser Rei para su provecho, i tiene mas cuidado de lo que cumple á sí mesmo, que á la república; aquel tal, no es Rei, sino tirano. Dime, ¿cómo administrabas tu Reino?

ÁNIMA. — Yo nunca entendia en nada d'eso. Allá lo tenia encomendado á los de mi Consejo.

CARON. — ¿I tú nunca te juntabas con ellos, á ver i entender lo que hazian?

ÁNIMA. — Algunas vezes: mas pocas: i esas, mas por el dezir de la jente, que porque yo entendiese en lo bueno: ni remediase lo malo que ellos hazian.

CARON. — Pues, digote, de verdad, que tu principal ejerzizio, habia de ser, gobernar bien tus súbditos.

ÁNIMA. — ¿No basta, que algunas vezes estaba en Consejo de Estado?

CARON. — ¿Qué tratábades en ese Consejo?

ÁMIMA. — De aumentar mi Señorío, juntando á él otras tierras.

CARON. — ¿I, parézete, que era mejor aumentar tu Señorío, que bien gobernar el que ya poseias? No sabias administrar el tuyo, ¿i querias conquistar los ajenos? ¿Qué medio tenias para conquistar?

ÁNIMA. — Guerra.

CARON. — ¿Guerra? ¿Qué me dizes?

ÁNIMA. — Así pasa.

CARON. — Veamos: ¿los Príncipes, no fueron instituidos por amor del Pueblo?

ÁNIMA. — Así lo dizen.

CARON. — I tú, usabas de tu Señorío, como si el pueblo fuera instituido por amor de tí: i llamábaste cristiano, i movias guerra por aumentar tu Señorío: teniendo ejemplo de Príncipes jentiles, que se mataron á sí mesmos, por evitar la guerra, que por su causa, se armaba contra sus súbditos.

ÁNIMA. — A la fé: en esto, ya pocos hallarás, que no vivan como yo vivia.

CARON. — ¿En qué te ejerzitabas?

XXVII. ÁNIMA. — En jugar, cazar, burlar, i andar entre mujeres.

CARON. — I, cómo; ¿no te bastaba tu mujer?

ÁNIMA. — Sobrábame, si yo me quisiera contentar: mas, si alguna vez me enamoraba,

fuese de donzella ó de casada: por fuerza, ó de grado, habia de gozar d'ella.

CARON. — ¡Oh, qué vergüenza! Veamos: ¿no hai lei que castigue los que eso hazen?

ÁNIMA. — Sí hai: mas la lei no comprende al Rei.

CARON. — Dizes la verdad: porque el Rei debria ser tan justo, tan limpio, i tan sancto, i tan apartado de vizios; que, aun en un cabello, no rompiese la lei: i por eso dizen, que ella no le comprehende. Mas el que vive como tú hazias, mui mas gravemente debria ser castigado, de lo que la lei manda: porque, así como el buen Rei haze mucho fructo con su ejemplo; i, por tanto, debe ser de sus súbditos mui amado, i en mas tenido i estimado; así el malo, haze mucho daño con el mal ejemplo: i debe, por tanto, ser de los suyos aborrezido, castigado, i aun del Reino privado.

ÁNIMA. — Buen medio tenia yo, para guardarme d'ese inconveniente.

CARON. — ¿Qué?

ÁNIMA. — Tenia mis súbditos en tanto temor, i tan amedrentados; que no osaban rebo-

llirse, cuanto mas levantarse contra mí, por malo que yo fuese.

Caron. — Eso era pura tiranía.

Ánima. — Llámala tú como quisieres, que yo no hallé otro remedio, para mantenerme en mi Reino, i hazer lo que yo queria.

Caron. — Pues, mal aventurado de tí; ¿pensabas, que tu vida i que tu tiranía, habian de durar para siempre; pues conoscias cuánto es frajil i breve la vida humana; i que de tus obras malas i buenas, habia de quedar perpetua memoria? ¿No te valiera mas, haber gobernado tus súbditos con amor; i que despues de tus dias, se dijera de tí, lo que se dize de aquel Emperador Trayano; de * Marco Aurelio Antonino, i Alejandro Severo; que no lo de Calígula, Neron, i Heliogábalo? ¿No te valiera mas que tu nombre fuera á los oidos de los hombres agradable; que no haber vivido de tal manera, que de tí, para siempre, quede en boca de la jente, abominable relacion; i á tí, de haber vivido tan mal, un perpetuo remordimiento de

* El impreso dice: Marco Antonio Aurelio.

consciencia, mas grave, que cuantos tormentos hai en el Infierno? No sé, cómo se puede sufrir entre los hombres una tan grave pestilenzia.

Ánima. — Tarde vienes con tus reprehensiones.

Caron. — Pues, díme; ¿qué jente tenias cabe tí?

Ánima. — De todos: malos i buenos.

Caron. — ¿Cómo los tratabas?

Ánima. — A los malos, trataba bien, i hazia merzedes: i á los buenos, no queria ver ni hablar.

Caron. — Mala señal era esa. Cuanto que, en esto, bien dabas á conoscer, que eras tú malo.

Ánima. — Diga cada uno lo que quisiere: que esto me estaba á mí bien.

Caron. — ¿Por qué?

Ánima. — Porque los buenos, nunca me hazian, sino ladrar á las orejas: diziendo, que trataba mal mis súbditos, i que no hazia lo que debia: i por esto, los tenia aborrezidos. Los otros nunca me dezian cosa que me pesase: mas todo lo que hazia, aunque fuese lo peor del mundo,

lo aprobaban ellos por mui bueno. ¿No querias, pues, que yo hiziese favor i merzedes á estos tales?

Caron. — No, por cierto. Porque el Príncipe, mucho mas se debe holgar con quien le reprehende, que no con quien le lisonjea. ¿Heziste algunas leyes?

Ánima. — Yo no: los del mi Consejo hazian algunas.

Caron. — I en ellas, ¿á qué tenian respecto?

Ánima. — ¿A qué lo habian de tener, sino á augumentar las penas que se aplicaban á mi fisco; en que yo solia hazer á ellos merzedes?

Caron. — El buen Príncipe, cuando haze las leyes, no debe tener respecto en manera alguna á su provecho, ni á la avarizia ni ambizion de los que cabe sí estan; sino solo al bien de la república. I, demas d'esto, debe estar mui sobre el aviso, de no hazer merzedes á los juezes en las condenaziones: porque harán como el viñandero, que se esconde, porque alguno venga, i se coma las uvas: i despues llegue él, i le haga pagar la pena: porque las uvas no son suyas, i la pena

sí. De manera, que buscando su provecho, son causa del daño del Príncipe i del Pueblo. Díme, ¿tenias muchos amigos?

ÁNIMA. — Antes, mui pocos.

CARON. — Y á esos pocos, ¿teníasles buena amistad?

ÁNIMA. — Cuando me cumplia.

CARON. — ¿Guardabas la fé que les dabas?

ÁNIMA. — Mientra que me estaba bien guardarla, la guardaba: i cuando no, nunca faltaba algun achaque con que romperla.

CARON. — ¿No tenias d'eso mala vergüenza?

ÁNIMA. — ¿Por qué? No dijo aquel Julio César: *Si jusjurandum violandum est: regnandi causa violandum est?*

CARON. — Julio César era jentil: i tú dizes, que eras mas que cristiano. I aun esa sentencia de jentil, como inicua i mala, fué por jentiles reprobada. Pues, ¿cuánto mas la debríades reprobar, los que os llamais cristianos? XXVIII.

ÁNIMA. — Repruébela quien quisiere: que ya entre cristianos, no se usa otra cosa.

CARON. — Bien lo creo: entre ruines cristianos. Veamos: ¿i tus rentas, en qué las gastabas?

Anima. — En hazer guerra.

Caron. — De manera, que el proprio sudor del pueblo, convertias tú en su destrucion. ¿Hazias algo por amor de Dios?

Ánima. — ¡Mira, si hazia!

Caron. — ¿Qué?

Ánima. — Guerra contra los Turcos.

Caron. — ¿De qué manera?

Ánima. — Haziéndoles todo el mal que podia.

Caron. — ¿I, cómo pensabas tú hazer servizio á Dios en eso? ¿Tú no veias, que cuanto mas mal hazias á los Turcos; mas odio cobraban ellos contra Jesucristo; i mas obstinados estaban en su opinion?

Ánima. — ¿Pues cómo querias tú, que los hiziésemos tornar cristianos?

Caron. — Cuando tú hobieras tan bien gobernado tus reinos, que los tuvieras en mucha paz i sosiego; i que tú i ellos, viviérades ya como buenos cristianos, estonzes fuera bien, que procuráras de convertir los Turcos: primero, haziéndoles mui buenas obras, para atraerlos á la fé con amor, como hizieron los Apóstoles, que predicaron la doctrina de Jesucristo: i despues, si por amor no se quisieran conver-

tir, i pareziera cumplir á la honrra de Cristo, procurar de hazerlos convertir por fuerza; estonzes lo habias de hazer con tanta moderazion; que los Turcos conoscieran, que no les hazias guerra por señorearlos, ni por robarlos; mas solamente por la salud de sus ánimas. Mira tú, agora, si lo heziste así.

ANIMA. — Ni lo hize yo así: ni nunca hombre me consejó que lo debia hazer.

CARON. — Pues, créeme tú á mí, que de otra manera, antes os tornaréis vosotros peores que Turcos; que tornar los Turcos cristianos. Mira, agora, cuán gran servizio hazias tú á Dios, en hazer guerra á los Turcos.

ANIMA. — Bien creo yo, que dizes verdad: mas juntamente con hazer servizio á Dios, queria yo aprovechárme, acrescentando mi Señorío en las tierras que tomase á los Turcos.

CARON. — D' esa manera, mas te movia tu interese particular; que la honrra de Jesucristo.

ANIMA. — No te lo puedo negar.

CARON. — ¿Qué mas hazias?

ANIMA. — Edifiqué muchos templos, i monasterios.

CARON. — Si el dinero que en eso gastaste, ganáras con el trabajo de tus manos; pudiérate aprovechar: mas tú, hurtabas el puerco, i dabas los pies, por Dios: fatigabas con exaciones indebidas tus súbditos; i despues pensabas aplacar á Dios, con edificar templos.

ANIMA. — Mi confesor me dezia siempre, que con aquello me iria á Paraiso: aunque, en lo demas, gozase mui libremente de mis vizios.

CARON. — Quizá le cumplia á él dezirlo así. Veamos: ¿nunca te reprehendia tus vizios?

ANIMA. — Reprehendíame aquellos, que él mesmo conoscia, tener yo voluntad de dejar: i por los otros, pasaba mui livianamente, por no descontentarme.

CARON. — ¡Oh, qué pestilenzia! ¿rezabas?

ANIMA. — Las Horas de nuestra Señora.

CARON. — ¿Entendíaslas?

ANIMA. — Ni aun sabia lo que me dezia.

CARON — ¿Cómo?

ANIMA. — Porque, aunque las entendiera, ja-

más podia acabar conmigo de estar atento á ello.

CARON. — ¿Pues, de qué te aprovechaba tu rezar?

ANIMA. — Por cierto, yo no lo sé.

CARON. — Mira, que ceguedad: que pensases tú hazer servizio á Dios, haziendo lo que no era de tu ofizio, ensartando psalmos, sin saber lo que te dezias: dejando de hazer lo que eras obligado, por razon de tu ofizio!

ANIMA. — ¿A qué llamas ofizio? Sé, que yo era Rei, que no ofizial.

CARON. — Si piensas, que ser Rei, es otra cosa que ofizio, estás engañado. Dígote, de verdad, que ser Rei, no es sino ofizio, i aun mui trabajoso.

ANIMA. — Ojalá, pudiese yo tornar á ese trabajo!

CARON. — Por cierto, tú tienes un ruin deseo. Ea: díme, ¿cómo moriste?

ANIMA. — No sé qué enfermedad se me recrezió de mis travesuras de manzebo: de que morí medio desesperado.

CARON. — De tal vida como tú me has contado; no se podia esperar otro fin. ¿Tú creias, que habia Dios?

Anima — Sí.

Caron. — ¿Creias, que habia infierno i paraiso; i que en el infierno habian de ser los malos castigados; i en paraiso los buenos galardonados?

Anima. — Todo eso creia.

Caron. — Pues, malaventurado de tí: creyendo todo esto, ¿vivias, como si ninguna cosa d' ello creyeras?

Ánima. — Fiábame en las bulas y confesionarios, induljenzias i perdones, que los Papas me tenian conzedido: i tambien en la
XXIX. misericordia de Dios.

Caron. — ¿Parézete, que seria misericordia, perdonar tan grandes maldades, como las tuyas, hechas i cometidas á sabiendas? Antes, porque es Dios misericordioso; quiere que tú, i los á tí semejantes, seais mui rigurosamente castigados: porque tratais mal, á aquel pobre pueblo cristiano, por cuyo bien fuistes, vosotros Reyes, instituidos. ¿No te pareziera crueldad, si dejáras de castigar un público ladron, salteador de caminos, i capeador?

Anima. — Sí, por cierto.

Caron. — Pues la mesma seria, si Dios dejase

de castigar, á tí, peor que ladron, capeador, i salteador de caminos. ¡Oh, desdichado de tí! aunque no creyeras que habia Dios, ni paraiso, ni infierno: solo por huir la fama que dejas en el mundo: te habias de apartar de tan mal vivir. Anda, pues, monstruo maldito, que acá te bezarán, cómo se deben tratar los súbditos, i gobernar los reinos. Torna tú, Mercurio, á tu historia.

Mercurio. — Determinados los reyes de Francia et Inglaterra, de hazer guerra al Emperador, por tenerlo siempre en nezesidad, esperando que viniese la primavera; sin haber considerazion á la honrra de Dios, ni al bien de la república; enviaron un nuevo ejército en Italia, diziendo que iban á libertar al Papa.

Caron. — ¿Ya el Emperador no les habia escrito, que le enviasen su parezer, de lo que debia hazer en eso del Papa?

Mercurio. — ¿No te digo, que lo disimulaban, por tener achaque para ejecutar su mal propósito; i por descuidar al Emperador, para que no proveyese á las cosas de Italia? Pues, juntamente, con enviar su

ejército, enviaron nuevos embajadores á España; porque tratando de la paz, toviesen al Emperador descuidado; como siempre, suelen los franceses artizar: que estonzes se muestran mas deseosos de la paz; cuando mas se aperziben para la guerra: por tomar desproveidos á sus contrarios.

Caron. — No es ese mal ardid de guerra.

Mercurio. — Dizes la verdad: para los que á su fé tienen perdida la vergüenza. Pasado el ejército de franceses en Italia; como el ejército del Emperador estaba todavía en Roma, medio amotinado, sin querer abajar en Lombardía; los franceses tomaron la ciudad de Jénova, i comenzaron á ganar tierra en el Estado de Milan. En este medio, los embajadores de Francia et Inglaterra, que eran venidos, á tener en palabras al Emperador, en Palenzia, despues de diversas comunicaziones, i dilaziones, en que los franceses andaban, por descuidar mas al Emperador, vinieron en esta conclusion: que se quitase de la capitulazion de Madrid, el capítulo que habla, de la restituzion de Borgoña; que-

dando su derecho á salvo al Emperador: i que el rei de Francia le pagaria, por su rescate, dos millones de ducados de oro: de los cuales se descontase, lo que el Emperador debia, de dineros prestados al rei de Inglaterra: i que demas d'esto; el rei de Francia, conforme á la dicha capitulazion de Madrid; tomaba á su cargo, de pagar al mismo rei de Inglaterra, lo que le debia el Emperador; por razon de la indemnidad que le prometió, pasando por Inglaterra.

Caron. — ¿A qué llamas indemnidad?

Mercurio. — ¿No te acuerdas que te dije, que el Emperador, prometió al rei de Inglaterra, que le pagaria lo que le pagaba el rei de Francia, hasta que se tornase á conzertar con él; ó ganase equivalente recompensa en Francia?

Caron. — Sí, que me acuerdo.

Mercurio. — Pues á esto llaman indemnidad: como quien dize: librarlo del daño, que de mostrarse enemigo del rei de Francia se le seguia.

Caron. — Ya lo entiendo.

Mercurio. — Allende d'esto, prometieron los

franceses, que antes de entregárseles los rehenes, restituirian el Estado de Jénova, como era antes de ocupado; i tambien lo que mas hobiesen ocupado en Italia, conforme al capítulo segundo, de la capitulazion de Madrid.

Caron.— Luego, ¿por qué habian enviado el ejército, si pensaban restituir lo que tomasen?

Mercurio. — ¿Restituir? Nunca tal cosa les pasó por pensamiento. ¿No te digo, que no lo hazian, sino por entretener en pláticas al Emperador? Allende d'esto, cuanto al Estado de Milan; el Emperador ofrezió, que nombraria juezes sin sospecha, para que viesen de derecho lo que se debia hazer. I que si ellos declarasen estar el duque Sforza sin culpa; el Emperador lo restituiria en su Estado, i le daria la investidura d'él: i si fuese por ellos condenado; queria el Emperador, usar i disponer de aquel Estado de Milan, á su voluntad, i como el derecho le otorga. I
XXX. que en todo lo demas, escepto algunas cosillas de poca importanzia, se guardase lo capitulado de Madrid. Con esto, pen-

saban ya, el Emperador i los de su parte, que tenian la paz fecha: mas, cuando llegaron al atar de los trapos, dijeron los franceses: que ellos no tenian poder para concluir: i fué menester, que tornasen á enviar á Francia, todo lo platicado, para ver si su Rei queria pasar por aquellas condiziones, ó no. Con esta conclusion, hecha á los quinze de setiembre del año pasado, de quinientos i veinte i siete*; esperando la respuesta, se vino el Emperador á Burgos: i los Embajadores de Francia et Inglaterra, lo entretenian siempre, diziendo: que cada dia esperaban la respuesta. Otras vezes dezian: que el rei de Francia, habia enviado á consultar con el rei de Inglaterra, la plática; i que no podia mucho tardar la respuesta. I todo esto hazian, porque el Emperador se descuidase en proveer de remedio á las cosas de Italia; con esperanza, que le harian restituir todo lo que allá hobiesen tomado, como habian prometido. I ellos, en este medio, iban ga-

* Año de 1527.

nando siempre tierra; i tomaron Alejandría, Pavía, i otros Lugares del Estado de Milan.

Caron.—Aina me harias enojar. ¿Cómo qué, en tanto tiempo no conoscia el Emperador el engaño?

Mercurio.—El que no sabe engañar, tarde presume que otros le engañen. I por dezirte la verdad, yo creo que se fiaba del rei de Inglaterra.

Caron.—D'ese me fiára yo menos, teniendo cabe sí aquel Cardenal.

Mercurio.—Dizes la verdad: mas es cierto que la bondad no puede dejar de pensar bien. Tovieron, pues, suspenso al Emperador, hasta que ya, pareziéndoles, que si mas tardaban en enviar la respuesta se descubriria el engaño; envió el rei de Francia un Secretario suyo, nombrado Bayart, en España, que en la una mano llevaba ciertos capítulos, con que entretener todavía al Emperador, i en la otra, dos carteles, uno del rei de Francia, i otro del rei de Inglaterra, para desafiarle, cuando les pareziese tiempo. ¿Tú no vees, Caron, con cuánta soberbia,

aquella Ánima entra en tu barca? ¿Qué me quieres apostar, que es algun francés?

CARON. — ¿En qué lo conosces?

MERCURIO. — Llámalo, i verlo has.

CARON. — Ven acá, Ánima; ¿dónde cobraste tanta soberbia? ¿Eres, por ventura, francés?

ÁNIMA. — Sí que soi francés.

CARON. — Habla paso: que es la casa baja. ¿Qué ofizio tenias?

ÁNIMA. — A lo menos, no barquero, ni galeote como tú.

CARON. — ¿Pues, qué eras?

ÁNIMA. — Secretario.

CARON. — ¿De algun Consejo, ó de quién?

ÁNIMA. — ¿Búrlaste? No, sino del Rei.

CARON. — ¿Del Rei? Sea mucho en hora buena. ¿Hiziste alguna cosa señalada, que nos cuentes?

ÁNIMA. — Allegué, en menos de diez años, mas de ochenta mil ducados.

CARON. — Hombre eras de buen recaudo.

ÁNIMA. — A la fé, sí; que buen recaudo, i buena mañana, es menester para ello.

CARON. — ¿A qué llamas buena maña?

ÁNIMA. — ¿Piensas que te lo tengo de dezir,

por tus ojos bellidos? A buena fé, no lo sepas, si no me lo pagas bien.

CARON.— ¿Qué quieres que te dé?

ÁNIMA. — Que me hagas franco del pasaje.

CARON. — Soi contento.

ÁNIMA. — Dáca la mano.

CARON. — Mas, dame tú la tuya.

ÁNIMA. — No quiero.

CARON. — Estas tan acostumbrado de tomar, que nunca * querias dar: como el fraile, que se estuvo tres dias en un silo, por no dar la mano, á los que lo querian sacar. Agora, sus: no quedé por eso: toma la mano.

ÁNIMA. Pues, está atento. Lo primero que yo hazia, era dar á entender á todos, que tenia tanta parte con el Rei; que hazia d'él lo que yo queria, i ninguna cosa él determinaba sin mí. Con esto, hazia que todos los negoziantes acudiesen á mí: i á los que me daban algo, hablaba yo con el bonete en la mano: i les daba á todas horas audiencia: á los otros, amostraba mui mala cara, hasta que les sacaba algo.

* *Querrias* (?).

Si vacaba, ó se habia de proveer alguna cosa; i la pedian dos ó tres; á todos prometia yo de ayudar, si me prometian ellos de pagármelo: i á las vezes, no hablaba por ninguno: mas cuando se proveian, aunque yo no hobiese hecho nada, todavía levaba por entero lo que me habian prometido: dando á entender que yolo habia hecho. I muchas vezes, habia sido contrario. De manera, que de cuanto se proveia por mis manos, i, aun á ratos, por las ajenas, llevaba yo mi repelon. I con esta arte, prometiendo yo á entramas partes; no se me podian escapar. Allende d'esto, si se determinaba alguna cosa en Consejo, en favor de alguno; luego se la hazia saber con dilijenzia; dándole á entender, que Tal i Tal, le habian sido contrarios, i que yo solo, lo habia man- XXXI.
tenido: siendo esto, muchas vezes, al contrario: que ellos lo favorezian, é yo solo lo acusaba.

Caron. — Veamos: ¿Cómo sufrian eso los del Consejo?

Ánima. — Procuraba yo de tenerlos discordes: iba al uno, i dezíale, que el Tal, habia

dicho tal i tal cosa contra él; i que lo queria mal: encargándole, que no me descubriese. I despues iba al otro, i dezíale otro tanto: de manera, que como yo sembraba discordia entre todos, i no se osaban fiar unos de otros; cada uno procuraba de agradarme por tenerme de su parte. I así los traia á todos á mi volontad; i ninguno osaba abrir la boca contra mí.

Caron. — Jentil manera era esa.

Ánima. — D'esta manera, tenia yo tan tiranizada aquella córte; que unos me daban seda, otros plata, otros buenos ducados.

Caron. — ¿No gastabas nada?

Anima. — Mui poco. Porque yo, muchas vezes comia fuera de mi casa: i otras, combidaba á otros, que me daban de comer en mi propria casa: á otros, hazia jugar comigo cosas de comer: i si ellos perdian, pagaban: i si yo, ni ellos me lo osaban pedir, ni yo me comedia á pagarlo. Pues, mis criados! Con mejor apetito se levantaban, que no se sentaban á la mesa. Allende d'esto, como el Rei se fiaba de mí; hazíale yo firmar lo que queria, i aprovechábame mui jentilmente d'ello. De

manera, que con estas i otras tales granjerías, ganando mucho, i gastando poco, que es la verdadera alquimia, me hize mui presto rico.

CARON. — ¿Esas, no eran falsedades i aun traiciones: cohechar, i vender humo á los negoziantes, i engañar á tu Señor, que se fiaba de tí?

ÁNIMA. — ¿Qué se me daba á mí? Hiziese yo mi provecho, i fuese como quiera.

CARON. — ¿I al Rei, heziste algun señalado servizio?

ÁNIMA. — Así, burlando. El mayor, que nunca criado hizo á su Señor.

CARON. — Alguna gran cosa debe ser esta.

ÁNIMA. — ¿Sabes, qué tan grande? Que yo fuí el primero, que le aconsejase, que ofreziese al Emperador todo lo que pidiese, por salir de prision: i que despues de salido, no cumpliese cosa alguna, de lo que le hobiese prometido. I con este mi buen consejo, él quedó libre, i el Emperador engañado.

CARON. — Aosadas: de tal consejero, tal consejo.

ÁNIMA. — I aun te prometo, que el Rey no me lo tuvo en poco.

Caron. — Con razon.

Ánima. — Pues mas hize: que desde antes que el Rei saliese de España; tenia ya yo concertado con el Papa, i con otros potentados de Italia; que juntamente con él, hiziesen guerra al Emperador, como la hizieron. I allende d'esto, trabajé de ganar, de nuestra parte, al Rei de Inglaterra: de manera, que se conzertaron el año pasado, de mover mui crudel guerra contra el Emperador: i hize yo, que mientras ellos se aparejaban para la guerra; porque el Emperador no la barruntase; le enviasen, como le enviaron, embajadores, para entretenerlo con esperanza de paz. I, agora nuevamente, han enviado los Reyes d'armas, con sus carteles de desafio, para intimarle la guerra. Así que, ó yo me engaño; ó á esta hora, él es desafiado.

Caron. — Por cierto, grandes servizios son esos: robar los negoziantes, engañar tu Rei i Señor, que se fiaba de tí; i despues d'esto, darle consejos, con que perdiese su honrra i fama para siempre!

Ánima. — Mira, hermano: todo mi intento

era dejar mui gran Estado: i para hazerlo, no tenia mejores medios que estos. ¡No, sino sed bueno, i vivireis toda vuestra vida, pobre!

CARON. — ¡Es posible, que en la Córte de un Príncipe cristiano, se sufra una pestilenzia como tú!

ÁNIMA. — Antes, para andar en la Córte, éstas, i otras semejantes artes, son mas que nezesarias. Si no quereis mas, ser de todos burlado i menospreziado, con vuestras virtudes; que con esta buena maña, ser loado por buen cortesano.

CARON. — ¿Cómo? ¿buen cortesano llamais vosotros, á un monstruo, como tú te me has aquí representado!

ÁNIMA. — Hermano, menester es vivir, como en la tierra donde hombre se halla: i pues se requiere esto, para vivir en las Córtes de los Príncipes; no te maravilles, que yo me conformase con la costumbre. Es verdad, que acordándome de cuánta obligacion tienen los hombres, á ser perfecto cada uno en su ofizio; trabajéme yo tanto de serlo en este mio, que á ninguno de los pasados, pienso haber dejado de sobrepu-

jar; ni, á alguno de los venideros, lugar para qne me pueda alcanzar.

Caron. — ¿De manera, que saliste en tu bellaquería, perfecto?

Ánima. — Perfectísimo.

Caron. — ¿No hai leyes que castiguen tan grandes maldades?

Ánima. — Sí hai: ¿mas, quién osára tomarse, con un Privado de un Príncipe? Allende d'esto: son cosas que se tratan secretamente: de manera, que * cuando vengan en juizio, no se pueden probar: i, aunque se probasen, nunca falta alguno del mesmo ofizio, que tome su defension: de
XXXII. suerte, que por maravilla, vemos castigar tales cosas: cuanto que yo no lo he oido, salvo de un Turino, ** que hizo matar Alejandro Severo con humo á las narizes.

Caron. — ¿Hízolo aquel jentil, i no lo hazen los cristianos? Mas, pues quesiste ser malo; aquí pagarás la pena de tu maldad.

Mercurio. — ¿No te pareze, Caron, que se conforma esto, con lo que yo te he dicho?

Caron. — Así me pareze. I teniendo los Prín-

* Se sobreentiende *aun*.

** V. Ælio Lampr., cap. 35.º y 36.º

cipes cabe sí tal jente; no me maravillo, sino del mal que no hazen.

Mercurio. —Tornando, pues, á nuestro propósito, el Secretario del rei de Francia, de quien te hablaba; llegó á Burgos, donde á la sazon el Emperador estaba, á doze dias del mes de Deziembre, diziendo que traia la resolucion de la paz. I venidos todos los embajadores de Francia et Inglaterra al Emperador, disimulando los carteles que tenian para desafiarlo; dijeron, que le darian por escrito, lo que el rei de Francia, por amor de la paz, i por cobrar sus hijos, queria hazer. I dieron una escriptura, en que allende de otras muchas cosas que quitaban, de lo que en Palenzia habian ofrezido; queria que el Emperador, á humo muerto, restituyese en su Estado, al Duque Francisco Sforcia, aun quese hallase haberlo ofendido: i de la restituzion de Jénova, i Condado de Aste; no hablaban palabra: ni querian retirar el ejérzito que tenian en Italia, fasta que hobiesen cobrado los hijos del rei de Francia, que estaban en poder del Emperador en rehenes. Cuando el Empe-

rador esto oyó; maravillóse, i hízoles dezir, que hablasen claramente, si tenian comision de ofrescer otra cosa, ó no. A la fin respondieron, satisfaziendo algunas dificultades de las que parescia haber en la primera escriptura: i principalmente, que, cuanto al Estado de Milan; que los reyes de Francia et Inglatera eran contentos, que el Emperador nombrase luego juezes no sospechosos, para que viesen i determinasen, si el duque Francisco Sforcia merescia ser privado, ó no; i que todos pasasen, por lo que aquellos determinasen.

Caron. —¿De manera, que ya en eso, no quedaba dificultad?

Mercurio. — Ninguna.

Caron. —Segun eso, pareze que ellos estaban inclinados á querer paz.

Mercurio. — Esto hazian ellos, por dar á entender, que se allegaban á razon: i para venir al rompimiento, dejaban atrás el punto principal: que no querian restituir á Jénova, ni á Aste; ni retirar el ejérzito de Italia, hasta que hobiesen cobrado los hijos del Rei de Francia.

Caron. — ¿I para hazerlo, no ofrescian alguna seguridad?

Mercurio. — Dezian, que el rei de Francia, se obligaria á restituir Jénova i Aste; i retirar su ejérzito, dentro de cierto término, despues que hobiese cobrado sus hijos: so pena de trezientos mil ducados: i para seguridad de la paga d'ellos, daria rehenes, en poder del rei de Inglaterra. ¿No te paresce, que era jentil seguridad esta?

Caron. — Jentil. ¡Para fiarse de un hombre, que tan poco caso haze de romper su fé!

Mercurio. — Vista, pues, por el Emperador la final conclusion, presentada por los embajadores de Francia et Inglaterra, el primer dia d' este año MDXXVIII, les mandó responder por escrito; que en lo que pedian del Estado de Milan, aquello era lo mesmo, que muchas vezes les habia ofrescido: pero, en cuanto á la restituzion de Jénova i Aste; i al retirar del ejérzito que franceses tenian en Italia, porque no quedase causa de venir á otro rompimiento de guerra; el Emperador queria, que en todo caso restituyesen lo que habian de restituir; i que retirasen su

ejérzito, antes que se les entregasen los rehenes.

Caron. — Paresceme á mí, que en eso el Emperador tenia mucha razon. I, veamos: ¿por qué no querian los franceses venir en ello?

Mercurio. — Dezian: que si ellos retiraban su ejérzito, i restituian lo que habian de restituir, antes que cobrasen sus rehenes; podrian quedar burlados, si el Emperador despues no se los quisiese dar: pidiéndoles otras condiziones, demas de las ya asentadas.

Caron. — No dezian mal.

Mercurio. — Antes, no podian dezir peor, ni cosa mas contra razon. Pues, cuanto á lo primero; ellos no tenian causa de desconfiarse del Emperador; porque nunca les habia rompido su fé. Allende d'esto: pues antes que ellos hobiesen tomado á Jénova ni Aste, ni toviesen ejérzito en Italia; el Emperador era contento de restituir al Rei de Francia sus hijos, cuasi con esas mismas condiziones; ¿qué razon habia, para pensar, que no lo habia agora de hazer? Antes, en no querer ellos retirar

su ejérzito; daban claramente á entender la intenzion que tenian, de no guardar ni cumplir lo que prometian; sino comenzar nueva guerra, en habiendo cobrado sus hijos: así como han fecho agora: porque ninguna razon habia, de querer los franceses hazer tantos gastos en entretener su ejérzito en Italia, desde la conclusion de la paz, hasta despues de la restituzion de los rehenes; si no tenian intencion de continuar la guerra. I, aun mas hizo el Emperador: que habiéndole los embajadores de Francia et Inglaterra declarado, que toda la dificultad estaba, en la restituzion de Jénova i Aste, i en el retirar del ejérzito, antes ó despues, de la restituzion de los rehenes; i que, si en aquellas dificultades se daba algun corte, luego se podria concluir la paz; el Emperador les dijo: que si era así, como ellos dezian: porque una cosa tan santa, tan saludable, i tan provechosa, como era la paz, no quedase, por tan pequeña causa, sin conclusion; que él les daria á ellos las mismas seguridades, que ellos le habian ofrezido á él, i aun mayores, si mayores las quisiesen. XXXIII.

Caron. — No era la cosa igual: la restituzion de los hijos del rei de Francia: con la restituzion de dos ciudades, i retirar un ejérzito.

Mercurio. — Dizes verdad, que la cosa no era igual: mas tambien quedaba á los franceses en su poder, lo que habian de dar por cobrar sus hijos. I, allende d'esto; las seguridades que daba el Emperador, eran; de restituirles lo que ellos hobiesen entregado: i mas, trezientos mil ducados, para tornar á hazer el ejérzito, que hobiesen desecho. De manera, que aunque el Emperador no quisiera cumplir, por su parte, lo que en manera alguna no es verisimil; no podia el rei de Francia rezebir en ello daño alguno: lo que, por el contrario, se puede dezir del Emperador: que si él viniera en hazer lo que los franceses querian; i ellos, otra vez le engañáran; le fuera mui grande afruenta, haberse dejado dos vezes tan claramente engañar.

Caron. — Agora te entiendo. Pues, veamos: ¿qué respondieron á eso los embajadores de Francia?

Mercurio. — ¿Qué querias que respondiesen?

Andaban en dilaziones: diziendo, que les parezia que el Emperador se ponia en razon: mas que ellos, no tenian poder, para azeptar lo que les ofrezia: i menos, comision para enviar mas á comunicarlo con su Rei: i que les pesaba, que por tan poca cosa viniesen en rompimiento: i no dejaban de solizitar al Emperador, que quisiese azeptar las condiziones que le ofrezian.

Caron. — ¿De manera, que la cosa no estuvo en mas, de no se querer fiar el uno del otro?

Mercurio. — A la fé, estuvo en que el rei de Francia no queriendo paz, buscó este achaque para mover la guerra.

Caron. — Así me pareze. Mas; mira, Mercurio, cuál viene aquel espantajo de higuera, tan largo como una blanca de hilo.

Mercurio. — Sin dubda debe ser algun hipócrita: déjame con él. ¿Dónde vas, Ánima?

Ánima. — Al cielo.

Mercurio. — ¿Al cielo? Ea, díme; ¿cómo viviste en el mundo, para que pienses subirte al cielo?

ÁNIMA. — Fuí de los cristianos que se llaman perfectos.

MERCURIO. — ¿Parezete, que va poca diferenzia, de llamarse perfecto, á serlo?

ÁNIMA. — Bien sé que hai mucha: mas yo, no solamente me lo llamaba, mas éralo.

MERCURIO. — Mui gran señal es de no haberlo sido, pensar tú, que lo eras.

ÁNIMA. — Mas, mui gran nezedad seria mia, pensar yo, no ser perfecto, siéndolo.

MERCURIO. — Ea, veamos: ¿Cómo lo eras?

ÁNIMA. — Yo era cristiano.

MERCURIO. — Tambien lo son muchos ladrones.

ÁNIMA. — Era sacerdote.

MERCURIO. — D'esos, hai muchos ruines.

ÁNIMA. — Dejé toda mi hazienda por seguir la perfeccion cristiana.

MERCURIO. — Tambien la podias seguir teniéndola.

ÁNIMA. — ¿Cómo?

MERCURIO. — Porque la pobreza, mas consiste en la voluntad, que en la posesion.

ÁNIMA. — Dezia cada dia misa. I, allende las Horas Canónicas, rezaba muchas oraziones por mi devozion: ayunaba, todos los

dias que manda la Iglesia, á pan i agua: nunca dormí en cama, ni aun estando enfermo: nunca me vestí camisa: andaba los pies descalzos: disciplinábame tres vezes en la semana: ha mas de treinta años que no comí carne; aunque agora, cuando me quise morir, los físicos me dezian, que estaba en peligro de muerte; de manera, que todos me besaban la ropa por Santo.....

MERCURIO. — Todos esos, eran buenos medios, para seguir la doctrina cristiana, si armaban á tu compli*ssi*on: mas, por dezirte la verdad, aun no te he oido dezir cosa, por donde te debieses llamar perfecto, ni esperar de subir al cielo.

ÁNIMA. — ¿Cómo no? Aina me harias tornar loco.

MERCURIO. — Porque esas obras eran esteriores: i solamente, medios para subir á las interiores: i tú, fiábaste tanto en ellas; que no curabas de otra cosa. Sinó, respóndeme á lo que te preguntáre.

ÁNIMA. — Dí.

MERCURIO. — ¿Tenias caridad?

ÁNIMA. — ¿A qué llamas caridad?

MERCURIO. — ¿Si amabas á Dios, sobre todas las cosas, i á tu prójimo cómo á tí mesmo?

ÁNIMA. — Eso era lo principal que yo hazia.

MERCURIO. — Sepamos, pues, cómo lo hazias. Díme; ¿disfamabas i murmurabas, por dicha, algunas vezes, de tu prójimo?

ÁNIMA. — ¿Por qué no; de los que dezian
XXXIV. mal de mí, i presumian de reprehenderme?

MERCURIO. — Porque eras obligado, á dar bien por mal; i en esto, dabas mal, por bien, como era reprehenderte lo que mal hazias, ¿Paréżete, que era jentil caridad esa? Veamos: ¿qué dezias d'ellos?

ÁNIMA. — Dezia, que eran malos hombres, i que perseguian la relijion cristiana.

MERCURIO. — ¿I eso, pensabas tú que fuese verdad?

ÁNIMA. — Bien sabia, que no era verdad: mas no tenia otro medio de vengarme d'ellos.

MERCURIO. — Luego, segund eso: ni tú amabas á * tu prójimo, como á tí mesmo, pues los perseguias sin razon, ni á Dios, sobre todas las cosas, perseguiendo á Jesucristo en sus miembros.

* Tus prójimos (?).

Ánima. — Esto, yo lo confieso: ¿mas, por qué me daban ellos causa, para que lo hiziese? Sé: que aunque yo fuera malo, no era razon que me reprehendiesen: porque quitaban la devozion que la jente tenia comigo.

Mercurio. — ¿Qué dezian de tí?

Ánima. — Andábanme acechando: i si alguna vez, me veian entrar en casa de alguna mujer; luego lo publicaban.

Mercurio. — ¿I, cómo? ¿Tenias tú que hazer con mujeres?

Ánima. — Pocas vezes: cuando la carne mucho me venzia: mas procuraba de hazerlo mui secretamente. Allende d'esto: dezian, que toda mi sanctidad no era, sino para ganar crédito con el vulgo: i porque me diesen algun Obispado.

Mercurio. — Veamos: ¿i en eso, dezian verdad?

Ánima. — Sí dezian: mas no era bien hecho publicarlo. Dezian asimismo, que era envidioso: i que, de envidia, perseguia á los que vivian mejor que yo.

Mercurio. — ¿I tú, haziaslo?

Ánima. — Algunas vezes.

MERCURIO. — ¿Por qué?

ÁNIMA. — Porque me impedian mi gananzia. Dezian tambien, que andaba yo engañando las mujerzillas con mil superstiziones.

MERCURIO. — Harto malo era eso, si es verdad.

ÁNIMA. — Yo no lo niego: mas, si no lo hiziera así; muchas vezes muriera de hambre.

MERCURIO. — ¿No fuera mejor guardar tu hazienda, i vivir d'ella; ó si, ya no querias tenerla, ganar de comer con el trabajo de tus manos; que no dejarla, para venir despues á ofender á Dios buscando de comer?

ÁNIMA. — No era honesto, que siendo sacerdote, trabajase.

MERCURIO. — ¿Sant Pablo no era sacerdote?

ÁNIMA. — Sí.

MERCURIO. — ¿Pues él mesmo no dize, que trabajaba de noche con sus manos, para ganar de comer, por no ser molesto al prójimo?

ÁNIMA. — Así lo he oido.

MERCURIO. — Pues, haziéndolo sant Pablo; ¿parézete, que no te fuera honesto, hazerlo tú?

Ánima. — No tuviera tiempo para dezir mis horas, i rezar mis devoziones.

Mercurio. — Por cierto, que te valiera mucho mas no rezarlas; que, por rezarlas, ponerte en peligro de pecar. Porque, pecando, como dizes que pecabas; poco aprovechaban tus misas, tus ayunos, tus disziplinas, ni tus oraziones.

Ánima. — Veamos: ¿en parte, no son preceptos de la Iglesia?

Mercurio. — Sí.

Ánima. — ¿Pues, por qué nos los mandan hazer, si no nos han de aprovechar?

Mercurio. — Mándalo la Iglesia hazer, porque es medio para seguir la perfezion cristiana, que consiste mas en cosas interiores *, qué en esteriores: i los que no entendiendo esto, las toman por fin, como tú has fecho; hállanse, como tú te hallas agora, burlados. Ven, acá. Si tú, tovieses una villa mui fuerte, i queriendo poblarla de jente mui esforzada, prometieses que darias, á los que entrasen en ella por com-

* Luego, esas cosas, en vez de ser un *medio*, como aqui se dize, son un estorbo. Luego no deben hazerse; i menos, exijirse.

bate, mui lindas casas en que morasen, i heredades de que viviesen; prometiendo de ayudar á los que animosamente se allegasen á los muros; i los capitanes de la jente, que viniesen á combatir tu villa; viéndola de muchos enemigos cercada, aparejados para resistirles la entrada; mandasen á los combatidores, que se armasen mui bien, i se vistiesen todas sus libreas, repartiéndolos por sus capitanías; i que velasen i no comiesen demasiado, porque al tiempo del combate se hallasen mas lijeros: si uno d'estos combatidores se armase de todas armas, mejor que los otros; i se vistiese de librea mas galan que los otros, i estuviese mas sobrio que los otros; i al tiempo del combate, se quedase en las tiendas; i despues de ganada la villa, i abiertas las puertas, viniese á pedirte el premio que habias prometido; porque vino entre los combatidores, i se armó, i vistió de librea, i estuvo mui sóbrio; veamos: ¿tú, dárselolas?

Ánima. — ¿Por qué se lo habia de dar?

Mercurio. — ¿Qué le responderias?

Ánima. — A la fé: dezirleia yo. «Hermano, no

prometí mis casas, ni mis heredades, al que se llamase combatidor: ni al que se armase, ni al que se vistiese de librea, ni al que comiese sobriamente: sino, al que entrase en mi villa, por combate, armado ó desarmado, vestido ó desnudo, ayuno ó harto. Esos, eran medios para alcanzar esto otro. I, pues tú, te contentaste con ellos; no solamente no habrás galardon; mas eres digno de mui rezio castigo, porque llamándote mio, te escondiste al tiempo de la nezesidad, i diste causa á otros para hazer lo mesmo.

Mercurio. — Tú lo has dicho mui jentilmente. XXXV.
Has, pues, agora de saber, que Jesucristo, queriendo poblar su doctrina de jente esforzada, prometió el reino del cielo, al que lo seguiese. I, para que mas seguramente lo pudiesen seguir, ordenó la Iglesia ciertos mandamientos, como medios, con que alcanzasen la perfeczion cristiana: como, el ayuno, contra la lujuria; la orazion, contra la soberbia; i así, de los otros. No te prometió á tí la Iglesia el cielo, porque guardases estos sus mandamientos; mas dízete, que son mui buenos

medios para alcanzar i seguir la doctrina cristiana, que es la villa que tú tenias: por la cual has de haber el cielo: que son las casas i heredades que tú prometiste, á los que en ella entrasen por combate. Pues, si tú agora, vienes á pedir á Dios el cielo, diziendo, que eras cristiano i sacerdote: que ayunaste á pan i agua: que rezaste: i te disziplinaste: i heziste todas las otras cosas que me has contado: ¿no te pareze que diria Dios lo mesmo que tú dizes que dirias al otro? «Hermano, yo no prometí el cielo, á los que se llamasen cristianos, ni sacerdotes; ni á los que hiziesen esas otras cosas; sino á los que siguiesen mi doctrina. I porque mas seguramente la siguiesen, fueron dados i ordenados esos mandamientos: Si tú la siguieras, aparejado te fuera el premio, que yo prometí: mas, pues no lo heziste; por haber tomado i guardado los medios, que fueron dados i ordenados para ello; mas digno eres de pena que de galardon. A lo menos, no podrás agora tú negar, que esta sentencia no sea justa.

Anima. — ¿Cómo! ¿Es posible, que así

se pierdan tantas i tan buenas obras?

MERCURIO. —¿No has leido, lo que escribió san Pablo á los Corintios; «que aunque toviese todas las otras virtudes, si le faltaba caridad, no le valia todo nada?

ÁNIMA. —Así lo dezian.

MERCURIO. — Pues así te acaeze agora á tí: que todos tus trabajos, i todas tus buenas obras, no te aprovechan: porque vinieron desnudas i vazías de caridad.

ÁNIMA. — No te puedo creer.

CARON. —Entra, pues, en la barca, que presto lo creerás. I tú, Mercurio, prosigue adelante.

MERCURIO. — Ya que los embajadores de Francia, habian llegado sus cosas á término, que el conzertado desafío no queria mas dilazion; faltaba, que los embajadores de Inglaterra, buscasen tambien ellos algun achaque, para hazer i notificar su desafío: i no teniendo otro; pidieron al Emperador, que luego, sin dilazion alguna; pague al rei de Inglaterra, su señor, todo lo que le debe, en dinero contado. El Emperador les respondió: que se maravillaba, de una demanda tan súbita como aquella:

que él nunca habia negado, lo que al rei de Inglaterra debia: antes, habia estado, i estaba aparejado, para pagárselo todo, mui complidamente. I, demandóles, que diesen por escrito, lo que pretendian debérsele. Pidieron, pues, ellos tres cosas. La primera, cerca de trezientos mil ducados, que en diversas vezes, el rei de Inglaterra habia emprestado al Emperador. La segunda, quinientos mil ducados, que fueron puestos, de pena, á aquel, por quien quedase de cumplirse el casamiento concertado, entr' el Emperador, i la hija del rei de Inglaterra (no siendo mas, de cuatrozientos mil). I la tercera, la indemnidad, de que, poco ha, hezimos menzion: la cual, querian que el Emperador pagase, por cuatro años, i cuatro meses. El Emperador les respondió. Que, cuanto á la primera partida, que era del dinero prestado; que siempre estuvo, i estaba aparejado para pagarlo. I preguntóles: si tenian allí sus obligaciones, i prendas, que por la dicha deuda, habia dejado al Rei, por su seguridad: porque cobrándolas, luego pagaria. I, respondieron ellos,

que no. Díjoles el Emperador: que ordenándose un lugar, á entramas partes seguro, donde se pudiese hazer la paga de la dicha deuda; i cobrar sus obligaziones i prendas; pagaria luego, sin alguna dilazion, lo que debia. Cuanto á las otras dos partidas, que pedian, de la pena de casamiento, et indemnidad; el Emperador les dijo: que queria enviar una persona á informar al Rei, de lo que en aquello pasaba: diziendo, que cumpliria lo que pareziese, que por derecho debiese: que, á la verdad, era nada.

CARON. — ¿Luego, todo eso, era; buscar tranquillas, para venir al desafío, que tenian ya concertado?

MERCURIO. — Dizes mui gran verdad: i si lo quieres saber mas de veras: ya en Inglaterra, habian avisado á sus mercaderes, que no llevasen sus mercaderías, en tierras del Emperador: mostrando tener determinado el rompimiento de la guerra.

CARON. — ¿No tiene mala vergüenza un Rei de Inglaterra, de mover guerra, por dineros: aunque el Emperador, debiéndogelos, se los negára: cuanto mas, ofrezien- XXXVI.

do de pagarle luego, lo que le debia?

MERCURIO. — Todo lo hazia aquel Cardenal.

CARON. — Espérate, Mercurio: veamos, quién es este.

ÁNIMA. — Acaba, si quieres pasarme.

CARON. — ¿Quién eres tú, que vienes tan de priesa?

ÁNIMA. — Theólogo.

CARON. — I siendo Theólogo, ¿te vienes al infierno? Segun eso, no tenias mas del nombre de theólogo.

ÁNIMA. — ¿Cómo no?

CARON. — Porque si fueras de veras theólogo, supieras qué cosa es Dios: i sabiéndolo, imposible fuera, que no lo amáras, i amándolo, hizieras, por donde te subieras al cielo.

ÁNIMA. — No sabes lo que te dizes: sé que eso, no es ser theólogo.

CARON. — ¿Pues qué?

ÁNIMA. — Saber disputar pró i contra: i determinar qüistiones de theolojía.

CARON. — ¿I en eso eras grande hombre?

ÁNIMA. — Mira, si era. Daba á entender todo lo que yo queria, con falsos ó verdaderos argumentos.

CARON. — ¿ De qué manera?

ÁNIMA. — Yo te porné un ejemplo tan grosero como tú. Díme, ¿quién eres tú?

CARON. — Caron.

ÁNIMA. — ¿Qué me quieres apostar, que te hago conoscer que eres cabron?

CARON. — Que no.

ÁNIMA. — ¿Vaya el pasaje; que te pague doblado, ó que no te pague nada?

CARON. — Soi contento.

ÁNIMA. — El cabron tiene barbas, i nunca se las peina: tú, tienes barbas, i nunca te las peinas: luego, tú eres cabron.

CARON. — Por cierto, tú lo has mui jentilmente probado: yo me doi por venzido. Mas, espérate. Veamos, si seré yo mejor sophista que tú. ¿Qué me quieres apostar, que te hago conoscer, que eres asno: no por sophisma, mas por jentiles argumentos?

ÁNIMA. — Qué va, que no?

CARON. — Vaya, esa arrogancia que tú traes, contra mi barba de cabron.

ÁNIMA. — Agora, sus: soi contento.

CARON. — Díme, pues, ¿qué cosa es asno?

ÁNIMA. — El asno, es animal sin razon.

CARON. —¿Qué cosa es razon?

ÁNIMA. —Entendimiento para seguir lo bueno, i desviar lo malo.

CARON. —Pues, luego: si tú estando en el mundo, no toviste entendimiento para seguir lo bueno, que es la virtud; i apartarte de lo malo, que son los vizios; síguese, que no tenias razon: i no teniéndola; tus proprias palabras te convenzen, que eres asno.

ÁNIMA. —Eso, yo nunca hallé en mi theolojía.

CARON. —Jentil theolojía era la tuya.

ÁNIMA. —Yo nunca aprendí otra.

CARON. —¿Nunca leiste las Epístolas de san Pablo?

ÁNIMA. —Ni aun las oí nombrar, sino en la misa.

CARON. —¿I los Evanjelios?

ÁNIMA. —Lo mesmo.

CARON. —¿Pues cómo eres theólogo?

ÁNIMA. —¡Como, si para ser theólogo, fuesen menester las Epístolas ni Evanjelios!

CARON. —¿Pues qué leias?

ÁNIMA. —Scoto, sancto Tomás, Nicolao de Lira, Durando, i otros semejantes Doctores: i sobre todos, Aristótiles.

Caron. — I los Testamentos Viejo i Nuevo; san Jerónimo, san Juan Chrisóstomo, sanct Ambrosio, i sanct Agustin, i los otros santos Doctores; ¿ no los leias?

Ánima. — Algunas vezes, mas pocas: porque no tienen esa sotileza d'estos otros.

Caron. — D'esos lodos, vienen estos polvos. Andais-os, vosotros, toda vuestra vida, leyendo i aprendiendo disputas, questiones, dubdas, i dificultades; por dar á entender á los simples, que sabeis algo, porque os tengan por letrados; i no curais de leer la Sagrada Scriptura: ni aquellos Doctores, de que podríades sacar la verdadera doctrina cristiana: i así, cual es vuestro ejerzizio, tal es el fructo que hazeis para vosotros, i para todos.

Ánima. — Ven tú agora á predicarme! Mejor harás, de mandar, que no me pidan el pasaje, pues te lo he ganado.

Caron. — Soi contento: anda, vete.

Mercurio. — Está atento, Caron, que ya andamos al cabo. Venidos ya los Embajadores de Francia et Inglaterra, al punto de lo que querian, para desafiar al Emperador; pareziéndoles la cosa no sufrir mas

dilazion; i ser ya tiempo de aparejarse, para comenzar mui de veras la guerra, esta primavera; i sabiendo secretamente, cómo el Papa habia sido libertado por los ministros del Emperador; porque, su prision, era la principal causa, que ellos tenian puesta en sus carteles de desafio; viendo, que si el Emperador viniera á saber la libertad del Papa, antes que ellos lo desafiaran, perdiera mucha de su auctoridad el desafio; determinaron de hazer lo que tenian conzertado.

Caron. — Dime tú agora, Mercurio; habiendo el Emperador, escripto al rei de Inglaterra, la carta que me leiste, en que le pide consejo, de lo que debe hazer sobre lo del Papa; i no habiendo él querido responder á ello; ¿qué razon habia, ó qué achaque podia él sacar de allí, para desafiarlo? ¿Quién no verá, que si el rei de Inglaterra, ó por mejor dezir, aquel su Cardenal, deseaban la libertad del Papa; que primero no lo escribieran al Emperador; pues le habia demandado su parezer sobre ello; antes que tan inicuamente venir á desafiarlo?

Mercurio. — Yo te confieso que no habia razon, i que el achaque era mui nezio: pero algo habian de finjir para poner por obra lo que querian hazer. Pues ayer, fueron á palacio del Emperador, juntos los Embajadores de Francia et Inglaterra, Venezia i Florenzia, á despedirse del Emperador: como quien tenia la guerra por rompida. XXXVII.

Caron. ¿I el Emperador, qué les respondió?

Mercurio.— Respondióles: que le pesaba, que los Reyes sus amos, mirasen tan mal, lo que cumplia al bien de la cristiandad: mas, pues ellos así lo querian; que se fuesen en hora buena: pero que él no queria, que saliesen de sus Reinos, hasta que los Embajadores que él tenia en Francia, Inglaterra, i Venezia; estuviesen en lugar seguro, donde se pudiese hazer el trueque, de los unos embajadores con los otros. I con estas respuestas se despidieron.

Caron. — Mira tambien tú, cómo se va aquella Ánima por la cuesta arriba. Vamos tras ella.

Mercurio. — Vamos.

Caron. — Torna acá, Ánima: ¿dónde vas?

ANIMA. — En eso estaba pensando!

CARON. — Sabes, si me enojo!

ÁNIMA. — Darás de cozes á tu barca.

CARON. — Espera, á lo menos: mira, que te quiero preguntar.

ÁNIMA. — Que me plaze.

CARON. — ¿De dónde vienes?

ÁNIMA. — Del mundo.

CARON. — ¿Dónde vas?

ÁNIMA. — Al cielo.

CARON. — En hora mala ello sea. ¿D'esa manera; no pasarás por mi barca?

ÁNIMA. — Así me pareze.

CARON. — ¿Por qué?

ÁNIMA. — Por que así plugo á Jesucristo.

CARON. — Pues no puedo haber de tí otra cosa: á lo menos, yo te ruego, que me cuentes, cómo viviste en el mundo: pues así vas á gozar de tanta gloria.

ÁNIMA. — Aunque se me haze de mal, detenerme en tal jornada, no quiero dejar de satisfazer á tu voluntad. Has de saber, que siendo manzebo, aunque naturalmente aborrezia los vizios, malas compañías me tovieron muchos años caupuzado en ellos. Cuando llegué á los veinte años

de mi edad, comenzé á reconoscerme, y á informarme, qué cosa era ser cristiano: i conosciendo ser la ambizion mui contraria á la doctrina cristiana; desde entonces determiné de dejar muchos pensamientos vanos, que solia tener, de adquirir muchos bienes temporales: i me comenzé á burlar de algunas superstiziones que veia hazer entre cristianos: mas no por eso me aparté de mis vizios acostumbrados. Cuando entré en los veinte i cinco años; comenzé á considerar conmigo mesmo la vida que tenia: i cuán mal empleaba el conoscimiento que Dios me habia dado: i hize este argumento, diziendo: Ó esta doctrina cristiana es verdadera, ó no: si es verdadera; ¿no es grandísima nezedad mia, vivir como vivo, contrario á ella? Si es falsa; ¿para qué me quiero poner en guardar tantas cerimonias i constituziones, como guardan los cristianos? Luego me alumbró Dios el entendimiento: i conosciendo ser verdadera la doctrina cristiana; me determiné de dejar todas las otras superstiziones i los vizios: i ponerme á seguirla segun debia, i mis flacas fuerzas

bastasen : aunque , para ello , no me faltaron de parientes i amigos infinitas contrariedades. Unos dezian , que me tornaba loco : i otros , que me queria tornar fraile: i no faltaba quien se burlase de mí. Sufríalo yo todo con pazienzia , por amor de Jesucristo.

Caron.— ¿ No te metiste fraile ?

Ánima . — No.

Caron. — ¿ Por qué ?

Ánima. — Por que conoscí que la vida de los frailes no se conforma con mi condizion. Dezíanme , que los frailes no tenian tantas ocasiones de pecar, como los que allá andábamos: i respondia yo , que tan entera tenian la voluntad para desear pecar , en el monesterio , como fuera d' él : cuanto mas, que á quien quiere ser ruin , nunca , ni en algun lugar, le faltan ocasiones para serlo: i aun muchas vezes , caen mas torpe i feamente , los que mas lejos se piensan apartar. Bien es verdad , que una vez, me quise tornar fraile , por fuir ocasiones de ambizion : i fuíme á confesar con un fraile amigo mio: i cuando me dijo , que tanta ambizion habia entr' ellos , como

por allá fuera; determinéme de no mudar hábito.

CARON. — ¿Tenias conversazion con ellos?

ÁNIMA. — Sí. Con aquellos en quien veia resplandezer la imájen de Jesucristo.

CARON. — Pues, ¿hezístete clérigo?

ÁNIMA. — Tampoco.

CARON. — ¿Por qué?

ÁNIMA. — Sentíame indigno de tratar tan á menudo aquel santísimo Sacramento: i hazíaseme de mal, haber cada dia de rezar tan luengas Horas: pareziéndome que gastaria mucho mejor mi tiempo, en procurar de entender, lo que los otros rezaban i no entendian; que no en ensartar psalmos i orazíones, sin estar atento á ello, ni entenderlos. Allende d'esto, me dezian, que no era bien dar órdenes, á quien no toviese Benefizio; i sabidas las trampas i pleitos, que en los Benefizios eclesiásticos habia; no quise meterme en aquel laberintho.

CARON. — ¿Pués qué manera de vivir tomaste?

ÁNIMA. — Caséme.

CARON. — En harto trabajo te pusiste.

ÁNIMA. — En trabajo se ponen los que se casan, teniendo respecto á la hermosura

XXXVIII. esterior: á los bienes temporales: pero yo, sin mirar á nada d'esto; escojí una mujer de mi condizion, con quien viví en mucho contentamiento. Si yo queria una cosa; ella dezia que era mui contenta. I lo mesmo hazia yo, cuando ella queria algo.

CARON. — ¿Nunca reñiades?

ÁNIMA. — Alguna vez: cuando el uno, por complazer al otro, no nos determinábamos en lo que habiamos de hazer.

CARON. — Ese reñir, era tener paz.

ÁNIMA. — Así es.

CARON. — ¿Fuiste en alguna romería?

ÁNIMA. — No: pareziéndome que en todas partes se deja hallar Jesucristo, á los que de veras lo buscan: i porque veia á muchos volver d'ellas mas ruines que cuando partieron. I tambien me parezia simpleza, ir yo á buscar á Hierusalen, lo que tengo dentro de mí.

CARON. — D'esa manera, no tenias tú por buenas las peregrinaziones.

ÁNIMA. — Así como pensaba no serme á mí nezesarias; así alababa i tenia por buena, la santa intenzion con que algunos se movian á hazerlas.

Caron. — ¿Oías misa?

Ánima. — Los dias de fiesta, sin faltar alguno: i tambien los otros dias, cuando no tenia que hazer.

Caron. — ¿Ayunabas?

Ánima. — Cuando me sentia bueno, ayunaba todos los dias que manda la Iglesia: i demas d'esto, todas las vezes que me parezia serme el ayuno nezesario á la salud del cuerpo, ó del ánima.

Caron. — I en esos dias que ayunabas por tu voluntad, ¿comias carne?

Ánima. — Sí.

Caron. — ¿I, cómo, comiendo carne, ayunabas?

Ánima. — ¿Por qué no? pues que para el fin que yo hazia, me convenia mas la carne, que no el pescado.

Caron. — ¿Rezabas?

Ánima. — Continuamente.

Caron. — ¿Cómo es eso posible?

Ánima. — En cualquier parte, i en cualquier tiempo, procuraba de enderezar mis obras i palabras á gloria de Jesucristo. I esto tenia por orazion.

Caron. — ¿Nunca pedias á Dios algo?

Ánima. — Pedíale perdon de mis pecados, i gracia para perseverar en su servizio: conosciéndome siempre por el mayor pecador del mundo.

Caron. — Veamos: ¿i no era malo mentir? ¿no sabias tú, que habia otros muchos en el mundo, que vivian peor que tú?

Ánima. — Sí: mas tambien conoscia, que si Dios, por su infinita bondad, no me toviera de su mano; hiziera yo obras, mui peores que alguno de los otros hombres: i, por esto, me conoscia por mas pecador que todos: atribuyendo á Dios solo, el bien, si en mí alguno habia.

Caron. — ¿Nunca pedias á Dios, bienes temporales, ó corporales?

Ánima. — No. Solamente le rogaba, que me los diese, ó me los quitase, como él conoscia cumplir á su servizio, i á la salud de mi ánima.

Caron. — ¿Edificaste alguna Iglesia, ó monesterio?

Ánima. — No: pareziéndome, que en aquello, por la mayor parte, interviene ambizion: i eso que habia de gastar; queria yo mas repartirlo, i esconderlo entre los pobres,

donde veia evidente nezesidad, que no en otra parte.

CARON. — D'esa manera, poco ganaban contigo los frailes.

ÁNIMA. — Dizes verdad: aquellos, en quien yo no veia nezesidad, i aquellos, que me parezia quererlo para cosas curiosas: mas á los que veia tener d'ello nezesidad, nunca dejaba de darles de lo que tenia.

CARON. — ¿Estoviste en Córte de algun Príncipe.

ÁNIMA. — Sí, hasta que me casé.

CARON. — I estando en la Córte, ¿podias seguir la virtud?

ÁNIMA. — ¿Por qué no?

CARON. — Porque en las Córtes de los Príncipes siempre los virtuosos son mal tratados i perseguidos.

ÁNIMA. — Dizes verdad, por la mayor parte: mas yo acerté á vivir con un Príncipe tan virtuoso, que tenia mui gran cuidado de favorezer á los que seguian la virtud: i de aquí prozedia, que como en las Córtes de los otros Príncipes, hai muchos viziosos i malos; así en la suya, habia muchos virtuosos i buenos. Porque es cosa mui ave-

riguada, que cual es el Príncipe, tales son sus criados: i cuales son los criados, tal es el Príncipe.

Caron. — Veamos: ¿i en la Córte, nunca hallabas contrariedades para tu propósito?

Ánima. — Hartas: pero sabia yo convertirlas en ocasiones para seguir con mejor ánimo mi buen camino.

Caron. — ¿Cómo?

Ánima. — Pongo por caso: Si veia alguno andar hambreando bienes temporales; en verlo, tomaba yo aborrezimiento. Si veia alguno, que por fas et nefas allegaba riquezas; tomábame deseo de dejar las que yo tenia. Si me hallaba alguna vez en compañía de mujeres deshonestas, tomábame tanto asco d'ellas, que á mí era remedio, lo que á otros ponzoña. Las cosas que tocaban á mi ofizio ejerzitaba, como aquel, que pensaba ser puesto en él, no para que me aprovechase á mí, sino para hazer bien á todos. I d'esta manera, me parezia tener un cierto señorío sobre cuantos andaban en la Córte, i aun sobre el mesmo Príncipe.

Caron. — ¿En qué pasabas *el* tiempo?

Anima. — El tiempo que me sobraba, despues de haber cumplido con lo que á mi ofizio era obligado; empleaba en leer buena doctrina: ó escrebir cosas, que á mí escribiéndolas, i á otros leyéndolas aprovechasen. I no por eso dejaba de ser conversable á mis amigos; porque ni me toviesen por hipócrita, ni pensasen, que para ser los hombres buenos cristianos, habian de ser melancónicos. XXXIX.

Caron. — ¿No temias la muerte?

Ánima. — Mucho mas temia los trabajos et infortunios de la vida.

Caron. — Deseaste alguna vez morirte?

Ánima. — Siempre estaba aparejado para rezebir la muerte, cuando Dios fuese servido de llamarme: pero sola una vez la deseé, viendo morir un fraile de san Francisco, con tanta alegría i contentamiento; que me tomó gana de irme tras él.

Caron. — ¿Cómo te habias en las enfermedades i adversidades qué te venian?

Ánima. — Todo lo rezebia de buena voluntad, conosciendo venirme de la mano de Dios, i que no me lo enviaba Él, sino para mayor bien mio.

Caron. — ¿Qué remedio hallabas contra la soberbia?

Ánima. — Acordarme que era mortal.

Caron. — ¿I contra la ambizion?

Ánima. — Acordarme de los trabajos que pasan los que mas altos estan subidos: i cuánto mas cerca estan de caer.

Caron. — ¿Nunca deseaste tener riquezas para hazer bien á muchos por amor de Dios?

Ánima. — No.

Caron. — ¿Por qué?

Ánima. — Sabia, tener Dios harto cuidado de mantener sus pobres: i que nunca me pidiria á mí cuenta de lo que no me hobiere dado. Allende d'esto, conoscia el peligro á que se ponen los que desean riquezas.

Caron. — ¿Qué remedio hallabas contra las malas lenguas?

Ánima. — Vivir bien.

Caron. — ¿Cómo te habias, con clérigos i frailes?

Ánima. — Honrrándolos como á ministros de Dios, cerraba mis orejas á sus fábulas et invenziones.

Caron. — ¿Confesábaste?

Ánima. — Cada dia me confesaba á Dios: i cuando queria rezibir el Sanctísimo Sacramento; si sentia mi consciencia agravada de alguna ofensa hecha á Dios; confesábame á un sacerdote. Allende d'esto, me confesaba una vez en el año, por cumplir el mandamiento de la Iglesia.

Caron. — ¿Ganabas muchos jubileos et induljenzias?

Ánima. — Sí: mas siempre me holgué de ir mas por el camino real; que de buscar atajos: i mas, de entrar por la puerta; que de subir por la ventana. I con esta intenzion; mis jubileos i mis induljenzias, eran, procurar de seguir la doctrina de Jesucristo: que me parezia camino tan real, que no se pudiese errar.

Caron. — ¿Nunca fuiste por eso reprehendido?

Ánima. — Muchas vezes: mas yo les dezia: hermanos, tomad, vosotros, el camino que mejor os pareziere: i dejadme á mí tomar el que yo quisiere: pues vedes, que no es malo.

Caron. — Sé que bien podias hazer lo uno i lo otro.

Ánima. — Dizes verdad: mas yo tenia un propósito mui firme solamente de Jesucristo.

Caron. — ¿Cómo moriste?

Ánima. — Sentíame un dia mal dispuesto: i conosciendo en mí, que se llegaba la hora en que habia de ser librado de la carzel de aquel grosero cuerpo; hize llamar el cura de mi Parroquia, para que me confesase i comulgase. Hecho esto, me preguntó él si queria hazer testamento. Díjele, que ya lo tenia hecho. Preguntóme, si queria mandar algo á su Iglesia, ó entre pobres i monesterios. Respondíle, que mientras vivia, habia repartido aquello, de que me parezia poder disponer: dejando proveidos mi mujer et hijos: i que no queria mostrar de hazer servizio á Dios, con aquello de que ya no podia gozar. Preguntóme, cuántos dobles queria yo que diesen las campanas por mí; i díjele, que las campanas no me habian de llevar á Paraiso: que hiziese él tañer, lo que le pareziese. Preguntóme, dónde me queria enterrar; i díjele, que el ánima deseaba yo enviar a Jesucristo: que del cuerpo,

poco cuidado tenia: que lo enterrasen, si queria, en un cimiterio. Preguntóme, cuántos enlutados queria, que fuesen con mi cuerpo; i cuántas hachas i cirios queria que ardiesen sobre mi sepultura; i cuántas misas se dirian el dia de mi enterramiento; i con qué cerimonias; i cuántos treintanarios queria que se dijesen por mi ánima. Yo le dije: Padre, por amor de Dios, que no me fatigueis agora con estas cosas: yo lo remito todo á vos, que lo hagais como mejor os pareziere: porque yo, en solo Jesucristo tengo mi confianza. Solamente os ruego, que vengais á darme la Extrema Unzion. Díjome, que si él no me hobiera confesado, me toviera por jentil ó pagano; pues tan poco caso hazia de lo que los otros tenian por principal. Yo le satisfize lo mejor que supe. I, á la fin, se fué medio murmurando. Cuando ya la enfermedad me aquejaba; echéme en la cama, rogando á todos, que no estuviesen tristes; pues que yo estaba mui alegre en salir de la carzel de aquel cuerpo: i así, en ninguna manera consentí, que llorasen por mí: i llamada mi

mujer, á parte; le encomendé mucho mis
XL. hijos: i á ellos mandé, que fuesen, á ella, siempre obedientes: i á todos, jeneralmente, estaba siempre rogando i encomendando, que perseverasen, en aquella caridad i bondad cristiana, en que yo los habia puesto. I conosciendo, llegarse ya la hora de mi muerte; mandé que me trujesen la Extrema Unzion: i aquella rezebida; me preguntaron, si queria, que llamasen dos relijiosos, que me ayudasen á bien morir. Roguéles, que no se curasen d'ello: que pues, viviendo, no les habia dado trabajo; tan poco se lo queria dar, muriendo. Preguntáronme, si queria morir en el hábito de san Francisco; i díjeles yo: hermanos, ya sabeis, cuánto me guardé siempre de engañar á ninguno: ¿para qué quereis que me ponga, agora, en engañar á Dios? Si he vivido como san Francisco, por mui cierto tengo, que Jesucristo me dará el cielo, como á san Francisco: i si mi vida no ha sido semejante á la suya; ¿qué me aprovechará dejar acá este cuerpo, cubierto con hábito semejante al suyo? — Era ya

tarde: i roguéles á todos que se fuesen á reposar: i solamente me dejasen allí, un mi amigo, que me leyese, lo que yo le señalase, de la sagrada Escriptura: i prinzipalmente el sermon que Jesucristo hizo á sus Apóstoles en la última cena: i cada palabra de aquellas, me inflamaba i enzendia con un ferventísimo deseo, de llegar á la presenzia, del que aquellas palabras habia dicho. A la mañana, me pusieron una candela enzendida en la mano: et yo, haziendo rezar aquel psalmo, que dijo Jesucristo, estando en la cruz; estaba atento; i sentia comenzarme ya á salir de aquel cuerpo: i diziendo: «*Jesucristo*, *rezibe esta mi ánima pecadora*»: me salí de aquella cárzel. I voime á gozar de la gloria, que Jesucristo tiene á los suyos prometida. Vees aquí, que te he contado, la manera de mi vida, i de mi muerte: perdóname, que no puedo detenerme mas.

Mercurio. — Mira, Caron; este es uno de aquellos, que yo te dije, que seguian mui de veras la doctrina cristiana.

Caron. — A la fé, si muchos d'estos hobiese

en el mundo; asentarme podria yo, cabe mi gananzia.

MERCURIO. —No hayas miedo. Mira, si quieres que nos tornemos á asentar i acatar*: i acabarémos nuestra historia: que ya estamos al cabo.

CARON. — Sea así.

MERCURIO. —Despedidos que se hobieron, del Emperador, los embajadores de Francia et Inglaterra, Venezia i Florenzia; esta** mañana vinieron á Palazio del Emperador, dos reyes d'armas: uno del Rei de Francia i otro del Rei de Inglaterra: i pidieron al Emperador, que les diese audienzia: la cual él les quiso dar, públicamente: porque ya sabia, que lo querian desafiar. I sentóse con mucha pompa en la prinzipal sala de su palazio: i al derredor d'él estaban muchos grandes Señores i Perlados, de todas naziones, que en su Córte se hallaron.

CARON. —¿Vístelo tú, eso, Mercurio?

MERCURIO. —Mira si lo ví: i noté cuanto se hazia.

* Así en el imp.

** *Sic:* pero pareze que debia dezir: *esa.*

CARON. — La mitad de mi barca diera, por haberlo visto.

MERCURIO. — Yo diera una de mis alas, por no haberme hallado presente.

CARON. — ¿Por qué?

MERCURIO. — ¿Piensas tú, Caron, que poco trabajo sentia yo, en ver, la iniquidad de aquellos Prínzipes; que sin alguna causa ni razon, enviaban á desafiar al Emperador: el uno, sobre haber rompido su fé; i el otro, llamándose defensor de la fé, favoreziendo al rompedor d'ella? Los reyes d'armas, que estaban al cabo de la sala, con sus cotas d'armas en los brazos izquierdos, se vinieron derechos, para el Emperador, i hechas tres reverenzias hasta el suelo, se hincaron de rodillas en la grada mas baja del estrado donde el Emperador estaba: i desde allí, el rei d'armas de Inglaterra en nombre de entrámos, dijo: que conforme á las antiguas leyes i costumbres, se presentaban ante su Majestad, para dezirle algunas cosas, de parte de los reyes de Francia et Inglaterra, sus amos. Que le suplicaban les diese seguridad, mientra esperaban la respuesta; man-

dándolos guiar seguramente hasta sus tierras. El Emperador les respondió: que dijesen lo que les era mandado: que sus privilejos les serían guardados: i en sus tierras, ningun enojo les sería hecho. Luego, el rei d' armas de Francia leyó un cartel: i, por dezirte la verdad, al principio, yo pensé que queria predicar, segun las palabras con que comenzó.

Caron. — Así era menester: que para dezir una cosa absurda i fea, comenzase por palabras santas i buenas.

Mercurio. — A la fin: dezia, que el rei de Francia, su amo; viendo que no queria
XLI. aceptar las condiziones de paz que le habia ofrezido; ni dejarle sus hijos, ni libertar la persona del Papa, ni pagar al rei de Inglaterra lo que le debia; se declaraba por su enemigo: notificándole, que le haria, en sus tierras i súbditos, todo el mal que pudiese.

Caron. — Tres cosas te quiero notar sobre' eso, Mercurio. La primera, será: pues sabian ya, que el Papa estaba libre; ¿á qué propósito dezian, que el Emperador no queria libertar la persona del Papa?

Mercurio. — Porque, como he dicho; ese era el prinzipal achaque, que ellos pensaban tener para hazer su desafio: i no sabian, cómo, la noche de antes, habia el Emperador, rezebido cartas de Italia, en que le avisaban, de la libertad del Papa, i de la manera cómo habia pasado.

Caron. — ¿Qué me dizes; que esa mesma noche llegó la nueva?

Mercurio. — Así pasa.

Caron. — Dígote la verdad: que nunca oí llegar cosa á mejor tiempo. La segunda será, preguntarte: si antes d' este desafio, el rei de Francia hazia, cuanto mal i daño podia al Emperador.

Mercurio. — Ya tú lo has oido.

Caron. — Luego, ¿de qué servia declararse agora por su enemigo?

Mercurio. — Pienso, haberlo permitido Dios, porque el Emperador se despertase, i proveyese lo que convenia.

Caron. — Yo así lo creyo: i tengo por mui gran nezedad, la que franceses hizieron en desafiarlo. Pues, lo tercero, será: que me pareze una mui grande iniquidad, lo que dize que haria todo el mal i daño que

pudiese, en los súbditos del Emperador. Veamos: pongo por caso, que el rei de Francia tenga mucha razon de quejarse del Emperador; ¿qué culpa tienen sus súbditos?

Mercurio.—Vé tú á disputar eso con él, i déjame á mí acabar. Como el rei d'armas de Francia, hobo leido su cartel; el Emperador mesmo, por su propria boca, le respondió: que se maravillaba, que el rei de Francia lo desafiase: pues siendo su prisionero, de justa guerra, no lo podia ni debia hazer: i que, pues se habia tan bien defendido, en siete años, que le habia hecho guerra sin desafiarlo: agora que lo avisaba; él se tenia por medio asegurado. I en lo que dezia, de la restituzion de sus hijos; que él se habia puesto mas, de lo que, por razon, se habia de poner: con voluntad de restituírselos. De manera, que la libertad d'ellos, no quedaba, sino por él. Cuanto á la deuda del rei de Inglaterra: que él estaba aparejado á pagar lo que debia, como muchas vezes habia dicho. Cuanto á lo del Papa, le dijo: que la noche de antes, le habian venido nuevas,

de cómo era puesto en su libertad. I, á la fin, le dijo: que, pues su cartel era largo, i en él habian escripto todo lo que se les habia antojado; que él mandaria responder, en otro papel, que no conternia sino verdades.

Caron. — ¿Dízesme, de verdad, Mercurio, que el Emperador mesmo dió esa respuesta?

Mercurio. — Él mesmo: i aun mucho mejor que yo lo digo.

Caron. — Dígote, de verdad, que no oí mejor cosa en mi vida.

Mercurio. — Esto hecho: el rei d'armas de Inglaterra, como hombre mas esperto en el ofizio; quiso dezir de palabra, lo que en escripto le habian dado que dijese: i, en conclusion, contenia lo mesmo, que el cartel del Rei de Francia: sino que venia mui mas soberbio, i mui mas desvergonzado: diziendo, que por fuerza de armas, le haria hazer, lo que no queria por amor.

Caron. — O, hi de puta! qué roldanes! ¿por fuerza d'armas? ¿Cómo; tirando flechas en el aire? ¿Sabes, qué pienso, Mercurio? que ha permitido Dios, que aquel Carde-

nal, que me dezias; esté cabe el rei de Inglaterra: porque haziendo lo que haze, sean los mesmos ingleses, causa de su proprio castigo.

MERCURIO. — Ninguna dubda tengas d'eso. El Emperador le respondió: que se maravillaba, de lo que el rei de Inglaterra hazia: i creia no estar él bien informado, de lo que habia pasado: mas, pues que así él lo queria, no podia hazer sino defenderse: i rogaba á Dios, que el rei de Inglaterra, no le diese á él, mas causa de hazerle guerra; de lo que pensaba habérsela él dado.

CARON. — ¿Por qué dezia el Emperador eso?

MERCURIO. — Porque habia sabido, lo que al principio te dije: que el rei de Inglaterra andaba, por dejar la Reina, su mujer, con quien ha estado casado mas de veinte annos; i tomar otra.

CARON. — ¿Es posible?

MERCURIO. — Así pasa.

CARON. — Agora te digo, Mercurio; que no queda fé en el mundo: pues ese Rei, se pone, en hazer cosa tan fea como esa. ¿Da alguna causa para ello?

Mercurio. — Dize, que la dispensazion, que hobieron del Papa, para casarse; habiendo ella sido casada primero con un hermano del mismo Rei; no es bastante. XLII.

Caron. — ¿Pues no está ahí el Papa, que les dará otra?

Mercurio. — Antes, el Emperador tiene en su poder la mesma dispensazion, i es mas que bastante.

Caron. — Pues, qué *des*vergüenza* es esa?

Mercurio. — Tiénela perdida aquel Cardenal, que es d'ello causa. Siendo, pues, esa Reina, tia del Emperador; claro está, que queriendo el rei de Inglaterra hazerle una tan grande injuria; de razon él no la habia de sufrir: i, por eso, le dijo; que pluguiese á Dios, que no le diese mas causa el Rei de Inglaterra para hazer la guerra: que él pensaba, habérsela dado.

Caron. — Dígote, que tiene mucha razon, de no sufrirlo.

Mercurio. — Lo mesmo creo que hará el Rei de Portogal, pues ta*n b*ien es él, sobrino d'esta Reina: i, aun le toca á él mas esto,

* Pareze debia dezir: *verguenza*.

que no al Emperador; pues siendo bastante la dispensazion; si el rei de Inglaterra persevera, en dejar la Reina su mujer; vernia á impugnar el poder del Papa. I, si tal cosa se sufriese; luego tan poco habria sido lejítimo el matrimonio del Rei don Manuel de Portogal con la reina donna María su mujer, madre d'este Rei de Portogal, i de la Emperatriz.

Caron. — Aun no habia yo caido en ello. ¿No miras, Mercurio, cuántos inconvenientes se seguirán, si perseverase el rei de Inglaterra en lo que dizen haber comenzado?

Mercurio. — Pues, aun mas hai. Que mui mas verisimil es, que el Papa tenga poder para dispensar en el matrimonio de Inglaterra; que no en el de Portogal: porque en la lei dada al pueblo de Israel, está mandado: que si el marido muriese sin hijos; su hermano segundo se case con la mujer viuda: como hizo el rei de Inglaterra. Por donde pareze, que el casamiento de Inglaterra, no solamente no es prohibido de *jure divino;* mas era en la lei mandado, que así se hiziese; lo que

no se puede dezir del matrimonio de Portogal. I, habiéndose despues prohibido, por constituzion humana; el que dubdare, que el Papa, no tiene poder para dispensar en ello; debria ser tenido por hereje.

Caron. — Agora te digo, Mercurio, que si á semejantes cosas se da lugar; no me arrepentiré yo de haber hecho mi galera.

Mercurio. — Pues, allende d'esto: porque el rei d'armas de Inglaterra, habia dicho al Emperador, que l'haria*, que hiziese, por fuerza, lo que no habia querido hazer de grado; respondióle el Emperador: que, hasta agora, él habia siempre condeszendido, por amor del rei de Inglaterra; á hazer mas de lo razonable: i, pues él agora dezia, que se lo haria hazer por fuerza; él hablaria de otra manera: i esperaba en el ayuda de Dios, i en la lealtad de sus súbditos; de guardar tan bien los hijos del rei de Francia; que nunca se los habria de tornar por fuerza.

Caron. — Ves ahí, una respuesta, no menos de ánimo esforzado, que modesta.

* En el impr. dize: *que la haria*. Errata conozida, por *le haria*: ó *l' haria*: ó *él haria*.

Mercurio. — Allende d'esto, pedian en los carteles, que de la una parte i de la otra, se diesen cuarenta dias de término, á los mercaderes, para retirar sus personas i bienes.

Caron. — Eso, bien lo conzederá el Emperador.

Mercurio. — No hará: porque los franceses et ingleses, ha ya muchos dias, que tienen avisados sus mercaderes; i bástales aquel término para retirar sus mercaderías: lo que no haze, á los súbditos del Emperador, porque no estan avisados; ni lo podrian en tan breve tiempo hazer.

Caron. — Eso no entiendo yo.

Mercurio. — Yo te lo diré. Como los franceses et ingleses, sabian á qué tiempo, el Emperador habia de ser desafiado; i eran ciertos del rompimiento; avisaron á sus mercaderes con tiempo, que no llevasen sus mercaderías á tierras del Emperador.

Caron. — ¿Cómo sabes tú eso?

Mercurio. — Sélo, porque los ingleses hizieron esto, públicamente, ocho meses antes del desafío: i los franceses estaban tambien prevenidos, esperando el rompimien-

to, que tenian por cierto: como parezia por el cartel, que el rei d' armas de Francia leyó, fecho á XI de noviembre.

Caron. — ¿Es posible que diese cartel con esa fecha! Agora te digo, Mercurio, que ha Dios cegado á los franceses el entendimiento: no queriendo, que sus trampas queden encubiertas. No ví mayor nezedad en mi vida, que dar un cartel, en que desafiaban, por cosas, no ocho dias antes pasadas; fecho, dos meses i medio, antes. Cómo qué: ¿tan nezios eran los embajadores i su rei d' armas, que no sabian mudar aquella fecha?

Mercurio. — Si ellos la mudáran, ¿cómo se pudiera saber de cierto el engaño? Créeme, Caron, que no haze Dios las cosas sin causa. I, porque no se me olvide, te quiero dezir, cómo, cuando los reyes d' armas acabaron de leer i dezir sus carteles; se vistieron las cotas de armas que traian en los brazos. XLIII.

Caron. — Ea: declárame esa cerimonia.

Mercurio. — Como despues de hecho el desafio, quedan declarados enemigos del desafiado; vístense sus cotas d' armas, por

seguridad de sus personas: que antes de declararse por enemigos, no lo han menester.

Caron. — ¿Qué semblante tenia el Emperador, cuando todo eso pasaba?

Mercurio. — No ví cosa allí de que me holgase, sino de la gravedad et majestad, que el Emperador tenia, así cuando oia, como cuando respondia: sonrriéndose algunas vezes de oir las desaforadas mentiras, que aquellos reyes d'armas, de parte de sus Reyes, se dejaban dezir. I hecho esto; el Emperador se levantó, i llamó á sí, al rei d'armas de Francia; al cual dijo: que dijese al Rei, su Señor, que le restituyese todos sus súbditos, que despues del concierto de Madrid, contra razon i justizia habia hecho, ó permitido, prender i maltratar: donde no; que él trataria los súbditos del Rei, que estan en sus reinos, como él tratase los suyos: i que no respondiéndole á esto, dentro de cuarenta dias; él se ternia por respondido. El rei d'armas dijo que lo haria: i el Emperador le tornó á dezir. « Pues dezid mas al Rei vuestro Señor: que no sé si ha

sabido lo que en Granada yo dije al Presidente de Burdeos, su embajador; que es cosa que mucho le toca. I en tal caso, le tengo yo por tan jentil Prínzipe, que si lo supiese, me habria ya respondido. Que hará bien de saberlo; i conoscerá, cuánto mejor le he yo guardado lo que en Madrid le prometí; que no él á mí lo que me prometió.»

Caron. — ¿Qué fué eso, que dijo el Emperador al embajador de Francia?

Mercurio. — ¿No te acuerdas de lo que te conté, que le habia dicho, cuando juntamente, con los otros embajadores de la liga le requirieron, que le restituyese sus hijos?

Caron. — Sí, sí: ya te entiendo. Dígote, que esas fueron palabras de verdadero Prínzipe: i que sus súbditos le son en mucha obligazion: pues quiere poner al tablero su vida, porque ellos no reciban daño. ¿Crees tú, que el rei de Francia responderá á eso?

Mercurio. — Pienso yo, que buscará alguna arte, con que en alguna manera, satisfaga al vulgo; i se guarde él de peligro: queriendo mas, destruir sus súbditos, que

su persona, por ellos. Acabados, pues, los actos del desafío; el Emperador mandó; que los reyes d'armas, fuesen mui bien tractados: i que ningun enojo les fuese hecho. É yo, volando, soi venido á hazerte saber estas nuevas; á tí tan agradables, como á mí enojosas.

Caron. — Veamos, Mercurio. Siendo el rei de Francia prisionero del Emperador; i no podiendo, de derecho, hazer un desafío; ¿cómo es posible, que venga agora á desafiar á aquel, en cuyo poder tiene empeñada su fé?

Mercurio. — Si las cosas anduviesen por razon, entre los hombres; bien me parezeria lo que dizes: mas andando, como andan, al revés; no te debes maravillar, que ese Rei, haya querido hazer una cosa, tanto, á derecho i razon contraria.

Caron. — Digo, * que él la quisiese hazer; el Emperador, ¿por qué aceptó el desafío, pudiéndolo, con justizia, rehusar?

Mercurio. — ¿Para qué querias que lo rehusase? Pues así como así, le hazia la

* Locuzion violenta. Pareze mejor *que aun cuando él* etc.

guerra : i le cumple mas , que ya , que se ha de hazer, sea abierta , q̃. no solapada, como estaba.

Caron. — Dígote de verdad , Mercurio ; que yo me siento tan obligado á ese Rei de Francia , i á ese otro Cardenal de Inglaterra , que si en el mundo tanto yo mandase , como aquí ; luego les haria mas de mill merzedes. Mas , pues allá nada puedo; á lo menos , cuando vengan á pasar por mi barca ; yo te prometo de darles sendos remos , de los mejores de la banda : que nunca me prezié de ser desagradezido. I, aun á tí , Mercurio , no quiero dejar sin premio de tu trabajo. Desde agora , te prometo la gananzia de todas las monjas i frailes , que no se hayan arrepentido.

Mercurio. — No te quedarian á tí muchos.

Caron. — Ni aun á tí mucha gananzia d' ellos. Mas díme , Mercurio. Los españoles , que por una parte , se prezian de mui valientes i esforzados : i por otra , de mui leales á su Prínzipe : ¿cómo pudieron sufrir con pazienzia , que sobre una causa tan injusta , les viniesen á desafiar su Rei , dentro en su reino ?

Mercurio. — Cuanto al sufrir con pazienzia el desafío, obligados eran á no hazer otra cosa, pues no es en su mano, hazer de los locos sabios: pero en el vengarse del menos prezio, que franceses é ingleses les han fecho: yo tengo por cierto, que se mostrarán tan valientes i leales, como siempre se han mostrado: i no querrán ser, desagradezidos del bien que reziben, en tener un Prínzipe, que en tanta paz i
XLIV. justizia los mantiene.

Caron. — Yo, tal conzepto he siempre tenido d'ellos.

Mercurio. — Ya se va haziendo tarde: si te pareze, será * bien, que nos pasásemos de la otra parte.

Caron. — Bien dizes: i si hobiere tiempo, me contarás lo que comenzaste del Papa: que, por dezirte la verdad, esto es lo que mas saber deseo.

Mercurio. — No tengo de contradezirte.

Caron. — Entra, pues, en la barca; i siéntate á la popa, mientra yo ordeno estas Ánimas. Ven acá tú, Ánima, ¿quiéresme hundir la barca con ese plomo?

* Sería (?).

ÁNIMA. — ¿Tú no vées, que es consagrado; de lo que haziamos en Roma los sellos de las Bulas?

CARON. — Para qué lo traes acá?

ÁNIMA. — Há se me vendido tan mal, este año pasado, que me sobró todo lo que vées: i tráigolo, para aprovecharme acá, si fuere menester.

CARON. — Pues échalo en el agua, si no quieres, que te eche á tí con ello. I tú, Cartuxo, ¿qué quieres hazer de esa barba? Ó la cortarás, ó no entrarás en mi barca.

ÁNIMA. — ¿Con qué quieres que la corte?

CARON. — Llégate acá, con esta sierra la aserrarémos. I, vosotros, Philósophos; ¿para qué meteis tantos méritos i superstiziones? No hai acá nezios á quien engañeis con eso. ¿No mirais, cual viene el otro, cargado de cerimonias? Agora, sus! déjalas, luego, i toma ese remo. ¿Qué argumentos traes, tú, debajo el sobaco? ¿Quiéresnos revolver el infierno? Ea, pues; sentáos todos: i comenzad de remar.

ÁNIMA. — Mira, Caron, que se me pone este delante. Sé que los frailes de san Francisco,

siempre solemos prezeder á los dominicos.

CARON. — ¿Qué precedenzias son esas? Sabeis, si me enojo, cómo os haré estar en paz! Nunca viste tal cosa, Mercurio: mas trabajo tengo en concertar estos frailes, que en guiar la barca. El otro dia, me la quisieron anegar; riñendo, sobre, si la virjen María, era conzebida en pecado orijinal, ó no.

MERCURIO. — ¡Qué jente tan especial! Pues estamos d'esta parte; quiérote leer un petafio, que han puesto á la paz, mostrando estar ya sepultada.

CARON — ¿A qué llamas petafio?

MERCURIO. — A lo que escriben sobre las sepolturas de los muertos.

CARON. — ¿I, á la paz, como cosa muerta, le han puesto tambien petafio?

MERCURIO. — Sí.

CARON. — Pues no dejes de leérmelo.

MERCURIO. — Que me plaze: está atento; porque es en latin, i no sé si lo entenderás.

CARON. — Como si yo, no entendiese latin, tan bien como cuantos Nebrissensis hai en el mundo!

MERCURIO. — Ea, pues: en tu cuenta me fio.

LIBRO SEGUNDO.

MERCURIO. CARON.

MERCURIO. — ¿Dónde hallaria yo agora á Caron, para holgarme un rato con él: i quitarlo de la congoja, en que el cuitado debe estar? Porque si ha sabido, cómo el rei de Francia desafió, tan contra razon i justizia al Emperador, queriendo combatir con él, de persona á persona; i cuán liberalmente el Emperador aceptó el combate; pudiéndolo, por muchas i mui claras razones, rehusar; sin dubda alguna él estará desesperado: creyendo, i aun teniendo por cierto, que si estos dos Prinzipes viniesen á combatir; el Rei de Francia, con la mala causa que tiene, quedaria, ó muerto, ó preso en el campo; i el Emperador, quedando victorioso; pornia luego fin á las guerras de la cristiandad, como hizo, despues de la victoria de Pavía. I, hallándose el mezquino ha-

ber comprado aquella galera, que, por merzed que Dios le haga, si no le vienen muchas venturas, de las que agora, con tantos franceses como han muerto en Nápoles, le han venido; en estos dos años, no acabará de pagar; bien podeis pensar en qué confusion, el buen marinero se hallará. Por esto, querria saber dónde está: i librarlo d'este trabajo. He ido á la barca, i no lo hallo: en la galera, mucho menos: tambien he rodeado estos campos, de una parte i de otra: he corrido toda esta ribera: no he dejado á Pluton, á Proserpina, á * Minos, á Eaco: á todos he preguntado: i ninguno, me sabe dar nuevas d'él. De manera, que ya no sé, á dónde, á tal hora, me lo vaya á buscar. ¿Si, por dicha, no estuviese el bellaco en algun bodegon, con las Furias, banqueteando? Mas: no es nada servidor de damas. ¿Qué habia de hazer allá? ¿Qué digo yo? Quizá estará procurando con ellas, que vayan á estorbar este combate... Mas no: que las Furias, con Proserpina

* El impr. dize: á Ninos: á Saco: etc.

estan. Pues Alastor, no está acá: que agora, poco ha, lo dejé yo en Francia. ¿Dónde iré? Quiero dar vozes: porque, quizá, está, tras algun arbol, durmiendo. Caron? Caron? Caron? No responde. Ca- XLV.
ron? Caron? Caron? No aprovecha nada. Sin dubda se ha echado en la Laguna, de desesperado. Mas, no lo tengo yo por tan nescio.

Caron. — Oigo vozes de házia la ribera: no sé quién me llama. Ya, ya. Mercurio es aquel. ¿Qué me quiere? Quizá piensa, que no sé, cómo han de combatir el Emperador de los cristianos i el Rei de Francia; i querrá venir á darme estas malas nuevas. No sé, si me vaya allá: ó si me asconda: que parte de prudenzia es, no querer hombre oir cosa, de que sabe haber de rezebir pesar, si no lo puede remediar. Mas, visto me ha: i viene házia acá volando.

Mercurio. — ¿Qué andas, Caron, por aquí buscando? Sabes cuán mal parezen los marineros por las montañas.

Caron. — ¿Nunca viste ladron, no hallando que hurtar, de desesperado, meterse fraile?

Mercurio. — Mas de cuatro.

Caron. — ¿ I, maravillarteías, si, de mas que desesperado, me metiese yo aquí hermitaño.

Mercurio. — Tú te guardarás bien d' esa locura. Mas, díme; así gozes: * ¿qué hazes en esta montaña?

Caron. — ¿Qué quieres que haga? Pues, que de hoi mas, no terné que pasar ánimas al infierno; quiérome estar aquí asalteando las que suben al cielo. Sabes, cuán poca diferenzia va, de un ofizio á otro.

Mercurio.— ¿I, qué quieres hazer d' esa porra que tienes en la mano?

Caron. — ¡Mas no: sino, vente á saltear las manos vazías; é irás por lana, i volverás trasquilado! Mas: dejémonos agora d' esto: i, pues que con tanta congoja me andas buscando; díme ya, qué es lo que me querias.

Mercurio. — Díme tú primero á mí, qué desesperazion es esta; ó, por qué determinas dejar tu barca.

Caron. — Porque, ni la barca, ni la gale-

* Pareze que falta aqui algo.

ra, no ternán de hoi mas que hazer.

MERCURIO. — ¿Por qué?

CARON. — ¿No sabes, cómo el rei de Francia, ha de combatir con el Emperador?

MERCURIO. — ¿I pues?

CARON. — ¿Tú no vées, que no podrá dejar de perder el Rei de Francia?

MERCURIO. — I bien.

CARON. — Perdiendo él, yo soi luego perdido.

MERCURIO. — ¿Por qué?

CARON. — Quedando el Emperador victorioso, ó el Rei de Francia será muerto, ó preso: si es preso; luego el Emperador querrá hazer esta negra paz universal, que tanto anda procurando: i si sale con ella; vesme á mí, al hospital. Pues, si el Rei de Francia muere en el combate; allí pierdo yo, el mayor i mejor amigo, que tengo entre cristianos: allí pierdo yo, el causador de toda mi gananzia: allí pierdo aquel, en cuya esperanza me empeñé, para comprar aquella galera: allí te digo yo, que puedo dezir, haber juntamente perdido la galera i la barca.

MERCURIO. — Ea, pues: no te fatigues, Caron:

que no te buscára yo, sino para quitarte d' este cuidado.

CARON. — ¿Búrlaste?

MERCURIO. — Antes lo digo de verdad: i, has me tú hecho andar perdido, por acá i por acullá, buscándote.

CARON. — Díme, pues, lo que me querias.

MERCURIO. — Ni he dejado galera: ni he dejado barca: todo lo he andado.

CARON. — Ya me has hallado.

MERCURIO. — Buscábate, rio abajo i rio arriba: buscábate por aquellos campos, á una parte i á otra.

CARON. — Vesme aquí.

MERCURIO. — Pregunté, primero, á los juezes; no te habian visto: pregunté á Pluton i á Proserpina; no me supieron dar nuevas de tí: hasta que, de desesperado, me vine por aquí vozeando.

CARON. — No me hagas tanto desear eso que me has de dezir: ¿no sabes, que da dos vezes, el que presto i liberalmente da: i el que tarde, no le es agradezido?

MERCURIO. — Estoi tan ronco, que apenas puedo hablar.

CARON. — Acaba ya, pues, de dezir, lo que

me quieres dezir: ó * te vé, mucho de en hora mala: que ya no me podrá saber bien lo que me dijeres; habiéndomelo hecho tanto desear.

MERCURIO. — Ea, pues: agúzame bien esas orejas, que ya te lo voi á dezir.

CARON. — I, aun la porra aparejaré; para darte con ella, si me burlares.

MERCURIO. — ¿Qué es eso, Caron? ¿á los dioses?

CARON. — Estoi aquí para saltear los sanctos, que suben al cielo: ¿i terné mucho respecto á los espíritus del infierno?

MERCURIO. — Ha, ha, he!

CARON. — ¿De qué te ries?

MERCURIO. — De verte enojado.

CARON. — ¿Quién terná pazienzia, para esperar tus frialdades?

MERCURIO. — No te quiero mas enojar. Hágote saber, que tu rei de Francia: ha hoi, en este dia, públicamente rehusado el combate.

CARON. — ¿Qué me dizes?

MERCURIO. — La verdad de lo que pasa. Enójate agora comigo.

* Notable y poco usado, por *véte:* ó *márchate.*

Caron. — ¿Que me enoje? Nunca yo tal haré: si es verdad lo que me has dicho.

Mercurio. — No pongas dubda en ello.

Caron. — Pues, abrázame, Mercurio.

Mercurio. — ¡Que te abraze! ¿Dónde tienes tú el seso.

Caron. — Perdona mi atrevimiento: i dáme, siquiera la mano. ¡O, Rei de Francia! ¡Cómo pensé ya haberte perdido! ¡O, Francisco de Angulema: cómo pensé ya, carezer de las merzedes, que cada dia i cada hora rezibo de tí! ¡O, si te conzediese Dios mas años que á Nestor: mas larga vida, que á Mathusalem! ¡O, si toviese una dozena de tales amigos como tú; cuán bueno andaria mi partido! Agora te digo yo, Mercurio, que quiero dejar la tristeza, i la malenconía: i holgarme aquí un rato contigo.

XLVI.

Mercurio. — Antes, te quiero luego dejar.

Caron. — Eso no harás, tú, si yo puedo. ¿Cómo; i así piensas dejarme la miel en los rostros?

Mercurio. — Pues qué quieres?

Caron. — Quiero que me cuentes, desd'el principio, lo que entre aquel Emperador,

i el rei de Francia, sobre este su desafío ha pasado, i cómo rehusó el combate; i si te hallaste tú allí presente, i hablas como testigo de vista; ó si lo has oido dezir?

MERCURIO. — Larga me la levantas: é yo tengo que hazer.

CARON. — Mira, Mercurio: mas hai dias que longanizas: mañana podrás hazer lo que no hizieres hoi: i, pues me has comenzado á alegrar; no me dejes así suspenso: sino asentémonos, así gozes, aquí en este prado; i cuéntame toda esa historia mui de tu spacio.

MERCURIO. — Contentarme he, con que tengas pazienzia: i consientas, que á todas las ánimas, que por aquí pasaren házia el cielo; preguntemos, de qué manera en el mundo vivieron.

CARON. — Quizá estarás ocho dias, antes que alguna venga.

MERCURIO. — Yo sé, que vernán hoi mas de cuatro.

CARON. — Sea, como tú quisieres: que por oir esas buenas nuevas; no hai cosa que no sufra de buena gana. Vesme aquí á mí sentado: siéntate tú, si quisieres.

Mercurio. — Que me plaze: mas, espera, veamos. Cata, que viene házia acá una ánima: i trae una corona en la cabeza. Rei debe ser.

Caron. — Cosa es, que mui pocas vezes acaeze; subir Reyes por esta Montaña.

Mercurio. — No me maravillo, pues hai pocos. Sepamos quién es, i de dónde. ¿No miras, cuán resplandeziente, i con cuánta gravedad i señorío viene? Creo, que no nos querrá hablar.

Caron. — Sí hará: que, por la mayor parte, acaeze ser los mas altos, mas humanos: i, por el contrario, los mas viles, mas soberbios.

Mercurio. — Alleguémonos, pues.

Ánima. — No tengais miedo, hermanos: ni os espante mi dignidad: pues, ni aun en el mundo, á nadie espantó. Llegáos, sin rezelo: i preguntad lo que quisierdes.

Mercurio. — O, Rei bienaventurado! aun aquí muestras la humanidad, de que en el mundo usabas.

Ánima. — En el mundo, no alcanzamos mas de una semejanza de virtud; i acá se viene todo á perfeczionar. Mas el que allá

no lo comienza á poner por obra; mal recaudo trae para acá.

MERCURIO. — Tu presenzia, muestra tu poder: tu habla, manifiesta tu saber; i tu camino, tu bondad. De manera, que muestras bien, cuánto cuidado toviste, de parezer, á aquel gran Dios, de quien vas á gozar.

ÁNIMA. — No te maravilles, que trabaje ser semejante á Dios, el que, dejándolo de hazer, seria figura del Diablo.

MERCURIO. — Maravíllome, por ser cosa, que pocas vezes suele acaezer, un Rei tan ornado de virtudes, como tú te me representas.

ÁNIMA. — Ya tambien yo anduve un tiempo en la red con los otros: mas sacóme aquel, que solo me pudo sacar. I, veemos, por la mayor parte, hazer mas fructo aquellos que mas ofendieron. Solo á san Pablo te quiero poner por ejemplo.

MERCURIO. — Gran recreazion seria para mí, oir la manera cómo en el mundo viviste; si me atreviese á te lo preguntar.

ÁNIMA. — Mui grande afrenta haze al Rei, el que teme pedirle cosa virtuosa; i, pues, yo, esto, despues que soi Rei, á nadie

negué; tan poco lo quiero á tí negar. Has de saber, que yo no supe, antes de ser Prínzipe, qué cosa fuese ser hombre: i como fuí criado i doctrinado como los otros; la simiente de ambizion, que en mi ánimo echaron, prendió tan presto, i se arraigó de manera en mí; que todo mi pensamiento, i todo mi cuidado, era: no, en cómo rejiria bien mis súbditos, i gobernaria mis reinos; mas, en cómo ensancharia i augmentaria mi señorío. En esto ponia yo mi fin: i en esto pensaba consistir todo mi ser, i toda mi felizidad. É, como los corazones de los mancebos, sean, por la mayor parte, á cosas nuevas inclinados; i, para esto, en lugar de freno, hallase yo espuelas: con aquella ferozidad que la Natura puso en los ánimos no esperimentados: me metí en un laberinthio; de que no, así fázilmente, me podia desenrredar.

Mercurio. — ¿Cómo?

Ánima. — Yo te lo diré. Trabamos tan cruda guerra otros Prínzipes, mis vezinos, é yo; é vino la cosa á tanto extremo; que, al
XLVII. cabo de muchos años, aunque los unos i

los otros deseábamos vivir en paz; ningun medio hallábamos para desasirnos. De manera, que me parezia tener, como dizen, el lobo por las orejas. Por una parte, ver mis reinos destruidos, i las provinzias, sobre que debatíamos, perdidas i cuasi asoladas; movido á compasion, me combidaba á dejarlo todo, i vivir en paz: por otra parte, acordándome de las sinrazones que mis enemigos me habian fecho, i me hazian; i la sinjustizia que tenian, en lo que me demandaban i defendian; pareziéndome afrenta no *l*evar* la cosa adelante, pues en ella tanto habia gastado i consumido; tenia por mui gran poquedad, no llegarla hasta el cabo. Pero, cuanto mas pensaba caminar adelante; aunque la fortuna me era cuasi siempre favorable; las mas vezes era mayor la pérdida que la gananzia. De manera, que ocupado en esto mi juizio, i empleados en ello todos mis sentidos; de ninguna cosa tenia menos cuidado, que de la buena gobernazion de mis súbditos, que debia ser

* El impr.: *levar*.

el prinzipal. Fatigábame á mí: fatigaba mi pueblo: yo estaba desabrido con ellos: i ellos comigo: no dormia* de noche, ni comia con gana de dia: hallábame tan perplejo, hallábame tan turbado; que muchas vezes me era enojo el vivir. Veia, que no hazia lo que debia para con Dios, ni para con mis súbditos: veia, que no podia alcanzar lo que deseaba, para con el mundo: queria ir adelante, i no podia: queria volver atrás, i no sabia: ni á nadie osaba descubrir el secreto de mi corazon, no osándome fiar enteramente de nadie.

Mercurio. — ¡Ó, qué vida tan trabajada!

Ánima. — ¿A esta llamas vida? A la fé, dígole yo muerte. Estando, pues, yo, en esta perplexidad que oyes; un dia, paseando solo en mi cámara; vino un criado mio, con quien yo tenia poca, i, aun cuasi ninguna, conversazion; i trabándome por el hombro, me remezió, diziendo: «Torna, torna en tí, Polidoro.» Yo, espantado de ver un tan grande atrevimiento; no sabia que dezir. Por una parte, me quise eno–

* Impr.: durmia.

jar: i por otra, me parezia no ser sin algun misterio, aquella novedad. A la fin: viendo él, que yo no hablaba; me tornó á dezir: «Veamos, ¿tú no sabes, que eres pastor, i no señor; i que has de dar cuenta d'estas ovejas, al Señor del ganado, que es Dios?» Diziendo esto, se salió de la cámara, i me dejó solo, i tan atónito; que no sabia adónde me estaba. Mas, luego, torné en mí; i comenzé á pensar en las palabras que me dijo: que *era pastor, i no señor:* i, que habia de dar cuenta á Dios, de mis ovejas. Luego se me representó, cuánta multitud d'ellas habia perdido, despues que comenze á reinar; cuán poco cuidado habia tenido de apascentarlas i gobernarlas; i cómo las habia tratado: no, como padre á sus hijos; ni pastor, á las ovejas de su amo; mas, como señor á sus esclavos. Representóseme, por otra parte; de cuántos males, aquella guerra en que andaba envuelto, habia sido causa; cuántas ciudades, villas, i lugares, habian sido destruidos i saqueados: cuántas virjenes, casadas, i viudas, forzadas: cuántos monesterios violados: cuántas

Iglesias despojadas: i todo esto... ¡con tanto daño: con tanta infamia i afrenta del nombre cristiano! Entonzes comenzé á reñir conmigo, diziendo: ¿Como? ¿i esto, es ser Prínzipe? ¿esto, es ser Rei? ¿d'esta manera se apazienta el ganado; d'esta manera se gobiernan los reinos? Veamos, ¿estas ovejas no son de Dios? ¿tú: eres, sino pastor? ¿pues, para qué quieres mas d'ellas, de lo que Él te quisiere encomendar? ¿Cómo: i por allegar otras, has de perder i mal tratar, las que te son encomendadas? Mala señal es cuando el pastor quiere mas ovejas de las que el señor le quiere encomendar. Señal es, que se quiere aprovechar d'ellas; i que las quiere, no para gobernarlas, mas para ordeñarlas. Desecha, pues, de tí, esta dañosa opinion. Veamos, ¿si pudieses conquistar todo el mundo, con otro tanto daño, como de doze años á esta parte la república ha padezido; no escojerias ser antes un hombre pobre, que causa de tanto mal? ¿No te acuerdas que hai infierno i paraiso; i un Dios á quien has de dar mui estrecha cuenta, de cómo hobieres en este

mundo vivido? ¿Parézete, que si agora te llamase, darias buena cuenta de tí; i que dejarias mui jentil fama, en este mundo; habiéndolo, como has, maltratado tu reino? ¿Parézete, que se habria mui bien aprovechado tu reino, con tu gobernazion? Tomástelo rico i próspero, ¿i dejarlo ías pobre i destruido? ¿Esta es la gloria i fama, que los buenos Prínzipes XLVIII
suelen alcanzar? Es razon, que por tí solo padezca tanta jente? ¿Es justizia, que por mandar tú, á una ó dos provinzias de mas, se destru*igan* * así, tantas i tantas tierras? ¿En qué andas? ¿Qué es lo que buscas? Qué es, lo que con tanta aflizion i trabajo deseas; sino eterna infamia en este mundo, i perpetuos tormentos en el otro? Pensando en estas, i en otras semejantes cosas, pasé toda aquella desasosegada noche: i otro dia, por la mañana, hize dezir misa, en una capilla donde la solia oir: é hincado de rodillas, ante el santísimo Sacramento, con lágrimas vivas, que del corazon me saltaban, comenzé á dezir: «Jesucristo, Dios mio, Padre mio,

* Así el impr.

i Señor mio: Tú me criaste, i me heziste de nada; i me posiste por cabeza, padre, i gobernador d'este pueblo, i pastor d'este ganado: yo, no conosciendo ni entendiendo el cargo que me diste; he sido causa de los males, que toda la república padeze. Si Tú, Señor, lo permites, por castigarme á mí; toma en mí, i no en el pueblo, la venganza: si yo soi causa d'estos males; quiero, que como á Jonás, me hagas echar en las ondas del mar: mas, si tu ira es contra el pueblo; vuelve ya tu misericordia: conténtese tu justizia con lo que ha padezido: i, pues toviste por bien, de ponerme aquí por Padre, Rei, i Pastor; dáme gracia i saber para que lo gobierne á tu voluntad: que ya has esperimentado, por una parte, mi malizia, i por otra, mi ignoranzia i poquedad; dejándome en la invenzion de mis manos. Pues, de hoi mas, acuérdate, Señor, que soi mozo: lleno de tantos defectos, i, sin tu ayuda, mui insufiziente para gobernar tanta multitud de jente. Por eso, Dios mio, ó me quita el Reino, proveyendo tus ovejas de otro buen pastor; ó me trae, Tú, la mano,

como á niño que aprende á escrebir; para que, guiándome Tú, no yerre. Desde agora, Señor, protesto, que no quiero ser Rei para mí, sino para Tí: ni quiero gobernar para mi provecho, sino para bien d'este pueblo, que me encomendaste. No me desampare, pues, Señor, tu grazia; ni me niegues una tan justa suplicazion: pues prometiste de oir á los que en justizia i en verdad te llamasen.» D'esta orazion me levanté tan alegre, que á mi parezer, hasta entonzes, nunca lo habia estado tanto: i dando grazias á Dios, que me habia librado de una tan ciega tiniebla: i de una tan trabajosa ceguedad; queriendo ejecutar el buen deseo que me dió; conosciendo cuán pernicioso es al Prínzipe, tener cabe sí hombres viziosos, espezialmente de avarizia i ambizion notados; i como es mas dañoso á la República, que el Rei tenga mal consejo, aunque él sea bueno; que no ser el Rei malo, aunque * los que estan cabe él sean buenos; antes, que cosa alguna otra comenzase á ordenar; aparté primero de mi compañía

* Quizá errata, por *con* que.

viziosos, avaros, i ambiziosos. Á unos, daba cargos fuera de mi Córte; i á otros, enviaba á reposar á sus casas; i á otros, cuyos delictos eran manifiestos; mandaba castigar, porque fuesen ejemplo, á los nuevos ministros que habia de rezebir. Hecho esto, i apartada esta pestilenzia de mi lado; halléme tan libre i tan contento; que me parezia haber sido, hasta allí, siervo i esclavo de tan ruin jente; i desde entonzes, comenzar á ser Rei. Luego escojí personas virtuosas i de buena vida: i los puse en lugar de aquellos: declarándoles, que todas las vezes, que conosciese en ellos ambizion ó avarizia; ó que, por este respecto, ó por cualquiera otra pasion, ó afizion particular; me aconsejasen cosa alguna, que no cumpliese al bien de mis reinos, ó que fuese contra justizia; á la mesma hora, los apartaria vergonzosamente de mi compañía. Tras esto, eché de mi Córte truhanes, chocarreros i vagabundos: quedándome solamente con aquellos de que tenia nezesidad. I, por evitar la oziosidad, de que nascen infinitos males; ordené que todos mis caballeros,

bezasen * á sus hijos artes mecánicas, juntamente con las liberales, en que se ejerzitasen. I sabiendo, cuánto importa, que el dador de la lei, la comienze á guardar; luego comenzé á poner mis hijos é hijas, en que aprendiesen ofizios. I con esto, me siguieron todos. Reformada mi casa i Córte; me puse á reformar mis reinos: tomando mui estrecha residenzia á todos los juezes i ministros que tenian cargos de justizias ó gobernazion. I á los que hallé limpios, hize de mi propria voluntad, sin que ellos me lo pidiesen, mui grandes merzedes. A los malos i culpados, desterré en una Isla despoblada. I de allí adelante, como mis ministros esperaban premio siendo buenos, i mui rezio castigo XLIX. siendo malos; gobernaban de manera, que mui pocas, ó ningunas quejas, me venian d'ellos. Jamás proveia de Obispado ni Benefizio, á los que me los pedian: porque, solo en pedírmelos, juzgaba ser inhábiles para tenerlos. Muchos dias, con infinito trabajo, estuve perplexo, en la

* Escríbese este verbo *bezar*, *abezar*; y mejor, *avezar*.

provision de los Obispados; porque como en los Obispos se requieren virtudes interiores; i estas, se pueden mal juzgar por actos esteriores; las mas vezes me salian peores, aquellos que, por de fuera, se me mostraban mejores. I, como yo no tenia facultad para castigarlos, pasaba mui grande, i para mí, incomparable trabajo, con ellos: hasta que, por pura importunitad, alcanzé una facultad del Papa, mui ampla; para que el mal Obispo, que no hiziese lo que es obligado, con sus ovejas; lo pudiese yo privar, i poner otro en su lugar. I, con esto; i con tres ó cuatro, que desterré en las Islas despobladas; no habia hombre, que no procurase de hazer lo que debia. Hazíalos residir ordinariamente en sus Iglesias: i mui pocas vezes les mudaba los obispados; si no era, *que** [ó *cuando*], las virtudes de uno, me parezian nezesarias para otra parte: i estonzes, no tenia respecto á la renta, sino á la nezesidad de las ovejas. I, jamás les consentia, que admitiesen pleitos sobre

* En el impr., q̃n.; que puede ser: *cuando*, ó *quien*.

Benefizios eclesiásticos: mas, procuraba, que los hiziesen servir: i gastar las rentas d'ellos: de manera, que fuese menester andar rogando con ellos. D'esta manera, os maravillaríades, cuán presto florezió la relijion i piedad cristiana en mis reinos. Reformé luego las leyes: de suerte, que mui pocos pleitos, duraban mas de un año. Hazia castigar los abogados que defendian causas manifiestamente injustas. Las merzedes que habia de hazer, tenia en dos partes divididas. Unas, eran de cosas, que podia yo dar á quien quisiese, sin perjuizio del pueblo: i otras, de administraziones, de que dependia el bien ó el mal de la república. Para la provision d'estas; tenia un memorial, de personas virtuosas; i en quien cabian los tales cargos: cada cosa por su parte: i esto, sin tener respecto á favores, ni linajes, ni servizios: mas solamente al bien de la república. I para las otras, tenia otro: de aquellos que me habian bien i lealmente servido: cada uno en su grado. De manera, que no era vacada, ni se habia de proveer una cosa, que ya no tuviese yo señalada en mi libro,

la persona á quien la habia de dar. I con esto, ninguno me pedia ni me importunaba con cosas semejantes: que me era un mui grande alivio, i un mui gran contentamiento á todos: espezialmente acordándose del tiempo pasado, que acaezia muchas vezes, cuando yo daba una cosa, haber gastado, aquel á quien se daba, mucho mas, en esperarla i procurarla, de lo que ella valia. Usaba de mucha clemenzia con aquellos, que veia, por ignoranzia ó por algun desastre, haber pecado. I á los que conoscia, por malizia, i con obstinazion, errar; castigaba con mucho rigor: espezialmente, si eran criados, ministros, ó ofiziales mios. Si algun juez tenia fama de haber cohechado; aunque enteramente no se le probase; tanto odio le tenia; que no podia consentir que me viniese delante. Hazia, qüasi siempre, tener mis puertas abiertas: dando audienzia á todos los que me querian hablar: i de mejor gana, i con mas dulze cara, oia los pobres i pequeños; que los ricos i grandes. I, sobre todos, aquellos*, que de mis ministros

* *A* aquellos (?).

se venian á quejar. I hazia de manera, que ninguno se partia descontento de mí, aunque no le otorgase lo que demandaba: sino eran aquellos, cuyos manifiestos errores, merezian no solamente castigo, mas presenzial reprehension: porque esto pone temor á los malos, i alcanza el Prínzipe mucha grazia del pueblo. Visitaba, á tiempos, mis reinos: procurando siempre, que de mi estada ó pasada, algun fructo sintiesen. En unas partes, hazia reparar, ó edificar cosas nezesarias: espezialmente hospitales, puentes, i cosas semejantes. Quitaba las imposiziones, que me parezian graves ó deshonestas: casaba huérfanas, i otras pobres donzellas: remediaba viudas: i otras personas nezesitadas. Tenia tanto cuidado, en que mis cortesanos no hiziesen mal ni daño donde mi Córte estaba, ó por donde pasaba; que no parezia sino un convento de frailes buenos. Amaba i hazia merzedes, á los que, de algo, me amonestaban i reprehendian. Aborrezia, i no podia ver, á los que, andando á mi voluntad, me lisonjeaban. Procuraba saber, lo que de mí se dezia: i perseveraba

en lo bueno, i emendaba lo que parezia malo. Siempre tenia por mejor, seguir el parezer de hombres sabios i virtuosos: i en quien conoscia zelo del bien de la república; que no el mio. Aborrezia tanto los vizios, i tractaba tan mal los viziosos; que ninguno d'ellos, me osaba parezer delante: espezialmente aquellos, que con hábito de relijion i vanas superstiziones, se entremetian, pensando ganar crédito con migo. A estos tenia yo por peores: i tractaba peor que á los viziosos públicos: aborreziendo en gran manera la superstizion. El que veia seguir mui de veras la doctrina christiana, ponia yo sobre mi cabeza. Con esto, procuraban todos en mi Córte de vivir como cristianos: i de allí se desparzió i derramó tanto esta buena doctrina, por todos mis reinos, que, desde á pocos años, los juezes eran los menos ocupados: i las salas de mis audienzias, se hallaban muchas vezes vazías, sin tener pleitos que ver: de manera, que se vivia en todas partes con tanto plazer, amor i caridad, procurando cada uno de venzer al otro con buenas obras; que desde allá

comenzábamos á sentir aquella bien aventuranza de que gozan los santos en el cielo. Acudió despues, de reinos estraños, á vivir en los mios, cuando se comenzó á divulgar esta fama, tanta jente; que no cabiendo en los lugares, fué menester edificar otros muchos, de nuevo. Allende d'esto, muchas provinzias, así de moros i turcos, como de cristianos; me enviaban á rogar, que los tomase por súbditos: ofreziéndose de servirme i seguirme con toda fidelidad. Muchos infieles, venian de su propria voluntad, á rezibir baptismo, deseando ser cristianos, por vivir entre mis súbditos. Otros, me enviaban á rogar, que les enviase personas, que los instruyesen en la fée, rezibiéndolos yo por mios. Mas, de tal manera yo los rezebia; que no llevando provecho alguno d'ellos; conoscian claramente no desear yo señorearlos: i conosciendo ellos esto; me tenian tanto amor; que de su propria voluntad, me hazian tomar por fuerza, mucho mas de lo que yo, con tiranía les pudiera sacar. I, d'esta manera, sin armas, sin muertes de hombres, i sin derramar san-

gre cristiana; conquisté muchos reinos, sojuzgué muchas provinzias, así infieles como cristianas; convertí muchas jentes á la relijion cristiana. Ya cargaba sobre mi cuerpo la vejez: i las enfermedades que ella suele acarrear, me comenzaban ya de apasionar: cuando plugo á la bondad infinita de Dios sacarme de la carzel de aquel cuerpo, i llevarme á gozar de lo que yo tanto deseaba, i porque tantas vezes, i tan continuamente sospiraba. I sintiendo ya llegarse el tiempo en que habia de dejar á mi hijo, que yo, con no menos trabajo que cuidado, habia criado é doctrinado, la gobernazion de mis reinos; i poner fin á aquella luenga é trabajosa peregrinazion; estando él, i muchos de mis parientes é criados, presentes, acompañándome, con aflizion; lo mejor que pude alzé la cabeza, i sentado en la cama, despues de haber rogado á todos, que escuchasen; les dije: «No » sin causa, amigos i hermanos mios, mui » amados; temen i lloran los hombres, la » muerte. Porque, como lo mas ordina- » rio sea vivir mal, i tras esto, se espere

» pena sumamente grave i eterna; i se ten-
» ga esta carne, no como carzel donde se
» purga el ánima, ni como choza, ó me-
» son, en que, como peregrina, mora;
» mas, como compañera de aquella en que
» han puesto el fin de su felizidad; con
» razon les ha de pesar, cuando vieren el
» fin d'ella. Como al culpado, i condena-
» do á muerte, es dolorosa la salida de la
» carzel. Mas, los que en este mundo: no
» como naturales, ni moradores d'él; mas
» como caminantes i estranjeros han vivi-
» do; i tenido esta carne, no por compa-
» ñera de deleites mundanos; mas, por
» una venta, en que como viandantes po-
» saban; i por una carzel, en que espe-
» rando el premio de vida eterna, les
» parezia estar presos; por cierto, no de
» otra manera se deben gozar, al tiem-
» po de la muerte, que se gozan, los que
» despues de una luenga, trabajosa, i
» peligrosa prision, envia el juez á holgar
» á su casa, con grandes merzedes enrri-
» quezidos. I, así como los amigos i pa-
» rientes, vienen con mucho gozo i ale-
» gría, á sacar á estos de la prision; así

» debríades venir vos otros, i aun con
» mui mayor regozijo, á verme morir. I,
» pues, hermanos mios, os he yo, entre
LI » todos mis súbditos, con tanto cuidado
» escojido; no me deis tan mal galardon,
» haziendo tanto sentimiento por mi muer-
» te: i tened firme esperanza en la bon-
» dad de Dios, que no me manda salir
» d'esta carzel, para que muera; mas,
» porque perpetuamente viva. Alegraos,
» hermanos, conmigo. Catad, que con
» esa tristeza me disfamais, dando á en-
» tender, haber sido mi vida tal; que mi
» muerte sea digna de ser llorada. » Res-
pondiéndome ellos á esto, que no lloraban
por mí, mas por sí, i por toda la repú-
blica; que un tan verdadero padre, en
mí, perdia; tornéles á dezir. «Ni aun eso
» os debe tanto doler: pues, os dejo aquí,
» Alexandro mi hijo: que, como manze-
» bo, podrá mucho mejor que yo, sufrir
» el trabajo, que para la gobernazion de
» tantos i tan grandes señoríos se requie-
» re. Una cosa os ruego: que no lo de-
» sampareis: porque en vuestro lugar,
» no suzedan otros, que corrompan i

» estraguen, lo que yo en él he trabajado,
» i plantado. Mas, el amor que todos me
» teneis, emplead en aconsejarlo i guiarlo:
» en que ponga por obra los consejos que
» yo le he dado: pues, á la verdad, la ma-
» sa es tan blanda i tan buena; que po-
» dreis imprimir i formar en ella, lo que
» quisierdes. Ya habeis esperimentado en
» mí, cuán perniziosa cosa es, un Prínzi-
» pe mal enseñado: i, por el contrario,
» cuán sancta i saludable sea, el bueno i
» bien doctrinado. Hazed, pues, herma-
» nos mios, de manera, que no se pierda,
» por vos otros, lo que yo he trabajado:
» ni se gaste esa joya que os dejo encomen-
» dada. I, tú, hijo mio, siempre delante
» tus ojos ternás el trabajo i afliziones,
» que yo pasé, como muchas vezes te he
» contado, al tiempo que me goberné
» mal: i cuán cerca estuve de perder mis
» reinos, procurando de conquistar los
» ajenos: i con cuánta alegría i conten-
» tamiento, despues que aquel deseo de mi
» aparté, he vivido: i con cuánta paz i
» felizidad, he, mis reinos i señoríos, en-
» sanchado. Mui grand carga te dejo acues-

» tas: pero, siendo tú bueno i virtuoso,
» mui lijera de levar. Haz, pues, hijo, de
» manera, que tus súbditos no lloren á tu
» padre; quiero dezir, que, en bien tra-
» tarlos, rejirlos i gobernarlos; trabajes
» de sobrepujarme. I, porque juntamente,
» con dejarte el reino, te queden tan bien
» armas con que lo defiendas; te las quie-
» ro, ante que muera entregar.

» Lo primero, hijo mio, has de consi-
» derar, que todos los hombres sabios, en-
» derezan sus obras, á ganar fama en es-
» te mundo, i gloria en el otro: buena
» fama digo: no por vana gloria suya,
» mas para que Dios sea honrrado, con el
» buen ejemplo que de su vida i obras
» podrán tomar, los que despues vendrán.
» Esto debes, tú, tan bien desear. El buen
» Prínzipe, juntamente puede alcanzar lo
» uno i lo otro: i sin lo uno, con dificultad
» alcanzará lo otro.

» No debes tener por fama, la que ad-
» quirió aquel, que quemó el templo de
» Diana: ni aun la que adquirió Alexandro
» Magno, ni Julio César; pues fué con
» tanto daño de todo el mundo. La buena

» fama, con buenas, no con malas obras,
» se alcanza.

» Si quisieres alcanzar, de veras, lo que
» todos buscan; antes, procura de ser
» dicho buen Prínzipe, que grande. Ten
» mas cuidado, de mejorar, que no de
» ensanchar tu señorío; procurando de
» imitar, aquellos que bien gobernaron su
» señorío: i no, á los que, ó lo adquirie-
» ron, ó lo ensancharon. Ca, muchos bus-
» cando lo ajeno, perdieron, i pierden, lo
» suyo.

» Cual es el Prínzipe, tal es el pueblo.
» Procura pues, tú, de ser tal, cual que-
» rrias fuese tu pueblo. Si fueres jugador,
» todos jugarán. Si dado á mujeres, todos
» andarán tras ellas. Si ambizioso; todos,
» á tuerto, ó á derecho, procurarán de
» acrescentarse. Si fueres superstizioso,
» verás reinar la superstizion. Si, por el
» contrario, relijioso; ¡oh, cuánto pro-
» vecho harás!

» Si quieres quitarte de acuestas, una mui
» gran carga de importunos é importunida-
» des; muestra desplazerte la ambizion. Si
» esta, pudieres tener fuera de tu casa i de

» tu reino; estonzes te puedes llamar bien
» aventurado.

» Si tú, pusieres por premio de tus tra-
» bajos, la virtud; nunca vivirás descon-
» tento: i harás que los tuyos hagan otro
» tanto. Si esto pudieres alcanzar; bien
» podrás dormir seguro.

» Finalmente, te acuerda, que cual tú
» fueres, tales serán tus súbditos. Traba-
» ja, pues, de ser bueno, si quieres que
» ellos lo sean.

» La mayor falta que tienen los Prín-
» zipes, es, de quien les diga verdad. Da,
» pues, tú, libertad á todos, que te amo-
» nesten i reprehendan: i, á los que esto
» libremente hizieren, ténlos por verda-
» deros amigos.

LII. » Cuanto sobrepujas á los tuyos en hon-
» rra i dignidad; tanto debes exzederlos
» en virtudes.

» Acuérdate, que no se hizo la república
» por el Rei; mas el Rei por la república.
» Muchas repúblicas hemos visto florezer
» sin Prínzipe; mas, no Prínzipe, sin re-
» pública.

» Cuando alguna cosa quisieres comen-

» zar ó ordenar; mira, primero, si te
» cumple á tí, ó á la república.

» Procura, ser antes amado que temido:
» porque, con miedo, nunca se sostuvo
» mucho tiempo el señorío. Mientra fueres
» solamente temido; tantos enemigos como
» súbditos ternás: si amado; ninguna ne-
» zesidad tienes de guarda, pues cada
» vasallo te será un alabardero.

» Si quisieres ser amado, ama: que el
» amor no se gana, sino con amor.

» Así ames á tus súbditos, que siempre
» pospongas tu afizion ó interese particu-
» lar, al bien universal.

» Sei * tan amigo de verdad, que se dé
» mas fé á tu simple palabra, que á jura-
» mento de otros.

» Ten mas cuidado de mandarte á tí
» mesmo, refrenando tus apetitos, que
» no á tus súbditos. Porque, si tú no te
» obedezes; ¿cómo quieres ser de otros
» obedezido?

» De tal manera, ten la gravedad que
» conviene al Prínzipe; que por otra par-

* *Sei:* pareze italianismo.

» te, seas blando, benigno i afable. Mira
» cómo viven i vivieron otros Prínzipes,
» imitando lo bueno, é huyendo lo malo.

» Jamás, por tu boca, salga palabra in-
» juriosa ó deshonesta.

» Nunca hables ni castigues con eno-
» jo, acordándote de aquel dicho de Archi-
» ta, que estando enojado con su mayor-
» domo, le dijo. ¡Cuál te pararia yo, si
» no estuviese enojado!

» No te cieguen las opiniones del vulgo:
» mas abrázate siempre con las de los
» philósophos, acordándote de lo que dezia
» Platon: ser bienaventuradas las repúbli-
» cas que por philósophos son goberna-
» das; ó cuyos Prínzipes siguen la phi-
» losophía.

» Gobierna tus súbditos de manera, que
» todo tu deseo, sea trabajar, que ningu-
» no te haya exzedido, ni esperes que te
» haya de sobrepujar.

» Mientra fueres mozo, anda recatado
» de tí mismo: é ten siempre ante los
» ojos, que no solamente eres Prínzipe i
» pastor; mas. . . . . .
» . . . . . .

» Aprende de coro la doctrina cristiana,
» haziendo cuenta, que á ninguno con-
» viene mas enteramente seguirla, que á
» los Prínzipes.

» Procura de parezer en todas tus co-
» sas cristiano: no solamente con ceri-
» monias esteriores, mas con obras cris-
» tianas.

» Anda mui recatado en no ofender á
» Dios, pues lo has jurado por Señor.
» ¿Con qué cara osarás, tú, castigar uno
» que te haga traizion; si tú la hazes á tu
» Señor?

» Cuanto el Prínzipe es mas poderoso,
» tanto mas recatado debe andar, no mi-
» rando, lo que puede, mas lo que debe
» hazer.

» Haz cuenta, que estás en una torre,
» i que todos te estan mirando, i que nin-
» gun vizio puedes tener secreto.

» Si no pudieres defender tu reino, sin
» gran daño de tus súbditos; ten por mejor
» dejarlo: ca, el Prínzipe, por la repú-
» blica; i no la república, por el Prínzipe;
» fué instituido. Acuérdate de Codro i de
» Otho, los cuales, aunque eran jentiles;

» quisieron mas morir, que defender su
» señorío, con derramamiento de sangre
» humana. I, ten por mejor, de ser hom-
» bre justo, que Prínzipe injusto. Mui gran
» premio mereze el buen Prínzipe; i mui
» gran pena i castigo el malo.

» El buen Prínzipe, es imájen de Dios,
» como dize Plutarco: i el malo, figura i
» ministro del diablo. Si quieres ser teni-
» do por buen Prínzipe; procura de ser
» mui semejante á Dios, no haziendo cosa
» que Él no haria.

» Tres cosas ponen, prinzipalmente, en
» Dios: poder, saber i bondad. El que tie-
» ne la primera, i careze d'estotras; no
» es Rei, mas tirano. Cata, que no se ha-
» ze diferenzia del Rei al tirano, como
» dize Séneca, por el nombre, sino por
» las obras. Si hizieres obras de tirano;
» aunque, mientra vivieres, te digan Rei;
» despues de muerto, serás llamado tira-
» no. ¿Quieres ver la diferenzia que pone
» Aristótiles, entre el Rei i el tirano? El
» tirano, busca su provecho: i el Rei, el
» bien de la república.

» Si todas tus obras enderezares al bien

» de la república, serás Rei: é si al tuyo,
» serás tirano.

» Procura de dejar tu Reino, mejor que
» agora lo hallas: i esta será tu verdadera LIII.
» gloria.

» Cata, que hai pacto entre el Prínzipe
» i el pueblo: que si tú no hazes lo que
» debes con tus súbditos; tan poco son
» ellos obligados, á hazer lo que deben
» contigo.

» ¿Con qué cara les pedirás tus rentas;
» si tú no les pagas á ellos las suyas?
» Acuérdate, que son hombres i no bes-
» tias: i que tú eres pastor de hombres, i
» no señor de ovejas.

» Pues que todos los hombres aprenden
» el arte con que viven; ¿por qué tú, no
» aprenderás el arte para ser Prínzipe, que
» es mas alta, i mas exzelente, que todas
» las otras? Si te contentas con el nombre
» de Rei ó Prínzipe, sin procurar de ser-
» lo; perderlo has, i llamarte han tirano.
» Que no es verdadero Rei ni Prínzipe,
» aquel á quien viene de linaje; mas
» aquel, que, con obras, procura de ser-
» lo. Rei es, i libre; el que se rije, i man-

» da á sí mismo; i esclavo i siervo; el que
» no se sabe refrenar.

» Si te prezias de libre; ¿por qué servi-
» rás á tus apetitos, que es la mas torpe i
» fea servidumbre de todas? Muchos libres
» he visto servir, i muchos esclavos ser
» servidos. El esclavo, es siervo por fuer-
» za, i no puede ser reprehendido por
» serlo; pues no es mas en su mano. Mas
» el vizioso, que es siervo voluntario,
» no debe ser contado entre los hombres.
» *Ama, pues, la libertad: i aprende á ser
» de veras Rei. Ten tanto cuidado de la
» buena gobernazion de tus súbditos; que
» nunca te acontezca dormir una noche
» entera sin él. No debes pensar en qué
» pasarás tiempo; mas en cómo no lo
» pierdas.

» Los reyes bárbaros, espezialmente en
» Persia; con esconderse, i no mostrarse
» al pueblo, mantenian su majestad. Tú,
» por el contrario, ten siempre tus puer-
» tas abiertas, i mas á los pobres, que á
» los ricos: pues aquellos, mas que estos,

* N. B.

» tienen de tu favor nezesidad. En el res-
» ponder, toma el consejo de Aristótiles,
» dando, tú mesmo, las dulzes i buenas
» respuestas: i las agras ó malas, déjalas
» dar á tus ministros. I, haz de manera,
» que ninguno se parta, con razon, des-
» contento de tí.

» Lo que has de dar, dálo presto, ale-
» gremente, de tu propria voluntad. I no
» des causa, que agradezcan á otros, las
» merzedes que tú mesmo hazes.

» Aparta de tí, los que andan inven-
» tando nuevas formas, con que peles tus
» súbditos. I acuérdate, que no pagan pe-
» chos, ó servizios, los ricos; mas los
» pobres. Inclínate antes á poner sisas, ó
» imposiziones, sobre la seda, que sobre
» el paño: sobre las viandas preziosas,
» que sobre las comunes: porque aquello
» compran los ricos; i esto otro los pobres.

» Sei tan amigo de hazer bien; que ha-
» gas cuenta, habérsete perdido el dia en
» que á ninguno hobieres ayudado.

» Honrra mas á los buenos é virtuosos,
» que á los ricos i poderosos: i harás, que
» todos sigan la virtud.

» No admitas en tu reino hombres ozio-
» sos: i evitarás una fuente de males.

» A los pobres, lisiados, clérigos, é
» frailes mendicantes, ó merzenarios: or-
» dena, cómo les sea dado de comer: é no
» los consientas andar mendicando.

» Procura, que todos tus súbditos, va-
» rones i mujeres, nobles i plebeyos, ricos
» i pobres, clérigos i frailes; aprendan
» alguna arte mecánica. I esto alcanzarás
» fázilmente; si, como yo lo he fecho
» aprender á mis hijos; así lo bezarás tú,
» á los tuyos.

» Sei fázil á perdonar tus injurias: por-
» que, si te la hizo otro como tú, no te
» puedes vengar, sin daño de tus súbditos,
» i de los suyos, que no tienen culpa. Si
» te injurió un hombre bajo, cuanto mas
» poder tienes para vengarte; tanto mejor
» te parezerá la clemenzia.

» Tus ejercizios sean honestos, sanctos
» i buenos; i á la república provechosos.

» ¡Cuán bien pareze, al Prínzipe, oir
» las quejas de sus súbditos, i remediarlas!

» No imites aquellos, que se descargan
» cuanto pueden de las cosas de justi-

» zia; pues, este es tu prinzipal ofizio.

» Nunca dejes de pensar medios con
» que sobrellevar el pueblo, i cargarlo lo
» menos que fuere posible.

» Procura siempre de saber la natura i
» costumbres, no solamente de tus súbdi-
» tos, mas tambien de los estraños.

» Con tus vezinos, procura siempre de
» tener paz i buena amistad: i no entres LIV.
» en contrataziones, ni afinidades con
» ellos: porque de aquí nasce la mayor
» parte de* las discordias, guerras, i ene-
» mistades.

» Ten por mejor i mas seguro, casar
» tus hijas en tu reino, que no fuera d'él:
» que d'ello, te seguirán muchos prove-
» chos.

» Aprende antes por las historias, que
» por la esperienzia; cuán mala i cuán
» perniciosa es la guerra.

» A menos costa edificarás una ciudad
» en tu tierra; que conquistarás otra en
» la ajena.

» Determínate**, de nunca hazer guerra,

* El impr.: da.

** El impr.: Dererminate.

» por tu enemistad, ni por interese par-
» ticular: i, cuando la hobieres de hazer;
» no sea por tí, sino por tus súbditos:
» mirando primero, cuál les estará mejor,
» tomarla ó dejarla: si les estará mejor
» tomarla, sea con estrema nezesidad. I,
» procura primero, algun conzierto, por-
» que mas vale desigual paz, que mui
» justa guerra: de la cual, te debes apar-
» tar, aunque no sea, sino por la honrra
» del nombre cristiano: por ser cosa á él
» mui contraria. Contra infieles, debes
» mover guerra, porque, de otra suerte,
» no solamente harian sus esclavos, los
» cristianos; i, con tormentos, los harian
» renegar la santa fé católica de Cristo;
» mas aun la cristiandad destruirian, i los
» templos de Cristo profanarian, i su
» santo nombre desterrarian, de sobre la
» haz de la tierra.

» Mas, no te pase por pensamiento
» hazerles guerra por tu interese particu-
» lar, ni por ambizion. Cata, que deba-
» jo d'este hazer guerra á los infieles; va
» encubierta gran ponzoña. I, cuando los
» hobieres conquistado; procura conver-

» tirlos á la fé de Cristo, con buenas
» obras prinzipalmente: porque, ¿con qué
» cara los aconsejarás, que sean cristia-
» nos, si tú, i los tuyos, hazeis obras peo-
» res que de infieles?

» Mui gran parte será, para conquistar
» los moros i los turcos; si, en tí i en los
» tuyos, vieren resplandezer las virtudes
» cristianas. Con esto, procura, pues,
» prinzipalmente, de convertirlos.

» Mucho va, en que tu conversazion,
» sea buena ó mala: quiero dezir, en que
» converses con buenos ó con malos: i
» por esto, mira de rezebir siempre, en tu
» compañía, buenos i virtuosos: i apár-
» tate de los malos i viziosos.

» Ama, los que libremente te reprehen-
» dieren: i aborreze, los que te an-
» duvieren lisonjeando. No mires, qué
» compañía te será agradable: mas, cuál
» te será provechosa. No hai bestia tan
» ponzoñosa, ni animal tan pernizioso,
» cabe un Prínzipe; como el lisonjero: i
» tras este, el ambizioso.

» Como el vulgo no conversa con el
» Prínzipe; siempre piensa, que es tal,

» cuales son sus privados. Si son virtuo-
» sos, tiénenlo por virtuoso: i si malos é
» viziosos, por malo é vizioso.

» Mira, pues, cuánto cuidado debes te-
» ner, en escojer los que han de andar i
» conversar contigo.

» Prinzipalmente, debes escojer un
» confesor limpio, puro, incorrupto*, é de
» mui buena vida i fama, i no ambizioso.
» Huye la opinion de los que se confiesan
» con viziosos, diziendo: que saben me-
» jor confesar i conozer los pecados. Cree-
» me, tú, á mí, que no lo hazen, sino
» por dezirlos con menos vergüenza.
» ¿Con qué cara te reprehenderá tus vi-
» zios, si él sabe serte á tí notorio, que
» los suyos son mayores?

» La prinzipal parte, de la buena go-
» bernazion de tu reino; va en que tú
» seas bueno. La segunda, en que ten-
» gas buenos ministros. Por eso, mira
» bien cómo provees ofizios, benefizios, i
» obispados.

» Dize Platon, no ser digno de admi-
» nistrazion, sino el que la toma forzado,

* En el impr.: incorcupto.

» i contra su voluntad. Nunca, pues, pro-
» veas, tú, de ofizio, benefizio, ni obispado;
» al que te lo demandare: mas, en deman-
» dándotelo él por sí, ó por terzero: júzgalo
» i tenlo por inhábile para ejerzitarlo: por
» que, ó sabe lo que pide, ó no; si no lo
» sabe; no lo mereze: si lo sabe i lo pide;
» ya se muestra soberbio, ambizioso i malo.

» No encomiendes cargos de justizia,
» sino á personas incorruptas i buenas; i
» que los acepten rogados.

» No quiere Aristótiles, que el juez
» tenga emolumentos de su ofizio, mas
» del salario: porque no hai cosa mas
» perniziosa, que cuando el juez espera
» gananzia, si hai muchos culpados.

» Hagan todos los juezes residenzia, i
» no dejes tú de ocuparte en verla: i al
» buen juez, dále mui buen galardon: i
» al malo, castígalo, con todo rigor. En LV.
» esto, no quiero que admitas clemenzia.
» Tampoco la debes usar con tus criados,
» que no hazen lo que deben: mas cas-
» tigarlos con mas rigor que los otros:
» así, porque estando cabe tí, tienen mas
» obligazion á ser buenos; como, porque

» de su infamia te alcanza á tí, parte.

» A los testigos i acusadores falsos, ha-
» rás siempre castigar, por la pena del
» talion.

» En las leyes que hizieres, ten siem-
» pre ojo al bien público, i no al tuyo par-
» ticular.

» Lo que vieres ser provechoso á tus
» súbditos; hazlo: sin esperar que te lo
» rueguen, ni que te lo compren.

» Sei dilijente i resoluto en lo que has
» de hazer: porque ni la obra pierda sa-
» zon; ni el benefizio, la grazia.

» Jeneralmente has siempre de tener
» ojo, á ganar antes buena fama, que
» riquezas ni señoríos: porque esto, hasta
» los malos lo alcanzan con dineros; i lo
» otro, no; sino los buenos con las vir-
» tudes.

» Ama i teme á Dios: i Él te vezará
» todo lo demás: i te guiará en todo lo
» que debieres hazer.

» Muchos dias ha, que deseaba dezirte
» esto: yo te ruego, que de tal manera, lo
» rezibas i plantes en tu corazon: que
» jamás, mientra vivieres, se te olvide.»

Diziendo esto: me faltaba ya el aliento para hablar: i se comenzaban á helar los pies: de manera, que torné á poner la cabeza sobre una almohada: i diziendo: « *Hijo, amigos i hermanos mios, yo me voi: Jesucristo quede con vosotros:* » me salí de la cárzel de aquel cuerpo: i me voi á gozar de la bien aventuranza, que á los suyos, tiene Dios aparejada.

Mercurio. — Deténlo, Caron, no se vaya.

Caron. — Ojalá se hobiera ido antes! ¿ Sabes, qué plazer me ha seido oir aquí la filatería que nos ha aquí contado? Cuanto, qué si los otros Prínzipes, fuesen como este; bien podria yo tener vacaziones. Mas, con todo eso, me huelgo de una cosa: que su hijo queda en el reino: porque, cuasi nunca * se vió un señalado varon, dejar hijo útil á la república. D'esto, te podria dar mill ejemplos. Pero, mejor seria, que nos dejásemos agora d'esto: i comienzes ya tú á contar eso que me has de dezir.

* « Rade volte discende per li rami
l'umana probitade: e questo vuole
Quel che la da, perche da Lui si chiami. » Dante.

Mercurio. — Sea como tu quisieres. Bien te acordarás, de lo que los dias pasados te conté, que el Emperador, habia dicho al rei de armas, del Rei de Francia, cuando lo desafió en Burgos.

Caron. — Mira, si me acuerdo!

Mercurio. — Pues, está atento. Has de saber, que como el rei de armas francés, referiese al Embajador del Rei de Francia, que estaba aun en España, lo que el Emperador le habia dicho; el Embajador por escusar la cobardía, de que su amo habia usado; en no haber respondido al Emperador; finjia no acordarse, de lo que le dijo en Granada: i por consiguiente, daba á entender, ninguna cosa haber escripto d'ello á su amo: pediendo, que si algo el Emperador le queria dezir, se lo enviase por escripto, i él haria la relazion. I, tanto era el deseo, que el Emperador tenia de venir á las manos con un hombre, de quien tan descaradamente habia sido engañado; que fué contento de hazer, lo que el embajador del rei de Francia le pedia: i escribióle una carta del tenor siguiente.

Carta del Emperador al Embajador de Francia.

Magnifico embajador. Yo he visto la carta que me habeis escripto; sobre las palabras que os dije en Granada: i tambien he visto la copia de vuestra relazion verbal: por donde conozco bien, que no os quereis acordar de lo que entonzes os dije, que hiziésedes saber al rei de Francia vuestro amo, porque os lo torne á dezir otra vez. Por cumplir vuestro deseo, lo quiero hazer: i es: que, despues de muchas razones, que por ser de poca substanzia no conviene aquí repetir; yo os dije: «Que el Rei vuestro amo, habia hecho vilmente i ruinmente, en no guardarme la fé, que me dió, por la capitulazion de Madrid. I: que si él, esto quisiese contradezir, yo, gelo manternia, de mi persona á la suya.» Veis aquí, las proprias palabras substanziales, que del Rei, vuestro amo, yo os dije en Granada. I creo, que son aquellas, que vos tanto deseais saber: porque son las mismas, que en Madrid, yo dije á vuestro amo el Rei: «que lo ternia por vil i

ruin, si no me guardaba la fé, que me
LVI. habia dado. » De manera, que diziéndolas, le guardo yo mejor lo que le prometí, que él á mí, lo que me prometió. He vos las querido escrebir, firmadas de mi mano; porque, de hoy mas; ni vos, ni otro, pueda en esto dubdar. Fecha en Madrid: á XVIII de marzo de mill é quinientos i veinte i ocho.

CHARLES.

CARON. — A la fé: esa carta, bien pareze de hombre, que desea mas, hechos, que palabras.

MERCURIO. — Dizes mui gran verdad: mas el Rei de Francia, por el contrario, queria mas, palabras, que obras. Todavía: sabido lo que el Emperador habia dicho á su rei de armas; é viendo la cosa, venida á términos, que á ninguna escusa ni achaque habia quedado lugar; antes que esta carta le viniese á las manos; estaba mui perplejo i congojado: por una parte, veia que no podia, con su honrra, ni sin manifiesta infamia i deshonrra, dejar de responder al Emperador: i respondiendo, desafiarle de persona á persona: por otra parte, co-

nosziendo claramente ser verdad lo que d' él, el Emperador habia dicho; temíase de combatir sobre tan mala é injusta causa: pues, perdiendo el campo, perdia no solamente la honrra, mas la vida i la ánima. Considerando, pues, esto; no sabia qué hazer, ni á qué parte se tornar. A la fin, despues de haber muchos dias, en esto pensado; halló un medio con que, á su parezer, satisfaria, siquiera, el vulgo; i se quitaria de aquel peligro, enviando un cartel al Emperador, con que disimulase, no lo que d' él habia dicho, pues no lo podia negar: ó finjiese otra cosa, que ni el Emperador jamás dijo, ni le pasó por pensamiento, ni era verisimil que lo hobiese dicho: pareziendo al Rei, que el Emperador se contentaria con negarlo sin mas insistir en el negozio: i él, en alguna manera, cumpliria con su honrra, habiendo, como quiera, respondido.

Caron.—¡Oh, qué bueno, i qué astuto consejo! mira, por vuestra vida: ¿i era tanto nezio yo, que pensase, haber seido ese * desafío de veras?

* Ó *este;* pues en el impr. puede ser *esse*, ó *este*.

Mercurio. — I, no lo podias ver, en el mismo cartel del Rei, que ni tiene pies ni cabeza; no escribiendo, como los que el combate quieren ejecutar; mas, como los que con solas palabras se piensan é quieren salvar; hablando de manera, que no merezcan respuesta, como sin dubda, no la merezia este cartel. (?)

Caron. — ¿Tiéneslo, tú, por dicha? Que yo, no lo he visto.

Mercurio. — Mira, si lo tengo: i aun escripto en pergamino.

Caron. — ¿Quiéresmelo leer?

Mercurio. — De mui buena voluntad. Mas, primero, has de saber, que como el rei de Francia supo, que su rei d'armas habia, el mes de enero pasado, como te conté, desafiado al Emperador; hizo una cosa, que hasta agora, nunca, de Prínzipe cristiano, fué vista ni oida: que, no contento con mandar prender el embajador del Emperador, que estaba en su Córte; le mandó tambien tomar todas sus escripturas; i lo tuvo mas de cuarenta dias preso: i, á la fin, cuando supo que el Emperador, no queria dejar salir de España los

embajadores de Francia, si, á un mismo tiempo, no le restituyesen el suyo; viendo, que era forzado á soltarlo; quiso, primero, hazer un donoso acto: i para él, á los veinte i ocho de marzo, mandó ayuntar todos los prelados, caballeros, i embajadores que estaban en su Córte; i en su presenzia, hizo allí venir el embajador del Emperador, no como embajador, mas como prisionero: i sin haberlo avisado, ni aun dicho palabra, del acto que queria hazer; entre muchas cosas que le dijo, dándole lizenzia para que se volviese en España; le rogó mucho, que él mismo llevase al Emperador, el cartel de desafío, que allí tenia fecho: el cual hizo leer públicamente: pensando, con aquello, satisfazer á su honrra. Dezia, pues, el cartel d'esta manera.

Cartel de desafío, del Rei de Francia, al Emperador.

Nos, Francisco, por la gracia de Dios, rei de Francia: Señor de Jénova: etc. A vos, Cárlos, por la misma gracia, electo Empe-

rador de Romanos: Rei de las Españas: hazemos saber: cómo, Nos, siendo avisado, que, Vos, en algunas respuestas, que habeis dado á los embajadores i reyes d'armas, que por amor de la paz, os habemos enviado: queriéndoos, sin razon, escusar, nos habeis acusado, diziendo, que teneis nuestra fé: i que, sobrella, contraveniendo á nuestra persona; nos, eramos idos de vuestras manos, i de vuestro poder; para defender nuestra honrra, que en tal caso, seria, contra verdad mui cargada; os habemos querido enviar este cartel; por el cual, aunque en ningun
LVII. hombre guardado, pueda haber obligazion de fé, i que esta escusa nos sea harto suficiente; todavía, queriendo satisfazer á cada uno, é tan bien á nuestra honrra, la cual habemos siempre guardado, i guardarémos, si á Dios plaze, hasta la muerte; os hazemos saber, que si, vos, nos habeis querido, ó quereis cargar, no solamente de nuestra fé i libertad, mas de que hayamos jamás hecho cosa, que un caballero amador de su honrra, no debe hazer: os dezimos, que habeis mentido por la gorja:

i, que tantas cuantas vezes lo dijerdes, mentireis: estando deliberado, de defender nuestra honrra, hasta la fin de nuestra vida. I, pues contra verdad, nos habeis querido cargar; no nos escribais mas: sino, aseguradnos el campo: i llevaros hemos las armas: protestando, que si despues d'esta declarazion; á otras partes, escrebis ó dezis palabras contra nuestra honrra; que la vergüenza de la dilazion del combate, será vuestra: pues venido á él, cesan todas escripturas. Fecha en nuestra buena villa é ciudad de Paris, á XXVIII dias de marzo MDXXVII años, antes de Pascua.

François.

Caron. — ¿Quieres que te confiese verdad, Mercurio? A la fé: mui mal ordenado me pareze ese cartel. Mira, qué jentil razon: habiéndolo el Emperador soltado de su voluntad, rezibiendo, como me dijiste, los rehenes; dize, que se habia huido de su poder! I, allende d'esto: ¡qué deshonestidad, usar de aquellas palabras, entre Prínzipes; *mentís por la gorja, i men-*

tireis! ¡ Oh, qué hermosa valentía ! ¿ I qué mas dijera un rufian á otro ?

Mercurio. — ¡ Cómo ! ¿ I, osas tú hablar contra el rei de Francia ?

Caron. — No te quiero negar, que yo no lo quiera mucho mas, que á ese otro. Pero, á la fin, ni me puede parezer mal lo bueno: ni bien lo malo.

Mercurio. — ¡ Ó, qué sancta persona ! Leido, pues, el cartel, estaba el Rei tan vanaglorioso, como si fuera ya venzedor del campo.

Caron. — Una dubda te quiero preguntar, Mercurio: ¿ por qué dize el rei de Francia en ese cartel; que le asegure el Emperador el campo; i que él llevará las armas ?

Mercurio. — Está rezebido en costumbre, que el desafiador, ha de dar i asegurar el campo: i el desafiado, traer i escojer las armas con que ha de combatir: aunque las Leyes, en arbitrio del desafiado ponen lo uno i lo otro.

Caron. — Luego, d' esa manera, ó el Emperador, pues era provocado, habia de escojer lo uno i lo otro; ó dar el rei de Francia el campo, i el Emperador las

armas: i, segun me pareze, ese cartel dize lo contrario.

Mercurio. — Dizes verdad: mas, tú no vees, que el rei de Francia, queria dar á entender ser provocado ó desafiado; i el Emperador desafiador.

Caron. — Bien lo entiendo: pero no alcanzo en qué se pudiese él, para ello, fundar: pues finjia no saber lo que el Emperador habia en Granada dicho á su Embajador: i, aunque lo supiera, é confesara saber; no se entiende desafiar, aquel que dize la injuria; mas el que pretende hazer desdezir al otro della.

Mercurio. — I, aun ahí puedes, tú, conoscer, qué gana tenia de combatir el rei de Francia; comenzando ya de poner escrúpulos i dificultades, en una cosa, tan clara i averiguada como esta. Leido, pues, el cartel; quisiera el rei de Francia, que el Embajador del Emperador le llevára: mas él se escusó de hazerlo; respondiendo al Rei, tan prudente i honestamente; como si muchos dias antes de aquel acto, estuviera prevenido. Estonzes el Rei le dijo: que, pues no lo queria llevar; él lo

enviaria con uno de sus reyes de armas: para el cual, le rogó; le hubiese un salvoconducto del Emperador.

Caron. —¡Cómo! ¿Salvoconducto, para el rei de armas? ¿Quién, nunca tal oyó? Sé, que los reyes de armas, facultad i libertad tienen, para ir libremente por dó quiera, aun entre bárbaros, cuanto mas entre cristianos.

Mercurio. —Dizes verdad, ¿mas, no sabes, que piensa el ladron, que todos han su corazon? Pensaba el rei de Francia, que yendo su rei de armas, con tan desvergonzada embajada; el Emperador le mandaria hazer alguna afrenta; como sin dubda merezia el que lo enviaba: i por esto, se quiso primero asegurar: espezialmente, que siendo, como es el rei de Francia, prisionero i esclavo del Emperador, como él mismo confiesa, por cartas escriptas i firmadas de su mano; no habia de osar desafiar, ni enviar rei de armas á su señor, sin su espresa lizenzia. De manera, que no hizo sino mui bien en pedir salvoconduto. Mas, tornando á nuestro propósito: ¿qué has, Caron?

LVIII.

CARON. — Cata, cata.

MERCURIO. — Ya lo veo: Obispo pareze en el hábito: atajémosle el camino, que va mui apriesa.

CARON. — Córre, tú, pues eres mas mozo: que, á la fé; á mí, dias ha que me nascieron canas.

MERCURIO. — Házia acá viene: esperemos: veamos lo que dirá.

ÁNIMA. — Como conoscí que me queríades hablar, me vine házia vos otros: por eso, preguntad é dezid lo que quisierdes.

MERCURIO. — Tu resplandor nos ciega i espanta: i tu humildad i benigna habla, nos convida, á que no dejemos de rogarte, que nos digas, el estado que toviste en el mundo; i de qué manera en él te gobernaste; pues tanta gloria merezes alcanzar.

ANIMA. — Lo uno, será mui fázil de hazer: i lo otro, holgaré yo brevemente de contar: no, por alabarme á mí, mas por divulgar la manera, como tanto bien he alcanzado, porque me puedan otros seguir, é alcanzar lo que yo alcanzo. Habeis de saber, que yo fuí Obispo: i, para tan alto grado, i trabajoso lugar, elejido de treinta

años: digo, elejido; porque ni yo jamás lo pedí, ni aun me pasó por pensamiento desearlo: conosciéndome tan inhábil, é insufiziente para ello; que, en ninguna manera lo osara desear: antes, siéndome ofrezido, lo rehusé, diziéndoles: que mirasen bien lo que hazian: que no se habian de proveer así los obispados: que se acordasen de lo que san Pablo escribe á Timotheo: de los dones é virtudes que ha de tener el Obispo, diziendo: « *Oportet episcopum irreprehensibilem esse, unius uxoris virum, sobrium, prudentem, ornatum, pudicum, hospitalem, doctorem, non vinolentum, non percussorem, sed modestum: non litigiosum, non cupidum, sed suæ domui bene præpositum.* » I otra vez, el mismo san Pablo, á Tito. «*Oportet episcopum sine crimine esse, sicut Dei dispensatorem: non superbum, non iracundum, non vinolentum, non percusorem, non turpis lucri cupidum: sed hospitalem, benignum,* prudentem *, *sobrium, justum, sanctum, continentem, amplectentem eum,*

* No está en la Edicion de la Vulgata. 1593.

qui secundum doctrinam est, fidelem sermonem: ut potens sit exhortari in doctrina sana, et eos, qui contradicunt, arguere.» Pues, si mirais, vos otros, cuán lejos estan de mí esas virtudes: i cuán nezesarias son á la dignidad i cargo, que me quereis dar; soi cierto, que no me lo dareis: espezialmente que, dado que en mí las hobiese; mi edad, os las debria hazer tener por sospechosas. Con estas i otras semejantes razones, me escusaba cuanto podia, de tomar aquel cargo: nombrando personas, que (á mi ver) mucho mejor que yo, pudieran cumplir con un cargo tan importante: pero, cuánto mas yo me escusaba de tomarlo; tanta mas gana venia á todos de importunarme, que lo tomase. I, á la fin, lo hobe de hazer. I, no olvidándome, ni disimulando saber qué era lo que habia tomado á cargo: i considerado, ser ofizio de reprehensor, que en él no haya que reprehender; trabajé de ordenarme á mí, i á mi casa, de manera; que ni en mí, ni en mis criados, hallase ninguno cosa notable que reprehender. Porque, de otra manera; ¿cómo

reprehenderé yo al ambizioso, si me veên andar á mí, procurando de trocar mi obispado, por otro que rente mas? ¿Cómo reprehenderé al avaro; si yo, no menos prezio el dinero: cuanto mas, andar hambreando tras él? ¿cómo reprehenderé al lujurioso; si yo no soy casto: i al soberbio, si yo no soy humilde: i al comilon; si tengo por Dios mi vientre: i al jugador, si á mí me pasa toda la noche jugando: i al clérigo cazador, si mi casa está llena de perros, halcones, i gavilanes? É, finalmente; pareziéndome, que si yo tenia en mi casa algun vizio, no lo osaria reprehender en otro: i, cuando bien lo quisiese hazer, no ternia vigor mi reprehension; procuré, con mucho cuidado, de ser yo tal, que osase reprehender los otros; i toviese mi reprehension auctoridad. Despues d'esto: porque no basta dar buen ejemplo, si no se amonesta al pueblo lo que ha de hazer; trabajaba de enseñar á todos, la doctrina cristiana, pura i limpia, sin mezcla de vanidades ni superstiziones; i de apartarlos de vizios i pecados: atrayendo unos con dádivas i halagos; i á

otros, con castigos i amenazas: pero, de tal manera, que conosciesen no moverme á ello, afizion, ni pasion, ni interese mio particular; mas solamente el provecho je- LIX.
neral. Para esto, tenia mis predicadores, que me ayudaban: no tomados de por ahí, sino mui escojidos: teniendo, no menos respecto á su buena vida, que á sus letras: i ellos, por una parte, é yo, por otra; nunca dejábamos de predicar i trabajar. Mas, porque allende d'esto; convenia, i era mui nezesario, quitar los inconvenientes, i secar las fuentes de donde manan los vizios, i buscar i plantar árboles de donde cojan i tomen virtudes; conosciendo, cuánto corrompen las buenas costumbres, i sanctos propósitos, las malas, suzias, i deshonestas palabras; corrompiéndose lo uno, con lo otro; ponia mucho recaudo, en que no se consentiesen dezir: mas, que como torpe, é suzio, é corrompedor de buenas costumbres; desterrasen de la ciudad al que las dijese. Espezialmente, usaba mucho rigor contra una manera de jente infernal, que, de noche, se anda echando pullas, por las

calles; con mucho daño de las tiernas donzellas, i de las relijiosas que lo oyen. Al prinzipio, se me opusieron algunos, diziendo: no ser aquel delicto digno de castigo. Estonzes, dije yo. ¿Cómo; castigais, al que con cosas hediondas infiziona la ciudad, porque es cosa dañosa á los cuerpos; i no castigaréis á estos, que con sus ab*h*ominables palabras, esparzen tanta ponzoña en las ánimas? Despues d'esto, considerando, de cuántos males i errores, son causa muchos libros i escripturas; compuestas, ó por hombres simples, ó por viziosos i maliziosos; teniendo solamente respecto al interese suyo particular; yo mismo, pasé i examiné todos los libros vulgares, que habia en mi obispado: i, aun libritos de rezar, i orazíones, que se vendian apartadas. I, bien visto todo i comunicado, con personas sábias i virtuosas; vedé, que no se vendiesen, libros de cosas profanas é historias finjidas; porque con aquellos, se infizionaban los ánimos de los que leian, i de los que oian; i con estotros, se pierde el tiempo, sin poderse dellos sacar fructo. En esto, hobo poco

que hazer, porque la cosa, se estaba de suyo clara. Mas, en los libros, que tenian título de relijion i castidad; tuve mui gran trabajo, é incomportables contradiziones: porque las cosas que con este título entran; son mui malas de desarraigar; todavía, insistí tanto en ello, viendo la nezesidad que d'esto habia, i la multitud de engaños que de aquí manaban; i las impertinenzias i disparates, que en muchos libros á cada paso hallé; que, al fin, quité muchas cosas apócriphas; i otras, que ofuscaban, mas que edificaban los leyentes. I finalmente, aparté todo aquello, que parezia ser, en alguna manera, contrario, no solamente á la fé, mas á la doctrina cristiana. Allende d'esto, de libros i horas de rezar, quité muchas orazíones, por idiotas é ignorantes, ordenadas mas, para sus intereses; que por otro respecto; en que hallaba no poca superstizion, i aun idolatría tan manifiesta, que apenas podia leerlas, sin llorar: viendo, á cuánta ceguedad éramos venidos los cristianos; i á cuán buen sueño, duermen los perlados que aquello sufren. En otras orazíones,

quité los títulos, que dezian; unos, «que el que la dijese, no moriria en pecado mortal:» ó, «que le serian perdonados todos sus pecados:» ó, «que veria á nuestra Señora, tres dias antes de su muerte:» ó, «que le diria la hora d'ella:» hallando, por mi cuenta, que muchos, fiándose en estas orazíones, i en otras semejantes devoziones; ó, por mejor dezir, supersti-ziones; que traen entre las manos; nunca dejan de pecar: pensando que sus devo-ziones les darán la gloria: aunque, por otra parte, perseveran continuamente en ofender á Dios. Engaño, por cierto, digno de llorar. Determinando, pues, qué libros se habian de leer, i qué devedar i dejar; i, puesto en órden, emendado i adrezado, lo que se habia de leer; así de cosas sa-cras, como profanas; hize impremir de todo ello, una mui gran multitud de libros, así en latin, como en vulgar: é hize tras-ladar el Testamento Nuevo, i otras cosas latinas, que me parezieron provechosas para el vulgo: i, cuando lo tove todo im-preso; publiqué por todo mi obispado la órden que en esto se habia dado, rogando

i mandando á todos, so pena de ser echados de la Iglesia, que trujesen luego los libros que tenian, nuevos é viejos, á mí, ó á mis deputados: i por cada libro que daban de aquellos corruptos, falsos, i malos; les daba yo otro, de los buenos i emendados que habia hecho imprimir sin consentir, que se les llevase por ellos un LX.
solo dinero. I d'esta manera, no habia persona que no holgase, i aun tuviese en mucha grazia, que le trocasen su ruin libro por un* bueno, sin que le costase nada. I cuando los tove todos recojidos; como á malhechores los desterré de todo mi obispado. I, como de allí adelante, la jente se empleaba en leer cosas sanctas, i de puramente buena doctrina; i limpia de superstiziones i engaños; maravillaros íades, con cuánta felizidad, i cuán presto, florezió en mi obispado, el vivir verdaderamente cristiano. I, á mi ver, esta fué una de las mejores obras, que yo en mi obispado hize. Allende d'esto, ordené un colejio, en que cien niños aprendiesen á vivir como cristianos; i szienzia, para que

* Uno (?)

lo supiesen enseñar á otros: no poniendo en él personas, por favor, ni por otra granjería, sino los que, á mi parezer, hobiesen de salir mas útiles á la república; dándoles los mas insignes maestros, que en letras i en bondad de vida hallaba. A estos colejiales proveia yo, de los benefizios que vacaban, conforme, á la habilidad i letras de cada uno. Procuré, que se quitasen los vagabundos: espezialmente los que andaban pidiendo por Dios, podiendo trabajar. Tove manera, que cada pueblo mantuviese ordinariamente sus pobres; no dejándolos andar por las Iglesias, ni por las calles; i que á los estranjeros diesen de comer en cada lugar, por tres dias, i no mas; echándolos al tercero dia fuera, si no estuviesen notablemente enfermos. A los frailes mendicantes, hazia dar mui bien de comer en sus monesterios, no consintiendo que saliesen d' ellos, sino á predicar ó á confesar. A los huérfanos, viudas, i otros pobres vergonzantes, proveia yo de mi casa; preziándome de visitarlos, consolándolos, i ayudándolos en sus nezesidades, cuanto mi renta se podia

estender. Cada mes visitaba los hospitales, proveyéndolos de lo que habian menester. A mis clérigos, tenia tan sujetos i obedientes; que unos por virtud; i otros por vergüenza ó temor; no osaban hazer lo que no debian. Pleito sobre Benefizio, nunca lo consentí. Los otros pleiteantes, entendia siempre en conzertar; mostrándoles, aun al venzedor, ser mas la pérdida que la gananzia. No podia sufrir ni consentir enemistades: trabajaba, que todos viviesen en paz i caridad; andando yo, de casa en casa, procurándolo. A ninguno ordenaba de corona, si no tenia Benefizio, i sufizienzia, para ser clérigo. A los malos clérigos castigaba con mucho rigor. A los buenos, abrazaba con mui grande amor. Yo mismo visitaba todo mi obispado: no para cohechar, ni llevar lo suyo á ninguno; mas para darles yo, de lo que Dios me habia dado que dispensase. Reparé muchas Iglesias: otras, proveí de ornamentos: tomando de unas, que tenian demasiado; i dando á otras, que tenian falta. Tove siempre mucho cuidado de casar huérfanas, i ayudar á otras personas nezesitadas: no dando

lugar que alguna donzella se perdiese, ni aun se metiese monja por nezesidad. I si me faltaban dineros, para esto, no pudiendo tanto cumplir * mis rentas; no dejaba de tomar, de la plata que algunas Iglesias tenian sobrada: i tambien de las fábricas: para emplear en una tan buena obra como esta: porque no se perdiesen aquellas ánimas, que son verdaderos templos de Dios, i ornamentos con que huelga de ser servido.

MERCURIO. — ¿I no habia quien murmurase contra tí, por eso?

ÁNIMA. — Bien creo que no faltaba: mas, como mis obras no les daban causa, que pensasen mal de mí; los buenos lo tenian por bueno: i los malos no osaban hablar.

MERCURIO. — Por cierto: aunque sancta, trabajosa vida tenias.

ÁNIMA. — ¿Cómo trabajosa? antes, mui descansada, en comparazion de la que otros obispos tienen. Unos, andan en la Córte, procurando de trocar su obispado, por otro; no, en que puedan mejor servir á Dios; mas, en que mayor renta tengan,

* Por *suplir* (?).

con que sirvan á sí. I: ¡ sabe Dios, cuántos trabajos, afrentas i befas, que á cada hora reziben! Otros, si residen en sus Iglesias; es con continua discordia que tienen con sus Cabildos. Otros, juegan lo suyo i lo ajeno: otros, mantienen caza, como hombres profanos: i nevando, i lloviendo; se andan un dia entero, por cazar una pobre perdiz. Otros, andan tan sin vergüenza, entremetidos en mujeres; como si, ni fuesen obispos, ni cristianos. I, allende del trabajo, que para mantener estos vizios, los cuitados pasan: que, á la verdad, es mucho mas i mayor, que el que yo tenia: ¿quién no sabe, cuánta hiel i amargura les viene mezclado con aquellos deleites, acordándose, que por una parte ofenden á Dios; no haziéndo lo que son obligados; i haziendo, lo que en ninguna manera debrian hazer; i, por otra, adquieren una grande infamia en este mundo? ¿ No os pareze, que rezebia yo, mas verdadero deleite en mejorar las costumbres de mi obispado, que los otros, en trocar los suyos, por otros mas ricos? ¿ No os pareze, que me holgaba yo mas, en

LXI.

vivir en paz con mi Cabildo; que los otros, en andar á puñadas con él? ¿ No os pareze, que holgaba yo mas en gastar mi hazienda con pobres i nezesitados; que aquellos, en jugarla, i comerla, i gastarla con chocarreros, i desperdiziarla? ¿ No os pareze, que era mui mayor gozo el que yo tomaba en ganar una ánima; que el de aquellos, en matar una perdiz? Pues, si añadimos á esto, el desasosiego, con que de continuo, muriendo, viven; i viviendo, temen la muerte: i por otra parte, el alegría i contentamiento, con que yo, deseando dejar aquel cuerpo, vivia; claramente conoscereis la ventaja, que aun allá en el mundo les tenia.

Mercurio. — D' esos tales me maravillo yo, con qué cara osan pedir obispados, para usar tan mal d' ellos: i, aun mucho mas de los que se los dan.

Caron. — Yo te diré, Mercurio. Los que los piden, ó son idiotas, ó letrados: si idiotas; no saben lo que se piden: si letrados; creime *, tú, que no creen firmemente lo que leen. Pues, los que se los dan; de la

* Por *créeme.*

misma manera: ó ellos no saben ni les dizen lo que dan; ó, si lo saben i se lo dizen; no sienten bien de la relijion en que viven. Si no: dezidnos, vos, si es así verdad?

Ánima. — Allá se lo hayan: que yo, no me entremeto en juzgar vidas ajenas: ni puedo aquí mas parar.

Caron. — Dí, Mercurio, ¿cuántos Perlados como este, hallaste entre cristianos?

Mercurio. — ¿Cuántos, me preguntas? Dígote que anduve toda la cristiandad; i ni aun este pude hallar. Mas: mira, si quieres que tornemos á nuestra plática.

Caron. — Mas quiero eso.

Mercurio. — Cuando el rei de Francia hobo leido ó publicado su cartel: aunque dijo, quererlo luego enviar al Emperador; todavía lo dilató muchos dias: pareziéndole ya, que en alguna manera habia cumplido con el vulgo: i que, hecho aquello; lo mejor era dilatar cuanto pudiese la conclusion; en que no podia dejar de perder la vida i la honrra; ó, á lo menos, la honrra sola, no queriendo venir al combate.

Caron. — Como cuerdo. Pésale al tabernero,

cuando le horadan el cuero; ¿i, no se guardará un Rei, que no le rompan la pelleja?

MERCURIO. — Aosadas: cual'tú, tales son tus razones. A la fin de pura vergüenza fué forzado á enviar un rei de armas con su cartel. É, como el Emperador fué avisado de su venida; porque no se detuviese sperando el salvo-conducto, ó no lo tomase por achaque para volverse; le envió, á tres partes de la frontera de Francia, tres salvo-conductos: i mandó á sus capitanes, i gobernadores de las fronteras, que viniendo, le hiziesen mui buen tratamiento, i lo enviasen acompañado hasta su Córte, porque ningun enojo le fuese fecho: de manera, que los salvo-conductos del Emperador, llegaron á la frontera, antes que el rei de armas del Rei de Francia. A la fin, él entró en España, i llegó á la Córte del Emperador, que á la sazon estaba en Monzon, á siete dias del mes de junio*; donde fué mui bien rezebido. I el dia siguiente, el Emperador le dió audienzia pública, en presenzia de muchos grandes i prelados.

* 1528.

Caron. — ¿Viste, tú, aquel acto?

Mercurio. — Mira si lo ví. Estaba el Emperador en su estrado imperial: i á sus lados, todos aquellos señores que lo acompañaban. En esto, llegó el rei de armas, vestida su cota, con las armas del rei de Francia; i fechas cinco reverenzias hasta el suelo, se hincó de rodillas ante el Emperador; suplicándole le diese lizenzia para usar de su ofizio; i despues, facultad, para que libre i seguramente pudiese volver al Rei su amo. El Emperador se la dió, mui liberalmente; diziéndole, que cuanto á lo demas, él lo haria mui bien tratar. Estonzes el rei de armas se levantó en pié: i queriendo presentar su cartel, dijo: Cómo el Rei su amo, avisado de las palabras, que contra su honrra, el Emperador habia dicho; i queriendo cumplir con lo que debia i era obligado, á no dejarse injustamente injuriar; le enviaba aquel cartel, firmado de su nombre, por el cual veria, cuán enteramente satisfazia á todo aquello de que era acusado. El Emperador le preguntó: ¿si le era mandado, que él mismo leyese aquel cartel? El rei d'armas, res-

pondió que no: pidiendo licenzia para irse.

Caron.—Como nezio. Mira, quién viene con tal embajada, que no se desea ver libre d'ella.

Mercurio. —El Emperador tomó el cartel,
LXII. diziendo: que él lo veria, i responderia de manera, que su honrra seri*a* bien guardada: lo que al rei de Francia seria *qu*asi imposible hazer.

Caron. — Ni aun él se queria poner en esos trabajos, de cumplir con su honrra.

Mercurio. — Luego, el canziller del Emperador hizo una protestazion, diziendo: que su Majestad, por cosa que en aquella materia hiziese; no entendia perjudicar, á lo que, por la capitulazion de Madrid, de derecho le perteneze.

Caron. — ¿A qué propósito son estas protestaziones; pues, á la fin, el mas fuerte lo ha de llevar? Como si las cosas, entre los Prínzipes, se ordenasen ó hiziesen por las leyes, i no por las armas.

Mercurio. — Dizes mui gran verdad: mas, quien con franceses trata, lo uno i lo otro ha menester. Hecha la protestazion, el Emperador, enderezando sus palabras al rei d' armas, habló en esta guisa. «Rei

» d'armas, aunque por muchas causas i
» razones, el Rei vuestro amo, debe ser
» tenido, i es, inhábil, para un acto como
» este, contra cualquier hombre, cuanto
» mas, contra mí; todavía, por el deseo
» que yo tengo, de averiguar por mi per-
» sona estas diferenzias, evitando mayor
» derramamiento de sangre cristiana; con-
» siento que el Rei vuestro amo haga
» este acto: i, desde agora lo habilito
» solamente para él..... »

Caron. — Gana tenia ese Prínzipe de venir á las manos. Aosadas, que nunca el Rei de Francia, lo habilitara á él para ese efecto.

Mercurio. — Hecho esto, el rei d'armas dijo: que, si por respuesta, el Emperador le queria dar seguridad del campo; él la llevaria: donde no; que suplicaba á su Majestad, no le mandase llevar otra respuesta. El Emperador le dijo: que él queria responder, i enviar con la respuesta uno de sus reyes d'armas: i pues él para España, habia pedido salvoconducto; que procurase de enviar tambien salvoconducto de su Rei, para el rei d'armas, que él en Francia enviaria. I, diziendo el rei

d' armas, que en ello no habria falta; se despidió. Luego el Emperador, mandó leer el cartel del rei de Francia, en alto, para que lo pudiesen todos entender: i fué leido.

CARON. — ¿Por qué no me dizes, siquiera, lo que contenia?

MERCURIO. — ¿Ya no te lo leí, palabra por palabra?

CARON. — Ya, ya: el que leiste denantes debe ser?

MERCURIO. — Ese mesmo.

CARON. — ¿No se rieron todos, de oir tan crueles badajadas?

MERCURIO. — Habiánse de reir en presenzia de su Prínzipe?

CARON. — Cuanto yo; aunque estuvieran presentes cincuenta Plutones, i otros tantos Vulcanos, bien sé que no me pudiera tener de risa, oyendo tales disparates.

MERCURIO. — No son todos como tú. Leido, pues, el cartel; vieras al Emperador hazer una habla, con tanta gravedad, humanidad y bondad; que quedáras enamorado de sus dulzes é cristianas razones.

CARON. — ¿Qué dezia?

Mercurio. — Contóles allí, brevemente, lo mucho que por el rei de Francia habia fecho: i las malas obras, que en lugar de agradezimiento, d'él habia rezebido: i que habiendo ya tentado todos los medios que le habian sido posibles, para vivir con él en paz; é no habiéndola podido alcanzar; le parezia ya, no quedar por hazer, sino que ellos dos, por sus personas, determinasen estas diferenzias. I, que por su parte, él estaba determinado á poner su vida al tablero, por redimir i rescatar, con derramar su propria sangre, los males i daños, que padeze la cristia*n*dad*.

Caron. — ¿D'esas palabras, me habia yo de enamorar, Mercurio? ¿Dónde tienes tu seso?

Mercurio. — ¿No dijiste, que ni te puede dejar de parezer mal, lo malo; ni bien, lo bueno? Pues, ¿qué palabras pudieran ser en el mundo, mejores ni mas sanctas, que estas?

Caron. — Sean, cuan buenas i cuan sanctas tú quisieres: que, á la fin, mui dañosas son para mí.

Mercurio. — Despues d'esto, concluyó di-

* El impr. cristia*u*dad.

ziendo: que pues la cosa era venida á los términos que veian; i él, no era de aquellos, que por su sola cabeza se quieren gobernar; cada uno, por su parte, pensase bien en ello; i le dijese libre i fielmente, lo que en este caso debiese hazer. Todos loaron la buena i sancta intenzion de su Majestad; ofreziéndole, no solamente consejo; mas de poner sus vidas, como buenos i leales vasallos, por la suya.

Caron. — No me pareze bien, que así públicamente, pidiese el Emperador para esto consejo: mostrando, que no sabia lo que debia hazer.

Mercurio. — Estás engañado. Antes se debe tener por mui gran virtud, cuando el Prínzipe pide i guia sus cosas, por consejo i parezer de los suyos: i, por mui gran falta i tacha, cuando solamente se rije i gobierna por el suyo; sin escuchar ni creer á los que estan cabe él. Bien es verdad, que debe mucho mirar, á quién pide, i de quién toma consejo.

Caron. — ¿No miras, Mercurio, qué priesa lleva aquella ánima? Pareze haberse escapado de manos del lobo.

Mercurio. — Vamos allá.

Ánima. — Vos otros, ¿qué me quereis?

Mercurio. — Que nos digas quién eres.

Ánima. — Me detendria con vos otros.

Mercurio. — Dínoslo, siquiera, por amor de Jesu-Christo. LXIII.

Ánima. — Con ese conjuro, alcanzaréis vos otros de mí lo que quisierdes. Hermanos: pues lo quereis saber; yo, en mi mozedad, me puse, no solamente á deprender, mas tambien á esperimentar, la doctrina cristiana: pareziéndome aquel solo, ser el verdadero camino: i todo lo otro, vanidad. I, como mi intenzion era buena, i mi estudiar era siempre mezclado con orazion; pidiendo á Dios continuamente su grazia, no fiando en mi injenio, ni fuerzas proprias; * hízoseme tan clara la sagrada Escriptura; é yo me dí tan de veras á ella; que, en poco tiempo, se hallaban ante mí, confundidos muchos theólogos, que toda su vida, estudiando en sus inútiles sutilezas, habian gastado. I, por no ser castigado, como aquel siervo que escondió el talento de su Señor; conosciendo, cuán

* N. B.

abundantemente habia Dios con migo repartido su grazia; no quise haberla rezebido en vano: mas, al prinzipio, entre amigos, en particular, i despues, por los púlpitos; comenzé á publicar i sembrar, lo que Dios me habia dado: conosciendo ser su voluntad, que así le sirviésemos los hombres en la tierra, como es servido de los ánjeles en el cielo; esta era mi mui firme* intenzion; i á este fin enderezaba yo todas mis palabras i obras; no curándome de que mis sermones fuesen mui altos, ni mui elegantes, con que fuesen cristianos: ni, dándoseme nada que me dijesen idiota; i, mis sermones, no ser de letrado; con que conosciesen ser de cristiano. Sobre todo, procuraba siempre, de conformar mis obras con mis palabras: teniendo por cosa mui fea, hallarme yo culpado, en aquello, que en los otros reprehendia. É, conosciendo, cuán poco fruto haze el predicador vizioso, aunque sus palabras sean las mejores del mundo; i cuánta fuerza tiene la doctrina, del que libremente, i sin respecto puede hablar, como hombre en quien ningun

* El impr. firma.

vizio puede ser notado: antes que me pusiese en el púlpito, rogaba con mucho fervor i devozion á Dios, que inspirase en mí su grazia; para que de mis palabras se seguiese á Él mucho servizio, i provecho á su pueblo: rogándole tan bien, que no me dejase hablar á mí, mas que su Spíritu hablase por mi boca. Subido, pues, en el púlpito; ni me acordaba de mí, ni pensaba en otra cosa: sino inflamado i ardiendo en fuego de caridad i amor de Dios, i de aquellos mis prójimos; dezia aquello, *que** mas me parezia poderles aprovechar.

Mercurio. — ¿Cómo ordenabas tus sermones?

Ánima. — Al prinzipio, antes que comenzase á hablar; amonestaba i rogaba á todos, que hincadas las rodillas en el suelo, i levantados los espíritus á Dios; le pidiesen grazia, para que sus ánimas se convertiesen i edificasen, con lo que allí habian de oir; i los vizios i malas inclinaziones se desterrasen de manera, que saliesen de allí nuevos hombres.

Mercurio. — Sé que la grazia, á la Vírjen Ma-

* El impr. *che*.

ría se suele pedir al prinzipio del sermon, que no á Dios.

Ánima. — Tan bien, algunas vezes, hazia yo, que llamasen á ella por interzesora: mas, que prinzipalmente la pidiesen á Dios, pues Él solo puede darla.

Mercurio. — ¿No les hazias dezir el Ave María, como los otros predicadores suelen hazer?

Ánima. — Pocas vezes.

Mercurio. — ¿Por qué?

Ánima. — Porque mucho mas se edifica el ánima, cuando ella mesma se levanta, á suplicar una cosa á Dios, de que conosce tener nezesidad; que no, cuando le dizen palabras, que las mas vezes, el mesmo que las dize no las entiende. I mucho mas alcanza de Dios una ánima con sospiros i sanctos deseos, que no la boca con muchas palabras: estando, como no pocas vezes está, el ánima en la plaza, i aun en lugares mas profanos.

Mercurio. — Luego, ¿tú no tenias por buena la orazion vocal?

Ánima. — Antes la tenia por mui sancta i nezesaria: mas tan bien tenia por mui mejor

la mental: porque hallaba muchas vezes en la sagrada Escriptura, reprehendidos, los que oraban con la boca, teniendo el corazon apartado de Dios: i hallaba en la doctrina cristiana, que los verdaderos adoradores, adoraban al Padre, en spíritu i en verdad: porque como Dios sea spíritu; quiere ser con el spíritu adorado.

Mercurio.— ¿Pedida la grazia, qué les dezias?

Ánima.—Si el Evanjelio era pequeño, i la Epístola no grande; dividia mi sermon en tres partes: en la primera, declaraba la Epístola, i en la segunda, el Evanjelio; no curándome de tractar allí subtilezas, ni de mover dificultades: mas solamente, declarando el sentido literal; i alguna cosa, que manifestase la grandeza i bondad de Dios, con que arrebatase en su amor las ánimas de los oyentes. Si la Epístola ó el Evanjelio era mui largo; tomaba, para declarar lo uno, ó lo otro; los lugares donde me pa- LXIV.
rezia haber mas doctrina: i de las dos partes hazia una.

Mercurio. —¿No tomabas tema para tu sermon?

Ánima. — Ni en mis sermones, ni en otra cosa, queria tener tema con nadie.

Mercurio. — No digo eso: sino, cuando predicabas, si tomabas un tema, en que fundabas tu sermon?

Ánima. — Bien te entiendo, i, por eso, te digo que no: dejando eso, para los temosos, ó curiosos, que por traer todo lo que dizen al propósito del tema, que al prinzipio tomaron; aunque sea por fuerza, i de los cabellos estirado; se andan buscando rodeos, con que pierden tiempo, i ningun fructo ganan. La terzera parte, gastaba en amonestar i reprehender: mas esto hazia yo de manera, que pudiesen todos conoscer, no moverme á ello, ambizion, pasion, ni afizion; mas solamente el bien universal. Lo primero, yo me informaba mui bien, de la calidad de aquella jente á quien predicaba, i de su manera de vivir. I si hallaba andar entrellos algunas superstiziones, ó nezedades, en las cosas de la fé i doctrina cristiana; procuraba, ante todas cosas, de remediarlas i desarraigarlas, conosciendo cuánta pestilenzia traen cosas semejantes en los ánimos de los

simples: i en esto, procuré siempre de dezir la verdad pura i limpia, sin tener temor ni respecto á nadie. I sabe Dios los trabajos, peligros i persecuziones, que yo, á esta causa, pasé: mas, todo lo sufria alegremente, por amor de Aquel, que por mí, habia padezido mucho mas. Despues d'esto, me informaba mui particularmente, de los vizios, que prinzipalmente allí reinaban: i aquello reprehendia yo, no de manera, que espantase á los viziosos, para que no viniesen mas á mi sermon; mas, con tanto amor i dulzor, que los convidaba á venir otras vezes: é, á los que prinzipalmente veia notados de algun vizio señalado; yo mismo iba á sus casas, á predicarles i amonestarles, que se apartasen d'ellos: i no solamente abhominaba i afeaba los vizios, para que los dejasen; mas, por otra parte, loaba i hermoseaba las virtudes; para que, en lugar d'ellos, las encajasen. Nunca reprehendia cosa, sino en su tiempo i lugar: pareziéndome mui mal, lo que muchos predicadores hazen, reprehendiendo los viziosos absentes; i halagando, i aun á las vezes

manteniendo, los presentes. A los Prínzipes, Perlados, i Justizias, holgaba mas, de reprehender en sus casas en secreto; que desde los púlpitos en público: porque el vulgo no les perdiese la reverenzia, obedienzia, i acatamiento, que les debe tener: de que conoscia seguirse muchos i mui grandes inconvenientes. Pero, cuando los veia obstinados, i que por sus particulares intereses, pasiones ó afiziones; dejaban de hazer lo que debian i eran obligados; no dejaba yo de reprehenderlos, i afear públicamente lo que hazian; é mostrarles lo que debian hazer: porque, de vergüenza, viniesen á hazer, lo que no querian de grado: acordándome, que san Pablo, bien osó en público reprehender á sanct Pedro, como él mismo escribe á los Gálathas.

Mercurio. — Andándote d' esa manera, á dezir verdades; no te faltarian persecuziones.

Ánima. — Hasta la muerte nunca me faltaron: mas todo el mal que ellos me procuraban hazer; era todo el bien, que yo deseaba alcanzar.

Mercurio. — ¿ Cómo es posible ?

Ánima. — ¿ Qué mayor bien podia yo desear, que padezer afliziones, por amor de Jesu-Cristo; i qué mayor gloria, que morir, por mantener i manifestar su verdad?

Mercurio. — ¿ I la infamia?

Ánima. — Infamia es vivir mal, i en ofensa de Dios: i, mui buena fama, la del que por su servizio muere; aunque, por los del mundo, sea menos preziado.

Mercurio. — ¿ I tu cuerpo?

Ánima. — Mi cuerpo era tierra: i me haze mui poco al caso, que, ó en la sepoltura, ó en otra parte, se convierta en tierra: pues, así como así, resuzitará en el Juizio, entero.

Mercurio. — ¿ No te duele, que aquella carne, en cuya compañía tantos años viviste, sea maltratada?

Ánima. — Los que en tal manera se confederaron con su carne, que ninguna cosa le negaban, de las que ella queria; procuran de regalarla aun despues de muertos: mas yo, que tenia continua guerra con ella; no solamente no queria regalarla; mas me vengo, i huelgo, de que aquella mi enemiga, sea mui maltratada.

MERCURIO. — ¿I la infamia de tus parientes?

ÁNIMA. — Cuanto mas mis parientes fueren abatidos, i menos preziados del mundo; tanto seran mas sublimados por Dios; si, como yo lo tomo, lo quisieren tomar ellos.

MERCURIO. — ¿I tus bienes?

ÁNIMA. — Mis bienes tenia yo, para servir con ellos á Dios: i, pues son suyos, Él disporná d'ellos lo que mas fuere servido.

LXV. MERCURIO. — ¿De manera, que tú te partes mui contenta de aquel mundo?

ÁNIMA. — ¿Sabes, qué tan contenta? que me venia huyendo con la priesa que vistes: porque no me tornasen á llamar. Ya, yo he hecho lo que me rogastes: tambien os ruego yo, que no me detengais mas.

MERCURIO. — ¿Qué me miras, Caron?

CARON. — Estoi tan atónito de oir lo que esta Ánima nos ha contado; que no puedo acabar de tornar en mí. Cuanto, que si muchos tales como este, se levantan entre cristianos; bien me podrán dar á mí cient azotes por vagabundo.

MERCURIO. — No cures: que por muchos que haya, se hallan siempre muchos mas,

que los persiguen i espantan, de suerte que no se osan mostrar.

CARON. — No te entiendo, Mercurio.

MERCURIO. — Hai, entre cristianos, un jénero de jente, que tiene usurpado el nombre de perfizion i sanctidad: i estan, muchos de ellos, tan lejos de lo uno i de lo otro, como nos otros, de subir al cielo. I, como estos veen, que alguno, con obras ó con palabras, comienza á mostrar en qué consiste la perfezion cristiana, i la relijion i sanctidad, que los cristianos deben tener; luego, aquellos, como lobos, se levantan contra él, i lo persiguen; interpretándole mal sus palabras; i levantándole, que dijo lo que nunca pensó; lo acusan, i procuran de condemnar por hereje. De manera, que apenas hai hombre, que ose hablar ni vivir, como verdadero cristiano.

CARON. — ¡O, qué buenos amigos: ojalá pudiese yo hazer algo por esos! ¿Díme, ¿en qué los conosceré?

MERCURIO. — Traen tantos i tan diversos hábitos, que no te podria dar regla cierta: todavía, si me lo pagas, dezírtelo he, mas al oido.

CARON. — ¿Por qué no lo dirás alto?

MERCURIO. — Tengo miedo, que me levanten á mí, que rabio.

CARON. — Dílo, pues, como quisierdes.

MERCURIO. — Llégate acá.

CARON. — Ha: ha: hé! Yo jurára que eran esos. Déjame con ellos: i tornemos á nuestro propósito.

MERCURIO. — Habido, pues, por el Emperador, el parezer de los de su consejo, i de los Grandes i Perlados de sus reinos; respondió al rei de Francia, por un cartel, no menos prudente que animoso.

CARON. — ¿Tiéneslo, por dicha?

MERCURIO. — Mira si lo tengo: i aun escripto en pergamino.

CARON. — ¿Querrásmelo leer?

MERCURIO. — Antes te ruego yo, que lo oigas.

CARON. — Comienza, pues, por tu vida, aunque sea largo.

MERCURIO. — No pudo ser mas corto: porque va resumiendo lo que dize el otro: por eso, has de estar mui atento.

CARON. — Vesme aquí patitendido.

MERCURIO.— — *Cartel del Emperador al Rei de Francia.*

CÁRLOS, POR LA DIVINA CLEMENZIA. E. Emperador de Romanos: Rei de Alemaña, i de las Españas: etc.— Hago saber, á vos, Francisco, por la grazia de Dios, Rei de Francia: que, á ocho dias d'este mes de junio, por Guiena, vuestro rei-de-armas, rezebí vuestro cartel fecho á XXVIII de marzo: el cual, de mas lejos que hai de Paris aquí, pudiera ser venido mas presto: i conforme á lo que, de mi parte, fué dicho á vuestro rei-de-armas, os respondo. A lo que dezis, que en algunas respuestas, por mi dadas, á los embajadores i reyes-de-armas, que por bien de la paz me habeis enviado, queriéndome yo sin causa escusar, os haya, á vos, acusado; yo no he visto otro rei-de armas vuestro, que el que me vino en Burgos á intimar la guerra. É, cuanto á mí, no os habiendo en cosa alguna errado; ninguna nezesidad tengo de escusarme: mas, á vos, vuestra falta es la que os acusa. I, á lo que dezis, tener yo vuestra fé, dezis verdad:

entendiendo, por la que me distes, por la capitulazion de Madrid: como pareze por escripturas firmadas de vuestra mano, de volver á mi poder, como mi prisionero de buena guerra, en caso que no cumpliésedes, lo que por la dicha capitulazion me habiades prometido. Mas, haber yo dicho, como dezis en vuestro cartel, que estando, vos, sobre vuestra fé, contra vuestra promesa, os érades ido i salido, de mis manos i de mi poder; palabras son, que nunca yo dije; pues jamás yo pretendí tener vuestra fé, de no iros, sino de volver en la forma capitulada. I si, vos, esto hiziérades; ni faltárades á vuestros hijos; ni á lo que debeis á vuestra honrra. I, á lo que dezis, que para defender vuestra honrra, que, en tal caso, seria, contra verdad, mui cargada; habeis querido enviar vuestro cartel, por el cual dezis, que aunque en ningun hombre guardado puede haber obligazion de fé; i que esta, os sea escusa harto sufiziente; no obstante esto; queriendo satisfazer á cada uno, i tambien á vuestra honrra, que, dezis, quereis guardar, i guardaréis, si á Dios

plaze, hasta la muerte; me hazeis saber: que si os he querido, ó quiero cargar, no solamente de vuestra fé ó libertad; mas, aun de haber jamás hecho cosa, que un caballero, amador de su honrra, no deba hazer; dezis: que he mentido: i, que cuantas vezes lo dijere, mentiré: seyendo deliberado, defender vuestra honrra, hasta LXVI.
la fin de vuestra vida. A esto, os respondo: que mirada la forma de la capitulazion; vuestra escusa, de ser guardado, no puede haber lugar. Mas, pues tan poca estima hazeis de vuestra honrra; no me maravillo, que negueis, ser obligado á cumplir vuestra promesa. I, vuestras palabras, no satisfazen por vuestra honrra: porque yo he dicho, i diré sin mentir; que, vos, habeis fecho ruinmente, i vilmente, en no guardarme la fé que me distes, conforme á la capitulazion de Madrid. I, diziendo esto; no os culpo de cosas secretas ni imposibles de probar: pues pareze por escripturas de vuestra mano firmadas: las cuales, vos, no podeis escusar ni negar. I, si quisierdes afirmar lo contrario; pues ya os tengo yo habilitado solamente para

este combate; digo: que, por bien de la cristiandad, i por evitar efusion de san*gue*, i poner fin á esta guerra; i por defender mi justa demanda; manterné, de mi persona á la vuestra, ser, lo que he dicho, verdad. Mas, no quiero usar, con vos, de las palabras que vos usais: pues, vuestras obras, sin que yo, ni otro, lo diga, son las que os desmienten: i tambien, porque cada uno, puede desde lejos, usar de tales palabras, mas seguramente, que desde cerca. A lo que dezis: que, pues contra verdad, os he querido cargar; de aquí adelante, no os escriba cosa alguna, mas, que asegure el campo, i, vos, traereis las armas; conviene, que hayais pazienzia de que se digan vuestras obras, é que yo os escriba esta respuesta; por la cual, digo: que acepto, el dar del campo; é soy contento de asegurároslo, por mi parte, por todos los medios razonables, que para ello se podrán hallar. I, á este efecto, i por mas prompto é expediente; desde agora os nombro el lugar para el dicho combate: sobre el rio que pasa entre Fuente-rabía i Andaya, en la parte, i de la manera, que

de comun consentimiento será ordenado, por mas seguro i conveniente: i me pareze, que de razon, no lo podeis en alguna manera rehusar: ni dezir, no ser harto seguro; pues en él fuistes, vos, soltado; dando vuestros hijos por rehenes; i vuestra fé de volver, como dicho es: i tambien, visto, que pues en el mismo rio, fiastes vuestra persona, i las de vuestros hijos; podeis bien fiar agora la vuestra sola: pues porné yo tambien la mia. I se hallarán medios para que no obstante el sitio del lugar; ninguna ventaja tenga mas el uno, que el otro. I para este efecto; i para conzertar la eleczion de las armas, que pretendo yo, pertenezerme á mí, i no á vos; i porque en la conclusion no haya*n* longuerías ni dilaziones; podremos enviar jentiles hombres, de entramas partes, al dicho lugar, con poder bastante para platicar i conzertar, así la igual seguridad del campo; como la elezion de las armas, el dia del combate; i la resta que tocará á este efecto. I si dentro de cuarenta dias, despues de la presentazion d'esta; no me respondeis, ni avisais, de vuestra inten-

zion; bien se podrá ver, que la dilazion del combate será vuestra: que os será imputado, i ayuntado, con la falta de no haber cumplido lo que prometistes en Madrid. I, cuanto á lo que protestais: que, si despues de vuestra declarazion; en otras partes yo digo, ó escribo, palabras contra vuestra honrra, que la vergüenza de la dilazion del combate será mia; pues que venidos á él, cesan todas escripturas; vuestra protestazion seria bien escusada, pues no me podeis, vos, vedar, que yo no diga verdad, aunque os pese. É tambien soi seguro, que no podré yo, rezebir vergüenza, de la dilazion del combate: pues, puede todo el mundo conoscer, el afizion, que de ver la fin d'él, tengo. Fecha en Monzon, en mi reino de Aragon: á veinte i cuatro dias del mes de junio, de mill i quinientos, i veinte i ocho años.

CHARLES.»

CARON. — A la fé, Mercurio: el que ese cartel escribió, mas queria, que palabras.

MERCURIO. — Dizes la verdad: i aun si bien lo

has ponderado, con no menos prudenzia, que ánimo, lo escribió.

CARON. — A la fé, no habia yo menester, esos ánimos, ni esas prudenzias.

MERCURIO. — Calla, Caron: ¿no miras con cuánta gravedad, sube esta ánima? Sepamos quién es.

CARON. — Pregúntaselo, tú, si quisieres.

MERCURIO. — Dínos, Ánima bien aventurada, ¿qué estado tuviste en el mundo?

ÁNIMA. — Fuí Cardenal.

MERCURIO. — ¿Cardenal? ¡Qué me dizes!

ÁNIMA. — Así pasa.

MERCURIO. — Dínos, pues, por caridad: ¿cómo alcanzaste aquella dignidad, que se da pocas vezes por amor de Dios; i cómo te gobernaste en ella?

ÁNIMA. — Considerando yo, cuán perdida estaba la cristiandad, i cuánta nezesidad tenia, en muchas cosas, de reformazion: deseoso de entender en una tan sancta, i tan nezesaria obra: i viendo, que el mas conveniente lugar para ello; era estar cabe el sumino Pontífize; deseaba hallar medio para ser Cardenal: i sabido, que no se LXVII.
alcanzaba aquella dignidad, sino ó por di-

neros ó por manos *, ó por favor de Prínzipes, ó por luengo servizio, tomé por mejor partido, comprarla: i, de verdad, me costó mas de veinte i cinco mill ducados: i, aun yo os prometo, que ante de veinte dias me hallé bien arrepentido.

Mercurio. —¿Por qué?

Ánima. —Como comenzé á entrar en consistorio; é ví las cosas que allí se tractaban; i los reveses i contradiziones que hallaba, en lo que, por el bien público, yo proponia; halléme tan turbado; que no sabia disponer de mí. A la fin: me parezió, que, pues no podia aprovechar á otros; menos mal era aprovecharme á mí, que no, perderme yo tambien con ellos. Et, no un mes, despues que rezebí el capelo, les dejé su Roma, su púrpura, é su consistorio: i me retruje en una abadía que yo tenia: donde, en la administrazion de mis frailes, i de los otros mis súbditos; mediante la grazia de Jesu-Cristo, me goberné, de manera, que en recompensa de aquellos pequeños trabajos, ha plazido á Dios, darme la vida eterna.

* Manejos (?).

Mercurio. — A buen amo serviste, razon es que hayas buen galardon. ¿Quieres que prosiga, Caron?

Caron. — No querria otra cosa.

Mercurio. — Ordenado que hobo el Emperador su respuesta, firmada de su mano; la dió á uno de sus reyes-de-armas; mandándole, que con toda dilijenzia, la llevase al rei de Francia, i él mesmo, públicamente se la leyese. É si no la quisiese oir; se la diese en sus manos; é, habida su respuesta, luego se volviese. El rei-de-armas se fué para Fuente-rabía, donde pensaba hallar el salvo-conduto del rei de Francia: i como no hobiese memoria d'él; envió un trompeta al Gobernador de Bayona, rogándole, que si lo tenia, luego se lo enviase, porque él allí no esperaba otra cosa. El Gobernador, á cabo de nueve dias, le respondió: que el rei de Francia, su amo, le habia enviado el salvo-conduto, que pedia; mas con tal condizion, que no se lo enviase, sin ser primero certificado, que traía la seguridad del campo i no otra cosa. El rei-de-armas le respondió: que él llevaba la seguridad del campo, i cargo,

de dezir otras cosas, tocantes al combate, i respuesta al cartel del rei de Francia. El Gobernador, replicó diziendo: que si traía solamente la seguridad del campo, sin otra cosa alguna; le dejaria entrar libremente en Francia, i le haria mui buen tratamiento: pero que si traía otra cosa; él no lo podia dejar entrar: diziendo: que el Rei su amo, no queria palabras, sino obras.

Caron. — A la fé, tenia razon: ¿qué cumple palabras, cuando se puede venir á las manos?

Mercurio. — No sabes lo que te dizes: antes, no se puede venir á las manos; sin que prezedan, primero, muchas palabras; en que se determine i acabe, la causa por qué se combate. De otra manera, parezeria batalla, no de Prínzipes; mas riña de locos. I, si bien lo miras, hallarás aquí dos cosas mui rezias: la una, impedir la entrada á un rei-de-armas; que suelen, aun entre jente bárbara, tener libertad para ir i venir seguramente, por do quiera; i la otra, que el Rei de Francia así absolutamente, pidiese la seguridad del

campo sin aclarar, primero, qué es aquello, sobre que queria combatir: ó si el Emperador, confesaba, ó negaba, haber dicho lo que al rei de Francia habia sido referido.

Caron. — Veamos: ¿él no lo envió escripto i firmado de su mano, al Embajador del rei de Francia?

Mercurio. — Dizes verdad: mas aquella carta, no era llegada en Francia, cuando el rei publicó su cartel: ni puede el Rei con verdad dezir, que ella lo moviese á desafio. Allende d'esto, hai mucha diferenzia, de lo que dize la carta, á lo que contiene el cartel. La carta dize: que el Rei de Francia, lo habia hecho vilmente, i ruinmente; en no cumplir lo que habia jurado, i prometido: i el cartel refiere haber dicho el Emperador que el Rei [de] Francia, se habia ido, i soltado de su poder; contraviniendo á la fé, que le habia dado: cosa, que ni nunca el Emperador dijo, ni tampoco habia por qué lo dijese; habiéndolo él, de su propria voluntad, soltado i puesto en libertad: sin nunca tomarle su fé, que no se iria: mas, que si no cumpliese

lo capitulado, volveria á la prision. De manera, que queriendo el Rei de Francia disfrazar las palabras, por hazer su causa, de manifiestamente mala, claramente buena; justo era, que aquello se averiguase, antes que viniesen al campo. Porque, negando el Emperador haber dicho, lo que el Rei de Francia referia; quizá él, no quisiera combatir, sobre las otras palabras que el Emperador, afirmaba haber dicho: i así, ni hobiera sobre qué combatir; ni nezesidad, de la seguridad del campo, que él tan impertinentemente pedia. Allende d'esto, el Emperador pudiera responder: que el Rei de Francia, siendo su prisionero, de justa guerra; era inhábil para desafiar á nadie, cuanto mas á su señor; hasta que cumpliendo lo capitulado, rescatase, ó libertase la fé, que en su poder dejó empeñada. Asimismo podia alegar, que no se puede venir al combate, cuando la diferenzia, se puede probar por escripto, ó por testigos; como aquí mui fázilmente se pudiera hazer.

LXVIII.

Caron. — ¿Cómo?

Mercurio. — El Emperador dijo; que el Rei

de Francia lo habia hecho vil i ruinmente, en no guardarle la fé, que le habia dado. Conviene, pues, aquí probar: si romper un hombre su fé, es ruindad i vileza: i, si el Rei de Francia, la rompió ó no. Lo primero, es cosa tan clara i tan averiguada; que seria vergüenza traerla en disputa: pues no hai hombre tan pérfido ó malo, que no confiese, i tenga por vileza, romper el hombre su fé. Para probar lo segundo, ahí está la capitulazion de Madrid, firmada de la mano propria del Rei de Francia, i de los embajadores de la Rejente, su madre; en que jura, promete, i da su fé, de cumplir, todo lo en aquella capitulazion contenido, en ciertos términos, i á ciertos tiempos, allí declarados: i, que en caso, que no lo cumpliere; volverá, dentro de cierto tiempo, á la prision. Pues, si el Rei de Francia, dió su fé de hazer esto: i lo prueba i muestra por escriptura firmada de su propria mano, talmente que no lo puede negar: i despues, no solamente no lo cumple; mas claramente dize, que no lo quiere cumplir, ¿no está claro que rompe su fée? I, si el que ésta rompe, haze vileza i

ruindad: cosa averiguada es, que él queda por vil i ruin: i, que con verdad, se puede dezir, haberlo hecho ruinmente en romper su fé. I, pues esto, se podia probar por escripturas auténticas i claras; mui bien pudiera el Emperador alegar, que no habia nezesidad de combate. I, aunque el Emperador quisiera, como quiso, disimular todas estas causas, por donde cesaba el combate; habilitando él al Rei de Francia, como lo habilitó, para combatir con él; i señalando, luego, lugar seguro para la batalla: habiéndose querido el Rei de Francia llamar defensor, por usurpar i atribuirse la election de las armas; ¿no era razon, que siendo el Emperador desafiado, se examinase i determinase, primero, cuál era provocador, i defensor, antes que venir al combate? Pues, para esto, sé que menester eran demandas i respuestas; i no pedir, á humo muerto, la seguridad del campo; la cual, con todo, el Emperador le enviaba: mas, juntamente con enviarla, respondia al cartel del Rei de Francia, como has oido; queriendo llevar la cosa por sus térmi-

nos, i guiarla, como quien que * deseaba venir á la conclusion della, é no contentarse de palabras, como el Rei de Francia.

Caron. — Agora, sus: tú vienes armado para defender al Emperador: no quiero disputar contigo: prosigue adelante.

Mercurio. — Esa salida les queda, á los que se ponen, como tú agora has hecho, á defender una mala causa: mas sea como tú quisieres. En Fuenterrabía estuvo el rei-de-armas del Emperador, obra de cincuenta dias, importunando continuamente por su salvo-conduto: hasta que, de pura vergüenza, se lo hobieron de enviar: mas, todavía, con condizion, que llevase la seguridad del campo, i no de otra manera.

Caron. — Ves ahí otra ánima, que sube la montaña. Mira, si le quieres preguntar algo.

Mercurio. — Ya la veo: vamos házia allá, i sepamos quién es.

Caron. — Oido nos ha: escucha: veamos qué dize.

Ánima. — ¿Qué pedis, hermanos?

* (Sic.)

MERCURIO. — Querriamos saber quién eres, i qué estado toviste en el mundo.

ÁNIMA. — Yo fuí un pobre fraile: é mi estado era servir á Jesucristo.

MERCURIO. — ¿Sirviendo á tal señor, te osas llamar pobre?

ÁNIMA. — Pobre me llamo, cuanto al mundo, i pobre de virtudes: que de estado i merzedes, que rezebí de mi Señor; mas fuí que rico i bien aventurado.

MERCURIO. — Bien sé te pareze: mas dínos: ¿por qué te metiste fraile?

ÁNIMA. — Bien sé por qué me lo preguntais. Vos otros pensais haber yo sido de aquellos, que piensan, consistir la relijion, en andar vestido de una ó de otra color: ó en traer el hábito d' esta ó de aquella hechura: ó en andar calzado, ó descalzo: ó en traer camisa de lana ó de lienzo: ó en tocar, ó dejar de tocar dineros. A la fé, hermanos, mui engañados estais: que antes que me metiese fraile, estaba de todo eso mui bien informado.

MERCURIO. — Pues, sabiendo i entendiendo, tú,
LXIX. eso; ¿quién te engañó, que tomases una vida tan puesta en razon; i tan fuera de razon?

Ánima. —¿ Tú sabes lo que dizes ?

Mercurio. —Agora lo verás. ¿ Qué cosa puede ser mas puesta en razon; que levantarse todos á las seis, comer á las diez, dormir desde las doze hasta las dos, cenar á las seis, acostarse á las siete, estar tantas horas en el coro, i tantas en el refitorio, i tantas en la cama? Veamos: ¿á quien esto oyere, no le plazerá, como cosa mui razonable? Pero, si por otra parte considera, la diversidad de las complesiones, condiziones, é inclinaziones de los hombres: que á uno, le conviene mucho dormir para su salud; i á otro daña lo que á aquel aprovecha; á uno es saludable el madrugar, i á otro dañoso; uno sana, i otro enferma, ayunando; á uno es sano un manjar, i á otro le causa enfermedades; á uno da la vida, i á otro daña el sueño de medio dia: á uno conviene traer poca ropa, i otro ha menester mucha; uno se huelga de andar descalzo, i otro enferma si no anda calzado; i aun un mismo hombre está muchas vezes dispuesto para una cosa, i otras no. Habiendo, pues, en estas, i en otras cosas, tanta diversidad en

los hombres; ¿qué cosa mas fuera de razon puede ser, que limitarles las horas que han de comer, dormir, velar, rezar i cantar; como si todos fuesen de una misma complision?

Ánima.—Mira, hermano: tú, eres un poco mas agudo, que seria menester. Si los hombres se metiesen frailes, por fuerza; podrian se quejar, si les diesen manera de vivir, fuera de su natural. Mas, pues, á ninguno se haze fuerza; ninguno tiene causa de quejarse. La Regla esta ahí: cada uno la puede ver i saber: el que se contenta d'ella, pareziéndole conformarse con su condizion; tómela mucho en buena hora: el que no, déjela, que á ninguno se haze fuerza: i el que neziamente se mete fraile, neziamente se muere, i aun quizá se va al infierno. I lo mismo podemos dezir, del clérigo, i del casado. Yo, hermano, viendo la corruption del mundo, i á mí, en estado, que á cada paso hallaba mill embarazos en qué tropezar; determiné de recojerme en un monesterio: no, porque no conosciese poder servir tan bien á Dios, fuera d'él; mas, porque

me inclinaba mas, á aquella manera de vivir, que á otra alguna. Determinado, pues, de meterme fraile; aunduve muchos dias, con mucha curiosidad, informándome de la regla i forma de vivir de cada órden: i despues tomé aquella, que me parezió mas conforme á mi complession.

Mercurio. — ¿Nunca te arrepentiste?

Ánima. — Aquellos se arrepienten, que no miran lo que toman: mas yo, ¿por qué me habia de arrepentir, yendo, como iba, tan informado de todo lo que hallé? De manera, que ninguna cosa me era nueva: i de lo bueno gozaba, i lo malo disimulaba, i sufria con pazienzia.

Mercurio. — Diz, que monjas i frailes, no saben sino pedir.

Ánima. — Eso hazia yo continuamente: pedir grazia á nuestro Señor, para que me encaminase é hiziese perseverar en su servizio.

Mercurio. — No digo, sino cosas mundanas.

Ánima. — Esas, nunca pedí yo: ni aun las queria rezibir de los que me las daban: mostrándoles, por la obra, que las menospreziaba, i que tambien ellos las debian

menos preziar: porque, mucho mas persuaden obras, que palabras.

MERCURIO. — Dizes verdad: ¿mas cómo te proveias, de lo que habias menester?

ÁNIMA. — Poco han menester los frailes, allende lo que les dan en la órden; sino para curiosidades: de que yo huia mucho. I aquello de que tenia nezesidad, procuraba de ganar, trabajando con mis manos.

MERCURIO. — ¿Tenias ofizio?

ÁNIMA. — Cuando determiné de meterme fraile; me puse á deprender un ofizio, con que pudiese ganar i proveer mis nezesidades, sin ser molesto á ninguno: i, aun lo que me sobraba, repartia con mis compañeros: espezialmente con predicadores i confesores: porque no lo anduviesen pidiendo á los seglares.

MERCURIO. — Diz, que muchos se meten frailes, por ser oziosos, i no trabajar i ganar de comer?

ÁNIMA. — Yo no sé, lo que otros hazen. De mí, te sé dezir, que me metí fraile, por poder honestamente trabajar, i no estar ozioso. Porque, ni mi linaje, ni mi estado, me consentian trabajar, si no mudaba el hábito.

Mercurio. — ¿Cómo te agradaba la hipocresía, que suele ser compañera de los frailes?

Ánima. — Dígote, que muchos dias me detuve de meterme fraile, por no obligarme á finjir sanctidad. Tanto aborrezia la hipocresía. Mas, á la fin, cuando determiné de ser fraile; determiné juntamente de vivir de manera, que no toviese nezesidad de mostrar, de fuera, mas de lo que habia dentro.

Mercurio. — Por la mayor parte, los frailes, siembran i mantienen superstiziones. LXX.

Ánima. — Eso hazen, los que, ó no quieren trabajar, para sus nezesidades; ó andan buscando cosicas para sus curiosidades: los cuales, por esto, han de buscar invenziones con que sacar del vulgo, lo que quizá, de otra manera, les seria negado. Mas, el que huye las curiosidades, i trabaja con sus manos, para proveerse de lo nezesario; mui lejos está, de sembrar, i mantener superstiziones.

Mercurio. — Diz, que es natural vizio en los frailes, la murmurazion, i ser maldizientes.

Ánima. — El que seyendo seglar tenia estos

vizios, puede ser, que no los deje en el monesterio: mas, el que, seglar, los aborreció: mucho mas los aborreze, fraile.

Mercurio. — Los frailes, son tenidos por ambiziosos: así, en procurar prelazías, en sus Órdenes; como, buenos Obispados, i aun Capelos, fuera d'ellas.

Ánima. — Como la ambizion, sea vizio á todos estados comun; no te maravilles, que reine tan bien entre los frailes, que son hombres como los otros. De mí, te sé dezir, que siempre la aborrezí; i fuí d'ella, como de cosa mui pestilenzial: contentándome, de tener cargo de mí mismo.

Mercurio. — Gran trabajo debe ser, sufrir un prior, ó guardian, nezio.

Ánima. — Trabajo es, para los que lo tienen por trabajo: mas, ya sabes, que no hai cosa tan fázil, que no sea dificultosa, si la hazes forzado: ni tan difízil; que no sea fázil, si la hizieres de buena gana.

Mercurio. — Sí: pero rezia cosa es de sufrir un hombre grosero.

Ánima. — Si te pareze, i la tienes por rezia; rezia será: mas, si considerando tú, que eres hombre como aquel, i del mesmo me-

tal que aquel: i que te pudiera Dios, hazer tan nezio, ó grosero, como aquel; cuantas mas groserías i nezedades, en él vieres; tantas mas grazias darás tú á Dios, que te libró d'ellas; i te holgarás de verte libre d'ellas.

MERCURIO. — Bien: ¿pero, no es rezia cosa, que se den cargos á semejantes personas?

ÁNIMA. — Hermano, mira: en todos estados, i jéneros de hombres, está agora el mundo de manera; que por maravilla, se dan cargos, ni ofizios, ni benefizios; sino á los que con artes i granjerías, los andan procurando: é, como ningun hombre prudente, bueno, i virtuoso; se quiere poner á pedir i procurar cosas semejantes; pareziéndole, que, de razon, le debrian rogar con ellas; es forzado, que, por la mayor parte, los cargos, ofizios, i benefizios; caigan en ruines é ignorantes. Yo me he detenido mas de lo que pensaba, i me voi, con vuestra lizenzia.

CARON. — Antes lo hobieras hecho. ¿No mirais, de qué me sirven á mí, estas philosolphías? Ea, pues, tú, Mercurio, acaba: si quieres contarme esa tu historia. No me la hagas tanto desear.

Mercurio. — Habido por el rei-de-armas, el salvo-conducto del Rei de Francia; á la misma hora, partió de Fuente-rrabía; i vestida su cota de armas, entró en Francia, protestando: que por haber pedido salvo-conducto; no entendia derogar á los previllejos, i preheminenzias de su ofizio: i así, siguió su camino, hasta cerca de la ciudad de Paris, donde pensaba hallar al Rei de Francia: mas el Rei temiendo su venida, i por dilatar de oir lo que de parte del Emperador traia; andaba por las florestas, cazando: no permitiendo, que el rei-de-armas le viniese á hablar. Mas, como él continuase en sus protestaziones; viendo, que sin mui grande infamia, no podia mas detenerlo; se vino á Paris: donde, en presenzia de muchos grandes señores, perlados i caballeros, así franceses como de otras naziones, finjió querer dar audienzia al rei-de-armas: mas en tal manera lo finjia; que, por otra parte, mostraba bien, la poca gana que tenia del combate.

Caron. — ¿Cómo?

Mercurio. — Antes que el rei-de-armas en-

trase; el Rei de Francia hizo un mui largo razonamiento á todos los que estaban presentes: diziendo las causas por qué los habia ayuntado: i colorando su causa, con palabras mui ajenas de la verdad, lo menos mal que pudo: concluyendo, que en ninguna manera, queria oir palabra alguna al rei-de-armas, del Emperador; si, primero, no le daba la seguridad del campo: porque no queria sufrir, que con palabras vanas, se dilatase el efecto de aquel combate.

Caron. — Harto animosamente lo hazia.

Mercurio. — ¡ Cómo eres, ó finjes ser, gran badajo! Habia detenido al rei-de-armas cincuenta dias en Fuente-rrabia; i otros ocho, ó nueve, andándose cazando, i temia de esperar, siquiera media hora, mientra que el rei-de-armas, dezia* lo que le habia sido mandado. Como si el Emperador estuviera ya en el campo esperando: i no hobiera lugar de esperar, ni aun media hora. Allende d'esto, si el Rei de Francia deseaba tanto este combate: veamos con qué se dilataba mas; ¿con oir, ó

* El impr., dizia.

con dejar de oir, al rei-de-armas? No oyéndole, quedaba la cosa, no solamente dilatada, mas del todo deshecha: porque,
LXXI. si el desafiador no quiere oir la respuesta del desafío; claro está que rehusa el combate, i confiesa el delito; i no queda mas, que prozeder en la causa. Oyéndolo; ó traia aparejado lo que convenia, para el combate; ó no: si lo traia; ya el Rei tenia lo que demandaba: i si no; todo era, tornarlo presto á enviar: i la dilazion fuera mui poca, en comparazion de la que, hasta allí, él mismo habia causado. I, á lo menos, conoscieran todos, que no quedaba por él. De manera, que declarando, no querer oir al rei-de-armas; declaraba no tener gana del combate. Acabado su razonamiento entró el rei-de-armas del Emperador: i antes, que el cuitado pudiese abrir la boca para hablar; el Rei de Francia, por espantarlo, i hazerle que se turbase, para que no le diese la seguridad del campo, que sabia él bien, que traia consigo; le comienza, con palabras furiosas, á preguntar, si habia hecho lo que debia á su ofizio: que se acordase, de lo

que habia escripto de Fuente–rrabía, i con qué condizion le habia sido enviado el salvo–conducto. El rei–de–armas; sin responder á esto, le suplicó (como es costumbre), que le diese lizenzia, para hazer su ofizio. El Rei de Francia insistia, en que no le consentiria hablar palabra: si primero no le daba la seguridad del campo: que fuese hecha i ordenada como convenia. El rei–de–armas, por otra parte, dezia, haberle seido mandado, que él mismo la leyese: i que si él la queria oir; que se la leeria: donde no; que se la daria en sus manos; con condizion, que le dejase despues, usar de su ofizio. Estonzes, el Rei de Francia, no sabiendo qué responder á esto; ni queriendo rezebir el cartel del Emperador; se levantó, diziendo mui rigurosas palabras: i se dejó allí, el pobre rei–de–armas, sin quererlo oir, ni rezebir el cartel que llevaba.

Caron. —¿Qué me dizes?

Mercurio. — Esto que oyes.

Caron. — Pues, veamos; ¿qué hará agora el Emperador?

Mercurio. — Qué quieres que haga, si el Rei

de Francia, no quiere oir sus reyes-de-armas, ni rezebir sus carteles.

CARON. — Arrastrarle ha las armas; i pintarlo ha, como en semejantes casos se suele hazer.

MERCURIO. — Antes, me persuado yo tanto de su modestia i bondad, que no se porná, en hazerle una afrenta como esa: porque, aunque sea su enemigo; á la fin, es Prínzipe i cristiano: i es honesto, que se le tenga algun respecto: pues los buenos, con virtud se prezian venzer.

CARON. — ¿De manera, que no habrá ya memoria d'ese combate?

MERCURIO. — Ninguna.

CARON. — Si supieses de qué cuidado me has quitado; maravillarteías. Que, de verdad: ha muchos dias, que no estaba en mi seso, pensando en el mal, que d'este combate se me recrezia. Siempre me sueles, tú, alegrar, con mill buenas nuevas: é yo, nunca hago nada por tí. Si te pareze, que es hora, vamos á holgar un rato con Proserpina.

MERCURIO. —Soi contento: mas sepamos primero, qué Ánima es esta, que viene cantando.

Caron. — Pareze mujer.

Mercurio. — Así es.

Caron. — No sé, si huirá de nos otros.

Ánima. — A las vezes, las que mas huyen, son las que mas presto se dejan alcanzar. Pues en el mundo no huí de hombres (de quien me podia temer), teniendo en mí, firme propósito de vivir castamente; ¿por qué huiré agora de vos otros, de quien ninguna afrenta puedo esperar?

Mercurio. — ¡O, ánimo, no de mujer; mas de hombre mui esforzado! ¿Querrás nos dezir, qué tal fué tu vida en el mundo?

Ánima. — I, aun de mui buena voluntad. El mayor bien que mis padres me dejaron, fué bezarme á leer, i un poco de latin: i afizionéme tanto, á leer en la Sacra Escriptura, que d'ella sabia mucho: i juntamente con saberla, procuraba de conformar mi vida i costumbres, con ella: no dejando de enseñar á mis amigas i compañeras, que conmigo conversaban, aquello que Dios á mí me habia enseñado: mas, con tanta modestia i templanza, que no pudiese ser reprehendida: conosciendo, cuánto era mi sexo i edad peligrosa: i

cuán recatada debia andar de mí mesma. Porque, sin dubda, las mujeres, mucho mas que los hombres; tenemos nezesidad de tener por sospechosa, cualquier opinion en que caemos: hasta que se haya mui bien, primero, examinada i comunicada. I, porque el callar en las mujeres; espezialmente donzellas; es tan conveniente i honesto; como malo i deshonesto, el demasiado hablar; siempre procuraba yo, que mis obras, predicasen antes que mis palabras. D'esta manera viví muchos años, sin voluntad de ser monja, ni de casarme: viendo, la una vida, ser mui ajena de mi condizion: i los peligros, i trabajos, que en la otra hai. Espezialmente, temia,
LXXII. que me darian algun marido, tan apartado de mis fines; que, ó me pervertiese á mí; ó toviese mui trabajosa vida con él. A esta causa, determiné de no casarme: mas, á la fin, todo bien considerado; acordándome de las exzelenzias, que del matrimonio habia leido: i pareziéndome cosa dificultosa, guardar, como se debe guardar la virjinidad: aunque aquel estado sea mas alto i exzellente: i por Jesu Cristo, con ejemplo

i con palabras: i despues, por san Pablo aconsejado, i por muchos sanctos seguido; tomé por seguro para mí casarme. Mas, como no sea lízito i honesto á las mujeres, escojer el marido que ellas quieren: mas parezen obligadas á tomar, el que sus padres, hermanos ó parientes quieren* darles: aunque yo, no pocas vezes les rogaba, que no mirasen á linaje, ni á bienes mundanos, ni á hermosura del cuerpo; sino á las virtudes del ánima, porque con estas me entendia yo casar: á la fin, me dieron un marido, con quien, sabe Dios lo que al prinzipio yo pasé: pero todavía lo sufria con pazienzia; esperando en la bondad de Dios, que yo lo atraeria antes á él á mi condizion, que él á mí á la suya. I díme tan buena maña; contraminando sus vizios con virtudes, su soberbia con mansedumbre, su aspereza con halagos, su prodigalidad con templanza, sus juegos i lujurias con castos i sanctos ejerzizios, i su ira con pazienzia; gobernándome siempre con él, con profunda i entera humildad: á tiempos, disi-

* Quier*an* (?).

mulando unas cosas: á tiempos, tolerando i permitiendo otras: i á tiempos reprehendiendo dulzemente aquellas cosas, que claramente me parezian dignas de reprehension: que, poco á poco, le amansé. De manera, que le hize dejar todos sus vizios i malas costumbres: i abrazarse tan de veras, con las virtudes; que, desde á pocos dias, yo aprendí d'él, lo que él aprendia de mí. I así *v*ezándonos * el uno al otro, i procurándonos de contentar el uno al otro; viviamos en tanta paz, amor, i concordia; que todos se maravillaban de verlo á él tan mudado, i de lo que yo con él habia trabajado, i de la conformidad que ya teniamos.

MERCURIO. —¿Hobistes hijos?

ÁNIMA. —Muchos años estovimos sin ellos.

MERCURIO. —¿No tenias pena de verte estéril?

ÁNIMA. —Pena tienen de no parir, las que viven i querrian parir para sí: mas yo, que no vivia, ni queria nada para mí; no tenia, de qué tener pena. Mientras Dios no me daba hijos; dábale muchas grazias

* El impr., *b*ezándonos.

por ello: persuadiéndome, que así convenia á mi provecho, i á su servizio. Cuando me los dió; las mesmas grazias le daba: suplicándole, los enderezase i enseñase, para su servizio: procurando, cuanto en mí era, de industriarlos para este efecto.

MERCURIO. — Maravíllome d' eso que me dizes: porque suelen las mujeres, con mucha curiosidad, importunar á Dios, que les dé hijos.

ÁNIMA. — Yo era mui contraria á esa opinion: no, porque no toviese yo los hijos, por un espezial don de Dios; mas, porque siéndome inzierto, qué tales habian de ser; no osaba desearlos: sino, que Dios hiziese, lo que fuese su voluntad: teniendo por cierto, que aquello que Él ordenase, seria lo mejor. I las mujeres que son d' esta mi opinion, Dios sabe, de cuántas superstiziones se escapan, que, por haber hijos, á cada paso se hazen, con no poco deservizio de Dios, i detrimento de la relijion cristiana.

MERCURIO. — ¿Toviste hijos, ó hijas?

ÁNIMA. — Hijas.

MERCURIO. — ¡Qué trabajo!

Ánima. — Trabajo? Antes, es mui gran descanso, para las madres, tener hijas, con quien se puedan descuidar, i á quien puedan doctrinar. Que las buenas madres, mas se huelgan con las hijas, que con los hijos: porque las hijas, las acompañan i sirven hasta la muerte, i nunca les pierden el amor: mas los hijos, aun no son nascidos, cuando se van por ahí; que ni conoscen, ni tienen amor, á padre ni á madre. Allende d'esto: por maravilla, vereis una hija desobediente: i mui raros son los hijos obedientes. Pocas vezes vemos hijas desconformes de sus padres: i á cada paso hallamos hijos, perseguidores de sus madres.

Mercurio. — Gran trabajo es, el que pasan las madres, en guardar las hijas.

Ánima. — Habias de dezir, las ruines madres: porque, cual es la madre; tal es la hija: i, por eso, cuanto es dificultoso i trabajoso á las ruines, guardar que sus hijas no lo sean; tanto es fázil á las buenas, hazer que sus hijas les parezcan.

Mercurio. — ¡Qué de congojas pasan las madres con las hijas!

Ánima. — Muchas mas con los hijos: que desde que nascen, andan sujetos á mill peligros: cuando *n*iños*, *de des*calabrarse**, ó lisiarse: i cuando grandes, de perder la vida: i, á la fin, no falta un camino largo, ó una guerra en que mueren, dando mortal congoja á sus padres. LXXIII.

Mercurio. — Gran trabajo es buscar, i aun comprar casamientos para las hijas.

Ánima. — D'ese trabajo fuí yo bien libre: porque crié mis hijas tan virtuosas, i habia tantos que las deseaban por mujeres; que tove bien en qué escojer. Verdad es que el dote suele trabajar á los padres; mas como yo no toviese respecto á la vanagloria del mundo; i me inclinase antes á casar mis hijas con virtuosos, que con ricos ni poderosos; fázilmente, i con poco trabajo, las casé todas: i aun mucho á mi voluntad. I con cuatro hijas, cobré cuatro yernos, que tove yo siempre por hijos: i ellos á mí por madre. Lo que no acaeze á las que casan hijos: que con tantas nueras, cobran tantas enemigas.

* El impr., *u*iños.

** El impr., *desdeca*labrándose.

Mercurio. — ¿Cómo te habias, con tus criados i criadas?

Ánima. — Como con mis hijos: doctrinándolos, i guiándolos, en aquello que debian hazer, para servir á Dios.

Mercurio. — ¿Haziaslos ayunar, rezar, i diszeplinarse?

Ánima. — Yo te diré: las cosas, que en sí, son siempre, i en todo lugar, buenas; i que sin pecado no se pueden dejar; les encomendaba yo sobre todo: procurando, que solo un punto no se apartasen d' ellas. De las otras, que á unos son buenas i arman, i á otros no: en unos tiempos, se halla la persona dispuesta para ellas, i en otros no: á unos sanan, i á otros matan: á unos aprovechan, i á otros dañan: les encomendaba, que usasen con mucha discrezion: apartando siempre, i desterrando de mi casa toda manera de superstizion i de hipocresía: queriendo que hobiese mucho mas en lo interior, de lo que se mostraba en lo exterior.

Mercurio. — ¿De qué edad moriste?

Ánima. — De cincuenta años.

Mercurio. — ¿Heziste testamento?

ÁNIMA. — Todo eso, dejo encomendado á mi marido: é yo me voi á gozar de aquel summo i perfecto bien, por mí tanto deseado. Por eso, no me detengas mas.

CARON. — Déjala ir, Mercurio: cata, que se haze tarde.

MERCURIO. — Que me plaze. Mas ves aquí otra ánima, que viene á mas andar. Sepamos quién es.

CARON. — ¿Tú no vees, que es monja?

MERCURIO. — Vamos la á hablar.

CARON. — Déjala, así gozes: que, á la fin, es mujer, i monja: i si comienza, nunca acabará. Vamos: que ya nos estará esperando Proserpina.

MERCURIO. — Vamos.

DIÁLOGO EN QUE PARTICULARMENTE SE TRATAN LAS COSAS ACAEZIDAS EN ROMA, EL AÑO DE MDXXVII. A GLORIA DE DIOS, I BIEN UNIVERSAL DE LA REPÚBLICA CRISTIANA. IMPRESO EN PARIS EN EL AÑO DE SALUD 1586.

El Corrector de la imprimería al prudente Lector.

Considerando, en cuánta estima sean en este tiempo, los que hablan diversos lenguajes: i en cuán diversas rejiones del orbe se estienda el uso de la lengua española; procuré que estos tratadicos españoles se imprimiessen con nuestros nuevos caractéres. Pero siendo la primera prueba que hazemos en esta lengua, no nos fué posible usar de tanta dilijen*t*ia, que el author no hallasse mu*n*chas faltas, así en la orthographía, conjun*ct*ion de letras, i separa*t*ion de partes, como en la permuta*t*ion de vocales, en los cuales yerros suelen fázilmente caer los que componen i corrijen libros en lenguas que no les son tan familiares como la suya materna.

Por tanto, te rogamos, benigno lector, quieras interpretar á buena parte nuestra intenzion; i tomes algun trabajo en correjir los yerros, que vieres seer de mayor importanzia, i que te podrán impedir el curso de la lizion. Hazemos, entre tanto, promesa, de poner mayor dilijen*t*ia en los libros, que en esta lengua imprimiéremos.

AL LECTOR.

Es tan grande la ceguedad en que, por la mayor parte, está hoi el mundo puesto; que no me maravillo de los falsos juizios, que el vulgo haze, sobre lo que nuevamente ha en Roma acaezido: porque, como piensan, la relijion consistir solamente, en estas cosas exteriores; viéndolas assí maltractar, paré- II.
zeles, que enteramente va perdida la fé. I, á la verdad, ansí como no puedo dejar de loar la santa afizion, con que el vulgo á esto se mueve; assí no me puede parezer bien, el silenzio que tienen los que lo debrian desengañar. Viendo pues yo, por una parte, cuán perjudizial seria, primeramente á la gloria de Dios, i despues á la salud de su

pueblo cristiano, i tambien á la honrra deste cristianísimo Rei i Emperador, que Dios nos ha dado; si esta cosa, assí quedase solapada: mas, con simplizidad i entrañable amor, que con loca arroganzia; me atreví á complir con este pequeño servizio, las tres cosas prinzipales á que los hombres son obligados. No dejaba de conozer, ser la materia mas árdua i alta, que la medida de mis fuerzas: pero tambien conozia, que donde hai buena intenzion, Jesu Cristo alumbra el entendimiento, i suple con su grazia, lo que faltan las fuerzas, i szienzia, por humano injenio alcanzada. Tambien se me representaban los falsos juizios que superstiziosos i fariseos, sobre esto han de hazer: pero ténganse por dicho, que yo no escribo á ellos, sino á verdaderos cristianos i amadores de Jesu Cristo. Tambien veia las contrariedades del vulgo, que está tan asido á las cosas visibles, que casi tiene por burla, las invisibles. Pero acordéme, que no escribia á jentiles, sino á cristianos: cuya perfizion es, distraerse de las cosas visibles, i amar las invisibles. Acor-

déme, que no escribia á jente bruta: sino á españoles: cuyos injenios, no hai cosa tan árdua, que fázilmente no puedan alcanzar. I pues que mi deseo, es el que mis palabras manifiestan, fázilmente me persuado, poder, de todos los discretos i no finjidos cristianos, alcanzar, que si alguna falta en este Diálogo hallaren, interpretándolo á la mejor parte, echen la culpa á mi ignoranzia: i no presuman de creer, que en ella intervenga malizia, pues en todo me someto á la correczion, i juizio de la sancta Iglesia: la cual confieso por madre [de diszípulos de verdad.]

ARGUMENTO.

Un caballero mancebo de la Córte del Emperador, llamado LACTANCIO, topó en la plaza de Valladolid, con un ARCEDIANO, que venia de Roma; en hábito de soldado: i, entrando en Sanct Francisco, hablan sobre las cosas en Roma acaezidas. En la primera parte, muestra Lactancio, al Arcediano, cómo el Emperador ninguna culpa en ello tiene: i en la segunda, cómo todo lo ha permitido Dios, por el bien de la cristiandad.

LACTANCIO. ARCEDIANO.

LACTANCIO. — ¡Válame Dios! ¿Es aquel el Arcidiano del Viso, el mayor amigo que yo tenia en Roma? Parézele cosa estraña, aunque no en el hábito. Debe ser algun hermano suyo. No quiero pasar sin hablarle, sea quien fuere. Dezí, jentil hombre; ¿sois hermano del Arcidiano del Viso?

ARCEDIANO. — Cómo, señor Lactancio; ¿tan presto me habeis desconozido? Bien pareze, que la fortuna muda presto el conoszimiento. III.

LACTANCIO. — ¿Qué me dezis? Luego, vos sois el mesmo Arcidiano!

ARCEDIANO. — Sí, señor, á vuestro servizio.

LACTANCIO. — ¿Quién os pudiera conozer de la manera que venis? Solíades traer vuestras ropas, unas mas luengas que otras, arrastrando por el suelo: vuestro bonete i hábito eclesiástico: vuestros mozos i mula

reverenda: veoos agora á pié, solo: i un sayo corto; una capa frisada, sin pelo: esa espada tan larga: ese bonete de soldado... Pues, allende desto, con esa barba tan larga, i esa cabeza sin ninguna señal de corona; ¿quién os pudiera conozer?

ARCEDIANO. — ¿Quién, señor? Quien conoszíese el hábito por el hombre, i no el hombre por el hábito.

LACTANCIO. — Si la memoria ha errado, no es razon, que por ella pague la voluntad, que pocas vezes suele en mí diminuirse. Mas, dezíme, así os vala Dios, ¿qué mudanza ha sido esta?

ARCEDIANO. — No debeis haber oido, lo que agora nuevamente en Roma ha pasado.

LACTANCIO. — Oido he algo dello. Pero, ¿qué tiene que hazer lo de Roma, con el mudar del vestido?

ARCEDIANO. — Pues que eso preguntais, no lo debeis saber todo. Hágoos saber, que ya no hai hombre en Roma, que ose parezer en hábito eclesiástico por las calles.

LACTANCIO. — ¿Qué dezis?

ARCEDIANO. — Digo, que cuando yo partí de Roma, la persecuzion contra los clérigos

era tan grande, que no habia hombre, que en hábito de clérigo ni de fraile osase andar por las calles.

LACTANCIO. — ¡O, maravilloso Dios: i cuán incomprehensibles son tus juizios! Veamos, señor: ¿i hallastes os dentro en Roma cuando entró el ejérzito del Emperador?

ARCEDIANO. — Sí, por mis pecados: allí me hallé, ó, por mejor dezir, allí me perdí: pues, de cuanto tenia, no me quedó mas de lo que vedes.

LACTANCIO. — ¿Por qué no os metíades entre los soldados españoles; i salvárades vuestra hazienda?

ARCEDIANO. — Mis pecados me lo estorbaron: i cupiéronme en suerte no sé qué Alemanes: que no pienso haber ganado poco, en escapar la vida de sus manos.

LACTANCIO. — ¿Es verdad todo lo que de allá nos escriben, i por acá se dize?

ARCEDIANO. — Yo no sé lo que de allá escriben, ni lo que acá dizen; pero sé os dezir, que es la mas rezia cosa, que nunca hombres vieron. Yo no sé cómo acá lo tomais. Parézeme, que no hazeis caso dello. Pues, yo os doi mi fé, que no sé si Dios lo querrá

ansí disimular. I, aun si en otra parte estoviésemos, donde fuese lízito hablar; yo diria perrerías desta boca.

LACTANCIO. — ¿Contra quién?

ARCEDIANO. — Contra quien ha hecho mas mal en la Iglesia de Dios; que ni turcos, ni paganos osáran hazer.

LACTANCIO. — Mirad, señor Arcidiano: bien puede ser que esteis engañado, echando la culpa á quien no la tiene. Entre nosotros, todo puede pasar. Dezidme vos, lo que acerca desto sentis, i quizá os desengañaré yo de manera, que no culpeis á quien no debeis de culpar.

ARCEDIANO. — Yo soi contento de declararos lo que siento acerca desto: pero no en la plaza. Entrémonos, aquí en Sanct Francisco, i hablarémos de nuestro espazio.

LACTANCIO. — Sea como mandáredes.

ARCEDIANO. — Pues estamos aquí, donde nadi nos oye; yo os suplico, señor, que lo que aquí dijere, no sea mas, de para entre nosotros. Los Prínzipes son Prínzipes: i no querria hombre ponerse en peligro, pudiéndolo escusar.

LACTANCIO. — D'eso podeis estar mui seguro.

Arcediano. — Pues, veamos, señor Lactancio: ¿parézeos cosa de fruir*, qu' el Emperador haya hecho en Roma lo que nunca infieles hizieron; i que, por su pasion particular, i por vengarse de un no sé qué, haya así querido destruir la Sede apostólica, con la mayor inominia, con el mayor desacato, i con la mayor crueldad, que jamás fué IV.
oida ni vista? Se qué, los Godos tomaron á Roma: pero no tocaron en la iglesia de Sanct Pedro: no tocaron las reliquias de los sanctos: no tocaron en cosas sagradas. I aquellos medio-cristianos, tovieron este respecto: i agora, nuestros cristianos (aunque no sé si son dignos de tal nombre), ni han dejado iglesias, ni han dejado monesterios, ni han dejado sagrarios: todo lo han violado: todo lo han robado: todo lo han profanado: que me maravillo, cómo la tierra no se hunde con ellos, i con quien se lo manda i consiente hazello. ¿Qué os paresze que dirán los turcos, los moros, los judíos, i los luteranos, viendo así mal tratar la cabeza de la cristiandad? ¡O, Dios, que tal sufres! ¡O, Dios, que

* *Fruir*, en la Ed. let.gót.: *sufrir*, en la de Paris.

tan gran maldad consientes! ¿Esta era la defensa que esperaba la Sede apostólica de su defensor? ¿Esta era la honrra que esperaba España de su Rei tan poderoso? ¿Esta era la gloria, este era el bien, este era el acrezentamiento que esperaba toda la cristiandad? ¿Para esto adquirieron sus abuelos el título de Católicos? ¿Para esto juntaron tantos reinos i señoríos, debajo de un señor? ¿Para esto fué elejido por Emperador? ¿Para esto los Romanos Pontifizes, le ayudaron á echar los franceses de Italia: para que en un dia deshiziese él todo lo que sus predezesores, con tanto trabajo, i en tanta multitud de años, fundaron? ¡Tantas iglesias, tantos monasterios, tantos hospitales, donde Dios solia ser servido i honrrado; destruidos i profanados! ¡Tantos altares..... i, aun la misma Iglesia del Prinzipe de los Apóstoles, ensangrentados! ¡Tantas reliquias robadas: i con sacrílegas manos mal tratadas! ¿Para esto juntaron sus predezesores tanta santidad en aquella ciudad? ¿Para esto honrraron las Iglesias con tantas reliquias; para esto les dieron tantos ricos atavíos de

oro i de plata; para que viniese él, con sus manos lavadas, á robarlo, á deshazerlo, á destruirlo todo? ¡Soberano Dios! ¿Será posible, que tan gran crueldad, tan gran insulto, tan abominable osadía, tan espantoso caso, tan execrable impiedad; quede * sin mui rezio, sin mui grave, sin mui evidente castigo? Yo no sé cómo acá lo sentis: i, si lo sentis, no sé cómo lo podeis disimular.

Lactancio. — Yo he oido con atenzion todo lo que habeis dicho: i, á la verdad, aunque en ello he oido hablar á munchos; á mi parezer, vos lo acriminais, i afeais mas que ningun otro. I en todo ello, venis mui mal informado. I, me pareze, que, no la razon, mas la pasion de lo que habeis perdido os haze dezir lo que habeis dicho. Yo no os quiero responder con pasion, como, vos, habeis hecho; porque sería dar vozes sin fructo. Mas, sin ellas, yo espero, confiando en vuestra discrezion i buen juizio, que antes que de mí os partais; os daré á entender cuán engañado estais en todo lo que habeis aquí hablado.

* El ant. imp. que*de:* pareze debia dezir *queden.*

Solamente os pido, que esteis atento, i no dejeis de replicar cuando tuviéredes qué, porque no quedeis con alguna duda.

ARCEDIANO. — Dezid lo que quisiéredes: que yo os terné por mejor orador que Tulio, si vos supiéredes defender esta causa.

LACTANCIO. — No quiero, sino que me tengais por el mayor nezio que hai en el mundo; si no os la defendiere con evidentísimas causas, i mui claras razones. I, lo primero que haré, será mostraros, cómo el Emperador ninguna culpa tiene en lo que en Roma se ha hecho. I lo segundo, cómo todo lo que ha acaezido, ha sido por manifiesto juizio de Dios, para castigar aquella ciudad: donde, con grande ignominia
V. de la relijion cristiana, reinaban todos los vizios que la malizia de los hombres podia inventar: i con quel castigo, despertar el pueblo cristiano, para que remediados los males que padeze, abramos los ojos, i vivamos como cristianos, pues tanto nos preziamos de este nombre.

ARCEDIANO. — Rezia empresa habeis tomado: no sé si podreis salir con ella.

LACTANCIO. — Cuanto á lo primero, quiero

protestaros, que ninguna cosa de lo que aquí se dijere, se dize en perjuizio de la dignidad ni de la persona del Papa: pues, la dignidad, es razon que de todos sea tenida en venerazion: i, de la persona, por cierto, yo no sabria dezir mal ninguno, aunque quisiese: pues conozco, lo que se ha hecho, no haber seido por su voluntad, mas por la maldad de algunas personas que cabe sí tenia. I, porque mejor nos entendamos, pues la diferenzia es entre el Papa i el Emperador, quiero que me digais, primero, qué ofizio es el de Papa; i qué ofizio es el del Emperador: i, á qué fin estas dignidades fueron instituidas.

Arcediano. — A mi parezer, el ofizio del Emperador es, defender sus súbditos, i mantenerlos en mucha paz i justizia, favoreziendo los buenos, i castigando los malos.

Lactancio. — Bien dezis: ¿i el del Papa?

Arcediano. — Eso es mas dificultoso de declarar: porque, si miramos al tiempo de Sanct Pedro, es una cosa, i si al de agora, otra.

Lactancio. — Cuando yo os pregunto, para qué fué instituida esta dignidad; entiende-

se, que me habeis de dezir la voluntad i intenzion del que la instituyó.

Arcediano.—A mi parezer, fué instituida, para que el Sumo Pontifize tuviese autoridad de declarar la sagrada Escriptura: i para que enseñase al pueblo la doctrina cristiana, no solamente con palabras, mas con ejemplo de vida: i para que con lágrimas *i* orazioneс, continuamente rogase á Dios por su pueblo cristiano: i para que este tuviese el supremo poder de absolver á los que hubiesen pecado, i se quisiesen convertir: i para declarar por condenados á los que en su mal vivir estuviesen obstinados: i para que con continuo cuidado procurase de mantener los cristianos en mucha paz i concordia: i, finalmente, para que nos quedase acá en la tierra quien mui de veras representase la vida i sanctas costumbres de Jesu-Cristo nuestro Redemptor, porque los humanos corazones, mas aina se atraen con obras, que con palabras. Esto es lo que yo puedo colejir de la sagrada Scriptura. Si, vos, otra cosa sabeis, dezidla.

Lactancio.—Basta eso, por agora, i mirá no

se os olvide, porque lo habremos menester á su tiempo.

Arcediano. — No hará.

Lactancio. — Pues, si yo os muestro claramente, que por haber el Emperador hecho aquello, á que vos mesmo habeis dicho ser obligado; i, por haber el Papa dejado de hazer lo que debia, por su parte, ha suszedido la destruizion de Roma; ¿á quién echareis la culpa?

Arcediano. — Si, vos, eso hazeis (lo que yo no creo), claro está que la terná el Papa.

Lactancio. — Dezidme, pues, agora, vos: pues dezis que el Papa fué instituido para que imitase á Jesu Cristo; cuál, pensais, que Jesu Cristo quisiera mas; ¿mantener paz entre los suyos; ó levantarlos i revolverlos en guerra?

Arcediano. — Claro está, que el Autor de la paz, ninguna cosa tiene por mas abominable que la guerra.

Lactancio. — Pues, veamos: ¿Cómo será imitador de Jesu Cristo, el que toma la guerra, i deshaze la paz?

Arcediano. — Ese tal, mui lejos estaria de

contrarias. Dezis, que su ofizio era rogar á Dios por su pueblo: i él andaba procurando de destruirlo. Dezis, que su ofizio era imitar á Jesu Cristo: i él, en todo, trabajaba de serle contrario. Jesu Cristo fué pobre i humilde, i él, por acrezentar no sé qué señorío temporal, ponia toda la cristiandad en guerra. Jesu Cristo, daba bien por mal: i él, mal por bien, haziendo liga contra el Emperador, de quien tantos benefizios habia rezebido. No digo esto, por injuriar al Papa; bien sé que no procedia del: i que, por malos consejos, era á ello instigado.

Arcediano. — Desa manera, ¿quien terná en eso la culpa?

Lactancio. — Los que lo ponian en ello, i tambien él, que tenia cabe sí ruin jente. ¿Pensais, vos, que delante de Dios, se escusará un Prínzipe, echando la culpa á los de su consejo? No, no. Pues le dió Dios juizio, escoja buenas personas que esten en su consejo, i consejarle han bien. I si las toma, ó las quiere tener malas; suya sea la culpa. I, si no tiene juizio para escojer personas, deje el señorío.

Arcediano. — Difizil cosa les pedis.

Lactancio. ¿ Difizil? ¿ I cómo ; tánto juizio es menester para esto? Dezidme : ¿ qué guerra hai tan justa, que un Vicario de Jesu Cristo deba tomar contra cristianos, miembros de un mesmo cuerpo cuya cabeza es Christo, i él su Vicario?

Arcediano. — El Papa tuvo muncha razon de tomar esta guerra contra el Emperador: lo uno, porque, primero, él no habia querido su amistad; i lo otro, porque tenia tomado i usurpado el Estado de Milan, despojando del, al duque Francisco Esforcia: en viendo el Papa esto, se temia que otro dia haria otro tanto contra él, quitándole las tierras de la Iglesia. Luego, con mucha justizia i razon, tomó el Papa las armas contra el Emperador: así para compelerle á que restituyese su Estado al duque de Milan; como para asegurar el Estado i tierras de la Iglesia.

Lactancio. — Marabillado estoi, que un hombre, de tan buen juizio, como vos; hayais dicho una cosa tan fuera de razon como esa. Veamos: ¿i eso, hazíalo el Papa como Vicario de Cristo, ó como Julio de Médizis?

VII. Arcediano. — Claro está que lo hazia como Vicario de Cristo.

Lactancio. — Pues digo, que el Emperador, contra toda razon i justizia, quisiese quitar todo su Estado al duque de Milan; ¿qué tenia que hazer en eso el Papa? ¿Para qué se quiere él meter donde no le llaman, i en lo que no toca á su ofizio? Como si no tuviese ejemplo de Jesu Cristo, para hazer lo contrario: que llamado para que amigablemente partiese una heredad, entre dos hermanos, no quiso ir: dando ejemplo á los suyos, que no se debian entremeter en cosas tan viles i bajas. ¿I quereis agora, vos, que se ponga entrellos su Vicario, con mano armada, sin que le llamen para ello? ¿Dónde hallais, vos, que Jesu Cristo intituyó su Vicario, para que fuese juez entre Prínzipes seglares; cuanto mas ejecutor, i revolvedor de guerra entre cristianos? ¿Quereis ver, cuán lejos está de ser Vicario de Cristo un hombre que mueve guerra? Mirad el fructo que della se saca, i cuán contraria es, no solo á la doctrina cristiana, mas aun á la natura humana. A todos los animales dió

la natura armas para que se pudiesen defender, i con que pudiesen ofender: á solo el hombre, como á una cosa venida del cielo, adonde hai suma concordia; como á una cosa, que acá habia de representar la imájen de Dios; dejó desarmado. No quiso que hiziese guerra. Quiso, que, entre los hombres, hobiese tanta concordia, como en el cielo, entre los ánjeles. I, ¡que agora, seamos venidos á tan gran estremo de ceguedad, que mas brutos que los mismos brutos animales, mas bestias que las mesmas bestias, nos matemos unos á otros! Las bestias viven en paz: i nosotros, peores que bestias, vivimos en guerra. I, entre los hombres, si buscamos cómo viven en cada provinzia: en sola la cristiandad, que es un rinconzillo del mundo; hallareis mas guerra, que en todo el mundo. I no tenemos vergüenza de llamarnos cristianos. É, por la mayor parte, hallareis que aquellos revuelven, que debrian apaziguarla. Obligado era el Romano Pontífize, pues se prezia de ser Vicario de Jesu Cristo: obligados eran los Cardenales, pues quieren ser colunas de la Iglesia:

obligados eran los Obispos, siendo pastores, de poner las vidas por sus ovejas: como lo hizo i lo enseñó Jesu Cristo, diziendo*: «*Bonus pastor animam suam ponit pro ovibus suis:*» mayormente siendo dadas sus rentas al Papa, i á estos otros Prelados; para que, usando de su ofizio pastoral, mejor puedan amparar i defender sus súbditos. I, agora, por no perder ellos un poquillo de su reputazion; ponen toda la cristiandad en armas. ¡O, qué jentil caridad! Doite yo dineros para que me defiendas; i tú, alquilas con ellos jente para matarme, robarme, i destruirme! ¿Dónde hallais, vos, que mandó Jesu Cristo á los suyos, que hiziesen guerra? Leed toda la doctrina evanjélica: leed todas las epístolas apostólicas**, no hallareis sino paz, concordia i unidad, amor i caridad. Cuando Jesu Cristo nació, no tañeron alarma, mas cantaron los ánjeles: «*Gloria in excelsis Deo, et in terra pax,*

* Esto es del cap. X, v. 11 de San Juan: pero adonde dice *ponit*, conforme al texto griego, la Vulguta dice *dat*. (N. del E.)

** La Edic. gót. *canónicas*.

*hominibus bona voluntas**.» Paz nos dió cuando nazió: i paz cuando iba al martirio de la cruz. ¿Cuántas vezes amonestó á los suyos á esta paz i caridad? I, aun no contento con esto, rogaba al Padre, que los suyos fuesen entre sí, una mesma cosa, como Él con su Padre. ¿Podríase pedir mayor conformidad? Pues, aun mas quiso: que los que su doctrina siguiesen, no se diferenziasen de los otros en vestidos: ni aun en diferenzias de manjares: ni aun en ayunos, ni en ninguna otra cosa VIII.
exterior: sino en obras de caridad. Pues el que esta no tiene, ¿cómo será cristiano? É si, no ** cristiano, ¿cómo ** Vicario de Jesu Cristo? Dónde hai guerra, ¿cómo puede haber caridad? ¡I siendo este el prinzipal conozimiento de nuestra fé; ¿quereis, vos, que la cabeza della, ande de él tan apartada? Si los Prínzipes seglares se hazen guerra, no es de marabillar:

* San Lúcas, II, 14, citado aquí conforme al orij. gr., no segun la tr. Vulgata. En la Ed. gót. segun la Vulg.

** *Es*, *será*, en la Ed. de Paris: pero no en la gót.

pues, como ovejas, siguen á su pastor. Si la cabeza guerrea, forzada * cosa es, que peleen los miembros. Del Papa me marabillo, que debria de ser espejo de todas las virtudes cristianas, i dechado en quien todos nos habiamos de mirar: que habiendo de meter, é mantener á todos, en paz i concordia; aunque fuese con peligro de su vida; quiera hazer guerra, por adquirir i mantener cosas, que Jesu Cristo mandó menospreziar: i, que halle, entre cristianos, quien le ayude á una obra tan nefanda, execrable, i perjudizial á la honrra de Cristo. ¿Qué ceguedad es esta? Llamámonos cristianos, i vivimos peor que turcos, i que brutos animales. Si nos pareze, que esta doctrina cristiana es alguna burlería, ¿por qué no la dejamos del todo? que, á lo menos, no hariamos tantas injurias á aquel, de quien tantas merzedes habemos rezebido. Mas, pues conozemos ser verdadera, i nos preziamos de llamarnos cristianos, i nos burlamos de los que no lo son; ¿por qué no lo

* *Forzado es que* etc. Ed. gót.

querremos ser nosotros de veras*? ¿por qué vivimos como si entre nosotros, no hobiese fé ni lei? Los filósofos i sabios antiguos, siendo jentiles, menospreziaron las riquezas: ¿i, agora, quereis vos, que el Vicario de Jesu Cristo haga guerra, por lo que aquellos ciegos paganos no tenian en nada? ¿Qué dirá la jente, que, de Jesu Cristo, no sabe mas de lo que vee en su Vicario, sino, que mucho mejores fueron aquellos filósofos, que por alcanzar el verdadero bien, que ellos ponian en la virtud, menospreziaron las cosas mundanas; que no Jesu Cristo; pues veen, que su Vicario anda hambreando, i haziendo guerra, por adquirir lo que aquellos menospreziaron? Veis aquí la honrra que hazen á Jesu Cristo sus Vicarios. Veis aquí la honrra que le hazen sus ministros. Veis aquí la honrra que le hazen, aquellos que se mantienen de su sangre. ¡O, sangre de Jesu Cristo, tan mal de tus Vicarios empleada! ¡que, de tí, saque dineros este, para matar hombres, para matar

* *De veras:* lo añade P. En la Ed. gót. no lo hai.

cristianos, para destruir ciudades, para quemar villas; para deshonrrar donzellas, para hazer tantas viudas, tantas huérfanas, tanta muchedumbre de males, como la guerra trae consigo! ¡Quién vido aquella Lombardía, i aun toda la cristiandad, los años pasados, en tanta prosperidad: tantas i tan hermosas ciudades, tantos edifizios fuera dellas, tantos jardines, tantas alegrías, tantos plazeres, tantos pasatiempos! Los labradores cojian sus panes, apazentaban sus ganados, labraban sus casas: los ciudadanos i caballeros, cada uno en su estado, gozaban libremente de sus bienes, gozaban de sus heredades, acrezentaban sus rentas, i munchos dellos las repartian entre los pobres. I, despues que esta maldita guerra se comenzó; ¡cuántas ciudades vemos destruidas, cuántos lugares i edifizios, quemados i despoblados: cuántas viñas i huertas taladas; cuántos caballeros, ciudadanos i labradores, venidos en suma pobreza! ¡Cuántas mujeres habrán perdido sus maridos, cuántos padres i madres sus amados hijos, cuántas donzellas sus esposos, cuántas

virjines su virjinidad, cuántas mujeres forzadas en presenzia de sus maridos, cuántos maridos muertos en presenzia de IX.
sus mujeres, cuántas monjas deshonrradas, é cuánta multitud de hombres faltan en la cristiandad! I, lo que peor es, ¡cuánta multitud de ánimas se habrán ido al infierno! É, disimulámoslo, como si fuese una cosa de burla. I, aun no contento con todo esto el Vicario de Jesu Cristo, ya que teniamos paz, nos viene á mover nueva guerra, al tiempo que teniamos los enemigos de la fé á la puerta, para que perdiésemos, como perdimos, el reino de Ungría: para que se acabase de destruir lo que en la cristiandad quedaba. I, aun no contentándose su jente con hazer la guerra, como los otros; buscan nuevos jéneros de crueldad. ¿Qué tiene que hazer el Emperador Nero; ni Dionisio Siracusano; ni cuantos crueles tiranos han, hasta hoi, reinado en el mundo; para inventar tales crueldades, como el ejérzito del Papa, despues de haber rompido la tregua hecha con Don Hugo de Moncada, hizo, en tierras de Colonneses; que dos

cristianos, tomasen por las piernas una noble donzella, vírjen, i teniéndola desnuda, la cabeza baja, viniese otro, i, así viva, la partiese por medio, con una alabarda?.... ¡O, crueldad! ¡O impiedad! ¡O execrable maldad! I, ¿qué habia hecho aquella pobre donzella? ¿I, qué habian hecho las mujeres preñadas, que, en presenzia de sus maridos, les abrian los vientres con las crueles espadas; i, sacada la criatura, así caliente, la ponian á asar ante los ojos de la desventurada madre? ¡O, marabilloso Dios, que tal consientes! ¡O, orejas de hombres, que tal cosa podeis oir! ¡O, summo Pontifize, que tal sufres hazer en tu nombre! ¿Qué merezian aquellas inozentes criaturas? Maldezimos á Herodes, que hizo matar los niños rezien-naszidos: i, tú consientes matarlos antes que nazcan? ¡Dejáraslos, siquiera, nazer! ¡Dejárasles, siquiera, rezebir el agua del baptismo: no les hizieras perder las ánimas, juntamente con las vidas! ¿Qué merezian aquellas mujeres, porque debiesen morir con tanto dolor; i verse abiertos sus vientres; é sus hijos jemir en

los asadores? ¿Que merezian los desdichados padres, que morian con el dolor de los malogrados hijos, i de las desventuradas madres? ¿Cuál judío, turco, moro, ó infiel, querrá ya venir á la fé de Jesu Cristo; pues tales obras rezebimos de sus Vicarios? ¿Cuál dellos lo querrá servir ni honrrar? I los cristianos que no entienden la doctrina cristiana; ¿qué han de hazer, sino seguir á su pastor? I si cada uno lo quiere seguir; ¿quién querrá vivir entre cristianos? ¿Parézeos, señor, que se imita así [á] Jesu Cristo? ¿Parézeos, que se enseña así, el pueblo cristiano? ¿Parézeos, que se interpreta así la sagrada Escriptura? ¿Parézeos, que ruega así el pastor por sus ovejas? ¿Parézeos, que son estas obras de Vicario de Jesu Cristo? ¿Parézeos, que fué para esto instituida esta dignidad; para que, con ella, se destruyese el pueblo cristiano?

Arcediano. — No puedo negaros, que no sea rezia cosa: mas está ya tan acostumbrado en Italia, no tener en nada el Papa que no haze guerra; que ternian por mui grande afrenta, que, en su tiempo, se perdiese

sola una de las almenas de las tierras de la Iglesia.

LACTANCIO. — Por no seros prolijo, quiero dejar infinitas razones, que para confundir esa razon podria yo aquí alegar. Mas, vengamos á la extremidad: digo, que el Emperador quisiera tomar al Papa las tierras de la Iglesia: ¿no os pareze, que fuera menor inconveniente, que el Papa perdiera todo su señorío temporal, que
X. no, que la cristiandad, i la honrra de Jesu Cristo padeziera lo que ha padezido?

ARCEDIANO. — No, por cierto. ¿I, así querríades, vos, despojar á la Iglesia?

LACTANCIO. — ¿Cómo, despojar á la Iglesia? ¿A quién llamais Iglesia?

ARCEDIANO. — Al Papa, i á los Cardenales.

LACTANCIO. — ¡I, todo el resto de los cristianos, no será tambien Iglesia como esos?

ARCEDIANO. — Dizen que sí.

LACTANCIO. — Luego, el señorío i auctoridad de la Iglesia, mas consiste en hombres, que no en gobernazion de ciudades: i, por consiguiente, entonzes estará la Iglesia mui acrezentada, cuando hobiere mun-

chos cristianos: estonzes despojada, cuando hobiere pocos.

ARCEDIANO. — A mí, así pareze.

LACTANCIO. — Luego, el que es causa de la muerte de un hombre, mas despoja la Iglesia de Jesu Cristo, que no, el que quita al romano Pontífize su señorío temporal.

ARCEDIANO. — Ansí sea*.

LACTANCIO. — Pues, dezídme, vos, ahora: ¿cuántas personas serán muertas, despues que el Papa comenzó esta guerra, por asegurar, como dezis, su Estado? Dejo los otros males que la guerra trae consigo.

ARCEDIANO. — Infinitas.

LACTANCIO. — Luego, mas ha despojado él la Iglesia de Dios, que la despojaria, quien quitase á él su señorío temporal. Veamos: si alguno quisiera tomar la capa á Jesu Cristo; ¿creeis que se pusiera en armas para defenderla?

ARCEDIANO. — No.

LACTANCIO. — Pues, ¿por qué quereis que el Papa lo haga, pues dezis, que fué instituido para que imitase á Jesu Cristo?

* Pareze modismo equivalente al moderno: *sea así:* q. d. *concedo: no lo disputo.* (Edit.)

ARCEDIANO. — De esa manera, nunca la Iglesia ternia señorío: cada uno se lo querria quitar, si supiese que el Papa no lo habia de defender.

LACTANCIO. — Si es nezesario, i provechoso, que los sumos Pontífizes tengan señorío temporal, ó no; véanlo ellos. Cierto, á mi pareszer, mas libremente podrian entender en las cosas espirituales, si no se ocupasen en las temporales. I, aun en eso que dezis, estais engañado: que, yo os prometo, que cuando el Papa quisiese vivir como Vicario de Jesu Cristo; no solamente no le quitaria nadie sus tierras, mas le darian muchas mas. I, veamos: ¿cómo tiene él lo que tiene, sino de esta manera?

ARCEDIANO. — Dezis verdad: pero, ya no hai caridad en el mundo.

LANCTANCIO. — Vosotros, con vuestro mal vivir, matais el fuego de la caridad: i en vuestra mano estaria enzenderlo si quisiésedes.

ARCEDIANO. — ¿Quereis que lo enzendamos, perdiendo cuanto tenemos?

LACTANCIO. — ¿Por qué no? ¿Si os lo dieron por amor de Dios; por qué no lo perde-

reis, por amor de Dios? Claro está, que todos los verdaderos cristianos, con tal condizion poseemos estos bienes temporales que estemos aparejados para dejallos, cada vez que vieremos cumplir así á la honrra i gloria de Jesu Cristo, i al bien de la cristiandad. Pues, ¿cuánto mas de veras debrian de hazer esto los clérigos; i cuánto mas de veras lo debria hazer el Vicario de Jesu Cristo?

ARCEDIANO. — Vos estais tan santo, que no cumple tomarme con vos. Cierto: no os habriamos menester en Roma.

LACTANCIO. — Ni aun yo querria vivir entre tan ruin jente.

ARCEDIANO. — ¿Como la que agora hai?

LACTANCIO. — Ni aun como la que habia. Que, entre ruin ganado, no hai que escojer.

ARCEDIANO. — Cómo! ¿i teneisnos, á nosotros, por tan malos como aquellos desuella caras?

LACTANCIO. — Por tan malos? i, aun no estoi en dos dedos de dezir, que por peores.

ARCEDIANO. — ¿Por qué?

LACTANCIO. — Porque sois muncho mas perniziosos á toda la república cristiana con vuestro mal ejemplo.

Arcediano. — ¿I aquellos?

Lactancio. — Aquellos no hazen profesion de Ministros de Dios, como vosotros: ni tienen de comer, por tales, como vosotros: ni hai nadi, que les quiera, ni deba imitar como á vosotros. Esperad pues: que aun no habemos acabado. Hasta agora, he tratado la causa, llamando al Papa, Vicario de Jesu
XI. Cristo*. Agora quiero tratarla, haziendo cuenta, ó finjiendo, que él tambien es Prínzipe seglar, como el Emperador: porque, mas á la clara, conozcais el error en que estábades. Cuanto á lo primero, cosa es mui averiguada, que el Papa, hubo esta dignidad por favor del Emperador: é habida (mirad, qué agradezimiento), luego se concertó con el rei de Francia, cuando pasó en Italia; i dejó la amistad del Emperador. I, aun dizen algunos, que el mismo Papa, lo instó á que pasase en Italia. I, no obstante esto, el Emperador, habida la victoria contra el rei de Francia, no solamente no quiso quitar al Papa, las ciudades de Parma i

* La Ed. gót. añade: *como es razon:* palabras suprimidas en la de Par.

Plasenzia *, como de justizia i razon lo podia hazer; mas, ratificó la liga, que sus embajadores con él hizieron. Pero el Papa, no contento con esto, comenzó á tractar nueva liga en Italia, contra el Emperador, estando el rei de Francia preso. Mas, descubrióse la cosa que secretamente tractaban, i no hubo efecto. I, no bastó, para que el Emperador no procurase, por todas las vias á él honestas i razonables, de contentar al Papa, porque él fuese medianero en la paz que se trataba entre él i el rei de Francia, i no la estorbase: mas, nunca lo pudo alcanzar. Concluyóse, en este medio, la paz con Francia: i luego que el Rei fué suelto, comenzó el Papa á procurar de hazer nueva liga con el Rei, contra el Emperador, sin haberle dado causa alguna para ello: i esto, á tiempo que los turcos, con un poderoso ejérzito, comenzaron á entrar por el reino de Ungría. ¿Parézeos, que era jentil hazaña? Estaban los enemigos á la

* Esto es, *Piacenza* (Placentia), en Italia, cerca del rio Trebbia. Perteneció, hasta el siglo pasado, á los dominios españoles, en Parma.

puerta, i él revolvia nueva guerra en casa. Requeria al Emperador, que no se aparejase para resistir al turco: i él, secretamente, se aparejaba, para hazer guerra al Emperador. ¿Parézeos, que eran estas, obras de Prínzipe cristiano?

ARCEDIANO. — Veamos: i el Emperador, ¿por qué no hazia ver la justizia del Duque de Milan? I si no habia errado, ¿no era razon que le restituyese su Estado?

LACTANCIO. — Sí, por cierto. Pero, mirad, señor: el Emperador puso en el Estado de Milan, al duque Franzisco Esforzia, pudiéndolo tomar para sí, pues tiene á él, mucho mas derecho, que el mismo Duque. I, solo por la paz i sosiego de Italia, i de toda la cristiandad, lo quiso dar á un hombre, de quien nunca servizio habia rezebido. I, despues, su Majestad fué informado, por sus Capitanes, que el Duque, habia entendido, i sido parte, en la liga que el Papa, i los otros potentados de Italia, hizieron contra él. I, pues, en ello, habia cometido crímen *læsæ majestatis;* era razon, que como rebelde i desagradezido, fuese privado de su Estado.

Arcediano. — ¿Cómo! ¿quereis privar un hombre, sin ser oido?

Lactancio. — ¿Por qué no; cuando el delicto es evidente i manifiesto; i de la dilazion, se podrian seguir inconvenientes? Como estonzes: que estaba el ejérzito del Emperador en estremo peligro, si no se apoderaba de las ciudades i villas de aquel Estado de Milan.

Arcediano. — ¿Pues por qué, despues, el Emperador no habia querido hazer informazion, para saber la verdad, i restituirle su Estado, si se hallára sin culpa?

Lactancio. — ¿I cuándo vistes, vos, oir por procurador un reo, en caso criminal, espezialmente donde interviene crímen *læsæ majestatis*? Prensentárase él, i oyéranle *á** justizia. De otra manera, el no presentarse, le hazia culpado.

Arcediano. — Temíase de los Capitanes del Emperador, que le tenian mala voluntad.

Lactancio. — A la fé, temíase de su poca justizia. Sino mirad, que luego que salió fuera del castillo de Milan, se juntó con los

* *A*, por *en* justizia, que dezimos ahora.

enemigos del Emperador. I tambien, ¿qué
XII. tenia el Papa que hazer en esto? ¿Si un Prínzipe quiere castigar su vassallo, hase él de entremeter en ello? I, aunque lo hobiese de hazer, i fuese este su ofizio; ¿no bastaba, que el Emperador le envió á don Hugo de Moncada, ofreziéndole todo lo que él pedia? ¿Qué hombre hai en el mundo, que no quisiera mas, uno en paz, que dos, en guerra? Cuanto mas, dándole con la paz, todo lo que él pedia con la guerra. Si el Papa tanto deseaba, que el duque Franzisco Esforzia, fuese restituido en su Estado, solamente, porque ni el Emperador se quedase con él, ni lo diese al Infante don Hernando su hermano; ¿por qué no azeptaba lo que don Hugo de Moncada le ofrezia de parte del Emperador; que era contento que aquel Estado, estuviese en poder de terceros, hasta que la justizia del Duque fuese vista: i que si no tenia culpa en lo que le acusaban, prometia de hazérselo luego restituir: i si se hallase culpado, i hobiese de ser privado de su Estado, que su Majestad prometia de no tomarlo para sí, ni darlo al Infante

don Hernando su hermano, sino al duque de Borbon*, que era uno de los que el mismo Papa, para esto, habia nombrado primero? ¿Quereis que os diga? El Papa pensaba tener la cosa hecha; *i***, *que* desbaratado el ejérzito del Emperador, no solamente lo echarian de Lombardía, mas de toda Italia: i le quitarian todo el reino de Nápoles, como tenian conzertado, i aun entre sí partido. I con esta esperanza, el Papa no quiso azeptar lo que, con don Hugo, el Emperador le ofrezió.

Arcediano. — Antes, no fué por eso, sino que ya él estaba conzertado con los otros: i no queria romper la fé que les habia dado.

Lactancio. — Jentil achaque es ese! ¿I qué mas miel tenia la fé, que habia dado al rei de Francia, para destruir la cristiandad; que la que primero dió al Emperador; para remedio de ella? Antes, de razon debia guardar la que dió al Emperador, i romper la que dió al rei de Francia. ¿No sabeis, que juramento, hecho en daño i

* Barbon, en la Ed. gót.

** V q̄. Así en la Ed. gót.

perjuizio del prójimo, no se debe guardar? Cuanto mas en daño de toda la cristiandad, i en daño i perjuizio de la honrra de Dios, i de tanta jente como, á esta causa, ha padezido.

Arcediano. —En eso, yo confieso, que teneis muncha razon. Mas, vos no considerais, que el ejérzito del Emperador, amenazaba de venir sobre las tierras del Papa; i que el Papa, como buen Prínzipe, pues Prínzipe lo quereis llamar; es obligado á defenderlas. I, sabeis vos mui bien, que el Derecho natural permite á cada uno, que defienda lo suyo.

Lactancio. — Si el Papa guardara la liga que tenia hecha con el Emperador; ó quisiera azeptar lo que de nuevo le ofrezió; no amenazára su ejérzito de venir sobre las tierras de la Iglesia. I, aunque eso sea, i yo os conzeda, que el Derecho natural permite á cada uno que defienda lo suyo; mas, dezidme: ¿entendeis, vos, que los Prínzipes tienen el mesmo señorío, sobre sus súbditos, que, vos, sobre vuestra mula?

Arcediano. —¿Por qué?

LACTANCIO. — Porque las bestias, son creadas para el servizio del hombre: i el hombre, para el servizio de solo Dios. Veamos: ¿fueron hechos los Prínzipes, por amor del pueblo; ó el pueblo, por amor de los Prínzipes?

ARCEDIANO. — Creo yo, que los Prínzipes, por amor del pueblo.

LACTANCIO. — Luego, el buen Prínzipe, sin tener respecto á su interese particular, será obligado á procurar solamente el bien del pueblo, pues fué instituido por su causa.

ARCEDIANO. — De razon, ansí habria ello de ser.

LACTANCIO. — Pues, veis aquí: pongo por caso, que el ejérzito del Emperador quisiera ocupar las tierras de la Iglesia: veamos, ¿cuál fuera mas provechoso á los moradores de ellas; que el Papa, de su propria voluntad las renunziara al Emperador; ó hazer lo que ha hecho por defenderlas? XIII.

ARCEDIANO. — Si al provecho del pueblo se mirase, claro está, que si el Papa diera todas aquellas tierras al Emperador, no padeszieran tantos daños, como han pa-

deszido. Pero, dadme un Prínzipe que haga eso.

LACTANCIO. — Do[i]os el Emperador. ¿No sabeis, vos, que pudiera él, mui bien, i con mucha razon, i justizia, tomar para sí el Ducado de Milan, i la Señoría de Jénova; pues no hai ninguno que á ello tenga tanto derecho como él? Mas, porque le parezió convenir mas al bien del pueblo, que diese lo uno al duque Franzisco Esforzia, i en lo otro, pusiese á los Adornos; lo hizo mui liberalmente: posponiendo su provecho particular, al bien público, como cada buen Prínzipe debe hazer.

ARCEDIANO. — Si se hiziese lo que se debria hazer, espiritual i tempôral, todo habria de ser del Papa.

LACTANCIO. — ¿Del Papa? ¿Por qué?

ARCEDIANO. — Porque lo gobernaria, mejor i mas santamente, que ninguno otro.

LACTANCIO. — ¿Vos no teneis mala vergüenza de dezir eso? ¿No sabeis, que en toda la cristiandad, no hai tierras peor gobernadas, que las de la Iglesia?

ARCEDIANO. — Yo bien lo sé, mas no pensé que lo sabiades vos.

LACTANCIO. — Pues, luego: ¿parézeos, que el Papa hizo como buen Prínzipe, en tomar las armas contra el Emperador, de quien tantas buenas obras habia rezebido; rompiendo la paz i amistad que con él tenia?

ARCEDIANO. — Sé que * el Papa no tomó las armas contra el Emperador, sino contra aquel desenfrenado ejérzito, que hazia horribles extorsiones, i cosas abominables en aquel Estado de Milan: i era justo que aquella pobre jente fuese libre de aquella tal tiranía.

LACTANCIO. — Marabíllome, de vos, que digais tal cosa. Veamos, si el Papa quisiera mantener el amistad con el Emperador, ¿qué habia menester su Majestad tener ejérzito en Italia, pues que ya lo habia mandado despedir? Mas, cuando supo de la liga, que se tramaba contra él; fué forzado á entretenerlo **. Si el Papa no pretendia, sino la libertad i restituzion del Duque

* *Sé que*: modismo antiguo por *si que*, equivalente al moderno, *en verdad*, *que* el Papa no tomó etc.

** *Entretener:* Pareze aquí estar en la particular acepzion de, *tener dentro de Italia* un ejérzito. (E.)

de Milan, i librar aquel Estado, de las vejaziones del ejérzito del Emperador, i asegurar las tierras de la Iglesia; ¿por qué no tomaba el amistad del Emperador, con que se remediaba todo; pues era rogado i requerido con ella? I, si el Papa no queria mas de lo que vos dezis; ¿qué culpa tenia el reino de Nápoles, que lo tenian ya entre sí repartido? ¿Qué culpa tenian las ciudades de Jénova i Sena, que tenian, la una, por mar, i la otra, por tierra, cercadas? Queria evitar las extorsiones i vejaziones, que el ejérzito del Emperador hazia en Lombardía; i, no solamente acrezentaba aquellas, mas daba causa, para que se hiziesen muchas mas, en toda Italia, i aun en toda la cristiandad. Leed la capitulazion de la liga hecha, entre el Papa i el Rei de Francia, Venezianos i Florentines: i vereis si era eso lo que el Papa buscaba. ¿Qué le habia hecho el Emperador, porque debiese tomar las armas contra él?

Arcediano. —¿No os he dicho, que el Papa, no tomó las armas contra el Emperador, sino contra su desenfrenado ejérzito?

LACTANCIO. — ¿De manera, que la guerra, no era sino contra el ejérzito?

ARCEDIANO. — No.

LACTANCIO. — Pues, si contra el ejérzito era, i el ejérzito se ha vengado; ¿por qué echais la culpa al Emperador?

ARCEDIANO. — Porque el Emperador los sostenia, i les envió mas jente, con que hiziesen lo que hizieron.

LACTANCIO. — ¿Vos no dezis, que el ofizio del Emperador, es defender sus súbditos, i hazer justizia? Pues, si el Papa se los queria maltratar; i ocupar sus Reinos, i Señoríos, i impedir que no pudiese hazer justizia del Duque de Milan, como es obligado; por fuerza, habia de mantener i augmentar * su ejérzito, para poderlos XIV.
defender i amparar: pues dejándolo de hazer, ya dejaba de ser buen Emperador.

ARCEDIANO. — En eso, teneis razon. Mas, dezidme: ¿parézeos, que fué bien hecho, que el Emperador mandase hazer el insulto que don Hugo i los Colonneses hizieron en Roma?

LACTANCIO. — Nunca el Emperador tal mandó.

* *Aumentar:* en la Edic. gót.

ARCEDIANO. — ¡Cómo! ¿No mandó él, que doń Hugo, i los Colonneses, entrasen en Roma, i procurasen de prender al Papa?

LACTANCIO. — No. Que no lo mandó. I, aunque lo mandara, ¿parézeos que fuera mal hecho?

ARCEDIANO. — ¡Válame Dios! ¿I eso quereis, vos, defender?

LACTANCIO. — Sí. Veamos: si, vos, toviésedes un padre, que en tanta manera hobiese perdido el seso, que, con sus propias manos, quisiese matar i lisiar sus proprios hijos; ¿qué haríades?

ARCEDIANO. — No teniendo otro remedio, enzerrarloía, ó tonerloía, atadas las manos, hasta que tornase en su seso.

LACTANCIO. — I, ¿no os parezeria, que vuestros hermanos, os eran en cargo, por lo que haziades?

ARCEDIANO. — Claro está, que me serian en cargo.

LACTANCIO. — Pues el Papa, dezídme; ¿no es padre espiritual de todos los cristianos?

ARCEDIANO. — Sí.

LACTANCIO. — Pues si él, con guerras, quiere matar i destruir sus proprios hijos; ¿no os

pareze, que haze mui gran misericordia, ansí con él, como con sus hijos, el que le quiere quitar el poder, para que no lo pueda hazer? No me lo podeis negar.

ARCEDIANO. — Bien. Pero, ¿vos no veis, que se haze gran desacato á Jesu Cristo, en tractar así á su Vicario?

LACTANCIO. — Antes se le haze mui gran servizio, con evitar, que su Vicario, con el mal consejo que cabe sí tiene, no sea causa de la muerte i perdizion de tanta jente, por los cuales murió Jesu Cristo, tambien como por él. I, creedme, que el mismo Papa, cuando dejada la pasion, venga en conozimiento de la verdad; agradezerá, mui de veras, al que le quita la ocasion para que no pueda hazer tanto mal. Sino, venid acá: si, vos (lo que Dios no quiera), estoviésedes tan fuera de seso, que con vuestros proprios dientes os mordiésedes los miembros de vuestro cuerpo; ¿no agradezeríades i terníades en muncha grazia, al que os atase, hasta que tornásedes en vuestro seso?

ARCEDIANO. — Claro está.

LACTANCIO. — Pues, veis aquí. Todos los cris-

tianos, somos miembros de Jesu Cristo: i tenemos por cabeza al mismo Jesu Cristo: i á su Vicario.

ARCEDIANO. — Dezis verdad.

LACTANCIO. — Pues, si este Vicario, por el mal consejo que cabe sí tiene, es causa de la perdizion i muerte de sus proprios miembros, que son los cristianos; ¿no debe agradezer muncho, á quien estorba que no se haga tanto mal?

ARCEDIANO. — Sin duda, vos, dezis mui gran verdad. Mas, no cada uno alcanza este conozimiento, ni puede juzgar mas de lo que vee: i, por eso, los Prínzipes debrian mirar bien lo que hazen.

LACTANCIO. — Mas obligados son los Prínzipes á Dios, que no á los hombres: i mas á los sabios que no á los nezios. Jentil cosa sería que un Prínzipe, dejase de hazer lo que debe al servizio de Dios, i bien de la República; por lo que el vulgo ciego podria dezir ó juzgar. Haga el Prínzipe lo que debe, i juzguen los nezios lo que quisieren. Así juzgaban de David, porque bailaba delante del arca del Testamento. Ansí juzgaban de Jesu Cristo porque moria

en la cruz, i dezian: *alios salvos fecit, seipsum non potest salvum facere.* Así juzgaban de los Apóstoles, porque predicaban á Jesu Cristo. Así juzgan, ahora, á los que mui de veras quieren ser cristianos, menospreziando* la vanidad del mundo, i siguiendo el verdadero camino de la verdad. ¿I quién hai que pueda escusar los falsos juizios del vulgo? Antes se debe tener, por mui bueno, lo que el vulgo XV.
condena por malo, i, por el contrario. ¿Quereislo ver? A la malizia, llaman industria: á la avarizia i ambizion, grandeza de ánimo: al maldiziente, hombre de buena conversazion: al engañador, injenioso: al disimulador, mentiroso, i trafagador; buen cortesano. I, por el contrario, al bueno i virtuoso, llaman simple: al que con humildad cristiana menosprezia esta vanidad del mundo, i quiere seguir á Jesu Cristo, dizen que se torna loco: al que reparte sus bienes con los que lo han

* Yo entiendo, que así menospreziaron al Autor, Juan de Valdés: i hasta hai quien le llama, *hipócrita*, *i fanático*, cuando, por no serlo, dejó de hazer gran figura en el mundo.

menester (por amor de Dios); dizen que es pródigo: al que no anda en tráfagos i engaños, para adquirir honrra i riquezas; dizen que no es para nada: al que menosprezia las injurias por amor de Jesu Cristo; dizen que es cobarde, i hombre de poco ánimo: et finalmente, convertiendo las virtudes en vizios, i los vizios en virtudes; á los ruines, alaban i tienen por bien aventurados: i á los buenos i virtuosos, llaman pobres i desastrados. I, con todo esto, no tienen mala vergüenza de usurpar el nombre de cristianos, no teniendo ninguna señal dello.

Arcediano. — Bien me pareze eso: aunque, para deziros la verdad, por ser, vos, manzebo, i seglar, i cortesano; seria bien dejarlo á los theólogos. Mas, digo que sea como vos dezis: veamos: ¿á lo menos, no fuera razon, que hecho ese insulto, el Emperador castigara, á los que saquearon el sacro Palazio, i templo de Sanct Pedro?

Lactancio. — Cierto, mejor fuera que el Papa no rompiera la tregua, ni la fé que dió á don Hugo.

ARCEDIANO. — Sé que * no la rompió él.

LACTANCIO. — ¿ Pues quién hizo la guerra contra los Colonneses?

ARCEDIANO. — Eso hizose en nombre del Colejio, i no del Papa.

LACTANCIO. — No me digais esas niñerías. ¿Cúyos eran los capitanes? ¿Cúya era la jente? ¿Quién la pagaba? ¿ Cúyas las banderas? ¿ A quién obedezian? Esas son cosas para entre niños. Mas me marabillo, de quien tan gran vanidad inventa; i de los Cardenales, que tal cosa consintieron se hiziese en su nombre. Mas, mui bien está, pues los ha Dios castigado.

ARCEDIANO. — ¿ No queríades que el Papa castigase los Colonneses, pues son sus súbditos?

LACTANCIO. — No, pues habia dado su fé, de no hazerlo: i rompia la tregua, siempre que tomaba las armas contra ellos. I sabia, que el Emperador, no lo habia de consentir, pues los Colonneses tambien son sus súbditos, como *d*el Papa: i es obligado, como buen Prínzipe, de ampararlos, i defenderlos.

* Véase la nota primera de la pág. 369.

Arcediano. —Pues, veamos, ya que esa tregua se rompió, i de la una parte i de la otra se hizieron muchos males; ¿por qué el Emperador, despues, no quiso guardar la otra tregua, que el Vizerrei de Nápoles hizo con el Papa, al tiempo que estaba perdida mucha parte del reino de Nápoles, i todo el resto, en manifiesto peligro de perderse?

Lactancio. —¿Cómo, que no la quiso guardar? Antes os digo de verdad, que, en viniendo á sus manos la capitulazion de esa tregua, aunque las condiziones de ella eran injustas, i contra la honrra i reputazion del Emperador, luego su Majestad, sin tener respecto á lo que el Papa habia hecho con tanta deshonestidad, dando investiduras de sus reinos á quien ningun derecho tenia á ellos, cosa de que los niños se debrian aun burlar; la ratificó i aprobó, mostrando cuánto deseaba la amistad del Papa, i estar en conformidad con él; pues queria mas azeptar condiziones de concordia injusta, que seguir la justa venganza, que tenia en las manos. Mas, por permision de Dios, que tenia determinado de castigar sus ministros, la

capitulazion tardó tanto en llegar acá, i la ratificazion en ir allá; que, antes que allegase, estaba ya hecho lo que se hizo en Roma. I, cierto, si bien lo quereis considerar, ninguno tuvo la culpa sino el mesmo Papa, que pudiendo vivir en paz, buscó la guerra. I, esa tregua, mas la hizo por nezesidad, que no por virtud, cuando vido la determinazion con que iba á Roma el ejérzito del Emperador. ¿I no fuera mas razon, que vosotros guardárades la que hizistes con don Hugo? Habiendo ansí rompido aquella; ¿qué se podia esperar, sino que otro tanto haríades á esta, si el ejérzito se volvia? I, ya que vistes, que el ejérzito no se queria volver, ¿por qué no moderastes aquellas injustas condiziones, que en la tregua habíades puesto; i volviérase el ejérzito, i Roma quedara libre? XVI.

Arcediano. — Querian que les diese el Papa dineros.

Lactancio. — ¿I, por qué no se los daba?

Arcediano. — ¿Mas, por qué se los habia de dar, no seyendo obligado á ello?

Lactancio. — ¿Cómo, que no era obligado?

Veamos. ¿Para qué dan los cristianos al Papa las rentas que tiene?

ARCEDIANO. — Para que las gaste i despenda en aquello, que mas bien i mas provechoso sea á la república.

LACTANCIO. — ¿Pues qué cosa pudiera ser mas provechosa, que hazer volver aquel ejérzito? Claro está, que aunque las cosas suzedieran como el Papa las demandaba; pasando aquel ejérzito adelante, no se podian escusar muertes de hombres, ni las otras malas venturas, que la guerra trae consigo.

ARCEDIANO. — Dezis verdad: mas, ¿por qué el Emperador no paga á su ejérzito: i será obediente á sus capitanes? Bien sé yo, que no quedó por el duque de Borbon, que la tregua no se guardase: mas el ejérzito no le obedezia, porque no era pagado: i esto es culpa del Emperador.

LACTANCIO. — Si el Emperador no paga su jente, quizá lo haze, porque no tiene con qué.

ARCEDIANO. — Pues si no tiene con qué, ¿por qué quiere hazer guerra?

LACTANCIO. — Mas ¿por qué se la hazeis, vosotros, i le forzais, á que mantenga ejér-

zito para defenderse. Sé qué *, el Emperador en paz se estaba, si, vosotros no le moviérades guerra.

ARCEDIANO. —I, aun yo os prometo, que si el ejérzito no hiziera tan extrema dilijenzia, que él toviera bien que hazer en defenderse: i creo yo, que no le quedára hoi al Emperador un palmo de tierra en toda Italia.

LACTANCIO. —¿Cómo?

ARCEDIANO. —Tenia ya el Papa hecha otra nueva liga, mui mas rezia que la primera, en que el rei de Inglaterra tambien entraba: i el Papa prometia de descomulgar al Emperador, i á todos los de su parte; i privarlo de los Reinos de Nápoles i Sizilia, i continuar contra él la guerra, hasta que, por fuerza de armas, le hiziese restituir al rei de Francia sus hijos.

LACTANCIO. — Jentil cosa era esa. ¿No fuera mejor, hazer volver el ejérzito, que enzender otro nuevo fuego?

ARCEDIANO. — Mejor. Pero, al fin, los hombres son hombres: i no se pueden así, todas vezes, domeñar, á lo que la razon

* Véase la nota primera de la pág. 369.

quiere. Mas, venid acá: aunque en todo lo que habeis dicho, tengais la mayor razon del mundo; ¿parézeos á vos jentil cosa, que con aquellos Alemanes, peores que herejes, i con aquella otra canalla de Españoles, i Italianos, que no tienen fé ni lei; haya el Emperador permetido, que se destruya, aquella santa ciudad de Roma? Que (mala ó buena), al fin, es cabeza de la cristiandad, i se le debria tener otro respecto.

LACTANCIO. — Yo os he claramente mostrado, cómo esto no se hizo, por mandado, ni por voluntad del Emperador, pues, allende que, vosotros, le habíades comenzado á hazer guerra; cuando la tregua se hizo, luego que le fué presentada, la ratificó.

ARCEDIANO. — ¿Por qué tenia tan mala jente en Italia, que, como lobos hambrientos, vinieron á destruir aquella santa Sede apostólica?

LANCTANCIO. — Si vosotros quisiérades estar
XVII. en paz, como debríades, i no moviérades guerra contra el Emperador, pues no os pedia nada, no fuera menester que él mantuviera, ni enviara esa jente en Italia.

¿Quereis, vosotros, que os sea lízito hazer guerra; i que, á nosotros, no nos sea lízito defendernos? ¡Jentil manera de vivir!

Arcediano. — Séaos lízito, muncho en hora buena: pero, no con herejes, no con infieles.

Lactancio. — Por cierto, vos, hablais mui mal. Porque, cuanto á los Alemanes, no os consta á vos, que sean Luteranos, ni aun es de creer, pues los envió el rei don Hernando, hermano del Emperador, que persigue á los Luteranos. Antes, vosotros, rezebistes en vuestro ejérzito los luteranos, que se vinieron huyendo de Alemania; i con ellos, hizistes guerra al Emperador. Pues, cuanto á los Españoles i Italianos, que, vos, llamais infieles; si el mal vivir, quereis dezir, que es infidelidad, ¿qué mas infieles que vosotros? ¿Dónde se hallaron mas vizios, ni aun tantos, ni tan públicos, ni tan sin castigo; como en aquella Córte Romana? ¿Quién, nunca, hizo tantas crueldades i abominaziones, como el ejérzito del Papa, en tierras de Colonneses? Si los del Emperador son infieles, porque viven mal; ¿por qué

no lo serán los vuestros, que viven peor? Si, á vosotros, os es lízito hazer guerra con jente que teneis por infieles; ¿por qué no nos será lízito, á nosotros, defendernos con jente que no tenemos por infieles? ¿Qué niñería es esa? Lo que vosotros hazeis contra el Emperador, no lo hazeis contra él, sino contra su ejérzito: i lo que el ejérzito haze contra vosotros, no lo haze el ejérzito, sino el Emperador?

Arcediano. — Digo, que el ejérzito lo hiziese sin mandado, sin consentimiento, sin voluntad del Emperador; i que su Majestad no haya tenido culpa ninguna en ello; veamos: ya que es hecho, ¿por qué no castiga *á* * los mal hechores?

Lactancio. — Porque conoze ser *la* ** cosa, mas divina, que humana: i porque acostumbra á dar antes bien por mal; que no mal, por bien. ¡Jentil cosa seria, que castigase él, á los que pusieron sus vidas, por su servizio!

Arcediano. — Pues, ya que no los quiere

* En la Ed. gót. no hai *á*.

** Tampoco hai *la* en dicha Ed. gót.

castigar; ¿por qué se quiere mas servir de jente, que tan rezio i ab*h*ominable insulto ha hecho?

LACTANCIO.—Por dos respectos. Por evitar los daños, que, andando sueltos, harian: i por resistir al fuego que vosotros enzendistes. Donosa cosa seria, que, pasando franceses en Italia, el Emperador deshiziese su ejérzito.

ARCEDIANO. — Ya no me queda que replicar. Cierto, en esto, vos habeis largamente cumplido lo que prometistes. Yo os confieso, que en ello, estaba mui engañado. Agora querria, que me declarásedes las causas por qué Dios ha permitido los males que se han hecho en Roma, pues dezis, que han sido para mayor bien de la cristiandad.

LACTANCIO. — Pues, en lo primero, quedais satisfecho; yo pienso, con ayuda de Dios, dejaros mui mas contento en lo segundo. Mas, pues agora es tarde; dejémoslo para despues de comer: que hoi quiero teneros por convidado.

ARCEDIANO. — Sea como mandáredes: que aquí nos podremos despues volver.

LACTANCIO. — Por acabar de cumplir lo que os prometí, allende de lo que en esto á la mesa habemos platicado, cuanto á lo primero, vos no me negareis, que todos los vizios i todos los engaños, que la malizia de los hombres puede pensar, no estoviesen juntos en aquella ciudad de Roma, que vos con muncha razon llamais sancta, porque lo debria de ser.

ARCEDIANO. — Ciertamente, en eso, vos teneis mucha razon. I, sabe Dios, lo que me ha parezido siempre dello; i lo que mi corazon sentia, de ver aquella ciudad (que, de razon, debria de ser ejemplo de virtudes á todo el mundo) tan llena de vizios, de tráfagos de engaños, i de manifiestas bellaquerías. Aquel vender de Ofizios, de Benefizios, de Bulas, de Induljenzias, de Dispensaziones, tan sin vergüenza; que verdaderamente parezia una irrision de la fé cristiana: *et* que los ministros de la Iglesia no tenian cuidado,

sino de inventar maneras, para sacar dineros. Empeñó el Papa ciertos Apóstoles, que habia de oro; i despues hizo una * imposizion, que se pagase en la expedizion de las Bulas, *pro redemptione Apostolorum*. No sé cómo no tenian vergüenza de hazer cosas tan feas, i perjudiziales á su dignidad.

LACTANCIO. — Eso mismo dizen todos los que de allá vienen: i eso mismo conozia yo cuando allá estuve. Pues, venid acá: si vuestros hijos.....

ARCEDIANO. — Habla[d] cortés.

LACTANCIO. — Perdonadme: que no me acordaba, que érades clérigo: aunque ya munchos clérigos hai, que no se injurian de tener hijos. Pero, esto no se dize, sino por un ejemplo.

ARCEDIANO. — Pues dezid.

LACTANCIO. — Si vuestros hijos toviesen un maestro mui vizioso, i viésedes, que con sus vizios i malas costumbres, os los infizionaba, ¿qué haríades?

ARCEDIANO. — Amonestarleía muchas vezes,

* *Una*, añade la Ed. de Paris: en la Gót. falta esa voz.

LACTANCIO. — Por acabar de cumplir lo que os prometí, allende de lo que en esto á la mesa habemos platicado, cuanto á lo primero, vos no me negareis, que todos los vizios i todos los engaños, que la malizia de los hombres puede pensar, no estoviesen juntos en aquella ciudad de Roma, que vos con muncha razon llamais sancta, porque lo debria de ser.

ARCEDIANO. — Ciertamente, en eso, vos teneis mucha razon. I, sabe Dios, lo que me ha parezido siempre dello; i lo que mi corazon sentia, de ver aquella ciudad (que, de razon, debria de ser ejemplo de virtudes á todo el mundo) tan llena de vizios, de tráfagos de engaños, i de manifiestas bellaquerías. Aquel vender de Ofizios, de Benefizios, de Bulas, de Induljenzias, de Dispensaziones, tan sin vergüenza; que verdaderamente parezia una irrision de la fé cristiana: et que los ministros de la Iglesia no tenian cuidado,

sino de inventar maneras, para sacar dineros. Empeñó el Papa ciertos Apóstoles, que había de oro; i despues hizo una * imposizion, que se pagase en la expedizion de las Bulas, *pro redemptione Apostolorum*. No sé cómo no tenian vergüenza de hazer cosas tan feas, i perjudiziales á su dignidad.

LACTANCIO. — Eso mismo dizen todos los que de allá vienen: i eso mismo conozia yo cuando allá estuve. Pues, venid acá: si vuestros hijos.....

ARCEDIANO. — Habla[d] cortés.

LACTANCIO. — Perdonadme: que no me acordaba, que érades clérigo: aunque ya munchos clérigos hai, que no se injurian de tener hijos. Pero, esto no se dize, sino por un ejemplo.

ARCEDIANO. — Pues dezid.

LACTANCIO. — Si vuestros hijos toviesen un maestro mui vizioso, i viésedes, que con sus vizios i malas costumbres, os los infizionaba, ¿qué haríades?

ARCEDIANO. — Amonestarleía muchas vezes,

* *Una*, añade la Ed. de Paris: en la Gót. falta esa voz.

que se emendase: é si no lo quisiese hazer, é yo toviese mando ó señorío sobre él; castigarloía mui jentilmente, para que por mal se emendase, si no lo quisiese hazer por bien.

Lactancio. — Pues, vedes aquí, Dios es padre de todos nosotros: i diónos por maestros á l*os* Romano*s* Pontífi*zes*, para que de el*los*, i de los que cabe el*los* estoviesen *, aprendiésemos á vivir como cristianos. I como los vizios de aquella Córte romana fuesen tantos, que infizionaban los hijos de Dios; i no solamente no aprendian de ellos la doctrina cristiana, mas una manera de vivir á ella mui contraria; viendo Dios, que ni aprovechaban los profetas, ni los evanjelistas, ni tanta multitud de sanctos doctores, como en los tiempos pasados escribieron vituperando los vizios, i loando las virtudes, para que los que mal vivian, se convertiesen á vivir como cristianos; buscó nuevas maneras, para atraerlos á que hiziesen lo que eran obligados. I, allende otros

* Romano Pontifize etc. En singular, no en plur. en la Ediz. gót.

mu*n*chos buenos maestros i predicadores, que ha enviado en otros tiempos pasados; envió, en nuestros dias, aquel exzelente varon Erasmo Rotherodamo; que con muncha elocuenzia, prudenzia, i modestia, en diversas obras que ha escrito, descubriendo los vizios, i engaños de la Córte romana, i en jeneral de todos los eclesiásticos; parezia que bastaba, para que los que mal en ella vivian, se emendasen, siquiera de pura vergüenza de lo que se dezia dellos. I, como esto, ninguna cosa os aprovechase; antes, los vizios, i malas maneras, fuesen de cada dia creziendo; quiso Dios probar á convertirlos por otra manera: i permitió que se levantase aquel frai Martin Luther; el cual no solamente les perdiese la vergüenza, declarando, sin ningun respecto todos sus XIX. vizios; mas que apartase mu*n*chos pueblos de la obedienzia de sus prelados, para que, pues no os habíades querido convertir, de vergüenza; os convertiésedes, siquiera, por cobdizia de no perder el provecho, que, de Alemaña, llevábades: ó, por ambizion de no estrechar tanto vuestro

señorío, si Alemaña quedase casi, como agora está, fuera de vuestra obedienzia.

ARCEDIANO. — Bien: pero ese fraile, no solamente dezia mal de nosotros, mas tambien de Dios, en mil herejías que ha escrito.

LACTANCIO. — Dezis verdad: pero si vosotros remediárades, lo que él, primero con mucha razon dezia, i no le provocárades con vuestras descomuniones; por aventura, nunca él se desmandara, á escribir las herejías que despues escribió, i escribe: ni hobiera habido en Alemaña tanta perdizion de cuerpos i de ánimas, como despues, á esta causa, ha habido.

ARCEDIANO. — Mirad, señor: este remedio no se podia hazer sin Conzilio jeneral, i dizen, que no convenia que estonzes se convocase, porque era manifiesta perdizion de todos los eclesiásticos: tanto, que si entonzes el Conzilio se hiziera, nos pudiéramos ir todos, derechos al hospital, i aun el mesmo Papa con nosotros.

LACTANCIO. — ¿Cómo?

ARCEDIANO. — Presentaron todos los Estados del Imperio cient agravios, que diz que rezebian de la Sede apostólica, i de mu-

chos eclesiásticos: i, en todo caso, querian que aquello se remediase.

Lactancio. —¿Pues, por qué no lo remediábades?

Arcediano. — A eso nos andábamos. Ya dezian, que las rentas de la Iglesia, pues fueron dadas é instituidas para el socorro de los pobres, que se gastasen en ello, i no en guerras, ni en vizios, ni en faustos, como por la mayor parte agora se gastan. E, aun querian, que los pueblos, i no los clérigos, toviesen la administrazion dellas. Allende desto querian, que no se diesen dispensaziones por dineros, diziendo, que los pobres tambien son hijos de Dios, como los ricos: i, que dando las dispensaziones por dineros, los pobres, que, de razon, debrian de ser mas previlejiados, quedan mui agraviados; i los ricos, por el contrario, previlejiados.

Lactancio. — No * esteis en eso, que á la ver-

* Así la Ediz. de Paris. La Ediz. gót. dize: «No estais en eso.» Si corrijió bien la Ediz. de Paris; q. d. «No os detengais: no dudeis de eso.» Si la Ed. gót. se sigue, debe añadirse una interrogazion: ¿No estais en eso? q. d. ¿No es así? ¿Dudais?

dad, yo he estado, i estoi munchas vezes tan atónito, que no sé qué dezirme. Veo, por una parte, que Cristo loa la pobreza, i nos convida, con perfectísimo ejemplo, á que la sigamos: i por otra, veo, que de la mayor parte de sus ministros, ninguna cosa sancta ni profana podemos alcanzar, sino por dineros. Al baptismo, dineros: á la confirmazion, dineros: al matrimonio, dineros: á las sacras Órdenes, dineros: para confesar, dineros: para comulgar, dineros. No os darán la estrema uncion, sino por dineros: no tañerán campanas, sino por dineros: no os enterrarán en la Iglesia, sino por dineros: no oireis misa en tiempo de entredicho, sino por dineros. De manera, que pareze estar el paraiso cerrado, á los que no tienen dineros. ¿Qué es esto, que el rico se entierra en la Iglesia, i el pobre en el cementerio? ¿que el rico entre en la Iglesia, en tiempo de entredicho; i al pobre den con la puerta en los ojos? ¿que por los ricos hagan orazíones públicas; i, por los pobres, ni por pensamiento? Si* Jesu Cristo quiso que su Igle-

* En la Ediz. gót no hai *Si*; i este período

sia fuese mas parzial á los ricos, que no á los pobres; ¿por qué nos consejó, que siguiésemos la pobreza? Pues, allende d'esto: el rico, se casa con su prima ó parienta; i el pobre no, aunque le vaya la vida en ello: el rico, come carne en cuaresma; i el pobre no, aunque le cueste el pescado los ojos de la cara: el rico alcanza ocho carretadas de induljenzias; i el pobre no, porque no tiene con qué XX.
pagarlas. I, d'esta manera, hallaréis otras infinitas cosas. I no falta quien os diga, que es menester allegar hazienda para servir á Dios: para fundar iglesias i monasterios, para hazer dezir muchas misas i muchos trentenarios, para comprar muchas hachas que ardan sobre vuestra sepultura. Conséjame á mí Jesu Cristo, que menosprezie i deje todas las cosas mundanas, para seguirle: ¿i, tú, conséjasme que las busque? Mui gran merzed me hareis, en dezirme, la causa que hallan para ello: porque, así Dios me salve, que yo, no la conozco ni alcanzo.

Arcediano.—A buen arbol os arrimais! Aotiene interrogazion. *¿Jesucristo quiso que su* etc.

sadas, que yo nunca rompia mi cabeza, pensando en esas cosas, de que no se me puede seguir ningun provecho.

LACTANCIO. — Buena vida os dé Dios.

ARCEDIANO. — Allende d'esto, dezian: que cuando á los clérigos fueron dadas las libertades i exenziones que agora tienen; eran pobres, i gastaban lo que tenian, con quien mas que ellos habia menester: i que, agora, pues son mas ricos que no los legos, i muchos gastan lo que tienen con sus hijos i manzebas; que no parezia honesto, ni razonable, que los tristes de los pobres, fuesen agraviados con huéspedes i con imposiziones: i los clérigos, en quien todos los bienes se consumian, quedasen exentos. Dezian, asimismo, que habia tantas fiestas de guardar, que los ofiziales i labradores, rezebian mucho perjuizio dello. I, que pues se veia claramente, que la mayor parte de los hombres, no se ocupaban los dias de fiesta en aquellas obras en que se debian de ocupar, sino en mui peores ejerzizios que los otros dias; que seria bien se moderase tanto número de fiestas.

Lactancio. — ¿Parézeos que dezian mal?

Arcediano. — I, vos, ¿quereislo defender? ¿No vedes que los santos, cuyas fiestas quitásedes, se indignarian; i podria ser que nos viniese algun gran mal?

Lactancio. — Mas, ¿vos no vedes, que se ofenden esos santos, mas con los vizios i bellaquerías que se acostumbran hazer los dias de fiesta; que no, en que cada uno trabaje en ganar de comer? Si todas las fiestas se empleasen en servir á Dios, querria yo, que cada dia fuese fiesta: mas, pues así no se haze, no ternia por malo, que se moderasen. Si un hombre se emborracha, ó juega todo el dia á los naipes, ó á los dados, ó anda envuelto en murmuraziones, ó en mujeres, ó en otras semejantes bellaquerías; parézenos, que no quebranta la fiesta: i, si con extrema nezesidad, cose un zapato para ganar de comer; luego dizen que es hereje. Yo no sé, qué servizios son estos. Pésame, que los ricos, tomen en aquellos dias, sus pasatiempos i plazeres; i todo carga, sobre los desventurados de los ofiziales, i labradores, i pobres hombres.

ARCEDIANO. —Por todo eso, que habeis dicho, no se nos daria nada; sino, por lo que nosotros perderiamos en el quitar de las fiestas.

LACTANCIO. — ¿Qué perderíades?

ARCEDIANO. —Las ofrendas, que se hazen muchas mas los dias de fiesta, que los otros dias. Dezian, ansi mismo; que habia muchos clérigos que vivian mui mal; i, no casándose, tenian mujeres é hijos, tan bien i tan públicamente, como los casados: de que se seguia mucho escándalo en el pueblo: por donde seria mejor, que se casasen.

LACTANCIO.—¿I, de eso, pesarosía á vosotros?

ARCEDIANO. —¿I, no nos habia de pesar, que de libres nos hiziesen esclavos?

LACTANCIO. —Antes, me pareze á mí, que, de esclavos, os querian hazer libres. Sino, venid acá: ¿hai mayor, ni mas vergonzoso cautiverio en el mundo, que el del pecado?

ARCEDIANO. — Pienso yo, que no.

LACTANCIO.—Pues, estando vosotros en pecado, con vuestras manzebas, ¿no os pareze, que mui inominiosamente sois

esclavos del pecado; i, que os quita de él, el que procura que os caseis, é vivais honestamente con vuestras mujeres? XXI.

Arcediano. — Bien, ¿pero no vedes, que parezeria mal, que los clérigos se casasen: i [que] perderian mucha de su autoridad?

Lactancio. — ¿I no pareze peor, que esten amanzebados, i pierdan, en ello, mucha mas autoridad? Si yo viese, que los clérigos vivian castamente, i que no admitian ninguno á aquella dignidad, hasta que hobiese, por lo menos, cincuenta años; así Dios me salve, que me parezeria mui bien que no se casasen. Pero, en tanta multitud de clérigos manzebos que toman las órdenes, mas por avarizia, que por amor de Dios, en quien no veis una señal de modestia cristiana; no sé si seria mejor casarse.

Arcediano. — ¿No veis, que casándose los clérigos, como los hijos no heredasen los bienes de sus padres, moririan de hambre, i todos se harian ladrones, i seria menester, que sus padres quitasen de sus Iglesias, para dar á sus hijos, de que se seguirian dos inconvenientes: el uno, que

terniamos una infinidad de ladrones: i el otro, que las Iglesias quedarian despojadas?

LACTANCIO. — Esos inconvenientes, mui fázilmente se podrian quitar, si los clérigos trabajasen de imitar la pobreza de aquellos, cuyos suczesores se llaman, i entonzes no habrian vergüenza de hazer aprender á sus hijos, con dilijenzia, ofizios con que honestamente pudiesen ganar de comer, i serian mui mejor criados, i enseñados en las cosas de la fé, de que se seguiria mucho bien á la república. I, así Dios me vala, que esto, á mi parezer, vosotros mismos lo debríades desear.

ARCEDIANO. — ¿Desear? Nunca Dios tal mande! Mirad, señor (aquí todo puede pasar): si yo me casare; seria menester que viviese con mi mujer, mala ó buena, fea ó hermosa, todos los dias de mi vida, ó de la suya: agora, si la que tengo, no me contenta esta noche; déjola mañana, i tomo otra: allende d'esto, si no quiero tener mujer propria, cuantas mujeres hai en el mundo hermosas, son mias: ó, por mejor dezir, en el Lugar donde estoi.

Manteneislas vosotros, i gozamos nosotros de ellas.

LACTANCIO. — ¿I el ánima?

ARCEDIANO. — Dejaos d'eso, que Dios es misericordioso. Yo rezo mis Horas, i me confieso á Dios, cuando me acuesto, i cuando me levanto: no tomo á nadie lo suyo, no doi á logro, no salteo camino: no mato á ninguno: ayuno todos los dias que me manda la Iglesia: no se me pasa dia, que no oiga misa. ¿No os pareze, que basta esto para ser cristiano? Esotro de las mujeres..... á la fin, nosotros somos hombres, i Dios es misericordioso.

LACTANCIO. — Dezis verdad: pero, en eso, á mi parezer, sois muncho menos que hombres: i no sé yo, si será misericordioso para perdonar tantas bellaquerías, si quereis perseverar en ellas.

ARCEDIANO. — Dejarlas hemos, cuando seamos mas viejos.

LACTANCIO. — Bien está: burlaos con Dios: ¿i qué sabeis si llegareis á mañana?

ARCEDIANO. — No seais tan superstizioso: sé que, algo ha Dios de perdonar. I, veamos: ¿así querríades deshazer, vos, las

constituziones de la Iglesia, que ha infinitos años que se guardan?

LACTANCIO. — ¿Por qué no, si conviene así á la república cristiana?

ARCEDIANO. — Porque parezeria haber la Iglesia, en tanto tiempo, errado.

LACTANCIO. — Mui mal estais en la cuenta. Mirad, señor: la Iglesia, conforme á un tiempo, ordena algunas cosas, que despues, en otro, las deshaze. ¿No leeis en los Actos de los Apóstoles, que en el Conzilio hierosolimitano fué ordenado, que no se comiese sangre, ni cosa ahogada?

ARCEDIANO. — Leídolo he.

LACTANCIO. — ¿Pues por qué no lo guardais ahora?

ARCEDIANO. — Nunca habia parado mientes en ello.

LACTANCIO. — Pues yo os lo diré: estonzes fuè aquello ordenado, por satisfazer algo, á
XXII. la superstizion de los judios, aunque conozian bien los Apóstoles, no ser nezesario: i así, despues se derogó esta constituzion, como cosa supérflua: i, no por eso, se entiende, que el Conzilio errase. Pues, d'esta misma manera, ¿qué incon-

veniente seria, si lo que la Iglesia en un tiempo, por respectos i nezesidades, ordenó, se derogase agora, habiendo otros mas urjentes; por donde pareze, que con aquello se debria dispensar? por cierto, yo no hallo ninguno: sino, que como dezis, no os estaria bien á vosotros.

ARCEDIANO. — Dejemo[no]s, agora, d'eso.

LACTANCIO. — ¿Pues, no os pareze, á vos, que fuera mucho mejor remediar, lo que habeis dicho que pedian los Alemanes, i emendar vuestras vidas; i, pues os hazemos honrra por ministros de Dios, serlo mui de veras; que no, perseverar en vuestra dureza, i ser causa de tanto mal, como, por no remediar aquello, ha acaezido?

ARCEDIANO. — Si los Alemanes piden justizia en esas cosas, la Iglesia lo podrá remediar cuando convenga.

LACTANCIO. — Pues, ves ahí: cómo vosotros no quesistes oir las honestas reprehensiones de Erasmo, ni menos, las deshonestas injurias de Luter; busca Dios otra manera para convertiros: i permitió, que los soldados que saquearon á Roma, con don Hugo, *i* los Colonneses, hiziesen aquel

insulto de que, vos, os quejais: para que viendo que todos os perdian la vergüenza, i el acatamiento que os solian tener; siquiera, por temor de perder las vidas, os convertiésedes, pues no lo queríades hazer por temor de perder las ánimas: pero como eso tampoco aprovechase, viendo Dios, que no quedaba ya otro camino para remediar la perdizion de sus hijos; ha hecho agora con vosotros, lo que, vos, dezis que haríades con el maestro de vuestros hijos, que os los infizionase con sus vizios, i no se quisiese emendar.

Arcediano. — Podrá ser lo que dezis: ¿pero, qué culpa tenian las imájines; qué culpa tenian las reliquias; qué culpa tenian las dignidades; qué culpa tenia la buena jente; que así fué todo robado, saqueado, i maltratado?

Lactancio. — Contadme, vos, la cosa, como pasó, pues os hallastes presente; i yo os diré la causa por qué, á mi juizio, Dios permitió cada cosa de las que, con verdad, me contáredes.

Arcediano. — Mucha razon teneis, por cierto; i eso haré yo de mui buena voluntad,

i oiré, lo que dijéredes, de mucha mejor. Habeis de saber, que el ejérzito del Emperador dejó en Sena esa poca artillería que traia, i con la mayor dilijenzia i celeridad que jamás fué oida ni vista, llegó á los muros de Roma, á los cinco de Mayo.

LACTANCIO. — Veamos: ¿por qué estonzes el Papa no envió á pedir algun conzierto?

ARCEDIANO. — Antes, el buen duque de Borbon, envió á requerir al Papa, que le enviase alguna persona con quien pudiese tractar, sobre su entrada en Roma. Mas, como el Papa se fiaba en la nueva liga que tenia hecha; i el ejérzito de la liga le habia prometido, de venirlo á socorrer; no quiso oir ningun conzierto. I, cuando esto supo el ejérzito; luego, el dia siguiente por la mañana, determinó de combatir la ciudad: i quiso nuestra mala ventura, que en comenzando á combatir el Burgo, los de dentro, mataron con un arcabuz al buen duque de Borbon: cuya muerte ha seido causa de mucho mal.

LACTANCIO. — Por cierto, que se me rompe el corazon, en oir una muerte tan desastrada.

ARCEDIANO. — Causáronla vuestros pecados:

porque si él viviera, no se hizieran los males, que se hizieron.

LACTANCIO. — ¡Pluguiera á Dios, que vosotros no los toviérades! ¿I quién nunca oyó dezir, que los pecados de la ciudad, sean causa de la muerte del que los viene á combatir?

ARCEDIANO. — En esto se puede mui bien
XXIII. dezir: porque el duque de Borbon no venia para conquistarnos, sino á defendernos de su mismo ejérzito: no venia á saquearnos, sino á guardar que no fuésemos saqueados. Nosotros debemos de llorar su muerte: que, por él; no hai hombre, que no le deba de haber, antes envidia, que manzilla: porque perdió la vida, con la mayor honrra que nunca hombre murió; i con su muerte, alcanzó lo que muchos señalados capitanes nunca podieron alcanzar. De manera, que para siempre quedará mui estimada su memoria. Sola una cosa me da pena: el peligro con que fué su ánima, muriendo descomulgado.

LACTANCIO. — ¿Por qué, descomulgado?

ARCEDIANO. — Porque, con mano armada esta-

ba en tierras de la Iglesia, i queria combatir la santa ciudad de Roma.

LACTANCIO. —¿No sabeis, vos, que dize un Decreto, que muchos estan descomulgados del Papa, que no lo estan de Dios? I tambien el Papa, no entiende que sea descomulgado, el que está en tierras de la Iglesia, con intenzion de defenderlas en todo lo que se pueda escusar que no reziban daño: como este Prínzipe iba.

ARCEDIANO. —Dezis la verdad, pero el primer movimiento fué voluntario.

LACTANCIO. —Para eso, le distes vosotros causa; i él era obligado á defender el reino de Nápoles, pues lo habia el Emperador hecho su Lugarteniente jeneral en Italia: i tambien, él no iba á ocupar las tierras de la Iglesia; sino á prohibir, que el Papa, no ocupase las del Emperador, i á hazer que viniese á concordia con su Majestad.

ARCEDIANO. —Allá se avenga. Pues, tornando á nuestro propósito, el ejérzito del Emperador estaba tan deseoso de entrar en Roma, unos, por robar; i otros, por el

odio mui grande que á aquella Córte Romana tenian; i otros, por lo uno i por lo otro; que los Españoles é Italianos, por una parte, á escala vista, i los Alemanes, por otra parte, rompiendo con vaivenes* el muro, entraron por el Burgo, adonde, como sabeis, está la Iglesia de Sanct Pedro, i el sacro Palazio.

Lactancio. — I aun mui buenas casas de Cardenales. De una cosa me marabillo: que teniendo los de dentro artillería, i los de fuera ninguna; podiesen ansí lijeramente entrar.

Arcediano. — Verdaderamente fué una cosa marabillosa. ¿Quién pudiera creer, que habiendo dentro de Roma seis mil infantes, allende del pueblo Romano, todos determinados de defenderse, i mui buena provision de artillería; aquella jente, á espada i capa, les entrasen; sin que muriesen mas de ciento d'ellos?

* *Vaivenes*, son cuerdas, ó maromas. La antigua impresion gót. dize: «Españoles é Italianos, por una parte, á esca*rla* vista, i los Alemanes, por otra parte *rōpiendo con bavenes* » etc. Yo correji como está arriba.

LACTANCIO. —I, de los vuestros, ¿cuántos murieron.

ARCEDIANO. — Ya sabeis vos, cómo siempre suelen, en caso semejante, añadir. Quieren dezir, que seis mil hombres: pero, á la verdad, no pasaron de cuatro mil: que luego se retrujeron á la ciudad. I, digoos de verdad, que yo tuviera esta entrada por mui gran milagro; sino viera despues, aquellos soldados, hazer lo que hazian. Por do me pareze, no ser verisimile, que Dios quisiese hazer tan gran milagro, por ellos.

LACTANCIO. — Estais mui engañado: seque Dios no hizo el milagro, por ellos; sino por castigar á vosotros.

ARCEDIANO.—Creo, que dezis mui gran verdad.

LACTANCIO. — Marabillome, que viendo muerto al Capitan jeneral, no desmayaron (como comunmente suele acaezer), i dejaron el combate.

ARCEDIANO. — Si por cierto: en eso estaban los otros pensando. Antes, su muerte, les acrezentó el esfuerzo, para acometer i entrar con mayor ánimo.

LACTANCIO. —Marabillas me contais.

Arcediano. — Así pasa. Porque este buen duque de Borbon era de todos tan amado, que cada uno d'ellos, determinó de morir, por vengar la muerte de su Capitan.

Lactancio. — I, aun eso, debió de ser causa
XXIV. de las crueldades que se hizieron.

Arcediano. — Es cosa mui averiguada.

Lactancio. — ¡O, inmenso Dios: i, cómo en cada particularidad d'estas, manifiestas marabillas! Quesiste que este buen Duque muriese, por esecutar con mayor rigor tu justizia! Pues, veamos, señor: ¿el Papa dónde estaba estonzes?

Arcediano. — En su palazio, sin ningun temor: tan seguro, que faltó mui poco, que no fuese tomado. Mas, como él vió el pleito mal parado, retrújose al Castillo de Sanct-Anjel, con treze Cardenales, i otros Obispos i personas prinzipales, que con él estaban. I, luego, los enemigos entraron en el Palazio, i saquearon i robaron cuanto en él hallaron. É lo mismo hizieron en todas las casas de Cardenales, i otras jentes que vivian en el Burgo, sin perdonar á ninguno: ni aun á la mesma Iglesia del Prínzipe de los Apóstoles. En esto, tovie-

ron harto que hazer aquel dia, sin que quisiesen probar á entrar en Roma, donde, alçadas las puentes del Tiber, nuestra jente se habia fortalezido.

LACTANCIO. — Veamos: el pueblo Romano, i aun vosotros todos, cuando veíades las orejas al lobo, ¿por qué no os conzertábades con el ejérzito del Emperador? ¿Qué teníades que hazer, vosotros, con la guerra que hazia el Papa?

ARCEDIANO. — Por cierto, mui poco: ¿pero, qué queríades que hiziésemos? ¿Nunca habeis oido dezir, que *allá van las leyes, do quieren Reyes?* El pobre pueblo Romano, viendo á la clara su destruczion, quiso enviar sus embajadores al ejérzito del Emperador, para conzertarse con él, i evitar el saco: pero, nunca el Papa se lo quiso consentir.

LACTANCIO. — Digoos, de verdad, que esa fué una grande inhumanidad. ¿I, no valiera mas, que aquel pobre pueblo se librara, que no, que padezieran lo que han padezido?

ARCEDIANO. — Dezis mui gran verdad. ¿Pero, quién pensara, que habia de suzeder

como suzedió? Luego, los capitanes del Emperador, determinan de combatir la ciudad: i, esa misma noche, peleando con los nuestros, entraron. I el saco turó* mas de ocho dias: en que no se tuvo respecto á ninguna nazion, ni calidad, ni jénero de hombres.

LACTANCIO. — ¡Válame Dios! ¿I los capitanes, no podian remediar tanto mal?

ARCEDIANO. — Ya hazian todo cuanto podian, i no les aprovechaba nada, estando la jente encarnizada en robar como estaba. Viérades venir, por aquellas calles, las manadas de soldados, dando vozes! Unos llevaban la pobre jente presa: otros, ropa, oro, plata. Pues los alaridos, jemidos i gritos, de las mujeres i niños, era tan grande lástima de oir; que, aun ahora, me tiemblan las carnes, en dezirlo.

LACTANCIO. — I, aun por cierto, á mí, en oirlo contar.

ARCEDIANO. — Pues, es verdad que tenian respecto á los Obispos ó á los Cardenales. Por cierto, no mas, que si fueran soldados

* Así la Ediz. gót. I Garcilaso dize: «si en esta vida turo, i no me muero.» La Ediz. de Paris, *duró*.

como ellos. Pues, ¿iglesias i monesterios? todo lo llevaban, á hecho; que nunca se vió mayor crueldad, ni menos acatamiento, ni temor de Dios.

LACTANCIO. — Eso, debian hazer los Alemanes.

ARCEDIANO. — A la fé, nuestros Españoles no se quedaban atrás: que tambien hazian su parte. Pues, ¿los Italianos? ¡pajas! Ellos eran los que primero ponian la mano.

LACTANCIO. — I, vosotros; ¿que hazíades estonzes?

ARCEDIANO. — Cortábamos[nos] las uñas, mui de nuestro espazio.

LACTANCIO. — Mas, de verdad.

ARCEDIANO. — ¿Qué queríades que hiziésemos? Unos, se metian entre los soldados: otros, huian: i otros, se rescataban: i todos andábamos, cual la mala ventura.

LACTANCIO. — Despues de rescatados, ¿dejaban os vivir en paz?

ARCEDIANO. — No les dé Dios mas salud. En tanto peligro estábamos, como de antes, hasta que ya no nos quedaba cosa ninguna que nos pudiesen saquear.

LACTANCIO. — Estonzes: ¿de qué comíades?

ARCEDIANO. — Nunca faltaba la misericordia de Dios. Si no podiamos comer perdizes, comiamos gallinas.

XXV.

LACTANCIO. — ¿I los viernes?

ARCEDIANO. — ¿A qué llamais viernes? ¿Vos pensais, que los soldados, hazen diferenzia de[l] viernes al domingo? Maldita aquella. Que, á deziros la verdad, me pareze una cosa mui rezia, que se tenga ya tan poco respecto á los mandamientos de la Iglesia.

LACTANCIO. — No lo teneis vosotros, á los mandamientos de Dios, i marabillais os, que los soldados no lo tengan á los prezeptos de la Iglesia. Veamos: ¿cuál teneis por mayor pecado, una simple fornicazion, ó comer carne el viernes Santo?

ARCEDIANO. — Jentil pregunta es esa! Lo uno, es cosa de hombres: i lo otro, seria una grandísima abominazion. ¿Comer carne el viernes Santo? ¡Jesus! No digais tal cosa.

LACTANCIO. — ¡Válame Dios: i cómo teneis hermoso juizio! ¿I, vos, no vedes, que os valdria mas comer carne el viernes Sancto, i otro cualquier dia de ayuno; que cometer una simple fornicazion?

Arcediano. — ¿Por qué?

Lactancio. — Porque seria mas saludable al cuerpo, i menos dañoso al alma.

Arcediano. — ¿Cómo?

Lactancio. — ¿No es cosa mui clara, que la carne es mas provechosa, que el pescado?

Arcediano. — Sí.

Lactancio. — Luego, mas saludable al cuerpo seria comer carne, que pescado. Pues, cuanto al ánima, ¿no ofende mas á Dios, el que peca contra sus mandamientos propios, que el que peca contra los de la Iglesia?

Arcediano. — Claro está.

Lactancio. — Luego, mas se ofende á Dios con la fornicazion que es prohibida *jure divino;* que en el comer de la carne, que es constituzion humana.

Arcediano. — Confesaros he, que teneis razon, con una condizion; que me digais la causa por qué nos pareze mas grave, pecar contra las constituziones humanas, que contra la Lei divina.

Lactancio. — No nos enrredemos mas en eso: que tiempo habrá para todo. Agora, prosigamos adelante nuestro propósito.

Arcediano. — Sea asi. Dejemos eso para otra vez. I, dezidme agora: ¿qué razon habia, que pagasen justos por pecadores? Verisimil es, que en Roma habia muchas buenas personas, que, ni en los vizios d'ella, ni en la guerra, tenian culpa: i padezieron juntamente con los malos.

Lactancio. —Los malos, rezibieron la pena de sus maldades: i los buenos, trabajos en este mundo, para alcanzar mas gloria en el otro.

Arcediano. — A lo menos, fuera razon, que á los Españoles i Alemanes, i jentes de otras naziones, vasallos i servidores del Emperador, se tuviera algun respecto: que, sacando la Iglesia de Santiago d'españoles, i la casa de don * Pedro de Salamanca, Embajador de don Fernando rei de Ungría, i don Antonio de Salamanca (que hoi es Obispo ** Gurzense); no quedo casa, ni Iglesia, ni hombre, de todos cuantos estábamos en Roma; que no fuese

* En la Ediz. gót., de *mro. Pedro* etc. I la misma Ediz. gót. dize luego: *Antonio de Salamanca: hoyos:* en vez de, *que hoi es.*

** En la traduczion italiana, Vescovo *C*urcense.

saqueado i rescatado. Hasta el Secretario Perez que estaba i residia en Roma, por parte del Emperador.

LACTANCIO. — En solo eso, debiérades de conozer, que fué manifiesto juizio de Dios, i no obra humana: i que no se hizo por mandado ni voluntad del Emperador, pues, ni aun á los suyos, se tuvo respecto.

ARCEDIANO. — Dezis verdad. ¿Mas, no es mui rezia cosa, que cristianos, vendan i rescaten cristianos, como aquellos soldados hazian?

LACTANCIO. — Rezia, por cierto: pero tan comun es, entre jente de guerra; que no os debríades de marabillar, que allí se hiziese, donde no solamente se solian vender i rescatar hombres; mas aun ánimas.

ARCEDIANO. — ¿Ánimas? ¿En qué manera?

LACTANCIO. — Yo os lo diré: pero á la oreja.

ARCEDIANO. — No hai aquí ninguno.

LACTANCIO. — No me curo. Llegaos acá.....

ARCEDIANO. — Ya os entiendo.

LACTANCIO. — Pues, ¿no os pareze que tengo razon?

ARCEDIANO. — Sí, por cierto: mui grande. I, agora conozco haber Dios permitido esto,

para que nosotros vengamos en conozimiento de nuestro error. Mas, os contaré.

XXVI. Los Cardenales que estaban en Roma, i no se pudieron enzerrar con el Papa en el Castillo; fueron presos, i rescatados, i sus personas mui maltractadas: i traidos por las calles de Roma, á pie, descabellados *, entre aquellos Alemanes: que era la mayor lástima del mundo verlos: espezialmente, cuando hombre se acordaba, de la pompa con que iban á Palazio, i de los ministriles que les tañian, cuando pasaban por el Castillo.

Lactancio. — Por cierto, rezia cosa era esa: pero habeis de considerar, que ellos se lo buscaron, porque consentian, que el Papa hiziese guerra al Emperador, i despues de hecha la tregua con don Hugo; sufrian, que en nombre del Colejio, se rompiese; i se hiziesen las mayores abominaziones, que jamás fueron oidas. ¿I, cómo pensábades, que Dios no os habia de castigar?

Arcediano. — ¿Qué podian ellos hazer, si el Papa lo queria así?

Lactancio. — Cuando hobieran hecho todas

* Q. d. desgreñados; ó, rebultado el cabello.

sus dilijenzias por estorbarlo, si no les aprovechára; saliéranse de Roma, i no quisieran ser partizipantes en tantas maldades. Sé que las puertas abiertas estaban. ¿No sabeis; que, *Agentes et consentientes pari pœna puniuntur?* I tambien, si, por otra parte, sus pecados lo merezian, ó no; pregúntenlo á ma[e]stre Pasquino.

Arcediano. — No he menester preguntarlo, que quizá sé yo mas, que no él.

Lactancio. — Pues, si lo sabeis, no os marabilleis de lo que vistes, sino, de lo que Dios quiso, por su bondad infinita, disimular.

Arcediano. — ¿Qué dezis, de las irrisiones que allí se hazian? Un Aleman se vestia como Cardenal, i andaba cabalgando por Roma, de pontifical, con un cuero de vino en el arzon de la silla: i un Español, de la mesma manera, con una cortesana en las ancas. ¿Podia seer, en el mundo, mayor irrision de la dignidad de Cardenal?

Lactancio. — Veamos: ¿i no es mayor irrision de la dignidad; que el Cardenal tome el Capelo, i haga obras peores que de soldado; que no [que] un soldado tome el

Capelo, queriendo contrahazer á un Cardenal? Lo uno i lo otro es malo: pero no me negueis, vos, que lo primero no sea peor, i aun mas perjudizial á la Sede Apostólica.

ARCEDIANO. — Es verdad: mas, á la fin, los Cardenales son hombres, i no pueden dejar de hazer como hombres: eso otro, es perder la obedienzia i reverenzia á quien se debe, sin la cual, ninguna República se puede sostener.

LACTANCIO. — Ya nos contentariamos, con que los Cardenales fuesen hombres, i algunas vezes, no se mostrasen menos que hombres: i la obedienzia puesta en malos fundamientos no puede durar. Mas, dezidme: ¿los Apóstoles no eran hombres?

ARCEDIANO. — Sí: pero á ellos manteníalos el Spíritu Sancto.

LACTANCIO. — I, veamos: ¿el Spíritu Sancto de agora, no es el que era estonzes?

ARCEDIANO. — Sí.

LACTANCIO. — Pues, ¿si ellos quisiesen pedirlo; negárseles ia?

ARCEDIANO. — No.

LACTANCIO. — ¿Pues por qué no lo piden?

Arcediano. — Porque no lo han [en] gana.

Lactancio. — Pues, d'esa manera, suya es la culpa. I, de aquí adelante, conozerán, cuán grande abominazion es, que siendo ellos columnas de la Iglesia, hagan obras peores que de soldados, pues les parezia mui abominable cosa, que los soldados se vistiesen en hábito de Cardenales. ¿Cómo no me dezis nada de los Obispos?

Arcediano. — Qué quereis que os diga? Tractábanlos como á los otros: deziros he lo que ví. Que, entre otros muchos hombres honrrados, que sacaban á vender á la plaza, llevaban los Alemanes un Obispo de su Nazion, que no estaba en dos dedos de ser Cardenal.

Lactancio. — Qué! ¿á vender?

Arcediano. — ¿Qué marabilla? I aun con ramo en la frente, como allá traen á vender las bestias: i, cuando no hallaban quien se los comprase, los jugaban á los dados. ¿Qué os pareze d'esto.

Lactancio. — Mal. Pero ya os dije, que no [se hizo] sin misterio*. Dezidme: ¿cuál teneis en mas, una ánima, ó un cuerpo? XXVII.

* Mi*n*isterio, en la Ediz gót.

ARCEDIANO. — Una ánima, sin comparazion.

LACTANCIO. — Pues, ¿cuántas ánimas habreis vosotros vendido en este mundo?

ARCEDIANO. — ¿Cómo es posible vender ánimas?

LACTANCIO. — ¿No habeis leido el Apocalipsi, que cuenta las ánimas, entre las otras mercaderías? El que vende el Obispado, el que vende el Benefizio curado, aquel tal, ¿no vende las ánimas de sus súbditos?

ARCEDIANO. — Dezis mui gran verdad. Cierto, nunca me parezieron bien aquellas cosas: ni aquel dar Benefizios á pension, con condizion, que me rescatase *, á tanto por ciento; que es querer engañar á Dios.

LACTANCIO. — A la fé: querer engañar á sí **. Pues, d'esta manera, ¿cuántas ánimas habreis, vos, visto jugar á los dados?

ARCEDIANO. — Infinitas.

LACTANCIO. — Pues, veis aquí, de hoi mas, vendreis en conozimiento de vuestro error: i no os marabillaréis, que aquellos soldados que viven de robar, vendiesen

* *Rescatase:* ahora dezimos, *redituase:* aunque este no equivale enteramente al vocablo antiguo.

** Q. d. *á si mismos.*

los ofiziales, pues vendíades los Benefizios: ni los Obispos, pues vendíades los obispados. I es tanto mas grave lo uno, que lo otro; cuanto es mas digna una ánima, que un cuerpo. Antes les debeis de agradezer, pues no vendieron ningun Cardenal.

Arcediano. — ¿No bastaba, que los rescataban; i compusieron sus casas, i todas cuantas habia en Roma, que ninguna quedó libre?

Lactancio. — Vos no quereis acordaros, de las bolsas que habeis descompuesto, con vuestras composiziones. Pues, no os marabilleis, que descompongan agora las vuestras. ¿No habeis leido, en el Apocalipsi*: « *Reddite illi sicut et ipsa reddidit vobis: duplicate duplitia secundum opera ejus: in poculo quo miscuit vobis miscete illi duplum: quantum glorificavit se et in deliciis fuit, tantum date illi tormentorum et luctuum: quia fortis est Deus, qui judicavit illam.* » Qué os pareze? A la fé; juizios son estos de Dios.

Arcediano. — Las carnes me tiemblan en oi—

* Véase el cap. XVIII.

ros. Pero, dezidme: ¿para qué, ó de qué sirve, la perdizion de tanto dinero? que afirman montar el saco de Roma, con rescates i composiziones, mas de quinze millones de ducados.

LACTANCIO. — ¿A eso llamais, vos, perdizion? A la fé: dígole yo gananzia.

ARCEDIANO. — ¿Cómo gananzia?

LACTANCIO. — Porque ha muchos años, que todo el dinero de la cristiandad se iba, i consumia, en Roma: i agora, tórnase á derramar.

ARCEDIANO. — ¿De qué manera?

LACTANCIO. — El dinero que habia de pleitos, de revueltas, de trampas, de benefizios, de pensiones, de spolios, de annatas, de expediziones, de bulas, de induljenzias, de confesonarios, de composiziones, de dispensaziones, de escomuniones, de anatematizaciones, de fulminaziones, de agravaziones, de reagravaziones, i aun de conminaziones *, i de otras semejantes exacziones; hanlo agora tomado los soldados como labradores, para sembrarlo por toda la tierra.

* *Canonizaziones*, en la Ediz. de Paris.

Arcediano. — ¡I qué negros labradores! Veamos: ¿de qué servia destruir aquella ciudad, de tal manera, que no tornará á ser Roma de aquí á quinientos años?

Lactancio. — ¡Ya pluguiese á Dios.....

Arcediano. — ¡Qué?

Lactancio. — Que Roma no tornase, á tomar los vizios que tenia, ni en ella reinasen mas, tan poca caridad, i amor, i temor de Dios!

Arcediano. — Pues, el sacro Palazio, aquellas cámaras i salas pintadas; ¿que merezian? que era la mayor lástima del mundo, verlas hechas establos de caballos, i aun, al fin, todo quemado.

Lactancio. — Por cierto, sí. Muncha razon fuera, que padeziendo toda la ciudad, se salvase aquella parte, donde todo el mal se consejaba.

Arcediano. — Pues la Iglesia del Prínzipe de los Apóstoles, i todos los otros templos, i Iglesias, i monasterios de Roma; ¿quién os podria contar, cómo fueron tractados i saqueados? Que ni quedó en ellos oro, ni XXVIII.
quedó plata, ni quedó otra cosa de valor; que todo no fuese por aquellos soldados,

robado i destruido. ¿I, es posible, que quiera Dios, que sus proprias Iglesias, sean ansí tractadas i saqueadas; i que las cosas á su servizio dedicadas, sean ansí robadas?

Lactancio. — Mirad, señor: esa es una cosa tan fea i tan mala, que á ninguno puede parezer sino mal: pero, si bien mirais en ello, hai en estas cosas á Dios dedicadas, tanta superstizion; i rezibe la jente tanto engaño; que no me marabillo que Dios permita eso, i muncho mas, á fin *, que en estas cosas haya alguna moderazion. Piensa el mercader, despues que, mal ó bien, ha allegado una infinidad de dineros; que todos cuantos males ha hecho, i aun hará, le serán perdonados, si edificase una Iglesia, ó un monesterio; ó si diere una lámpara, ó un cáliz, ó alguna otra cosa semejante, á alguna Iglesia ó monasterio; i no solamente, en esto, se engaña, pareziéndole, que haze por ** su servizio, lo que las mas vezes se haze por

* Así en la Ediz. de Paris: pero en la Ediz. gót.: «porque en estas» etc.

** Así en ambas Ediziones; pero quizá deberia

un fausto, ó por una vana gloria mundana, como manifiestan las armas que cada uno pone en lo que da, ó en lo que edifica: i fiándose en esto, le pareze que no ha mas menester, para vivir como cristiano: i seyendo este un grandísimo error, no tienen vergüenza de admitirlo, los que d'ello hazen su provecho; no mirando la injuria que en ello se haze á la relijion cristiana.

Arcediano. — ¿Cómo injuria?

Lactancio. — ¿No os pareze injuria, i mui grande, que lo que muchos jentiles, con sola la lumbre natural, alcanzaron, de Dios; lo ignoremos agora los cristianos, enseñados por ese mismo Dios? Alcanzaron aquellos, que no era verdadero servizio de Dios, ofrezerle cosa que se pudiese corromper: alcanzaron, que á una cosa incorpórea, como es Dios, no se habia de ofrezer cosa, que tuviese cuerpo, por prinzipal oferta, ni por cosa á él mucho grata. Dijeron, que no sabia qué cosa es Dios, el que pensaba, que Dios se

dezir: que *lo* haze *por Dios*, *sino en creer es en su* servizio etc.

deleitaba de poseer, lo que los buenos i sabios se prezian de tener en poco, como son, las joyas i riquezas: i, agora, los cristianos, somos tan ciegos, que pensamos, que nuestro Dios se sirve mucho con cosas corpóreas i corruptibles.

Arcediano. — Luego, d' esa manera, quereis dezir, que no se haze servizio á Dios en edificar Iglesias, ni en ofrezer cálizes, i otras cosas semejantes.

Lactancio. — * Digo; que mejor i mas verdadero servizio, haze á Dios, el que le atavía su ánima con las virtudes que Él mandó, para que venga á morar en ella: que no, el que edifica una Iglesia, aunque sea de oro, i tan grande como la de Toledo, en que more Dios; teniéndole con vizios desterrado de su ánima: aunque su intenzion fuese la mejor del mundo. I digo: que es mui grande error, pensar que se huelga Dios en que le ofrezca yo, oro ó

* Antes de esto, dize la Ediz. gót. lo que sigue: « No digo eso: antes digo que es bueno, si se haze con buena intenzion: si se haze por la gloria de Dios, i no por la nuestra: pero digo, que no es eso lo prinzipal. » Etc.

plata, si lo hago por ser alabado, ó por otra vana intenzion. Digo: que se sirve mas Dios, en que aquello que damos á sus Iglesias, que son templos muertos, lo demos á los pobres, para remediar sus nezesidades, pues nos consta, que son templos vivos de Dios.

Arcediano. — D'esa manera, ni habria Iglesias, ni ornamentos, para servir á Dios.

Lactancio. — ¿Cómo que no habria Iglesias? Antes pienso yo que habria muchas mas; pues habiendo muchos buenos cristianos, donde quiera que dos ó tres estoviesen ayuntados, en su nombre; seria una Iglesia. I, allende d'esto, aunque los ruines no edificasen Iglesias ni monasterios, ¿pensais que faltarian buenos, que lo hiziesen? I, veamos: ¿este mundo, qué es, sino una mui hermosa Iglesia, donde mora Dios? ¿Qué es el sol, sino una hacha enzendida, que alumbra á los ministros de la Iglesia? ¿Qué es la luna, qué son las estrellas, sino candelas que arden en esta Iglesia de Dios? ¿Quereis otra Iglesia? Vos mismo. ¿No dize el Apóstol: *Templum Dei sanctum est; quod estis vos?* ¿Quereis XXIX.

candelas para que alumbren esta Iglesia? Teneis el espíritu, teneis el entendimiento, teneis la razon. ¿No os pareze, que son estas, jentiles candelas?

ARCEDIANO. — Sí: pero eso nadie lo vee.

LACTANCIO. — ¿I, vos, habeis visto á Dios? Mirad, hermano; pues Dios es invisible, con cosas invisibles se quiere prinzipalmente honrrar. No se paga muncho, ni se contenta Dios, con oro, ni plata: ni tiene nezesidad de cosas semejantes: pues es Señor de todo. No quiere sino corazones. ¿Quereislo ver? Pues Dios es todo-poderoso, si quisiese, ¿no podria hazer, en un momento, cien mil templos, mas suntuosos i mas ricos, que el templo de Salomon?

ARCEDIANO. — Claro está.

LACTANCIO. — Luego, ¿qué servizio le hareis, vos, en darle lo que Él tiene, no querién dole dar lo que os pide? Veamos: ¿si Él se deleita con templos, si se deleita con oro, si se deleita con plata; por qué no la toma toda para sí, pues todo es suyo?

ARCEDIANO. — Quizá, porque quiere que nos-

otros de nuestra voluntad se lo demos, porque tengamos causa de merezer.

LACTANCIO. — ¿Cómo quereis, vos, merezer con dar á Dios lo que Él menosprezia, si no le quereis dar lo que Él os demanda?

ARCEDIANO. — ¿Luego, no querriades, vos, que hobiese estas Iglesias que hai, ni que tuviesen ornamentos?

LACTANCIO. — *Digo, que no querria, que por honrrar una Iglesia de piedra, dejemos de honrrar la Iglesia de Dios, que ès nuestra ánima: no querria, que por componer un altar, dejemos de socorrer un pobre: i que por componer retablos, ó imájenes muertas; dejemos desnudos los pobres, que son imájenes vivas de Jesucristo. No querria, que hiziésemos tanto fundamento, donde no lo debriamos de hazer: no querria que diésemos á entender, que se sirve nuestro Señor Dios, i se huelga, en poseer lo que cualquiera sabio se prezia de menospreziar. Dezidme: ¿por qué menos-

* En la Ediz. gót. dize antes: «¿Cómo no! Antes, digo, que son nezesarias: pero no querria, que se hiziesen por vana gloria.» Etc.

prezió Jesu Cristo, todas las riquezas i bienes mundanos?

Arcediano. — Porque nosotros no las toviésemos en nada.

Lactancio. — ¿Pues, por qué queremos darle, como cosa á Él mui preziosa i grata, lo que sabemos que Él menosprezió, i quiso que nosotros menospreziásemos; no teniendo cuidado de ofrezerle nuestras ánimas mui puras, i limpias de todo vizio i pecado; siendo esta la mas preziosa i agradable cosa, de cuantas le podemos ofrezer?

Arcediano. — No sé quién os enseñó á vos tantos argumentos, seyendo tan mozo.

Lactancio. — Pues mirad, señor: ha permitido agora Dios, que roben sus Iglesias, por mostrarnos que no tiene en nada, todo lo que se puede robar, ni todo lo que se puede corromper; para que, de aquí adelante, le hagamos templos vivos, primero que muertos; i le ofrezcamos corazones i voluntades, primero que oro i plata; i le sirvamos con lo que Él nos manda, primero que con cosas semejantes.

Arcediano. — Vos me dezis cosa, que yo nunca oí. Pues, que así es, dezidme:

¿cómo, i con qué, le habemos de servir?

LACTANCIO. — Esa es otra materia aparte, de que hablarémos otro tiempo mas de nuestro espazio. Agora, proseguid adelante.

ARCEDIANO. — Como mandáredes. ¿Qué me direis; que los templos donde suele Dios ser servido i alabado, se tornasen establos de caballos? ¡Qué cosa era de ver, aquela Iglesia de Sanct Pedro, de la una parte XXX.
i de la otra, toda llena de caballos! Aun, en pensarlo, se me rompe el corazon.

LACTANCIO. — Por cierto, que eso, á ningun bueno parezerá bien. Pero muchas vezes vemos, que la nezesidad haze cosas, que por la lei son prohibidas; i, que en tiempo de guerra, esas i otras mui peores cosas, se suelen hazer, de las cuales terman culpa los que son causa de la guerra.

ARCEDIANO. — Jentil disculpa es esa!

LACTANCIO. — ¿Por qué no? I, tambien, veamos: ¿el qué trae otra suziedad, mayor que aquella, en lugar mas santo que aquel; no haze mayor abominazion?

ARCEDIANO. — Claro está.

LACTANCIO. — Pues, dezidme: ¿si vos habeis leido la sagrada Escritura, en ella no

habeis hallado, que Dios no mora en templos, hechos por manos de hombres; i, que cada hombre, es templo donde mora Dios?

ARCEDIANO. — Algunas vezes.

LACTANCIO. — Pues, ¿cuál seria mayor maldad i abominazion, hazer establo d'estos templos de piedra, donde dize el Apostol, que no mora Dios; ó hazerlo de nuestras ánimas, que son verdaderos templos de Dios?

ARCEDIANO. — Claro está, que de las ánimas: ¿pero eso, cómo se podrá hazer?

LACTANCIO. — ¿Cómo? ¿A qué llamais establo?

ARCEDIANO. — A un lugar donde se aposentan las bestias.

LACTANCIO. — ¿A qué llamais bestias?

ARCEDIANO. — A los animales brutos, sin razon.

LACTANCIO. — ¿I á los vizios, no los llamaríades brutos i sin razon?

ARCEDIANO. — Sin duda: i aun mui peores que bestias.

LACTANCIO. — Luego, d'esa manera, mayor abominazion será, traer, en el ánima, que es verdadero templo donde mora Dios, los pecados, que son peores que bestias; que

no los caballos, en una Iglesia de piedra.

ARCEDIANO. — A mí, así me pareze.

LACTANCIO. — Pues ahí conozereis, cuán ciego teníades en Roma el entendimiento, que topando cada * dia, por las calles, hombres, que manifiestamente tenian las ánimas hechas establos de vizios; no lo teníades en nada: i porque vistes, en tiempo de nezesidad, aposentar los caballos en la Iglesia de Sanct Pedro; parézeos que es grande abominazion: i rómpeseos el corazon en pensarlo: i no se os rompia, cuando veíades en Roma, tanta multitud de ánimas, llenas de tan feos i abominables pecados; i á Dios, que las hizo, i redimió, desterrado d' ellas. Por cierto, jentil relijion es la vuestra.

ARCEDIANO. — Teneis razon: pero mirad, que lo que dijo Sancto Pablo: que Dios no mora en templos hechos por manos de hombres; se entiende, en aquel tiempo, que él lo dezia: que, seque agora, el santísimo Sacramento, en los templos mora.

LACTANCIO. — Dezis verdad: mas veamos,

* Cada *hora:* en la Ediz. gót.

¿vos no me habeis confesado, que los vizios, son peores que bestias?

Arcediano. — I aun agora lo digo.

Lactancio. — ¿Pues, quien trae una manada de vizios á la Iglesia, que son peores que bestias; no es peor, que el que trajese una manada de caballos?

Arcediano. — A mi parezer, sí: pero esas bestias son invisibles.

Lactancio. — Cómo! ¿Quereis dezir, que Dios no vee los vizios de los hombres?

Arcediano. — Dios los vee bien, mas los hombres no los veen: i los caballos, todos los veiamos.

Lactancio. — D'esa manera, quereis dezir, que menor abominazion es, ofender á Dios, que á los hombres: pues quereis escusar la ofensa que se haze á Dios, en parezer ante Él, cargado de maldades, porque no lo veen los hombres. ¿Agravais el aposentar los caballos en la Iglesia, en tiempo de nezesidad; porque son visibles á los hombres? Mirad, señor: no se ofende Dios con los malos olores, de que se ofenden los hombres. El ánima, en quien los vizios estan arraigados; ésta es la que

ofende á Dios: i, por eso quiere Él, que esté mui limpia de vizios i de pecados. I munchas vezes nos lo tiene así mandado. XXXI. Pero, vosotros, tomaislo todo al revés: teneis mucho cuidado, en tener mui limpios estos templos materiales; i el verdadero templo de Dios, que es la vuestra ánima, teneisla tan llena de vizios, i abominables pecados; que ni vee á Dios, ni sabe qué cosa es.

Arcediano. — Así Dios me salve, que teneis la mayor razon del mundo. Pero, si viérades aquellos soldados, cómo llevaban por las calles, las pobres monjas, sacadas de los monesterios; i otras donzellas, sacadas de casa de sus padres; hobiérades la mayor compasion del mundo.

Lactancio. — Eso es tan comun cosa entre soldados, i jente de guerra; que seyendo, á mi parezer, mui mas grave, que todas esas juntas; no hazemos ya caso d'ello. ¡Como si no fuese peor, violar una donzella, que es templo vivo, donde mora Jesu Cristo, que no, una Iglesia de piedra ó madera! Pero, la culpa d'esto, no tanto se debe de echar á los soldados, cuanto á

vosotros, que comenzastes, i levantastes la guerra, i fuistes causa, que ellos hiziesen lo que han hecho. Verdaderamente, aunque ningun otro mal causase la guerra; por solo esto, la debiamos de dejar.

ARCEDIANO. — Los Rejistros de la Cámara apostólica, de Bulas, i Suplicaziones, i los de los Notarios, i Prozesos; quedan destruidos i quemados.

LACTANCIO. — Eso, pienso yo, que permitió Dios, para que, con ellos, quemásemos todos los pleitos: porque es la mayor vergüenza del mundo, que se traigan pleitos sobre Benefizios eclesiásticos. Veamos: pues los Benefizios se hizieron para los clérigos; i el primer carácter que el ánima del clérigo ha de tener, es caridad; ¿cómo la terná, andando en pleito con su prójimo?

ARCEDIANO. — ¿Por qué no?

LACTANCIO. — Porque si la caridad tuviese alguno de los pleiteantes, querria mas, perder el Benefizio; que estar en discordia con su prójimo.

ARCEDIANO. — Eso seria perfeczion.

LACTANCIO. — I, aun así debrian de ser, perfectos todos los clérigos.

Arcediano. — No alcanzan todos esa perfeccion. I tambien: ¿de qué comerian tantos auditores, abogados, procuradores, copistas, i otros ofiziales, si no hobiese pleitos?

Lactancio. — Sean sastres, aguaderos, ó melcocheros: i no nos quiten la caridad cristiana.

Arcediano. — Tambien es jentil caridad esa vuestra, que personas tan honrradas, tomen tan viles ofizios. Pero, veamos qué querríades hazer, de los pleitos que estan comenzados.

Lactancio. — Que se diese el Benefizio al mas idóneo de los pleiteantes: ó, que se quitase á entrambos; i lo diesen á otro, que mejor lo mereziese.

Arcediano. — D' esa manera, no habria justizia.

Lactancio. — Antes, muncha mas: porque se emplearian los Benefizios en tales personas, que hiziesen aquello, para que fueron ordenados.

Arcediano. — ¿I, agora, no se haze?

Lactancio. — No, por cierto. Porque los bienes de los Benefizios son de los pobres: i vosotros, trayendo pleitos sobre ellos, gas-

taislos entre abogados i procuradores: i, entretanto, los pobres mueren de hambre.

ARCEDIANO. — Muchos hai, que no los gastan en eso: i aun muchos, que los gastan en cosas mui peores: como vos mismo podeis ser buen testigo. ¿I, quién querïades que determinase de la sufizienzia entre los clérigos; para darles ó quitarles los Benefizios?

LACTANCIO. — Cada Obispo en su Obispado, porque conozerian mejor las personas.

ARCEDIANO. — Sí: pero hai muchos Obispos, que no tienen tantas letras, ni juizio, para sabello hazer.

LACTANCIO. — I aun (¡mal pecado!) aunque lo supiesen, no se querrían entremeter en ello: pero deputarian personas que lo hiziesen.

ARCEDIANO. — ¿Quereis que os diga? A la fin, todo andaria por favor.

LACTANCIO. — No lo creais: que hai muchos Obispos sabios, i de buena conszienzia: i los otros, tomarian ejemplo en estos. I, á la verdad, este me pareze agora el mejor
XXXII. remedio, hasta que haya otra mas entera reformazion de la Iglesia.

Arcediano. —¿I de los pleitos que habia* sobre cosas de seglares, qué queríades** hazer?

Lactancio. —Si fuese Prínzipe, ó partiria la diferenzia; ó lo daria todo al mas hombre de bien.

Arcediano. —¿No veis, que pervertíades la justizia?

Lactancio. —¿Quereis que os diga? Todas las cosas creó Dios para el servizio del hombre: i da la administrazion d'ellas, mas á uno que á otro, para que las repartan con los que no tienen. I es justizia que las tengan, los que las repartan con los que no tienen: i es justizia que las tenga, el que mejor las sabe administrar. Lo demas, á mi ver, es manifiesta injustizia.

Arcediano. —Vos querríades, segun eso, hazer un mundo de nuevo.

Lactancio. —Querria dejar en él lo bueno, i quitar del todo lo malo.

Arcediano. —Tal sea mi vida. Pero no podreis salir con tan gran empresa.

Lactancio. —Vívame á mí el Emperador don

* *Habria* (?).

** *Querriades* (?).

Cárlos, i vereis, vos, si saldré con ello.

ARCEDIANO. —Esperad, que aun no lo habeis oido todo. Desde que el ejérzito del Emperador entró en Roma, hasta que yo me salí, que fué á XII de Junio *; no se dijo misa en Roma: ni en todo aquel tiempo, oimos sonar campana ni aun relox.

LACTANCIO.—Los ruines, poco iba en que oyesen misa, pues la oyen sin devozion, atenzion, ni reverenzia: i los buenos, harán con el espíritu, lo que no podrán hazer con el cuerpo. Pero, veamos: ¿por qué los clérigos é frailes no dezian misa?

ARCEDIANO. —¡Por Dios, que esa es una jentil pregunta! ¿No os dije al prinzipio, que no habia clérigo ni fraile, que osase andar por Roma, sino en este hábito de soldado, como yo vengo?

LACTANCIO. —¿Por qué?

ARCEDIANO. —Porque, cuando los Alemanes, veian un clérigo, ó fraile, por las calles; luego andaban dando vozes: «*Papa, Papa: ammazza, ammazza.*»

LACTANCIO.—¡O, válgame Dios! Yo me acuer-

* Q. d. 38 dias. Entró en Roma el ejército el 6 de Mayo de 1527.

do, cuando estaba en Roma, que traian, por allí, muchas profezías, que dezian de esta persecuzion de los clérigos: i que habia de ser en tiempo d'este Emperador.

ARCEDIANO. — Así es la verdad: mil vezes la[s] leiamos allí por nuestro pasatiempo.

LACTANCIO. — ¿Pues, por qué no os emendábades?

ARCEDIANO. — ¿Quién creyera, que aquello, habia de ser verdad?

LACTANCIO. — Cualquiera que considerára bien las cosas de Roma.

ARCEDIANO. — Ni mas, ni menos. Pues, allende d'esto, habia tan gran hedor, en las Iglesias, que no habia quien pudiese entrar en ellas.

LACTANCIO. — ¿De qué?

ARCEDIANO. — Habian los soldados abierto muchas sepulturas, pensando hallar tesoro escondido en ellas: i, como se quedaban descubiertas, hedian los cuerpos muertos.

LACTANCIO. — No era muncho que sufriérades aquel perfume, en pago de los dineros que llevais por enterrarlos.

ARCEDIANO. — ¿Burlaisos?

LACTANCIO. — No, por mi vida: sino que os

digo la verdad. Que, pues los clérigos no tienen vergüenza, de llevar tributo de los muertos, cosa que aun entre los jentiles era turpísima; tampoco habian de tener asco de entrar en las Iglesias, á rogar á Dios por ellos.

ARCEDIANO. — Bien pensais, vos, haber acabado. Pues, como dizen, aun os queda lo peor por desollar; porque he querido guardar lo mas grave para la postre.

LACTANCIO. — Ea: dezid.

ARCEDIANO. — No dejaron reliquias que no saquearon, para tomar con sus sacrílegas manos, la plata i el oro con que estaban cubiertas. Que era la mayor abominazion del mundo, ver aquellos desuellacaras, entrar en lugares donde los Obispos, los Cardenales, los Summos Pontífizes, apenas osaban entrar; i sacar aquellas cabezas i brazos de Apóstoles, i de sanctos bienaventurados. Agora, yo no sé, qué fructo puede venir á la cristiandad, de una tan
XXXIII. abominable osadía i desacatamiento.

LACTANCIO. — Rezia cosa es esa: mas, dezidme: ¿despues de tomada la plata i oro, qué hazian de los huesos?

ARCEDIANO.—Los Alemanes, algunos echaban en los cimenterios, ó en campo santo; otros traian á casa del Prinzipe de Orange, i de otros Capitanes. I los Españoles; como jentes mas relijiosas, todos los traian á casa de Johan de Urbina.

LACTANCIO. — ¿Así despojados?

ARCEDIANO. — Mira que duda! Yo mismo ví una espuerta d'ellos, en casa del mismo Johan de Urbina.

LACTANCIO. — Veamos: ¿i eso teneis, vos, por mas grave?

ARCEDIANO. — Claro está.

LACTANCIO. — Venid acá: ¿no vale mas un cuerpo vivo, que ciento muertos?

ARCEDIANO. — Sí.

LACTANCIO. — Luego, mui mas grave fué la muerte de los cuatro mil hombres que dezis; que no el saco de las reliquias.

ARCEDIANO. — ¿Por qué?

LACTANCIO. — Porque las reliquias son cuerpos muertos: i los hombres eran vivos: i me habeis confesado, que vale mas uno que ciento.

ARCEDIANO. — Verdad dezis: pero aquellos cuerpos eran sanctos, i estos otros no.

Lactancio. — Tanto peor: que las ánimas de los sanctos, no sienten el mal tratamiento que se haze á sus cuerpos; porque estan ya beatificados: i estotros sí; porque muriendo en pecado, se van al infierno, i muere juntamente el ánima, i el cuerpo.

Arcediano. — Así es: pero tambien es rezia cosa, que veamos en nuestros dias, una osadía i desacato tan grande.

Lactancio. — Dezis mui gran verdad. Mas, mirad, que no sin causa Dios ha permitido esto, por los engaños que se hazen con estas reliquias, por sacar dinero de los simples: porque hallaréis muchas reliquias, que os las mostrarán en dos ó tres lugares. Si vais á Dura, en Alemaña, os mostrarán la cabeza de santa Anna, madre de nuestra Señora, i lo mismo os mostrarán en Leon de Franzia. Claro está, que lo uno, ó lo otro, es mentira: si no quieren dezir, que nuestra Señora tuvo dos madres, ó santa Anna dos cabezas. I, seyendo mentira, ¿no es gran mal que quieran engañar la jente, i tener en venerazion un cuerpo muerto, que quizá es de algun ahorcado? Veamos: ¿cuál ter-

niades por mayor inconveniente; que no se hallase el cuerpo de santa Anna; ó que por él os hiziesen venerar el cuerpo de alguna mujer de por ahí?

Arcediano. — Mas querria, que ni aquel, ni otro ninguno, pareziese; que no, que me hiziesen adorar un pecador, en lugar de un santo.

Lactancio. — ¿No querríades mas, que el cuerpo de santa Anna, que como dizen, está en Dura i en Leon, enterrasen en una sepultura, i nunca se mostrasen; que no, que con el uno d'ellos, engañasen tanta jente?

Arcediano. — Sí, por cierto.

Lactancio. — Pues, d'esta manera, hallaréis infinitas reliquias por el mundo: i se perderia mui poco, en que no las hobiese: ¡i, pluguiese á Dios, que en ello se pusiese remedio! El prepuzio de nuestro Señor, yo lo he visto en Roma, i en Burgos, i tambien en Nuestra-Señora de Anversa: i la cabeza de Sanct Johan Baptista, en Roma i en Amiens de Franzia. Pues Apóstoles; si los quisiésemos contar (aunque no fueron sino doze, i el uno no se

halla, i el otro está en las Indias), mas hallarémos de veinte i cuatro, en diversos lugares del mundo. Los clavos de la cruz, escribe Eusebio, que fueron tres: i el uno, echó santa Helena, madre del Emperador Constantino, en el mar Adriático, para amansar la tempestad; i el otro, hizo fundir en almete para su hijo; i del otro, hizo un freno para su caballo: i, agora, hai uno en Roma; otro en Milán, i otro en Colonia, i otro en Paris, i otro en Leon, i otros infinitos. Pues, de palo de la cruz,
XXXIV. dígoos de verdad, que si todo lo que dizen que hai d'ella en la cristiandad, se juntase; bastaria para cargar una carreta. Dientes que mudaba nuestro Señor, cuando era niño; pasan de quinientos, los que hoi se muestran, solamente en Franzia. Pues, leche de nuestra-Señora, cabellos de la Madalena, muelas de san Cristóval; no tienen cuento. I allende de la inzertinidad que en esto hai, es una vergüenza mui grande ver lo que, en algunas partes, dan á entender á la jente. El otro dia, en un monesterio mui antiguo, me mostraron la tabla de las reliquias que tenian, i ví, en-

tre otras cosas, que dezia: «Un pedazo del torrente de Cedron.» Pregunté, si era del agua, ó de las piedras de aquel arroyo, lo que tenian; dijéronme: que no me burlase de sus reliquias. Habia otro capítulo, que dezia: «De la tierra donde apareció el Anjel, á los Pastores:» i no les osé preguntar qué entendian por aquello. Si os quisiese dezir otras cosas mas ridículas, é impías, que suelen dezir que tienen; como: del ala del ánjel san Gabriel: como, de la penitenzia de la Madelena: huelgo de la mula i del buei: de la sombra del bordon del señor Santiago: de las plumas del Spíritu Sancto: del jubon de la Trinidad: i otras infinitas cosas, á estas semejantes; seria para hazeros morir de risa. Solamente os diré: que pocos dias ha, que en una Iglesia Colejial, me mostraron una costilla de san Salvador. Si hubo otro Salvador, sino Jesu Cristo; i si Él dejó acá alguna costilla, ó no; véanlo ellos.

Arcediano. —Eso, como dezis, á la verdad mas es de reir, que no de llorar.

Lactancio. —Teneis razon. Pero, vengo á las otras cosas, que siendo inziertas (i aun—

que sean ciertas), son tropiezos, para hazer al hombre idolatrar: i házennoslas tener en tanta venerazion, que aun en Aquisgran, hai no sé qué calzas viejas, que *diz*, que fueron de S. Joseph. No las muestran, sino de cinco en cinco años: i va infinita jente á verlas, por una cosa divina. I d'estas cosas hazemos tanto caso, i las tenemos en tanta venerazion; que, si en una misma Iglesia, estan de una parte, los zapatos de S. Cristóval en una custodia de oro; i de otra, el sancto Sacramento, á cuya comparazion todas cuantas reliquias, son menos que nada; antes se va la jente á hazer orazion delante de los zapatos, que no ante el Sacramento: i seyendo esta mui grande impiedad; no solamente no lo reprehenden, los que lo debrian reprehender; pero admítenlo de buena gana, por el provecho que sacan, con mui finas granjerías que tienen inventadas para ello. Veamos: ¿qué terníades por mayor inconveniente; que no hobiese reliquias en el mundo; ó que se engañase así la jente con ellas?

ARCEDIANO. — No sé: no me quiero meter en esas honduras.

LACTANCIO. — ¿Cómo honduras? ¿Cuál teneis en mas, el ánima de un simple. ó el cuerpo de un santo?

ARCEDIANO. — Claro está, que una ánima vale mucho mas.

LACTANCIO. — ¿Pues, qué razon hai, que por honrrar un cuerpo, que dizen santo (i quizá es de algun ladron), querais, vos, poner en peligro tantas ánimas?

ARCEDIANO. — Dezis verdad, pero puédese dar bien á entender á los simples.

LACTANCIO. — Bien: pero muchas vezes, los que lo debrian dar á entender, son los que no lo entienden: i, allende de esto, ¿para qué quereis poner en peligro una ánima, sin nezesidad? Veamos: si quisiésedes, en esta villa, ir á Nuestra-Señora del Prado, i no supiésedes el camino; ¿no tendríades por mui grande inhumanidad, si alguno os guiase por el rio, con peligro de ahogaros en èl; podiendo ir mas presto, i mas seguro, por la puente? XXXV.

ARCEDIANO. — Sí, por cierto.

LACTANCIO. —Pues así es, eso otro. ¿Vos, para qué quereis las reliquias?

ARCEDIANO. — Porque muchas vezes me ponen devozion.

LACTANCIO. — ¿I la devozion, para qué la quereis?

ARCEDIANO. — Para salvar mi ánima.

LACTANCIO. —Pues, podiendo salvarla, sin peligro de perderla, ¿no tomaríades, de mejor voluntad, el camino mas seguro?

ARCEDIANO. —Sí. I, aun dizen los confesores, que es pecado, ponerse á sabiendas, en el peligro del pecar.

LACTANCIO. — Dizen mui gran verdad.

ARCEDIANO. —Bien: ¿pero, qué camino hai mas seguro?

LACTANCIO. — * El que mostró Jesu Cristo: amar á Dios sobre todas las cosas: i poner en Él solo, toda nuestra esperanza.

ARCEDIANO. —Dezis verdad: mas, porque yo no puedo hazer eso, quiero hazer esto otro.

LACTANCIO. —Grandísima herejía es esa: dezir, que no podeis, á lo menos, pedir

* La Ediz gót.: «El que mostró Jesu Cristo: amarlo á Él sobre todos las cosas: i poner en Él solo toda nuestra speranza.»

grazia para hazello. Pues, dezis que la pedis, i no se os da; ¿luego, mintiónos Dios, cuando dijo: *petite et accipietis?* I tambien, ¿qué ceguedad es esa? ¿Pensais, vos, que sin guardar los mandamientos de Dios, ireis á paraiso, aunque tengais un brazo de un santo, ó un pedazo de la cruz, i aun toda ella entera en vuestra casa? ¿Sois enemigo de la cruz, i quereis-os salvar con la cruz?

Arcediano. — Cierto: yo estaba engañado.

Lactancio. — Pues, veis aquí. Con tanta mayor razon se puede el vulgo quejar, de los que le ponen en estas i en otras semejantes superstiziones, con peligro de perder sus ánimas, que, vos, del que os guió por el rio, con peligro de ahogaros en él; cuanto el ánima, es mas digna que el cuerpo.

Arcediano. — Bien: pero el vulgo, mas fázilmente, con cosas visibles, se atrae i encamina á las invisibles.

Lactancio. — Dezis verdad: i, aun por eso, nos dejó Jesu Cristo * el Sacramento del

* La Ediz. got. añade aquí: «su cuerpo sacratisimo en» etc.

altar: i teniendo esto, no sé yo para qué habemos menester otra cosa.

* [Arcediano. — D'esa manera, no querríades vos, que se hiziese honrra á las reliquias de los santos.

Lactancio. — Sí querria, por cierto: mas esta venerazion, querria que fuese con discrezion, i que se hiziese á aquellas que se toviesen por mui averiguadas, como por la Iglesia está ordenado: i estonzes, querria que se pusiesen en lugar mui honrrado, i que no se mostrasen al pueblo: sino que le diesen á entender, cómo es todo nada, en comparazion del sanctísimo Sacramento, que cada dia veen i pueden rezebir si quieren. I d'esta manera, aprenderia la jente á amar á Dios, i á poner en Él, toda la confianza de su salvazion.

Arcediano. — ¿I las reliquias dudosas, qué querríades hazer d'ellas?

Lactancio. — Tambien esas querria yo poner en un honesto lugar: sin dar á entender que allí hobiese reliquias.]

Arcediano. — ¿I las verdaderas reliquias, no

* Lo que va entre [ ] lo suprime la Edizion de Paris, pero está en la Ediz. gót.

querríades que estuviesen en sus custodias de plata, ó de oro?

LACTANCIO. — No por cierto.

ARCEDIANO. — ¿Por qué?

LACTANCIO. — Por no dar causa, á que se les hiziese otro desacato, como el que se les ha hecho agora en Roma: i, por no dar á entender, que los sanctos se huelgan de poseer, lo que cualquiera bueno se prezia de menospreziar.

ARCEDIANO. — Bien dezis: ¿pero, no veis que los santos se enojarian, si les quitásedes el oro i la plata en que sus huesos estan enzerrados; i podria ser, que de enojo, nos hiziesen algun mal?

LACTANCIO. — Antes, tengo por cierto, que se holgarian, que les quitasen aquel oro i plata para socorrer jente nezesidada, que muchas vezes se pierde, por no tener que comer.

ARCEDIANO. — Eso no entiendo, si no me lo declarais mas.

LACTANCIO. — Yo os lo diré. El sancto, que mientra vivia en este mundo, * *i* tenia nezesidad de sus bienes, * *i* los dejó, i re- XXXVI.

* Una de estas dos conjunziones está de mas. Yo quitaria la segunda.

partió á los pobres, por amor de Jesu Cristo; ¿no creeis, vos, que holgaria de hazer otro tanto, despues de muerto, cuando no los ha menester?

ARCEDIANO. — Sí, por cierto: pues aun nosotros, que no somos sanctos, cuando nos queremos morir; no podiendo llevar nuestros bienes con nosotros, holgamos de darlos á los pobres, i repartirlos entre Iglesias i monesterios.

LACTANCIO. — Pues, dezidme, vos, agora: ¿qué razon hai para que se presuma, que le pesará á un santo, de hazer despues de muerto, lo que hizo mientra vivió?

ARCEDIANO. — Ninguna: antes, á mi ver, se holgaria, que haga alguno por amor de él, lo que hiziera él, si fuera vivo.

LACTANCIO. — Pues, veis ahí: como todos los sanctos, mientra vivieron, holgaron de ayudar con sus bienes á los pobres; así holgarian ahora de ayudarles con aquella plata i oro, que la buena jente les ha dado, despues de muertos.

ARCEDIANO. — Así Dios me salve, que es mui buena razon: i creo que dezis mui gran verdad: pero escandalizarseía el vulgo.

Lactancio. — Yo os doi mi fé, el que no haria; si se proveyese, que jente supersti-ziosa (que tienen en mas sus vientres, que la gloria de Jesucristo), no los andubiesen escandalizando.

Arcediano. —Cuanto á eso, yo me doi por satisfecho.

Lactancio. —Pues, vedes aquí, cómo nuestro Señor Jesu Cristo ha permitido, que en Roma se haga tan gran desacato á las reliquias: por remediar los engaños, que con ellas se hazen.

Arcediano. Bien está: yo os lo confieso: ¿pero, qué me direis, del poco acatamiento que se tiene ya á las imájenes? ¿qué razon hai, para que Dios permitiese esto?

Lactancio. — Yo os diré. No quiero negar, que ello no fuese una * maldad: pero habeis de saber, que tampoco eso permitió Dios, sin mui gran causa: porque ya el vulgo, i aun muchos de los prinzipales, se embebezian tanto en imájines, i cosas visibles; que no curaban de las invisibles **.

* Aquí suprime la Ediz. de Paris la voz «grandisima», que se lee en la Ediz. gót.

** Lo mismo, aquí, hai en la Edizion

En mi tierra, andando un hombre de bien, teólogo, visitando un obispado, de parte del Obispo, halló en una Iglesia, una imájen de Nuestra Señora, que diz que hazia milagros, en un altar frontero del* Sacramento: i vió, que cuantos entraban en la Iglesia, volvian las espaldas al* Sacramento (á cuya comparazion, cuantas imájines hai en el mundo son menos que nada), i se hincaban de rodillas ante aquella imájen de Nuestra Señora. El buen hombre, como vió la ignominia que alli se hazia á Jesu Cristo; tomó tan grande enojo, que quitó de allí la imájen, i la hizo pedazos. El pueblo se conmovió tanto d'esto, que lo quisieron matar: pero Dios lo escapó de sus manos. Los clérigos de la Iglesia, indignados por haber perdido la renta, que la imájen les daba; trabajaban con el pueblo, que se fuesen á quejar al Obispo; pensando, que mandaria luego quemar al pobre visitador. El Obispo, como persona sábia, entendida la cosa como pasaba, reprehendió al visitador, del des–

gótica, « ni aun del sanctísimo Sacramento ».

* En la Ediz. gót., « santísimo Sacramento ».

acato que hizo en romper la imájen, i loó mucho lo que habia hecho, en quitarla. Así que: pues no habia en la cristiandad, muchos tales visitadores, que se doliesen de la honrra de Dios, i quitasen aquellas superstiziones; permitió, que aquella jente, hiziese los desacatos que dezis: para que, dejada la superstizion, de tal manera, de aquí adelante, hagamos honrra á las Imájines; que no deshonrremos á Jesu Cristo.

Arcediano. — Por cierto, esa es mui sancta considerazion: i aun yo os prometo, que hai mui grande nezesidad de remedio, espezialmente en Italia. XXXVII.

Lactancio. — I aun tambien la hai acá. I, si mirais bien en ello, los mismos engaños, que rezibe la jente con las reliquias; esos mismos rezibe con las imájines.

Arcediano. — Dezis mui gran verdad: mas no sé si os diga otra cosa: que, aun en pensarlo, me tiemblan las carnes.

Lactancio. — Dezidlo, no hayais miedo.

Arcediano. — ¿Quereis mayor abominazion, que hurtar la custodia del altar: i echar en el suelo, el santísimo Sacramento? ¿Es

posible, que d' esto se pueda seguir ningun bien? ¡O, cristianas orejas, que tál ois!

LACTANCIO. — Válame Dios! ¿i eso, vísteslo, vos?

ARCEDIANO — No: pero ansí lo dezian todos.

LACTANCIO. — Lo que yo he oido dezir es: que un soldado, tomó una custodia de oro, i dejó el Sacramento en el altar, entre los corporales; i no lo echó en el suelo, como vos dezis. Pero, como quiera que ello sea, es mui grande * atrevimiento, digno de rezio castigo. Mas, á la verdad, no es cosa nueva: antes suele munchas vezes acaezer, entre jente de guerra, i d' ello tienen la culpa, los que sabiéndolo, quieren mas la guerra, que vivir en paz. Pero, digo, que nunca hobiese seido hecho: ¿parézeos esa, la mayor abominazion que podia ser? Veamos: ¿no era mayor, echarlo en un muladar?

ARCEDIANO. — Mayor.

LACTANCIO. — ¿Pues, cuántas vezes lo habeis, vos, visto en Roma echar en el muladar?

ARCEDIANO. — ¿Cómo, en el muladar?

* En la Ediz. gót. «grande impiedad i atrevimiento».

Lactancio. — Yo os lo diré. Dezidme: ¿cuál hiede mas á Dios, un perro muerto, de los que echan en el muladar; ó una ánima obstinada en la suziedad del pecado?

Arcediano. — El ánima: porque dize sanct Agustin, que «*tolerabilius fœtet canis putridus hominibus, quam ánima peccatrix Deo.*»

Lactancio. — Luego, no me negaréis, que no sea un pestífero muladar, el ánima de un vizioso.

Arcediano. — No, por cierto.

Lactancio. — Pues, el sazerdote, que levantándose de dormir con su manzeba (no quiero dezir peor), * se va á dezir misa: el que tiene el Benefizio habido por simonía: el que tiene rancor pestilenzial contra su prójimo: el que, mal ó bien, anda allegando riquezas; i obstinado, en estos i otros vizios, aun mui peores que estos, se va cadaldia á rezebir el ** Sacramento: ¿no os pareze, que aquello, es echarlo

* El trad. ital. dize: «*con la sua meretrice, o col suo Ganimede*» etc.

** En la Ediz. gót., «aquel sanctisimo Sacramento».

peor, que en un mui hediente muladar?

ARCEDIANO. — Vos me hablais un nuevo lenguaje, i no sé qué responderos.

LACTANCIO. — No me marabillo, que la verdad os parezca nuevo lenguaje. Pues, mirad, señor: ha permitido Dios que eso se hiziese, ó se dijese; porque viendo los clérigos, cuán grande abominazion es, tractar así el cuerpo de Jesu Cristo; vengan en conozimiento de cómo lo tratan ellos mui peor; i apartándose de su mal vivir, limpien sus ánimas de los vizios, i las ornen de virtudes, para que venga en ellas á morar Jesu Cristo, i no lo tengan, como lo tienen, desterrado.

ARCEDIANO. — Así Dios me vala, que, vos, me habeis mui bien satisfecho, á todas mis dudas. I estoi mui marabillado de ver, cuán ciegos estamos todos en estas cosas exteriores, sin tener respecto á las interiores.

LACTANCIO. — Teneis mui gran razon de marabillaros: porque, á la verdad, es mui gran lástima de ver las falsas opiniones en que está puesto el vulgo: i cuán lejos estamos todos de ser cristianos, i cuán contrarias son nuestras obras, á la doctri-

na de Jesu Cristo, i cuán cargados estamos de superstiziones. I, á mi ver, todo prozede de una pestífera * ambizion, que reina agora entre cristianos, mucho mas que en ningun tiempo reinó. ¿Para qué XXXVIII
pensais, vos, que da el otro á entender, que una imájen de madera, va á sacar cautivos, i que cuando vuelve, vuelve toda sudando; sino, para atraer el simple vulgo, á que ofrezcan á aquella imájen cosas, de que él, despues, se puede aprovechar? I no tiene temor de Dios, de engañar así la jente: como si Nuestra-Señora, para sacar un cativo, hobiese menester llevar consigo una imájen de madera. I, siendo una cosa ridícula, cree el vulgo, por la autoridad de los que lo dizen. I, d'esta manera, os dan otros á entender; que si hazeis dezir tantas misas, con tantas candelas, á la segunda angustia; hallaréis lo que perdiéredes, ó perdistes. ¡Pecador de mí! ¿no sabeis que en aquella superstizion, no puede dejar de entrevenir obra del diablo? Pues interveniendo, ¿no val-

* En la Ediz. gót.: «pestilenzial avarizia, i de una pestífera ambizion».

dria mas, que perdiésedes cuanto teneis en el mundo; antes que permitir, que en cosa tan sancta, se entremeta cosa tan perniziosa? En esta misma cuenta entran las nóminas que traeis al cuello, para no morir en fuego ni en agua, ni á manos de enemigos, i encantos, ó ensalmos que llama el vulgo, hechos á hombres i á bestias. No sé dónde nos ha venido tanta ceguedad en la cristiandad, que casi habemos caido en una manera de jentilidad. El que quiere honrrar un sancto debria trabajar de seguir sus sanctas virtudes: i, agora, en lugar d' esto, corremos toros en su dia, allende de otras liviandades que se hazen. I dezimos, que tenemos por devozion de matar cuatro toros el dia de sanct Bartholomé; i si no se los matamos, habemos miedo, que nos apedreará las viñas. ¿Qué mayor jentilidad quereis que esta? ¿Qué se me da mas, tener, por devozion, matar cuatro toros el dia de sanct Bartholomé; que de sacrificar cuatro toros á sanct Bartholomé? No me pareze mal que el vulgo se recree *en* * con correr i lidiar toros:

* En ambas Ediziones, se halla la voz *en:* i por

pero parézeme que es pernizioso, que en ello piense hazer servizio á Dios ó á sus sanctos: porque, á la verdad, de matar toros, á sacrificar toros, yo no sé que haya diferenzia. ¿Quereis ver otra semejante jentilidad, no menos clara que esta? Mirad cómo habemos repartido entre nuestros sanctos, los ofizios que tenian los Dioses de los Jentiles. En lugar de Dios Mars, han suczedido Santiago i sanct Jorje. En lugar de Neptuno, sanct Telmo. En lugar de Baco, sanct Martin. En lugar de Eolo, sancta Bárbola*. En lugar de Venus, la Madelena. El cargo de Esculapio habemos repartido entre muchos: sanct Cosme i sanct Damian, tienen cargo de las enfermedades comunes: sanct Roque i sanct Sebastian, de la pestilenzia: sancta Luzía, de los ojos: sancta Polonia, de los dientes: sancta Águeda, de las tetas. I, por otra parte, sanct Antonio i sanct Aloy, de las bestias: sanct Simon i Judas, de los falsos

eso la dejo. En cuanto á lo que ahi dize el A. no me pareze bien. Pues las corridas de toros me parezen mal.

* Hoi dezimos santa Bárbara.

testimonios: sanct Blas, de los que esternudan. No sé yo de que sirvien* estas invenziones, i este repartir de ofizios; sino para que del todo parezcamos jentiles, i quitemos á Jesu Cristo el amor que en Él solo debriamos tener, vezándonos á pedir á otros lo que, á la verdad, Él solo nos puede dar: i de aquí viene, que piensan otros, que porque rezan un monton de Psalmos, ó manadas de rosarios; otros, porque traen un hábito de la Merzed; otros, porque no comen carne los mércoles; otros, porque se visten de azul, ó naranjado; que ya no les falta nada, para
XXXIX. ser mui buenos cristianos; teniendo, por otra parte, su invidia, i su rencor, i su avarizia, i su ambizion, i otros vizios semejantes, tan enteros, como si nunca oyesen dezir, qué cosa es ser cristiano.

Arcediano. — ¿De dónde prozede eso, á vuestro parezer?

Lactancio. — No me metais ahora en ese laberinto, á mi ver, mas peligroso que el

* Así en ambas Ediziones antiguas. Lo dejo sin correjir, porque puede hazerse de dos modos: *sirven:* ó *sirvan.*

de Creta. Dejemos algo para otro dia. I, agora, quiero que me digais, si á vuestro parezer, he cumplido lo que al prinzipio os prometí?

ARCEDIANO. —Digo, que lo habeis hecho tan cumplidamente, que doi por bien empleado, cuanto en Roma perdí, i cuantos trabajos he pasado en este camino; pues con ello he ganado un tal dia como este, en que me pareze haber echado de mí, una pestífera niebla, de abominable ceguedad; i cobrado la vista de los ojos de mi entendimiento, que desde que nazí, tenia perdida.

LACTANCIO. —Pues eso conozeis, dad ahora grazias á Dios por ello, i procurad de no serle ingrato: i pues vos quedais satisfecho, razon será que me conteis lo que mas en Roma pasó hasta vuestra partida.

ARCEDIANO. —Eso haré yo *de* mui de buena voluntad. Habeis de saber, que luego, como el ejérzito entró en Roma, pusieron guardas al Castillo, porque ninguno pudiese salir ni entrar: i el Papa conoziendo el evidente peligro en que estaba, i el poco respecto que aquellos soldados le tenian;

determinó de hazer algun partido con los Capitanes del Emperador. Para lo cual mandó llamar á Micer Johan Bartholomé de Gatinara, rejente de Nápoles, i le dió ciertas condiziones, con que era contento de rendirse: para que de su parte las ofreziese á los Capitanes del ejérzito: i aunque andando de una parte á otra, procurando este conzierto, desde el Castillo le pasaron un brazo con un arcabuz, á la fin, cinco dias despues qu'el ejérzito entró en Roma, la capitulazion fué hecha, i por entrambas partes firmada. Pero, como en este medio, el Papa tuviese nueva, cómo el ejérzito de la Liga, lo venia á socorrer; no quiso que aquel conzierto se ejecutase.

Lactancio. — Por cierto, eso me pareze la mas rezia cosa de cuantas me habeis dicho. ¿No habia padezido harta mala ventura la pobre de Roma, por su causa; sin que quisiese acabar de destruirla? Si veniera el ejérzito de la Liga á socorrerla, claro está, que habian de pelear con los nuestros, i morir mucha jente de una parte, i de otra: i si los nuestros venzian, el

Papa, i los que con él estaban, quedaban en mayor peligro: i si los de la Liga, Roma fuera de nuevo saqueada. Cómo! ¿No fuera mejor tomar cualquier conzierto, que, habiendo visto tanto mal, ser causa de otras muertes de jentes, i de nueva destruczion?

Arcediano. — Por cierto, vos teneis mucha razon: que mui menor inconveniente fuera, aceptar el conzierto; que el daño, que de ser socorrido, se podia seguir. Pues como el ejérzito del Emperador supo esto, i que los enemigos venian; salieron al campo, con ánimo de combatir: mas ellos no osaron pasar dell' Isola, donde estovieron algunos dias. I el Castillo siempre se tenia, con esperanza de ser socorrido; ó, que entre los imperiales se levantaria alguna discordia, por faltarles su Capitan Jeneral: i ellos, en este medio, no cesaban de hazer sus trincheas i minas, para combatir el Castillo. I, aun en ellas, fué herido de una escopeta el Prinzipe de Orange, á quien tenian por prinzipal cabeza en el ejérzito. Allí vino el Cardenal Colona, con los señores Vespasiano i As-

XL. canio Colona, i remediaron algo de los males que se hazian. Vino asimismo el Visorrei de Nápoles, i don Hugo de Moncada, i el Marqués de Gasto i el señor Alarcon; i otros muchos Capitanes i caballeros, con la jente del reino de Nápoles. I como en este medio, no zesaban los tractos en el Castillo, á la fin, el Papa, sabido qu' el ejérzito de la Liga se volvia; i viendo que no tenia esperanza de ser socorrido; acuerda de render el Castillo en poder del Emperador, con estas condiziones: Que toda la jente que estaba dentro, se fuesen libremente donde quisiesen; i que no tocasen á cosa alguna de lo que en el Castillo estaba: i por el rescate de las personas i hazienda, el Papa prometia de dar cuatrozientos mil ducados para pagar la jente.

Lactancio. — ¿Cómo; i no les bastaba lo que habian robado?

Arcediano. — Sé que eso no entra en la cuenta de la paga. I, para seguridad d' esto, el Papa les dió en rehenes aquella buena creatura de Johan Mateo Giberto, Obispo de Verona; con otros tres Obispos: i á Jacobo Salviati, con otros dos mercaderes

Florentines. I, allende d' esto, prometió de dejar en poder del Emperador (hasta saber lo que su Majestal querria mandar) el dicho Castillo de Sanct-anjel, i á Ostia i Chivita-vieja, con el puerto. I prometió tambien de dar las ciudades de Parma, Plazenzia i Módena: i su Santidad, con los treze Cardenales que estaban en el Castillo, se iban al reino de Nápoles, para desde ahí, venirse á ver con el Emperador.

LACTANCIO. — Por cierto, que fué ese un buen medio, para ordenar algun bien en la cristiandad.

ARCEDIANO. — Sí: mas para deziros la verdad, aunque quisieron ellos, que esto así se dijese (porque parezia mal, retener un Papa, i Collejio de Cardenales contra su voluntad); digan lo que quisieren, que á la fin, ellos estaban jentilmente presos.

LACTANCIO. — ¿No dezis, qu' él mismo, de su voluntad, se quiso ir á Nápoles?

ARCEDIANO. — Sí: pero aquello fué, de nezesidad hazer virtud. Mas pues él quiso estar tantos dias esperando ser socorrido; ¿no os pareze, que si en su voluntad estuvie-

ra, holgara mas de estar en el ejérzito de la Liga, que donde está?

LACTANCIO. — No puedo negaros, que no sea verosimile. ¿Pero, qué sabeis, si despues, ha mudado esta voluntad?

ARCEDIANO. — Por cierto no lo sé: ni aun lo creo: ni pareze bien, que la cabeza de la Iglesia esté d' esta manera.

LACTANCIO. — Veamos: ¿quien pudiese evitar algun mal, no es obligado á hazerlo?

ARCEDIANO. — ¿Quién duda?

LACTANCIO. — ¿No seria reprehensible, el que diese causa á otro para hazer mal?

ARCEDIANO. — Seria en la misma culpa: porque, *qui causam damni dat, damnum dedisse videtur*.

LACTANCIO. — Dezis mui bien. Pues, veis aquí: el Papa está de su voluntad, ó no: si está de su voluntad; no es sino bien que esté donde él quisiere: i si contra su voluntad; dezidme, ¿para qué querria estar con el ejérzito de la Liga?

ARCEDIANO. — Claro está, que para vengarse de la afrenta i daño que ha rezebido.

LACTANCIO. — I, veamos: ¿qué se seguiria?

ARCEDIANO. — ¿Qué se podria seguir, sino

mucha discordia, guerra, muertes, i daños, en toda la cristiandad?

LACTANCIO. — Pues, para evitar esos males tan evidentes, ¿no os pareze que está mejor en poder del Emperador, que en otra parte, aunque estoviese contra su voluntad; conforme á lo que hoi deziamos, del hijo que tiene á su padre atado? I si el Emperador le dejase ir donde él quisiese, ¿no se le imputarian á él, los males que de allí se siguiessen, pues daria él la causa para ello?

ARCEDIANO. — Yo lo confieso: ¿pero qué dirán todos, grandes i pequeños, sino qu'el Emperador tiene al Papa i á los Cardenales presos? XLI.

LACTANCIO. — Eso dirán los nezios, á cuyos falsos juizios seria imposible satisfazer: que los prudentes i sabios, conoziendo convenir al bien de la cristiandad, qu'el Papa esté en poder del Emperador, tenerlo han por mui bien hecho, i loarán la virtud i prudenzia de su Majestad: i aun serle ha la cristiandad en perpetua obligazion.

ARCEDIANO. — Cuanto por la mia, yo holgaré

que esté do quisiéredes, con que me den acá lo posesion de mis Benefizios. Pero, no sé si mirais en una cosa: que estais descomulgados.

LACTANCIO. —¿Por qué?

ARCEDIANO. —Porque tomasteis, i teneis contra su voluntad, el supremo Pastor de la Iglesia.

LACTANCIO.—Mirad, señor: aquel está descomulgado, que con mala intenzion no quiere obedezer á la Iglesia: mas el que por el bien público de la cristiandad, detiene al Papa, i no le quiere soltar, por evitar los daños, que de soltarle se seguirian; creedme, vos, á mí. que no solamente no está descomulgado; pero que mereze mucho azerca de Dios.

ARCEDIANO. —Cosa es esa harto verisimil: mas no sé yo si nuestros canonistas os la querrán conzeder.

LACTANCIO. —El canonista que no lo querrá conzeder, mostrará no tener juizio.

ARCEDIANO. —Yo así lo creo: allá se avengan. De una cosa tuve mui gran despecho: qu' el Papa, luego perdonó á toda la jente de guerra cuantas cosas habian hecho.

LACTANCIO. — ¿Por qué os pesó?

ARCEDIANO. — Porque ellos quedan ricos i perdonados, i nosotros llorando nuestros duelos.

LACTANCIO. — ¿Vos creeis, que vale aquel perdon? Así hizo con los Colonneses: perdonólos, i despues destruyólos. ¡Jentil manera de perdonar!

ARCEDIANO. — No sé qué me crea: sino que ellos quedan absueltos de las ánimas, i cargadas las bolsas.

LACTANCIO. — ¿Pues por qué no reclamábades?

ARCEDIANO. — A eso nos andábamos: para dejar la pelleja con la hazienda. Las cosas estaban de tal manera, que, hecho, i por hazer, les perdonáran. Si viérades al Papa como yo le ví!

LACTANCIO. — ¿Dónde?

ARCEDIANO. — En el Castillo.

LACTANCIO. — ¿A qué íbades allí?

ARCEDIANO. — Vacaron ciertos Benefizios en mi tierra, por muerte de un mi vezino, i fuélos * á demandar.

LACTANCIO. — Demasiada cobdizia era esa. ¿No habíades mala vergüenza de ir á im—

* *Fué*, dezian, en vez de *fui*.

portunar con demandas en tal tiempo?

ARCEDIANO. — No por cierto: que, hombre vergonzoso, el diablo lo trajo á palazio. I tambien habia muchos que los demandaban: i quise mas prevenir, de * ser prevenido.

LACTANCIO. — Agora os digo, que es terrible la cobdizia de los clérigos. I qué! ¡Tambien habia otros, que los demandaban?

ARCEDIANO. — Mirad, qué duda! ¿I, para qué pensais, vos, que vamos nosotros á Roma?

LACTANCIO. — Yo pensé que por devozion.

ARCEDIANO. — Sí, por cierto! En mi vida estuve menos devoto.

LACTANCIO. — Ni aun menos cristiano.

ARCEDIANO. — Sea como mandáredes.

LACTANCIO. — Yo os doi mi fé, que si yo fuera Papa, vos no llevárades ** los Benefizios, solo porque madrugastes tanto, i despues de tan gran persecuzion, no habíades dejado la cobdizia.

ARCEDIANO. — I, aun por eso es Dios bueno, que no lo érades vos, sino Clemente Sép-

* En la Ediz. de Paris *que.*

** En las Ediziones antiguas *llevárédes;* pero es errata manifiesta.

timo, que me los dió luego, de mui buena gana; aunque iba en hábito de soldado, como vedes.

LACTANCIO.— Yo os prometo, que esa fué demasiada clemenzia. Ea: dezidme, cómo lo hallastes.

ARCEDIANO.— Hallélo á él i á todos los Cardenales, i á otras personas que con él estaban, tan tristes i desconsolados, que en verlos, se me saltaban las lágrimas de los ojos. ¡Quien lo vido ir en su triumpho, con tantos Cardenales, Obispos i protonotarios, á pie; i á él, llevarlo en una silla sentado sobre los hombres, dándonos á todos la bendizion: que parezia una cosa divina: i, agora, verlo solo, triste, afligido, i desconsolado, metido en un Castillo, i, sobre todo, en manos de sus enemigos! ¡I, allende d'esto, ver los Obispos i personas eclesiásticas, que iban á verlo; todos en hábito de legos i de soldados: i, que en Roma, cabeza de la Iglesia, no hobiese hombre que osase andar en hábito eclesiástico! No sé yo qué corazon hai tan duro, que, oyendo esto, no se moviese á compasion. XLII.

Lactancio. — ¡O, inmenso Dios: cuán profundos son tus juizios! ¡Con cuánta clemenzia nos sufres: con cuánta bondad nos llamas: con cuánta pazienzia nos esperas: hasta que nosotros, con la continuazion de nuestros pecados, provocamos contra nosotros mismos, el rigor de tu justizia! I, pues ansí en lo uno como en lo otro, nos muestras tu misericordia i bondad infinita; por todo, Señor, te damos infinitas grazias, conoziendo, que no lo hazes, sino para mayor bien nuestro. ¡Quién vido aquella majestad de aquella Córte Romana: tántos Cardenales, tántos Obispos, tántos Canónigos, tántos proptonotarios, tántos abades, deanes, i arzidianos; tántos cubicularios, unos ordinarios, i otros extraordinarios; tántos auditores, unos de la Cámara, i otros de la Rota; tántos secretarios; tántos escritores, unos de Bulas, i otros de Breves; tántos abreviadores, tántos abogados, copistas, i procuradores, i otros mil jéneros de ofizios i ofiziales, que habia en aquella Córte! ¡I verlos todos venir con aquella pompa i triunfo, á aquel Palazio! ¿Quién

dijera, que habiamos de haber una tan súbita mudanza, como la que agora he oido? ¡Verdaderamente, grandes son los juizios de Dios! Agora conozco, que con el rigor de la pena, recompensa la tardanza del castigo.

ARCEDIANO.—¡Pues, si viérades aquellos Cardenales despedir sus familias, i quedarse solos, por no haberles quedado, qué darles de comer!

LACTANCIO.—De una cosa me consuelo: que, á lo menos, mientra esto les turare, parezerá mas al vivo lo que representan.

ARCEDIANO.—¿Qué?

LACTANCIO.—A Jesu Cristo con sus Apóstoles.

ARCEDIANO.—Dezis verdad: mas, en ese caso, mas querrian parezer al Papa Julio con sus triunfos. Dezidme, ¿cómo ha tomado el Emperador lo que en Roma se ha hecho contra la Iglesia?

LACTANCIO.—Yo os diré. Cuando vino nueva cierta de los males que se habian hecho en Roma, el Emperador, mostrando el sentimiento que era razon; mandó cesar las fiestas que se hazian, por el nazimiento del Prínzipe Don Felipe.

Arcediano. — ¿Creeis, que le ha pesado de lo que se ha hecho?

Lactancio. — ¿Qué os pareze á vos?

Arcediano. — Cierto: yo no lo sabria bien juzgar: porque, de una parte, veo cosas, por donde le debe pesar; i de otra, por donde le debé plazer: i por eso os lo pregunto.

Lactancio. — Yo os lo diré. El Emperador [es] mui de veras, buen cristiano: i tiene todas sus cosas tan encomendadas i puestas en las manos de Dios; que todo lo toma por lo mejor. I de aquí prozede, que ni en la prosperidad le veemos alegrarse demasiadamente, ni en la adversidad entristezerse. De manera, que en el semblante, no se puede bien juzgar de él, cosa ninguna: mas, á lo que yo creo, tan poco dejará de conformarse con la voluntad de Dios, en esto, como en todas las otras cosas.

XLIII. Arcediano. — Tal sea mi vida. ¿Qué os pareze, que agora su Majestad querrá hazer en una cosa de tanta importanzia como esta? A la fé, menester ha mui buen consejo: porque si él, d'esta vez, reforma la Iglesia (pues todos ya conozen cuánto

es menester), allende del servizio que hará á Dios; alcanzará en este mundo la mayor fama i gloria, que nunca Prínzipe alcanzó. I dezirse ha, hasta el fin del mundo, que Jesu Christo formó la Iglesia, i el Emperador Carlo Quinto la restauró. I, si esto no haze; aunque, lo hecho, haya seido sin su voluntad, i él haya tenido i tenga la mejor intenzion del mundo; no se podrá escusar, que no quede mui mal conzepto d'él, en los ánimos de la jente. I no sé lo que se dirán despues de sus dias; ni la cuenta que dará á Dios, de haber dejado, i no saber usar de una tan grande oportunidad, como agora tiene, para hazer á Dios un servizio mui señalado, i un incomparable bien á toda la república cristiana.

Lactancio. —El Emperador, como os tengo dicho, es mui buen cristiano, i prudente; i tiene personas mui sábias en su consejo: yo espero que él lo proveerá todo á gloria de Dios, i á bien de la cristiandad. Mas, pues me lo preguntais, no quiero dejar de deziros mi parezer: i es: que, cuanto á lo primero, el Emperador debria.....

PORTERO. — Mirad, señores: la Iglesia no se hizo para parlar, sino para rezar. Salíos afuera, si mandáredes, que quiero cerrar la puerta.

LACTANCIO. — Bien, Padre! que luego vamos.

PORTERO. — Si no quereis salir, dejaros he enzerrados.

ARCEDIANO. — Jentil cortesía sería esa: á lo menos no os lo manda así sanct Franzisco.

PORTERO. — No me curo, de lo que manda sanct Franzisco.

LACTANCIO. — Bien lo creo, Vamos, señor: que tiempo habrá, para acabar lo que queda.

ARCEDIANO. — Holgára cosa estraña de oiros lo que comenzastes: mas, pues así es, vamos con Dios: con condizion, que nos tornemos á juntar aquí mañana.

LACTANCIO. — Mas, vamos á sanct Benito, porque este fraile no nos torne á echar otra vez.

ARCEDIANO. — Bien dezis: sea como mandáredes*. I, en el entretanto, leed esta orazion, de un nuevo *Paternoster*, que nues-

* Aquí concluye la Ediz. gótica: lo que sigue está en la de Paris.

tros Españoles compusieron en coplas: i lo cantaban junto á las ventanas del summo Pontífize:

Padre nuestro, en cuanto Papa,
Sois, Clemente, sin que os cuadre:
Mas, reniego yo del Padre,
Que al hijo quita la capa. Etc.

FINIS.

ÁNIMAS, ó ALMAS,

que intervienen en el Diálogo de Mercurio i Caron, *i representan diversas condiciones de hombres.*

	PÁGIN.
Alma de Predicador famoso	29
—De Consejero de un Rei	40
—De un Duque	62
—De un Obispo	72
—De un Cardenal	88
—De un Consejero de Enrrique VIII	99
—De Rei tirano	106
—De Francés, Secretario del Rei	125
—De un Hipócrita	139
—De un Teólogo	152
—De un Casado	158
—De un Sellador de Bulas	191
—De un Monje Cartujo	Ibi.
—De un Franciscano escotista	Ibi.
—De un Rei bueno	202
—De un Obispo bueno	253
—De un Predicador bueno	275
—De Cardenal bueno, porque dejó el Cardenalato	293
—De un Fraile pobre	301
—De una Casada	315
—Inquisidores, ó Lobos: amigos de Caron	285

N. B. lo dicho, en la páj. 479.

FE DE ERRATAS.

Págin.	Lineas.	Dize.	Debe dezir.
VI	6	nas	mas
3	9	i pesada	i tan pesada
15	7	Alastor	Alastór
21	15	nui	mui
58	23	*Cristianismo*,	*Cristianisimo*,
61	16	*Cristianismo*,	*Cristianisimo*,
133	20	aun que se	aunque se
177	26	dize:	dize,
293	23	lugar	lugar
338	19	quel	aquel
372	15	tonerloia,	tenerloia,
385	7	seria,	seria,
401	20	ves	veis
414	Id.	quedo	quedó
472	2	lo	la

Princeton Theological Seminary-Speer Library
1 1012 01076 4944